



LA
MANO
QUE TE
DA DE
COMER

A. J. RICH

PSICOTHRIILLER



MAEVA

A. J. RICH

**LA
MANO
QUE TE
DA DE
COMER**

Traducción:
JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



Índice

Cubierta

Portadilla

La mano que te da de comer

Agradecimientos

Notas

Créditos

En memoria de Katherine Russell Rich

«¿Quién puede no horrorizarse al pensar en las desdichas que puede causar una sola amistad peligrosa?»

–PIERRE CHODERLOS DE LACLOS, *Las amistades peligrosas*

Sí o no:

- Quiero que todo el mundo sea feliz.
- Sé lo que necesita la gente sin que tenga que pedírmelo.
- He donado sangre.
- Donaría un riñón para salvar la vida de un amigo íntimo.
- Donaría un riñón para salvar la vida de un desconocido.
- Normalmente parezco sincero.
- Doy más de lo que recibo.
- La gente se aprovecha de mí.
- Hay que perdonar a los demás, en general.

Hoy no contestaría a ninguna de estas preguntas como lo hubiera hecho hace un año. Y eso que soy la que redactó el test. Iba a ser yo quien redefiniera la figura del depredador determinando los rasgos distintivos de la víctima. El test formaba parte de mi tesina para el máster de psicología forense de la Facultad John Jay de Criminología. Dijo un filósofo: «El umbral es el lugar de la esperanza». Yo estaba en el umbral de ver cumplidos todos mis deseos.

La pregunta que hoy haría sería esta:

¿Puedo perdonarme?

La conferencia había tratado sobre victimología. ¿Hay en el cerebro del maltratador una anomalía simbiótica que exista también en la conformación emocional de la víctima? El profesor había usado como modelo el síndrome de la mujer maltratada, señalando que este no aparece en el *DSM-5*, el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, pero sí en los códigos penales. ¿Por qué? Yo creía tener la respuesta.

Había sido una mañana electrizante. No veía la hora de llegar a casa y seguir con mi investigación. Como me sentía un poco culpable por querer tener

el apartamento otra vez para mí sola, pasé por Fortunato Brothers y compré una bolsa de galletas de piñones para Bennett.

Mi apartamento estaba en el último piso de un edificio entre medianeras de Williamsburg, Brooklyn, uno de esos con fachada de listones. No convivía con *hipsters*, sino con el vecindario de toda la vida; italianas que se pasaban el día barriendo la acera y jubilados chistosos que jugaban al ajedrez en Fortunato. A una manzana había una tienda de lápidas donde además vendían pan. Bennett la llamaba Pan-Teón. Se rumoreaba que el dueño había trabajado para una de las grandes familias de la mafia. El personal, de ochenta años para arriba, sacaba sus sillas de plástico a la calle y se dedicaba a fumar puros. El camión de los helados ponía la música de *El padrino*. «Esto no es la HBO – solían decir los vecinos–, es nuestro barrio».

A mi puerta se llegaba por una espiral de sesenta y ocho peldaños. Atravesé una mezcla étnica de olores: ajo rehogado en el primer rellano, col hervida en el segundo, chorizo frito a continuación..., y por último mi piso, donde yo nunca cocinaba nada.

La puerta estaba abierta. Bennett debía de haber salido sin acordarse de sacudir un poco el pomo roto, como le había dicho que hiciera. Podrían haberse escapado los perros. Tenía tres: *Cloud*, una gran pirineo a la que llamaba *Gran Lienzo en Blanco*, y *Chester* y *George*, dos pitbulls cruzados, patosos y dependientes, a los que había tomado en adopción. Los perros eran el único motivo de discordia entre Bennett y yo. Él no quería que yo tratara de rescatar a cuanto chuchito callejero se cruzara en mi camino a expensas de mi trabajo, aunque yo sospechaba que lo que en realidad no soportaba era encontrar pelos de perro en sus jerseys. Bennett siempre tenía frío, incluso en verano. Según él, sufría el síndrome de Raynaud, un estrechamiento de las venas en las extremidades que hace que se enfríen manos y pies. Le daba miedo la forma avanzada en la que se pueden atrofiar los dedos de unas y otros. Ahora bien, sus manos nunca estaban frías cuando tocaban mi piel... En cambio, yo siempre tenía calor. En primavera me ponía sandalias antes que nadie, nunca llevaba bufanda y jamás me resfriaba por culpa del aire acondicionado. Y no era porque fuera robusta, ni mucho menos.

Empujé la puerta con el hombro, contrarrestando el delirio de colas agitadas que me recibía al otro lado, y me fijé en que había pétalos de rosa en el recibidor. ¿Sería cosa de Bennett? Parecía demasiado cursi, impropio de él. A los hombres que se acuerdan de todo lo que dices no les hace falta recurrir a

tópicos. Nadie me había visto y entendido nunca como lo hacía Bennett. Era algo más que simple atención: sabía incluso antes que yo lo que querría, tanto en las cartas de los restaurantes como en una pantalla o en un disco. Conocimiento que, por descontado, se extendía a la cama.

Cuando me agaché para recoger algunos pétalos, reparé en que eran huellas de patas. Así que no se trataba de un detalle romántico manido. Lo que se presentaba ahora como un patrón floral abstracto en el suelo de madera noble conducía al dormitorio. ¿Habrían reventado la bolsa de basura *Chester* y *George*? Sobras de salsa putanesca arrastradas a lo largo y ancho del apartamento por los perros: otro tópico que me resistía a aceptar. Esos perros adoptados eran unos caballeros, por mucho que irritasen a Bennett los huesos a medio roer que dejaban tirados por la casa. Ir tropezando a todas horas con ellos, y pisando juguetes de esos que hacen ruido cuando uno los aprieta, era otra de las razones por las que me pedía que buscara un hogar definitivo para los perros, o que los devolviera al centro de acogida de animales de East Harlem de donde los había rescatado. El donativo que había aportado a una organización de rescate de animales de la zona debía de haberme incorporado a una lista masiva de correo electrónico, porque desde entonces recibía casi a diario fotos y perfiles de perros a los que, sin mi intervención, apenas les quedarían unas horas de vida.

A los pitbulls, *Chester* y *George*, los habían tenido en el corredor de la muerte para practicarles la eutanasia. En la foto salían apoyados el uno en el otro, saludando ambos con la patita en alto. Eso superaba mis fuerzas. Cuando fui a la perrera, vi que en sus tarjetas se leía «no problemático». Uno de los empleados me explicó que eso significaba el mejor carácter posible. Jamás habían dado a los demás otra cosa que amor, y eso era lo que querían a cambio: amor. Rellené los formularios y pagué por duplicado la tarifa de adopción, pensando que solo los acogería por un tiempo. Al día siguiente fui a buscarlos en compañía de *Cloud* en un vehículo de una empresa de coches compartidos.

Bennett no soportaba el caos constante de tres perros grandes metidos en un apartamento pequeño, y es posible que tuviera razón: eran el centro de mi vida. ¿Me hacía cargo de ellos por algún tipo de altruismo patológico? Esa era justamente la base de mi investigación: un test para identificar a las víctimas cuyo interés e hiperempatía fueran tan extremos que llegaran a atraer a los depredadores.

Bennett necesitaba orden para funcionar, mientras que yo necesitaba tenerlo todo patas arriba; un desorden demencial, pero hogareño. Él, siempre que venía de Montreal, dejaba bien colgadas sus camisas Oxford y sus chinos. En cambio, yo solía dejar arrugados encima de la cama mis *leggings*, mi chaleco de cuero vegano y mis capas y capas de tops. Bennett sacaba los platos del lavavajillas que había cargado y encendido él mismo. Yo, por el contrario, dejaba los cacharros sucios en el fregadero. Lo más difícil para mí era que Bennett se opusiera a que los perros durmiesen con nosotros en la cama. No le gustaban los perros, y ellos lo percibían. Siempre lo hacen. Obedecían, pero Bennett daba las órdenes con una dureza innecesaria. Ya se lo había dicho más de una vez. ¿Cómo nos las arreglaríamos para convivir todos juntos?

La primera en llegar fue *Cloud*, que se valió de su tamaño de oso para ganarles a los chicos la partida de la fuerza. No solo no me saludó con la efusividad de siempre, apoyando sus enormes patas sobre mis hombros, sino que la vi nerviosa, asustada. Daba vueltas alrededor de mis pies con las orejas pegadas a la cabeza. Tenía todo un lado del cuerpo manchado, como si se hubiera apoyado en una pared recién pintada. Pero yo no había pintado. Y jamás habría elegido el color rojo.

De rodillas, aparté su pelo mojado para ver si tenía heridas punzantes en la piel, pero no vi ninguna. Además, el color no atravesaba del todo su pelaje. Pedí perdón a *Chester* y *George* por mis sospechas infundadas. Suerte que ya estaba de rodillas, porque podría haberme caído con el primer ataque de vértigo. Examiné a los pitbulls en busca del origen de la sangre. Mi corazón latía muy deprisa. Sufrí otro ataque de vértigo. Tampoco encontré heridas en ninguno de los dos. Bajé la cabeza para no desmayarme.

—¿Bennett? —dije en voz alta.

Aparté a *Chester*, que me lamía la sangre de las manos.

Vi que mi sofá nuevo (regalo de Steven, mi hermano mayor, por haber dejado atrás la veintena y alcanzado la edad adulta) estaba manchado. Intenté reunir a los perros, pero ellos no paraban de dar vueltas a mi alrededor, lo que dificultaba mi llegada al dormitorio. Mi apartamento era alargado, con un pasillo al que daban todas las habitaciones. Se habría podido disparar una bala sin que esta chocase con ninguna pared. Desde donde me encontraba, en la sala de estar, veía la mitad inferior de la cama. Y la pierna de Bennett.

—¿Qué les ha pasado a los perros? —pregunté.

A medida que avanzaba por el pasillo, las manchas rojas se alargaban.

Bennett estaba boca abajo en el suelo del dormitorio, con una pierna encima de la cama. De repente vi que las dos partes no estaban conectadas. Lo primero que se me ocurrió fue salvarlo de que se ahogara con su propia sangre, pero una vez de rodillas vi que no estaba boca abajo, sino mirando hacia arriba. Bueno, mirando no, porque ya no tenía ojos. Por un momento, contra toda lógica, me aferré a la esperanza de que no fuera Bennett. Tal vez alguien había entrado a la fuerza y los perros lo habían atacado. A pesar de la conmoción, tenía los conocimientos necesarios como para saber que el asesino no era humano. Las salpicaduras de sangre carecían de cualquier componente emocional. Mi experiencia forense bastaba para comprender lo que veía. El análisis de las manchas de sangre ofrece una sorprendente exactitud. Indica el tipo de lesión, el orden en que se recibieron las heridas y si la víctima se movía o estaba quieta en el momento en que se las infligieron. En aquel caso, las lesiones eran heridas punzantes y desgarros. Las manos de Bennett estaban desolladas, lo que significaba que al intentar resistirse le habían arrancado la piel. Le habían arrancado la pierna derecha a la altura de la rodilla. El «arma» habían sido uno o varios animales. Las heridas presentaban un perfil irregular, no lineal como las producidas por arma blanca. Faltaban trozos enteros de carne. Las manchas de sangre indicaban que había sido arrastrado por el suelo del dormitorio. El pie y la pantorrilla derechos debían de haber sido llevados a la cama después del ataque. Por todo el cabezal, y en la pared trasera, había salpicaduras de sangre arterial, probablemente de la carótida.

Oí a mis espaldas el jadeo de los perros, que esperaban alguna indicación sobre lo que íbamos a hacer. Traté de mitigar su miedo. Adoptando el tono más calmado del que fui capaz, les dije que no se movieran. Hice que se echaran. Luego noté que del olor a sangre se iba diferenciando otro que parecía emanar de mí. Me levanté despacio y rodeé a los perros a cámara lenta. *Cloud* se levantó, y, si no le hubiera ordenado quedarse echada, me habría seguido. *Chester* y *George* me dedicaban toda su atención, aunque no se movieron mientras yo seguía andando hacia el cuarto de baño. Por fin llegué, cerré con un portazo y me apoyé con todo mi peso en la puerta, por si los perros se lanzaban en mi persecución. Oí gañidos al otro lado.

Aún no estaba en estado de *shock*. Pronto lo estaría. Seguía en el estado inferior de llorar de gratitud por haber sobrevivido. Lo curioso es que sentía vértigo, como el que experimentaría de haber ganado un gran premio. Y lo había ganado: mi vida. La borrachera, sin embargo, duró apenas unos

segundos. Saliendo del extraño trance, comprendí que tenía que pedir una ambulancia. Bennett no podía estar vivo, pero ¿y si me equivocaba? ¿Y si estaba sufriendo? Mi móvil estaba en el bolso, que había dejado en la repisa junto a las llaves. Oí un ruido de papel desgarrado y me acordé de la bolsa de galletas. Seguro que se habían caído y las habían encontrado los perros. Abrí la puerta lentamente y fui a buscar el bolso sin entrar en el dormitorio. ¿Cuánto tardarían en zamparse las galletas? Dominada por la adrenalina, contuve el impulso de correr para ponerme a salvo. En lugar de eso, aferré el bolso sin apartar la vista de los perros. Finalmente, volví al cuarto de baño y me encerré echando el pestillo. Luego me metí en la bañera vacía, como si la antigua bañera de hierro con patas pudiera protegerme, y marqué el número de emergencias. Tuve que hacerlo dos veces. Cuando me preguntaron por qué urgencia llamaba, no fui capaz de contestar. Ni siquiera podía gritar.

–¿Corre usted peligro en este momento? –Era una voz de mujer, me pareció que de cierta edad.

Asentí con la cabeza como una loca.

–Interpreto su silencio afirmativamente. ¿Puede decirme dónde está?

–En el cuarto de baño.

A continuación di mi dirección en voz baja.

–Ahora mismo va para allá la Policía. No cuelgue. ¿Hay algún intruso dentro de la casa?

Oía a los perros al otro lado de la puerta del cuarto de baño. Los gañidos de antes eran ahora más fuertes. Lloriqueaban, golpeando la puerta con las patas para que les dejara entrar.

No contesté.

–Si hay un intruso en su casa, dé un solo golpe con el dedo en el auricular.

Golpeé el auricular tres veces.

–¿Algún arma? Dé un golpe.

Di uno.

–¿Más de un arma?

Otro golpe.

–¿Armas de fuego?

Sacudí la cabeza y dejé el teléfono en la bañera vacía. La telefonista seguía hablando, pero lejos. Sacudir la cabeza (no, no, no) me había reconfortado, como si me columpiasen.

Cuando se empezó a oír la sirena, uno de los perros aulló. *Cloud*. Siempre

me había hecho reír su participación en la versión urbana de la manada de lobos, como si aquella perra tan mimada, cuyos dientes cepillaba yo cada semana, tuviera aún algún vestigio de animal en su interior. En esta ocasión, su aullido me erizó la piel.

–Ya ha llegado la patrulla –dijo la vocecita que salía del teléfono al fondo de la bañera–. Si los agresores aún están dentro, dé un golpe.

Los pasos que se acercaban hicieron ladrar a los perros, como lo hizo la mano que probó si la puerta estaba cerrada con llave.

–¡Policía! ¡Abran!

Intenté decir algo en voz alta, pero apenas me salió un gemido infinitesimal, más débil que la voz que seguía preguntándome si los agresores permanecían dentro de la casa. Por única respuesta, los policías no oyeron otra cosa que ladridos.

–¡Policía! ¡Abran la puerta!

Más ladridos.

–¡Llamad a Control de Animales! –oí que gritaba uno de los agentes.

El siguiente ruido fue el de echar la puerta abajo, seguido por un único disparo ensordecedor. El gemido que siguió contenía toda la congoja de un llanto humano. Los otros perros dejaron de ladrar.

–Así me gusta. Bien, perritos –dijo uno de los policías.

–Creo que este está muerto.

Los pasos se acercaron con cautela.

–Dios mío... Mierda –dijo el otro.

Oí una arcada.

De golpe se abrió la puerta del cuarto de baño, y un policía joven me encontró encogida en la bañera sin agua.

El agente se puso en cuclillas a mi lado. Noté el olor agrio de su aliento, causado por la arcada.

–¿Está herida?

Yo tenía las piernas encogidas, la cara contra las rodillas, y me tapaba la cabeza con las manos.

–Enseguida llegará una ambulancia. Perdona..., tenemos que ver si sangra por alguna parte.

El policía me puso una mano en la espalda con suavidad. Grité.

–Tranquila, tranquila –dijo él–. Nadie va a hacerle nada.

Permanecí en la misma postura, la que adoptaban los alumnos en los

simulacros escolares de explosión nuclear. Más tarde me enteré de que uno de los síntomas del trastorno por estrés agudo es una rígida inmovilidad.

–Ya están aquí los de Control de Animales –dijo el otro policía.

La ambulancia debió de llegar al mismo tiempo, porque un sanitario me tomó el pulso mientras una mujer buscaba heridas en mi cuerpo. Me quedé encogida en la bañera.

–No creo que la sangre sea suya, pero no veo el abdomen – dijo ella–. Voy a ponerle una vía. Ahora notarás un pinchazo, cariño.

Me clavarón una aguja de hacer punto en la mano izquierda. Grité tanto que los perros se pusieron a ladrar otra vez, aunque ahora solo eran dos.

–Te vamos a dar algo que te ayudará a relajarte. Así podremos comprobar si tienes alguna herida.

Un calor negro empezó a extenderse por mi brazo, como si me hubieran puesto un guante caliente en la mano. A partir de cierto momento, la oscuridad se hizo tan grande que pude introducirme en ella. Una clemente bolsa negra en la que desaparecer.

–Tenemos que hacerle algunas preguntas. ¿Puede hablar? –quiso saber uno de los policías.

–Está en estado de *shock*.

–¿Se llama usted Morgan Prager?

Intenté decir que sí con la cabeza, pero la bolsa negra me oprimía demasiado.

–¿Puede decirnos quién estaba con usted en el apartamento? No hemos podido encontrar ninguna identificación del difunto.

–¿Nos oye? –preguntó el otro policía.

Me colocaron en una camilla que hicieron rodar por todo el apartamento. En el momento en que pasamos junto al dormitorio, abrí los ojos. Esta vez la escena no me llenó de terror, sino de confusión.

–¿Qué ha pasado? –pregunté con mi nueva vocecita.

–No mires –dijo la mujer.

Pero yo miré. Nadie se ocupaba de Bennett.

–¿Sufre? –me oí preguntar.

–No, cariño. No sufre.

Justo antes de que me bajarán a la calle, vi el cadáver de *Chester* en el suelo del recibidor. ¿Por qué le habían pegado un tiro? *Cloud* y *George*

estaban cada uno en una jaula de Control de Animales. Alcancé a leer la etiqueta: perro peligroso.

Los médicos no hallaron herida alguna, ni tampoco nada físico que explicara mi rígida inmovilidad ni mi mutismo, roto solo por un grito cuando alguien se acercaba a mí. Para mi seguridad, aplicaron el artículo 9.27 de la ley de Nueva York: internamiento involuntario por prescripción médica.

Verdadero o falso:

- Ha vivido o presenciado usted un acontecimiento con riesgo de muerte que provocó miedo intenso, impotencia o terror.
- Revive el acontecimiento en sueños.
- Revive el acontecimiento cuando está despierto.
- Tiene pensamientos suicidas.
- Tiene pensamientos asesinos.
- Se da cuenta de que está en un hospital psiquiátrico.
- Sabe por qué está aquí.
- Se siente responsable del acontecimiento.

Sabía que la psiquiatra, una mujer con buenas intenciones que se presentó como Cilla, estaba haciendo las preguntas tradicionales para valorar mi estado mental, pero yo necesitaba saber la respuesta de otras que no figuraban en la lista.

Ella me miraba con curiosidad serena.

–No hace falta que hables o contestes ahora mismo. –Abrió el cajón de su escritorio para guardar el test y sacó unos chicles Nicorette–. Me he enganchado, ¿sabes? Como si fueran cigarrillos. –Aparentaba algo más de cincuenta años e iba peinada de manera muy sencilla, con un pasador de concha para que no se le cayera el pelo por la cara. Se sirvió un café y acercó otro vaso del aparador–. ¿Cómo lo tomas? –Sacó un brik de leche de la neverita y empezó a verter–. Dime cuánta.

Levanté la mano.

–¿Azúcar?

–¿Es cierto lo que recuerdo?

Era lo primero que decía en seis días.

–¿Qué recuerdas?

–Mi novio está muerto. Me lo encontré en el dormitorio. Mis perros lo

habían atacado.

La psiquiatra esperó a que siguiera.

–Antes de pedir una ambulancia, yo ya sabía que estaba muerto. Me escondí en la bañera hasta que vinieron a ayudarme. Un poli disparó a uno de mis perros. –No podía mirarla a los ojos–. Es culpa mía.

–Te trajeron en estado de *shock*, pero no tenías afectada la memoria. ¿Has podido dormir esta noche? ¿Comes algo?

Contesté que no a las dos preguntas. Respondería que no a cualquier consulta sobre la normalidad. Ya no volvería a vivir nunca nada parecido a la «normalidad». ¿Cómo revertir lo que había visto? ¿Qué quedaba por ver?

–Soy consciente de que tu dolor es algo incalculable. Puedo darte algo para dormir ahora mismo, pero contra el dolor no hay medicina que valga. El luto no es una enfermedad.

–¿Puedes darme algo para el sentimiento de culpa?

–Es posible que te sientas culpable porque la culpa se soporta mejor que el dolor.

–¿Y qué puedo hacer?

–Lo que estás haciendo. Hablar conmigo. Es el primer paso.

–Hablar no cambiará lo que ha pasado.

–Tienes razón, pero no vamos a cambiar lo que ha pasado.

–Él está muerto. Quiero saber qué les ha pasado a mis perros.

–Son pruebas. Los tienen en el Departamento de Salud.

–¿Van a matarlos?

–¿Tú qué crees que habría que hacer?

Cloud nunca le había hecho daño a nadie. Estaba conmigo desde que solo tenía ocho semanas. ¿Qué podía haber provocado a los pitbulls? Hacía dos meses que dormían en mi cama, incluso cuando Bennett venía de visita. Aunque las dos o tres primeras veces había tenido que sacar a *Chester* por el tema de la protección de recursos (el recurso que protegía era yo). ¿Lo habría amenazado físicamente Bennett? El ataque había sido brutal. Bennett estaba irreconocible.

–Quiero saber qué ha pasado con el cadáver de Bennett. ¿Han organizado sus padres el entierro?

–La Policía aún no ha conseguido localizarlos.

–Él decía que sus padres vivían en un pueblecito de Quebec.

–¿Venía a verte desde Quebec?

- Vivía en Montreal.
- Tu hermano me ha dicho que no lo conocía.
- ¿Has hablado con Steven?
- ¿Steven vive muy lejos de ti? –preguntó Cilla.
- Pasábamos tan poco tiempo juntos que Bennett solo quería verme a mí.
- ¿Fuiste a visitarlo alguna vez a Montreal?
- Me lo pidió, y me dio una llave, pero al final era más fácil que viniera él aquí.
- ¿Cómo os conocisteis?
- Nos conocimos cuando yo investigaba para mi tesina sobre psicología forense.

Después de seis días sin decir una sola palabra durante nuestras sesiones cotidianas, aún no estaba preparada para contarle que había conocido a Bennett mientras ponía a prueba una teoría sobre mujeres víctimas de depredadores sexuales que actuaban por medio de internet. Había elaborado cinco perfiles de mujeres que corrían un riesgo especialmente alto: la complaciente, la rebotada, la perjudicada, la presa fácil y la permisiva. Los publiqué en varias páginas de citas, a la vez que creaba un personaje de control, una idealista tímida, seria y adicta al trabajo, capaz de reírse de sí misma y aficionada al sexo. En resumen: yo. El primer correo electrónico de Bennett lo situaba en el grupo de control masculino de tíos normales. A diferencia de los otros «tíos normales», cuyas respuestas parecían más bien currículums de los que se mandan a un cazatalentos en busca de un sueldo de seis cifras, Bennett mostraba curiosidad por mí: qué libros leía, qué música escuchaba, dónde me sentía más a gusto... Yo tenía la impresión de que lo estaba engañando, pero el aumento de la temperatura de nuestra correspondencia me puso entre la espada y la pared. Cuando le conté lo que hacía de verdad en internet, en lugar de enfadarse u ofenderse quedó fascinado. Me hizo un sinfín de preguntas acerca de mi investigación, con un interés que, por decirlo suavemente, me halagó.

Su interés por mi trabajo abrió otro espacio de encuentro intelectual entre los dos. Su entusiasmo por mis ideas superaba el de mis compañeros de clase, incluido el poli dominicano cachas con quien había salido durante una temporada. De hecho, el interés de Bennett se volvió un tanto obsesivo. Una tarde me lo encontré leyendo una respuesta en mi cuenta de Hotmail, la que yo

había creado para mi estudio. Era de alguien a quien yo atribuía una desviación sexual, si bien aún no podía asegurar que fuera un depredador.

–Te has dejado abierto el correo, y me ha picado la curiosidad –dijo Bennett cuando le pregunté qué hacía–. Me he fijado en que este tío siempre habla de sí mismo en tercera persona. ¿Es normal?

Yo no había reparado en ello. Fue una constatación que no solo palió la incomodidad que sentía debido a la conducta indiscreta de Bennett, sino que volvió a resaltar su gran interés por mis investigaciones. Una vez más me ayudaba. Y me asaltó un pensamiento: no podía disculparme con él, pero tampoco agradecersele. Volví a caer en las garras de la desesperación.

–¿Cuándo saldré de aquí?

–El internamiento involuntario acabó hace tres días –dijo Cilla–. Ahora mismo, si estás aquí es por tu voluntad.

–¿Tengo que irme?

Qué raro tener un sueño erótico estando internada en una unidad de psiquiatría... O tal vez no.

–Dime qué te gusta más –decía Bennett en el sueño.

Me daba un beso en la boca y luego me estiraba el pelo hasta que me dolía.

–Lo del pelo –contestaba yo, para mi sorpresa.

Él me acariciaba el interior del muslo, y después me lo mordía. Luego volvía a preguntarme qué me gustaba más.

–El mordisco.

–Así me gusta –decía Bennett, y me lamía la mejilla como un perro.

Me pedía que me girase. Sentí, en sueños, que me penetraba por partida doble. ¿Cómo podía ser?

–¿Qué te gusta más?

–No puedo elegir –dije yo, y él continuó como dos hombres a la vez.

Cuando le conté el sueño a Cilla, en la siguiente sesión, comentó que no era raro que el dolor por la pérdida de alguien despertara sentimientos de índole sexual, y que, aparte de mi psique, también mi cuerpo estaba de luto. Dijo que el sexo es una afirmación de vida, incluso en sueños.

Las manos de otros hombres eran ágiles e incitantes. El tacto de Bennett era firme. Empezaba por tocar un punto de mi cuerpo en el que la caricia parecía infinita. Y la presión nunca era tímida, sino la de un escultor que modela la arcilla húmeda.

Para nuestra primera cita reservamos una sola habitación en la Old Orchard Beach Inn de Old Orchard Beach, en Maine.

Habíamos acordado que el primer encuentro cara a cara fuera en la intimidad de aquella habitación. Me sorprendió sentirme cohibida, teniendo en cuenta que lo esperaba desde hacía un mes. También nos habíamos puesto de acuerdo en que Bennett me esperara dentro. Llegado el momento, deseé que nos hubiéramos citado en algún sitio público donde pudiéramos hacer algo: un paseo en barca, una visita turística... Cualquier cosa menos vernos las caras en una habitación pequeña con una cama grande. Antes de Bennett, solo había estado con muchachos, independientemente de su edad: calientes, divertidos, veloces, peligrosos, egoístas y sexis, pero no seguros. Apenas había abierto la puerta cuando Bennett me tomó de la muñeca con firmeza para hacerme entrar. El hombre que vi no era guapo en el sentido convencional. Y enseguida supe que eso no tenía ninguna importancia. Sus facciones no eran simétricas. Un lado de la boca bajaba un poco más que el otro. Su piel delataba problemas de acné en la adolescencia. Sus ojos, azules y de largas pestañas, se engastaban luminosos en la piel ruda. Lo que en otro habría sido un defecto, en su caso acentuaba un atractivo como el que un Tommy Lee Jones joven despertaba en las mujeres. Un poder cinético. Se movía con languidez.

Besaba despacio. Intuía cuándo debía parar.

Y cuándo seguir.

Me besaba sujetándome la cara. Yo me aferraba a su nuca. Lo normal es que las mujeres valoren a los hombres altos, pero Bennett no pasaba del metro setenta y tres, y me gustó cómo encajábamos. Me alegré de que no llevara colonia. Olía a agua limpia de lago.

Nos dejamos caer en la cama. Me acercó más a él, pero esta vez no lo hizo tomándome de la muñeca. Su deseo anuló mi timidez. Cuando me dijo que era más guapa en persona, le creí. Ya no me sentía inhibida; era como si me hubiera contagiado su seguridad. Le ayudé a desabrochar mi blusa. No hubo problemas de cierres, porque me había puesto un top de seda. Me la quitó por la cabeza, tomándose su tiempo. Colocó mi mano sobre su erección, y después

me besó la palma. Dejó cada dedo un momento en su boca. Luego se puso de rodillas, aún con los vaqueros y la camisa blanca puestos, y me despojó del resto de la ropa. Me rozó con la barbilla y besó el interior de mis muslos. Yo lo deseaba, pero cedí la iniciativa. Él no tenía prisa, y yo tampoco. Me hizo recostarme en la cama, separó mis piernas y metió la lengua. Ninguno de los otros chicos me había hecho eso. No así. Me resultó violento correrme tan deprisa, pero solo hasta que advertí el placer que le había dado. Se levantó. Esta vez fui yo quien se puso de rodillas. Llevaba unos Levi's viejos, de botones. Sentí su erección mientras se los desabrochaba. Me incliné para rozarla con mis pechos.

–Ven –dijo.

Me metió un dedo y, al darse cuenta de lo preparada que estaba, me besó el cuello. Me hizo esperar algunos segundos más. Había autoridad en sus movimientos. Comprendía que en la inmovilidad había poder, y en la pausa, excitación.

–Ven –repitió.

Mi compañera de habitación en el hospital Bellevue era una alumna de primer año de la Universidad Sarah Lawrence que había intentado suicidarse llenándose la boca de papel higiénico.

–Me había bebido todo el alcohol de papá y tragado todas las pastillas de mi abuela, pero nada de eso hacía efecto –me dijo.

La habitación no difería mucho del típico cuarto de residencia universitaria, salvo en que el cristal de las ventanas estaba fabricado a prueba de impactos y el «espejo» del cuarto de baño era de acero inoxidable. No por cerrar la puerta gozabas de intimidad, ya que en el fragmento de pasillo que se veía a través de la ventanita circular nunca se apagaba la luz. Jody, mi compañera de habitación, me dijo que Cilla –quien nos trataba a ambas– había sido corista de Lou Reed. Yo no sabía cómo habría sido la vida de Jody fuera del hospital, pero desde luego aparentaba más que sus dieciocho años. (El abundante kohl que se ponía en los ojos no ayudaba.) El personal de ingreso había hecho que se quitara los *piercings* de la cara, y ahora una hilera de agujeritos surcaba su labio inferior.

Cilla, en cambio, no iba maquillada, pero parecía más joven de lo que yo

calculaba. Su rostro, sin arrugas, transmitía la misma serenidad que su benévola mirada. Debía de esforzarse a conciencia por perfeccionar una expresión neutral y desprovista de juicios de valor, como si tuviera delante a una paciente y no a la culpable de la muerte de su novio; la misma expresión que había intentado adoptar yo al complementar mi formación a base de encuentros semanales en el centro penitenciario de Rikers con chanchulleros de internet y exhibicionistas.

Me senté en su sofá. Ella lo hizo en un sillón de orejas con un cojín ortopédico. Me la imaginé en los viejos tiempos: pantalones de cuero negro y zapatos de plataforma, cantando detrás del rockero más guay de Nueva York.

Sacó su paquete de chicles Nicorette.

—¿Te molesta?

La consulta, espartana e institucional, estaba pintada con relajantes tonos tierra. Detrás del escritorio había un cuadro de estilo *color field*, naranja y siena, una muestra de esa pintura abstracta que en su momento se consideró radical, pero que ahora colgaba en las paredes de todos los psicólogos. Era la única nota de color.

—Parece que esta noche has descansado.

—Si tener pesadillas es descansar...

—Te puedo aumentar el Ambien.

—No hay dosis que pueda darme paz.

—Quizá la paz no sea el objetivo por el momento.

—Entonces ¿qué hacemos aquí?

—Dime cuándo fue la última vez que sentiste paz.

No tuve que buscar mucho en mi memoria: finales de junio, mi primer fin de semana con Bennett. Volvimos a quedar entre Montreal y Brooklyn, en un *bed & breakfast* algo anticuado que él había encontrado en Bar Harbor. Bennett bajó en coche, y yo subí en autobús. Bordeábamos la costa en kayak cuando del bosque salió un alce. Su impresionante cornamenta debía de medir cerca de cuatro metros de envergadura. Entre animal y árbol: nunca había visto un ser tan majestuoso. Por un momento, Bennett y yo nos quedamos igual de sobrecogidos. No hacía falta decir una palabra.

—¿Por qué lloras? —preguntó Cilla.

—Estaba con él. —La psiquiatra me ofreció la consabida caja de pañuelos de papel, que preferí no usar—. He destruido lo que quería. ¿Darías con la dosis que me hiciera aceptar algo así?

Cilla no dijo nada. ¿Había algo que decir?

–Ah, y para que veas lo retorcida que soy: echo de menos a mis perros.

Ella me miró con su expresión neutral y serena, como si me desafiase a desbaratarla.

–A veces me siento tan culpable por *Cloud* como por Bennett. ¿Por qué adopté a los otros dos?

–Quisiste hacer una buena acción.

–¿Ah, sí? En realidad, no era la primera vez.

–¿Ya habías adoptado perros antes?

–Los acumuladores compulsivos usan a los animales como automedicación.

–¿Te consideras una acumuladora compulsiva?

–Tengo potencial. De niña me llevaba a casa a todos los gatos y perros perdidos que encontraba, incluso a los polluelos sin plumas que se caían de los nidos. ¿Y sabes una cosa? Esos pajaritos estaban enfermos, por eso sus madres los habían expulsado del nido. Me llevé uno a casa, y por su culpa se murió mi adorado periquito.

–¿Qué pasa, que porque haya consecuencias imprevisibles es mejor no hacer buenas obras?

Saqué un pañuelo de la caja de la mesita que había entre las dos, a pesar de que no lo necesitaba. No estaba llorando, solo tenía ganas de aplastar algo entre mis manos.

–¿La muerte de Bennett era algo imprevisible? –pregunté–. ¿Y si una madre con un bebé recién nacido tiene en casa una pitón como mascota? ¿Y si una mujer deja que vuelva su novio, después de echarlo, y luego no se cree lo que su hija dice que le hace?

–¿Es el tipo de depredadores que estudias?

–No. Yo estudio a las víctimas.

Le expliqué por fin cómo había conocido a Bennett. Era el sujeto de control que había estado buscando. *Sí o no. Prefiere tener la razón a estar contento. Se siente cuestionado a menudo. Le gusta sentirse protector con las mujeres. Le agrada sentirse poderoso con las mujeres. Las mujeres le mienten.* Bennett se ajustaba en todos los criterios a la personalidad de tipo B, el macho no agresivo, el tipo de hombre con quien tu madre querría que te casaras. Yo nunca me había decantado por hombres que gozaran del beneplácito de la mía; por eso me pilló desprevenida su encantadora respuesta a mi personaje de internet. Su mensaje no era el de un ligón. No usaba la pantalla del ordenador

como un espejo frente al que arreglarse. En su primera respuesta no usó la palabra «yo» ni una sola vez. Lo suelo contar. El varón medio usa diecinueve veces el «yo» en el correo de presentación. Normalmente, «tú» aparece menos de tres veces. El mensaje de Bennett tenía forma de cuestionario. ¿Qué libro no te llevarías a una isla desierta? ¿Qué palabra te suena mejor en inglés? ¿Te gustan más los animales que las personas? ¿Qué canción te hace llorar, aunque te dé vergüenza admitirlo? ¿Adónde no irías de vacaciones? ¿Crees que los números irradian colores?

–¿Dirías que Bennett fue tu víctima? –preguntó Cilla.

¿Por qué había tenido que serlo? La razón se me escapaba. Los pitbulls no lo habían amenazado, excepto *Chester* en su reacción inicial de protegerme. Bennett, por su parte, decía que no le daban miedo, si bien es cierto que insistió en contarme que *Chester* le había gruñido cuando intentó guardar los huesos con tuétano que yo había sacado del congelador para los perros. Bennett no era amante de los animales, pero existía una aceptación provisional. ¿Cómo los había tratado en mi ausencia?

–¿Por qué elegiste especializarte en victimología? –preguntó Cilla.

–Más bien creo que la victimología me eligió a mí.

Las víctimas solo se convierten en supervivientes a posteriori. ¿Cómo se elige a una víctima?

Pongamos que cinco niñas se alejan de un parque. El depredador está en su coche, al otro lado de la calle. Su método de selección no se parece en nada al de una manada de lobos que elige un alce cojo. ¿O sí?

Estudia la forma de caminar de cada niña, y cómo su porte y sus andares están determinados por el rasgo dominante de su personalidad: tímida, atrevida, atenta, soñadora... Demora el momento de elegir a su víctima hasta que aparezca alguna que se ajuste a sus necesidades. La primera niña en irse camina dando saltitos: yo cuando iba al colegio. Sería fácil elegirla, pero este depredador en concreto no quiere una «saltarina». Resulta que las saltarinas, como presas, dan problemas. Se defienden. La segunda niña que llama su atención camina entre amigos que ríen, y aunque sí es su tipo, el depredador no quiere tener que esforzarse en separarla de los otros y arriesgarse a fallar. La tercera candidata habla a gritos por su *smartphone*, y la cuarta lleva una ropa demasiado masculina para el gusto del depredador. La quinta tiene algo de sobrepeso, y camina enroscándose en el dedo un mechón del flequillo. El pelo le tapa casi toda la cara, señal fidedigna de escasa autoestima y retraimiento emocional. La «enroscadora» nunca se defiende. Ya sabe que es una víctima; si no ahora, en algún otro momento. El depredador no tendrá que molestarse en seducciones. ¿Debe seducir el lobo al alce cojo?

El «método de aproximación» es un término que se refiere a cómo se acerca el delincuente a su víctima. Proporciona pistas sobre él, tales como sus aptitudes sociales, su constitución física y sus capacidades de manipulación. Los tres métodos de aproximación principales son el engaño, la sorpresa y la incursión. Por engaño nos referimos a cuando alguien hace creer a la víctima que necesita ayuda. Pensemos en Ted Bundy, el célebre asesino en serie, quien con su brazo enyesado pedía a las chicas que le ayudasen a sacar algo de su camioneta sin ventanillas. Por sorpresa entendemos cuando alguien permanece al acecho y, llegado el momento, reduce rápidamente a la otra persona. Pensemos en aquel que se esconde debajo del coche con un cuchillo y espera a

que las mujeres terminen de hacer la compra y abran su camioneta; aquel cuyo objetivo es el tendón de Aquiles, para que quien pretende que sea su víctima no pueda escapar. En el caso de la incursión hace falta un uso rápido y excesivo de la fuerza, a fin de vencer con rapidez las defensas de la víctima. Por ejemplo, un allanamiento de morada en el que se mata –o se viola y se mata con celeridad– a quien ha tenido la mala suerte de estar dentro de la casa.

La «valoración de riesgos» se refiere a las posibilidades que existen de que una persona concreta se convierta en víctima. El riesgo de ser víctima se subdivide en tres niveles básicos: riesgo bajo, riesgo medio y riesgo elevado. Esta clasificación se basa en la vida personal, profesional y social de la persona. La prostituta es un ejemplo obvio de persona de riesgo elevado: expuesta a un gran número de desconocidos, en contacto frecuente con consumidores de droga, sola a menudo durante la noche y con pocas probabilidades de que se la eche en falta. Una víctima de riesgo bajo tiene un trabajo fijo, muchos amigos y una agenda imprevisible.

Pero ¿y si hubiera otro tipo de factor de riesgo, como ser demasiado confiado no por credulidad sino por compasión? ¿Qué pasa con la niña a quien el depredador hace subir a su coche pidiéndole que lo ayude a encontrar un gatito perdido?

Así funciona en los seres humanos.

Tuve como profesor a un psiquiatra que permitía que sus pacientes acudieran a su consulta en compañía de sus perros. Me contó que una paciente se presentó con un pastor cruzado que se quedó a sus pies, muy obediente, mientras ella movía mucho las manos para subrayar con teatralidad sus conflictivos puntos de vista. En cambio, otro paciente que tomaba antipsicóticos se quedaba más quieto de lo normal al lado de su setter escocés y hablaba con voz tranquila y monocorde. En este caso, era el perro el que se levantaba y se paseaba nervioso por la consulta, llegando al extremo de gruñir en tono bajo y pegar las orejas al cuerpo. ¿Conclusión? Los perros saben diferenciar entre las conductas neuróticas y aquellas que constituyen una verdadera amenaza.

¿Amenazaba Bennett a los perros?

Cilla me ayudó a redactar una carta de pésame dirigida a los padres. Bennett me había enseñado una foto de ellos: su anciano padre tocando un acordeón de botones en la cocina de una granja mientras su madre bailaba en delantal. Cuando Cilla me preguntó qué me había contado sobre ellos, solo recordé cosas muy genéricas. Bennett no había sido muy explícito. Lamenté no haberle hecho más preguntas. Cilla me aconsejó no hablar de mi pena en la carta.

Mi hermano Steven le pidió a uno de los investigadores de su bufete de abogados que consiguiera la dirección de los padres de Bennett, visto que la Policía era incapaz de hacerlo: señor Jean-Pierre y señora Marie Vaux-Trudeau, en Saint-Elzéar, localidad quebequesa de menos de tres mil habitantes.

–Los padres no existen –me dijo Steven en su siguiente visita a Bellevue.

Era el principio de mi segunda semana allí, y Steven me había visitado casi todas las noches. Nos sentamos en la sala común, en unas sillas de plástico, mientras en el canal Investigation Discovery ponían el programa *Y no comieron perdices*. Anda que tener que llenar toda una temporada con historias de matrimonios que se matan entre sí ni más ni menos que durante su luna de miel... También estaba allí mi compañera de habitación, Jody. Steven siempre traía chocolate, y ella lo sabía. Se había puesto los auriculares para respetar nuestra intimidad, pero me fijé en que quitaba el sonido.

–Querrás decir que tu investigador no los ha encontrado – corregí a Steven.

–Oye, Steven –nos interrumpió Jody–, ¿la próxima vez podrías traer de ese que lleva sal y trocitos de beicon?

–¿Beicon? ¿En el chocolate? –dijo Steven.

–Puede que yo haya escrito mal el apellido –dije.

–Ha buscado todas las versiones posibles, y en Saint-Elzéar no hay nadie que se llame así.

–Quizá me haya equivocado de pueblo.

–Ha buscado en todas partes.

–En algún sitio tienen que estar. Alguien tendrá que decirles que su hijo ha muerto.

–Le he pedido al investigador que buscara el certificado de nacimiento de Bennett en el registro civil municipal. Nadie con ese nombre ha vivido nunca ahí.

–No te pedí que investigaras sobre Bennett.

–No estaba investigando sobre Bennett. Estaba intentando encontrar a sus padres para ti.

Conocía a mi hermano mejor que nadie. De niños éramos inseparables y muy protectores el uno con el otro, pauta que se da a menudo en los hijos de maníacos depresivos. Cuando nuestro padre estaba deprimido ignoraba a Steven, y en sus fases maníacas lo atacaba. El trastorno bipolar es uno de los pocos casos en que un depredador y una víctima pueden ocupar el mismo cuerpo al mismo tiempo. La lucha es desigual.

–¿Quieres que le diga que siga buscando a los padres de Bennett? –me preguntó Steven.

–Por supuesto que sí.

Más tarde, cuando estábamos solas en nuestra habitación, Jody empezó a roer el chocolate.

–A mi profesora de escritura creativa de Sarah Lawrence le pasó algo parecido. Conoció a un inglés por internet y se enamoró.

–¿Y por qué te contaba tu profesora su vida amorosa? –pregunté, pese a que apenas conseguía concentrarme en Jody; me había quedado atascada en cuanto Steven dijo que Bennett no había nacido donde decía.

–Es obligatorio que hablemos de tú a tú media hora cada semana para analizar lo que escribimos. No hay nada de que hablar, y las dos lo sabemos. Resulta que en realidad el mamón tenía doce años.

–Seguro que ocurre a menudo.

Acerqué la mano a la lámpara de la mesita de noche para apagarla.

–Espera, espera. Ya lo tengo. Eres la versión mala de aquella actriz, Charlotte Rampling, la de los ojos con esas pestañas tan sexis, que en función de la luz son marrones o verdes. La de los pómulos. Le he estado dando vueltas sin parar.

–¿La versión mala?

–Y la baja –añadió Jody–. Mi hermana y yo decimos que somos las versiones malas de Joan Fontaine y Olivia de Havilland. Vemos muchas películas antiguas. En cambio, tu hermano es como una versión buena de Nicolas Cage.

–Creo que él se conformaría con eso. A tu hermana no la conozco, pero no

me parece que tú seas la versión mala de nadie –añadí para quedar bien. Esta vez apagué la lámpara de mi mesita de noche—. Que duermas bien.

Le di la espalda a Jody para subrayar mi intención de no seguir hablando, pero la luz del ventanuco de la puerta iluminaba la habitación lo suficiente como para que fuera difícil fingir que yo estaba sola.

¿De qué sirve decir que se ha nacido donde no se ha nacido?

Como mentira de un hombre a una mujer, era desconcertante. Yo no le encontraba ninguna utilidad. A menos que Bennett se hubiera cambiado de nombre... Pero cuando la gente hace eso (a excepción del matrimonio, en que a veces la mujer adopta otro apellido) es para desvincularse del pasado y empezar desde cero. Si Bennett había cambiado de nombre, ¿qué otras cosas podía haber cambiado? ¿La historia de su infancia? Con el cariño con el que hablaba de sus padres... ¿Era acaso la infancia que deseaba haber tenido? ¿Quiénes eran esas personas de la foto? Bennett se parecía al hombre.

Me giré hacia la otra cama. Jody estaba dormida, o en todo caso, inmóvil. Su ridículo juego no se me iba de la cabeza. ¿De quién era Bennett la versión mala? Pensé en todos los actores de cine clásico que había visto de madrugada por la tele, y al final me decidí por uno tan icónico como Montgomery Clift. Durante el rodaje de *El árbol de la vida* había sufrido un grave accidente (estampó su coche contra un árbol), y a pesar de que la cirugía plástica a la que se había sometido era bastante buena para los años cincuenta, no cabía duda de que en lo relativo a su aspecto físico había un antes y un después. Pensé que Bennett era la versión mala de la versión mala de Montgomery Clift. En cuanto pensé eso, sentí vergüenza. ¿A qué venía el sarcasmo? Lo único que había hecho Bennett era mentir sobre su procedencia.

Jody persistía en su mutismo. Era con Kathy con quien me habría gustado compartir la habitación. Entonces no habría apagado la luz, ni le habría dado la espalda. Habríamos diseccionado todas las posibilidades de aquella extraña situación, y a fuerza de decir despropósitos habríamos acabado por reírnos. Al final, Kathy habría abogado por la dualidad: había que investigar, y al mismo tiempo asumir el riesgo que comporta la fe.

A ella la fe le había ido muy bien. Un alma aventurera, indómita y sabia la había guiado por una vida que muchos habrían envidiado... hasta cierto punto. Con veintiocho años, cursando tercero de medicina en la Universidad de Nueva York, le diagnosticaron un cáncer de mama que ya se había extendido a los huesos. Durante la primera tanda de quimioterapia siguió con las clases y

las prácticas. Se presentaba en el hospital con la cabeza descubierta, sin peluca ni pañuelo, y sus pacientes veían a diario su valor, sus ganas de seguir al pie del cañón cuando otra ya se habría rendido.

Vivió ocho años desde que recibió el diagnóstico, durante cuatro de los cuales compartimos un apartamento en Vinegar Hill, cerca del acceso al puente de Brooklyn. Murió justo antes de que Bennett y yo nos conociéramos.

Y ahora yo estaba en un manicomio compartiendo habitación con una estudiante de bellas artes.

¿Qué habría hecho Kathy?

Reservaría un vuelo para Montreal por la mañana, usaría la llave que me había dado Bennett y haría todas las averiguaciones posibles.

–Me voy del hospital esta tarde –le dije a Cilla la mañana siguiente.

Estábamos en su consulta, tomando té. Desde mi ingreso la había visto a diario, y ella me había prometido que me seguiría atendiendo como paciente externa. Me estiré las hilachas de los vaqueros, de esos rotos tan de moda.

–¿No te parece que sería mejor que te quedaras algunos días más? Hasta que te hayas montado una estructura de apoyo, como mínimo...

A mí me parecía que ella y Steven eran mi estructura de apoyo.

–Steven ha contratado para mi apartamento un servicio de limpieza especializado en crímenes.

–¿Seguro que estás preparada para volver, por muy limpio que esté el apartamento?

–¿Acaso tienen productos de limpieza diferentes de los que usamos los demás? Yo, cuando me sangra la nariz, ni siquiera consigo quitar las manchas de un trapo de cocina –le dije a Cilla–. No volveré a casa. Tengo que ir a Montreal, al piso de Bennett, para encontrar el teléfono y la dirección de sus padres. Mientras no los haya visto cara a cara, no podré volver a mi casa.

–¿Y consideras que te corresponde a ti, y no a las autoridades, darles la noticia?

–Nadie ha conseguido dar con ellos, ni siquiera el detective de Steven.

–¿Y crees que tú sí lo lograrás?

–Bennett era muy organizado. Colgaba las camisas y las corbatas por colores. Seguro que encontraré la dirección de sus padres en algún rincón de su escritorio. Nunca he visto una mesa tan ordenada.

–¿De modo que has estado en su piso?

–No. Me lo enseñó por Skype.

Habíamos cenado varias veces por Skype. Nos decidíamos por un chino, pedíamos los mismos platos y cenábamos como si estuviéramos sentados el uno frente al otro. En la mesa de Bennett siempre había un mantel. Yo usaba un salvamanteles.

–¿Estás preparada para lo que puedas encontrar? –preguntó Cilla.

Esa era una pregunta terapéutica de repertorio que yo misma había hecho a

los presos de Rikers. Todo el mundo contesta siempre que sí.

Pero antes tenía que ver a mis perros.

Tomé el tren directo a East Harlem, pensando que podía ser el día del desfile de los portorriqueños (por la cantidad de banderas de Puerto Rico que llevaban los coches, así como por las bocinas y la densidad del tráfico), pero después caí en la cuenta de que el desfile era en junio y estábamos en septiembre. Ya a una manzana de distancia me asaltó de golpe el olor del anexo de la perrera municipal, una mezcla de heces y miedo. La puerta estaba cubierta de folletos enganchados con cinta adhesiva que instaban a esterilizar y castrar a los animales domésticos. Justo al otro lado, tres mujeres que no aparentaban más de veinte años presidían una sala de espera llena de niños que lloraban, adolescentes inexpresivos y padres agobiados. Dos de las trabajadoras estaban hablando por teléfono, así que solo quedaba una para lidiar con la emotiva concurrencia, que en algunos casos venía en busca de su primer perro y en otros a dejar el suyo. A ese ritmo tardarían horas en atenderme.

Mi mirada se cruzó con la de un operario corpulento a quien una de las mujeres del mostrador había llamado Enrique. Le pregunté en voz baja si sabía dónde estaban los dos perros que había traído Control de Animales diez días atrás.

El hombre me contestó que recibían más de cien perros por semana.

—¿Sabe cuáles son sus números de cubil?

Yo no sabía nada de números de cubil. En su lugar añadí:

—Los del periódico. El hombre asesinado.

—¿El pitbull de morro rojo, y la otra grande y blanca?

—Sí, una gran pirineo.

—Están en el Módulo 4, pero en suspensión del DS por MP. —Vio que yo no entendía nada—. Del Departamento de Salud, por mordedura a persona. Aunque en la prensa leí que hicieron mucho más.

—Son míos.

—No puedo permitir que los saque usted de los cubiles, ni que entre en ellos. En las tarjetas pone «peligro».

—Pero ¿puedo verlos al menos? ¿Podría usted llevarme para que los vea?

Ví que Enrique miraba a las atareadas mujeres del mostrador. Después me hizo una seña para que lo siguiera. Cuando dejamos a nuestra espalda un cartel que rezaba «solo empleados», nos encontramos en el interior de una especie de manicomio lleno de aullidos que recordaba un poco a Bellevue. Traté de mirar sin ver: perros enloquecidos de miedo y frustración que daban vueltas en jaulas demasiado pequeñas, con el cuenco del agua volcado y heces tanto en el suelo como en las paredes... ¿Por qué no había más personal para atender las necesidades de esos animales?

Cloud nunca había dormido en ningún otro sitio que en mi cama.

La encontré acurrucada al fondo de la jaula, con la cabeza gacha y las orejas aplastadas a causa del terror. Cuando me acerqué, levantó la cabeza y profirió un gáñido. Dije su nombre en voz alta y le tendí la mano.

Enrique me frenó.

—No puede tocar al perro.

Me puse de rodillas y hablé con *Cloud*.

—Siento tanto que estés aquí, cielo...

¿Estaba mirando a la asesina de Bennett? Nadie lograría convencerme de que aquella perra lo había matado, así que solo quedaban *Chester* y *George*.

—¿Dónde está *George*, el pitbull?

—Aquí mismo, en el cubil de al lado.

Me di cuenta de que los gáñidos que había estado oyendo procedían de *George*, que había reconocido mi voz y mi olor. Deseé no haberlo conocido nunca. Deseé odiarlo. De no ser por aquel perro (y por *Chester*, que ya estaba muerto), Bennett seguiría vivo. Quizá no fuera casualidad que *George* estuviera en el corredor de la muerte cuando me lo llevé a casa para acogerlo. Quizá hubiera otro motivo aparte de la saturación de la perrera. Claro que era tan dulce, tan agradecido... Nunca había conocido a ningún otro perro que al comer de mi mano usara solo los labios, no los dientes.

Empecé a llorar. *George* era el perro beta frente a *Chester*, el alfa. ¿Podría eso hacer que llegara a perdonarlo? No era el ojo por ojo lo que yo buscaba. Por extraño que pareciera en aquellas circunstancias, yo no quería que *George* sufriera. ¿Qué hay de la madre cuyo hijo mata a su marido, a su propio padre? ¿Qué se espera, que lo odie? Es el mismo a quien quería una hora antes. ¿No opta por el perdón? ¿Y cómo? ¿Cómo es posible que lo haga?

—Tengo trabajo —me dijo Enrique—. Enviaré a alguno de los voluntarios. Prométame que no tocará a los perros.

Le di las gracias mientras él salía, cerrando la puerta a su paso. Me senté entre las jaulas de los perros, en el suelo sucio, desde donde podía verlos a los dos y ellos a mí, pero no el uno al otro. Cómo me habría gustado saber qué sentía... Me sentía culpable del destino de *Cloud*. Si estaba donde estaba –y aquí me salió la psicóloga que llevo dentro–, era por mi altruismo patológico, que hace que al actuar desinteresadamente el tiro nos salga por la culata y perjudiquemos gravemente a los demás sin darnos cuenta.

–Hay que ser valiente para venir aquí –dijo una mujer que había entrado en la sala. Lo primero que pensé fue que se la veía muy limpia para trabajar en aquel sitio. Llevaba una camiseta con el nombre de la perrera. Quizá acabara de empezar su turno–. Me lo ha contado Enrique. Me llamo Billie.

Se puso en cuclillas a mi lado, con el brazo tendido hacia la jaula de *George*, esperando a que se levantara y tuviera el valor de acercarse. Después metió los dedos para que se los lamiera.

–¿No te da miedo? ¿Sabes qué hicieron mis perros?

–Vi tu foto en internet. –Pese a conocer toda la historia, estaba acariciando a *George*, que se había apretado contra los barrotes de metal para dejarse tocar lo más posible. Lo oí suspirar con una exhalación satisfecha de barítono–. Qué mimoso es –añadió la mujer, rascándole un costado.

No me lo podía creer.

–Siento mucho lo de tu novio –dijo ella apartando los dedos. *George* se dio la vuelta en la pequeña jaula para dejarse hacer lo mismo en el otro lado. Ella se prestó al juego y empezó a rascarlo–. ¿Era guapo?

Fue la segunda cosa que me sorprendió de ella. ¿A quién se le ocurría preguntarle algo así a una persona que ha perdido a su pareja? Aun así, me cayó bien. Aparte de Cilla, era la primera persona que hablaba conmigo como si yo pudiera superarlo. De Kathy había aprendido que era posible sobrevivir a una experiencia así. La diferencia era que en mi caso tenía que «hacer como si» fuera a superarlo, al menos de momento. No podía aspirar a la fe que otros tenían a su disposición, pero actuaba como si la tuviese.

Volviendo a la extraña pregunta de Billie, oí mi respuesta: no. Bennett no destacaba por ser guapo. Era algo que había constatado al conocerlo, pero que había descartado casi simultáneamente. Era otra cosa lo que me atraía de él: su aplomo, una fuerza de otra clase.

–Tus perros son más fuertes de lo que crees. Será mejor que nos vayamos

antes de que alguien te encuentre aquí. En principio, es necesaria una orden judicial para verlos. Son pruebas.

Me despedí de *Cloud*. En cambio, no hablé con *George*, a pesar de que seguía con el cuerpo apretado contra los barrotes.

Salimos juntas de la sala.

–¿Están a salvo aquí? –pregunté.

–De momento sí. Mientras sean pruebas no les pasará nada malo.

Preferí no preguntar «¿y después?». Las dos sabíamos qué ocurriría.

–Los vigilaré. Toma. –Me dio su tarjeta: solo un nombre y un número, sin profesión—. Estoy aquí tres días a la semana. Si me llamas, te tendré al corriente.

Le di las gracias y le pregunté cómo había empezado a hacer de voluntaria en la perrera.

–Una vez encerraron aquí a un perro mío, un pastor cruzado con un poco de chow chow. Mordió al hijo de un vecino. También yo lo habría mordido si se hubiera burlado de mí como lo hacía de *Cubby*.

–¿Y qué le pasó a *Cubby*?

–No era prueba judicial.

–¿Y aun así quisiste trabajar aquí dentro?

–Sí. Es donde me necesitan.

Steven pasó a buscarme a la perrera; se había ofrecido a llevarme al aeropuerto. Mi visita a los perros le pareció demencial.

–¿Cómo puedes mirarlos siquiera, sabiendo lo que han hecho?

Probé con la comparación de la madre del hijo asesino.

–Estamos hablando de perros, Morgan. No de hijos –replicó Steven.

Para mí, la comparación funcionaba.

–Conoces a *Cloud* desde que tenía ocho semanas.

–Me refiero al otro.

No tenía pensado pasar la noche en Montreal. Mi plan era encontrar los datos de contacto de los padres de Bennett y marcharme enseguida.

Steven me hizo prometerle que iría a su casa cuando volviera.

–Ayer pasé por tu apartamento para ver cómo lo había dejado el servicio de limpieza. Está impecable, pero no hay donde dormir. Se han llevado la cama.

–¿La cama? ¿Qué otras cosas se han llevado?

–Se ve bastante vacío, pero bueno, han hecho lo que había que hacer. ¿Seguro que quieres volver allí?

La preocupación de mi hermano tenía precedentes: toda una vida. Steven siempre había desviado la locura de nuestro padre cuando iba dirigida hacia mí. Nuestro padre no era un hombre violento, salvo cuando se le pasaba la manía y se hundía en la depresión. En sus peores momentos era capaz de amenazar a nuestra madre con un cuchillo. A mí me veía como una versión más pequeña de ella, e igual de insubordinada. Una noche de verano, cuando yo tenía diez años y Steven dieciocho, nuestro padre entró en la cocina y vio el frutero vacío.

–¿Quién se ha comido mis melocotones? –berreó. Steven y yo lo escuchamos desde el sótano, donde estábamos viendo la televisión, y oímos que la tomaba con nuestra madre—. ¿Has dejado que se comieran mis melocotones?

–Eran para todos –oímos que decía nuestra madre.

Steven subió a la cocina. Yo lo seguí.

–He sido yo quien se ha comido los putos melocotones – dijo, cuando en

realidad me los había comido yo.

Mi hermano recibió la paliza en mi lugar. Dos meses después, nuestro padre lo echó de casa y él se fue en autostop a Nueva York, donde trabajó como albañil en Hoboken y se apuntó a clases nocturnas de criminología en John Jay. A mi llegada a Nueva York Steven ya estaba en Afganistán, trabajando de abogado para el Departamento de Estado. Recorría los pueblos más apartados animando a los jefes a que cumplieran uno de los pilares del islam, dar de comer a los pobres y crear un sistema público de defensa. El trabajo en sí le compensaba muchísimo, pero las condiciones de vida le afectaban mucho. Vivía con sus compañeros en un hotel reconvertido en búnker que pocos meses después de que se fuera saltó por los aires por obra de los talibanes. De vuelta en Nueva York entró a trabajar en Avaaz, una ONG cuyo nombre significa «voz» en varios idiomas de Europa, Oriente Medio y Asia. Steven se identificaba con su misión humanitaria y sus programas, que cubrían desde el tráfico de seres humanos hasta los derechos de los animales.

Aterricé en Dorval justo antes de la hora punta. Le di al taxista la dirección de Bennett en el Quartier Latin, en la Rue Saint-Urbain, que en Montreal sería el equivalente de Bedford Avenue, el epicentro de los *hipsters*, a algo menos de un kilómetro de mi casa. Las viviendas del Quartier Latin eran como las hileras de edificios parejos de Williamsburg, pero los franceses las habían pintado de azul claro y las habían decorado con balcones de hierro forjado como los que se ven en Nueva Orleans, mientras que en Williamsburg estaban adornadas con altares dedicados a la Virgen y homenajes a Italia de un *kitsch* con pretensiones.

Enfilamos una calle comercial. Había empezado el otoño y ya hacía mucho frío, pero había gente sentada en las terrazas de los bares.

Después de recorrer unas manzanas, el taxista aminoró la marcha para poder leer los números de las casas. No había ningún cuarenta y dos.

—¿Seguro que esta es la dirección correcta? —me preguntó.

—¿Es esta la Rue Saint-Urbain? ¿Hay parte norte o sur?

—Debería ser justo aquí.

Pagué y salí. Retrocedí dos manzanas, pensando que podía haber escrito el número al revés, pero el veinticuatro era una lavandería automática. Bennett

me había contado que debajo de su casa había un pequeño restaurante cuyo dueño le hacía las mejores tortillas que había probado en su vida, Deux no sé qué. Recorrí varias veces la manzana, pero no vi ningún restaurante. Introduje la dirección de Bennett en el GPS de mi teléfono y esperé a que me orientara, pero en la pantalla se leía que la dirección era inexistente.

–¡Venga ya! –dije en voz alta.

Entré en una tienda y pregunté si había cerca un restaurante que se llamase Deux y algo más.

–Esto es Montreal. Aquí todo empieza por Deux –dijo el dependiente.

Volví por donde había venido, como si por arte de magia los números fueran a cambiar y así la inquietud que sentía en mi interior pudiera desaparecer de golpe. ¿Le había escrito alguna vez a aquella dirección? No, solo nos comunicábamos por correo electrónico y Skype. Intenté recordar alguna otra cosa que me hubiera contado sobre su barrio o sus amigos, pero solo me vinieron a la cabeza los músicos a quienes representaba. Era agente de varios grupos *indies* canadienses. Quizá estuviera tocando alguno de ellos en la ciudad. Fui a un quiosco y compré un periódico y una bolsa de Smarties. A la vuelta de la esquina encontré un bar con terraza y me senté, a pesar del frío. Respiré profundamente un par de veces y abrí el periódico por la sección de cultura. No reconocí el nombre de ningún grupo.

Me fijé en que el bar empezaba a llenarse y la gente pedía para cenar. El vuelo de regreso no salía hasta las doce. Se encendieron las farolas. El camarero volvió a acercarse y esta vez pedí algo: *poutine* y una coca-cola light pequeña.

–¿Le va bien una pepsi light?

Trajo una botella *petite*. A diferencia de Estados Unidos, «pequeño» era pequeño. Tuve la sensación de que me timaban.

Me pareció que debería haber sabido cómo reaccionar. Me había pasado los dos últimos años memorizando procedimientos y metodologías, examinando escenas del crimen, interpretando informes de incidencias e investigando a desaparecidos y víctimas de todo tipo. En aquel caso, sin embargo, no se me ocurría ningún modelo que pudiera seguir. Tuve una ocurrencia curiosa: ¿podía denunciar la desaparición de un muerto? ¿Por qué me había dado Bennett una dirección falsa? ¿Qué escondía? ¿Una esposa? ¿Familia? ¿Tenía problemas con la Policía? De ahí que siempre fuera él quien venía a verme. De ahí los *bed & breakfasts*, con sus caseros indiscretos y sus

desayunos demasiado dulces, no por romanticismo, sino por secretismo...

¿Sobre qué más me había mentido?

¿Por quién guardaba yo luto?

Desde el piso de Steven, en cuyo sofá cama me había instalado, se podía ir caminando al laboratorio forense de Manhattan, en la Primera Avenida. Era allí adonde llevaban todos los cadáveres. Mi estado era de ansiedad anticipatoria en grado máximo. La noche anterior habían vuelto a llamar del servicio forense; era necesario que acudiera. Intenté convencerme de que quizá no fuera tan malo como me lo imaginaba. Recordé la primera vez que había visto un cadáver en clase de anatomía. Había tenido que forzarme a mirar tras vencer el miedo al mareo o el desmayo. Lo cierto es que al final prevaleció el interés científico y no me pasó nada. Sin embargo, lo que estaba a punto de ver no era un cadáver cualquiera. Bennett —o quienquiera que fuese— ya no era alguien reconocible. ¡No esperarían que mirase su cadáver!

Yo había esperado que Steven se enfadase cuando le contara lo de Montreal, y así fue, pero también se enfadó consigo mismo por no haber manifestado sus sospechas ante el hecho de que Bennett siempre tuviera alguna excusa para no coincidir con él. Como si yo pudiera haberle hecho algún caso...

Dado que yo no había vuelto a mi apartamento desde el alta de Bellevue, en cuestión de ropa no tenía mucho donde elegir: los mismos vaqueros que el día anterior, las mismas botas tobilleras y el jersey de canalé de cuello alto que me había puesto en Montreal.

Steven tenía cita en el consulado de Afganistán. Avaaz había iniciado una campaña de asilo para los traductores afganos. Me pidió que esperase hasta la tarde, porque entonces podría acompañarme, pero yo le aseguré que no era necesario. Entonces él me dijo que lo que me esperaba allí no era como ir a sacarse el permiso de conducir, pero yo seguí en mis trece: necesitaba saber la forma que tomaría mi visión cambiante de Bennett cuando viera su cadáver destrozado. A fin de cuentas, el cuerpo que yo conocía pertenecía a otra persona.

Frente al edificio monolítico y gris había un tráiler con una sala de calderas móvil. Me habría esperado más bien una unidad de refrigeración. Crucé el

punto plano de madera que cubría los cables eléctricos y accedí a un vestíbulo.

Me anuncié a la mujer del mostrador y dije que me esperaban en la tercera planta. Ella me pidió que me sentara mientras confirmaba la cita. Me llamó la atención la extraña selección de revistas distribuidas en dos mesitas: *Sports Illustrated*, *Parents*, *Garden & Gun* y, como toque singularmente existencial, *Self*. Al cabo de unos minutos, un hombre joven con una bata de laboratorio salió del ascensor y me preguntó si era Morgan Prager. Me invitó a seguirlo a otra sala de espera, aunque en esta olía a formol y no había revistas.

—¿Tengo que ver el cadáver? —pregunté con la certeza, en aquel mismo instante, de que sería incapaz de hacerlo.

—Normalmente hacemos las identificaciones por medio de fotografías, pero no es eso lo que le voy a pedir. Quiero hacerle unas preguntas. Tengo entendido que estaba usted prometida con el difunto. ¿Tenía su novio algún tatuaje, marca de nacimiento, cicatriz o deformidad?

—Supongo que la cicatriz de la ceja ya no cuenta.

—Perdone, pero debo preguntárselo.

—No, perdóneme usted a mí. Es que me parece mentira estar aquí. Bennett no tenía tatuajes. Claro que ni siquiera sé si se llamaba Bennett. ¿Qué pasará con el cadáver si nadie puede identificarlo?

—Permanecerá aquí seis meses, y luego lo enterrarán en el cementerio municipal de Hart Island, en las afueras del Bronx.

Yo no podía identificar el cadáver, pero ¿podía reclamarlo? ¿Quería hacerlo?

El agente había dicho que lo habían traído sin ninguna identificación personal, y que en mi casa tampoco habían encontrado ninguna.

—¿Y su móvil? —pregunté—. Lo llevaba siempre encima.

—Esperábamos que usted supiera dónde está. Y también su cartera.

—¿Me está diciendo que alguien se los llevó?

—Lo que le estoy diciendo es que la Policía no los encontró.

Tuve la impresión de que me estaba reprochando el hecho de que yo ignorase el paradero del teléfono y la cartera de Bennett, y de que le exasperaba mi incapacidad de resultar de alguna ayuda en la investigación.

Quedé sorprendida por mis propias lágrimas.

—Es que... no sé quién era. Creía que sí, pero no... Por favor, díganmelo cuando lo averigüen, ¿de acuerdo?

Volví a Williamsburg a bordo de un vagón de la línea L y fui a la piscina Metropolitan que hay cerca de la parada de Bedford, unos baños públicos de los años veinte con una claraboya tan larga como la propia piscina. Nadando en el agua a veintisiete grados, se veía el reflejo del sol en las baldosas. Si entornaba los ojos, podía imaginar que estaba flotando en el Caribe.

Para mí, nadar era a la vez una rutina –cinco días por semana, tanto en verano como en invierno– y una pasión. Aunque en realidad «nadar» no era la palabra correcta. Corría por debajo del agua. Usaba un AquaJogger, un aparato de flotación muy sencillo que se coloca en la cintura y hace que una quede suspendida en el agua. Había gente que se limitaba a trotar, pero yo corría con todas mis fuerzas. El agua me volvía más lenta y silenciosa; era como intentar subirse a un tren en sueños.

El vestuario, con sus ventiladores rotos, sus desagües atascados a causa de los pelos y su olor a amoníaco y laca de pelo, no te preparaba para la belleza de la piscina de veintitrés metros y tres carriles donde cabrilleaba la luz.

Yo usaba el carril lento, pensado para quienes nadaban de espalda, empleaban planchas o estaban más que nada de cháchara, flotando en plan perrito. Su anchura venía a ser como la de un vagón de metro, y al igual que estos últimos, estaba ocupado por desconocidos.

Normalmente entraba por la escalerilla, pero esta vez me tiré. Necesitaba el silencio y la compresión del agua, esos pocos segundos en que no importa nada de lo que esté por encima de la superficie. Después de subir en busca de aire, empecé a correr con una urgencia que me sorprendió. Adelanté a la mujer ciega que hacía saltos de tijera en el lado menos profundo, a las dos señoras mayores que en lugar de gorro de piscina llevaban uno de ducha y no se desmaquillaban, y al niño obeso que movía los pies sin avanzar. En tierra firme habría recorrido mil metros en menos de cuatro minutos.

Corría para huir del cadáver de mi antiguo novio, que ahora estaba en un depósito. Para huir de mi credulidad, de mi vergüenza. Cuanto más forcejeaba contra el agua mejor esperaba sentirme, pero me enfrentaba con algo tan grande que mi cuerpo no sabía si estaba relajado o simplemente cansado.

Al final, cuando salí de la piscina, experimenté otra vez la gravedad. Es corriendo bajo el agua como los astronautas aprenden a arreglárselas sin peso.

Salí de la piscina justo cuando empezaba el «solo para ellas», dos horas en que la instalación era de uso exclusivo para mujeres, en su mayoría jasídicas. Los ventanales de cristal que daban a la recepción quedaban tapados por unas cortinas, y la socorrista era siempre una mujer. En el vestuario, una docena de mujeres de todas las edades se estaban poniendo sus vestidos de baño, unos modelos largos hechos de la misma tela que los bañadores convencionales. Yo nadaba con un Speedo, pero nunca me sentía despreciada por ellas; la verdad es que me trataban como si yo no existiese. Salvo Ethel, que mostraba tanta curiosidad por mí como yo por ella. Decía que llevaba una vida aburrida en Williamsburg con la familia de su marido, que era del movimiento jasídico Sátmer, menos en verano, cuando estaba orgullosa de hacer de socorrista en un campamento *kosher* para niñas en los montes Catskill. Me habló de Aqua Modesta, la primera empresa de trajes de baño *kosher*, una tienda de venta electrónica que ofrecía trajes de baño «púdicos». En verano, sin embargo, ella llevaba lo último en moda de baño de Aqua Modesta: los «capris».

–Lo importante es no llevar nunca destapados los codos ni las rodillas –me explicó.

Me sequé en la zona de duchas y volví a entrar en el vestuario, que estaba a reventar. Hubo un momento en el que tuve la impresión de que de las perchas colgaban cueros cabelludos. ¡Las pelucas de las señoras!

–¿Has tenido que ver el cadáver? –me preguntó Steven.

–No, por suerte no.

–¿Te han dicho quién era?

–Sin dedos, no hay huellas dactilares.

Aquella ligereza no reflejaba mi estado de ánimo. Era más bien una manera de intentar contener una creciente histeria.

Esperé a que Steven se hubiera acostado para entrar en el Sistema Nacional de Personas Desaparecidas y No Identificadas, una base de datos accesible tanto para el público como para la Policía. En mi curso de autopsia psicológica todo el mundo tenía que registrarse con un nombre de usuario. Cliqué en el número de expediente que me había facilitado el empleado del servicio forense: ME 13-02544.

Edad mínima: 20

Edad máxima: 40

Raza: blanca

Etnia:

Sexo: Varón

Peso: 67

Estatura: 1,72, según medición

Inventario de partes del cuerpo (marcar todo lo que corresponda):

- Todas las partes recuperadas
- Cabeza o parte de ella no recuperada
- Tronco no recuperado
- Una o más extremidades no recuperadas
- Una o ambas manos no recuperadas

Observaciones sobre las partes recuperadas del

cuerpo: Se aprecian marcas de dientes caninos en todas las extremidades y partes restantes de ellas, así como en el tronco y el cuello.

Estado del cuerpo: avulsión del rostro.

A continuación entré en la base de datos de Personas Desaparecidas. Como Bennett (o quien fuera) no había vuelto a su casa, era muy probable que alguien se hubiera puesto en contacto con la Policía; su mujer, o su auténtica madre, no esa tal Marie Vaux-Trudeau.

Fui a la página de búsqueda avanzada e introduje la descripción física de Bennett, la última fecha en que se le había visto y su edad en el momento de la desaparición. En el área metropolitana de Nueva York había tres casos de personas desaparecidas que coincidían con la descripción general y la fecha de la desaparición.

Titubeé, queriendo y a la vez temiendo ver los resultados. Ninguna de las fotos se parecía ni remotamente a Bennett.

Entré en su página web, la que me había enseñado él mismo, para buscar la lista de grupos de música independiente que representaba. O decía representar. Las bandas existían de verdad, pero ninguna tenía un mánager que

se llamara Bennett Vaux-Trudeau. Hice una breve lista de otros «datos» que me había dado y que fueran fáciles de corroborar. Resultó que no había estudiado en McGill, ni le habían concedido una beca para el Berklee College of Music, ni había tocado el bajo con Radiohead. ¿Había algo en lo que no me hubiera mentido?

Ya llevaba casi una semana viviendo en casa de Steven cuando le pedí que me acompañara a mi apartamento para recoger algo de ropa y algunos libros. Para entonces ya no estaba precintado, pero aun así bastó con que girase mi llave dentro de la cerradura para que dos vecinas salieran al pasillo. El pésame de la señora Szymanski sonó sincero. Grace del Forno cerró la puerta en cuanto la miré.

Esperé en la sala de estar mientras Steven entraba en el dormitorio desprovisto de cama y buscaba lo que me hacía falta, consultando la lista que le había preparado. Como si estuviera en una película, miré una foto enmarcada que reposaba sobre la mesa de centro: se había tomado en Maine, y Bennett me pasaba un brazo por los hombros con el telón de fondo del lago Androscoggin. Al principio me quedé estupefacta, pensando que el servicio de limpieza especial también debería habérsela llevado. Mi perplejidad se extendió a la sonrisa de Bennett. ¿Era falsa? Lo miré objetivamente, deseando encontrar una frialdad que me habría dado pistas de haberla percibido antes, pero me consternó ver al hombre que siempre había visto.

Steven apareció en la puerta con dos vaqueros en las manos y una expresión interrogante.

—Los dos —dije, sintiéndome una cobarde por no querer entrar en mi propio dormitorio.

Acto seguido, Steven trajo una pequeña pila de libros. Le pedí que no olvidara mi portátil; no quería seguir usando el suyo a fin de evitar que Steven descubriese lo que tenía planeado consultar: Lovefraud.com, la primera web que me había sugerido Cilla. Claro que, por otra parte, también a él podía interesarle, porque hacía poco que le había engañado una nueva novia...

Cilla, a cuya consulta del Upper West Side había empezado a acudir como paciente externa, me había proporcionado nombres de páginas web donde

quizá encontrase a otras personas a quienes hubieran engañado de modo similar. Según ella, a varias de sus pacientes les resultaban de utilidad.

Se trataba de páginas que yo ya conocía y que usaba en mi investigación para buscar mujeres que parecieran encajar en la definición de altruista patológica. En ellas, las mujeres publicaban confesiones: «Se enamora, se declara, consigue dinero y desaparece». «¿Por qué me siento culpable?» «¿Lo hace para desquiciarme?» «Mi única esperanza es que exista el karma.» Yo nunca había creído en la psicología popular, ni en lo de «compartir experiencias». En ese campo era casi una profesional y me veía por encima de esas cosas, pero ahora estaba desesperada.

Entré en la cocina en busca de agua para regar el ficus. Pasé al lado del cesto de mimbre donde guardaba los juguetes de los perros. Al levantar la tapa, vi que estaba vacío; Steven debía de haber dado el visto bueno para que se los llevara el servicio de limpieza. También busqué los cuencos de los perros, así como manchas de sangre que se les pudieran haber escapado a los limpiadores.

Regresamos al apartamento de mi hermano. Dije que estaba agotada, pero en cuanto Steven se acostó abrí mi portátil.

Los sociópatas representan el cuatro por ciento de la población: doce millones de estadounidenses. No se trata necesariamente de criminales rabiosos. En su mayoría son encantadores e inteligentes, y saben simular preocupación e incluso amor, pero carecen de conciencia, no sienten ninguna empatía y su conducta no genera sentimiento de culpa ni vergüenza en ellos. Son expertos en manipular. Durante la infancia y la adolescencia, el nueve por ciento de la población sociópata tortura o mata animales.

Cualquier estudioso de la victimología conoce los criterios del *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* para el «trastorno de personalidad antisocial», que es como se denomina clínicamente a los sociópatas:

Los sociópatas mienten constantemente.

Los sociópatas no se disculpan.

Los sociópatas creen que las reglas no les incumben.

Los sociópatas creen que lo que dicen se hace realidad.

Las únicas personas que toleran a los sociópatas durante largos períodos son las que lo hacen manipuladas por ellos.

Los sociópatas no tratan bien a los animales domésticos.

Los sociópatas son casi siempre infieles.

Abrí Lovefraud.com y leí el caso de una mujer cuyo novio tenía tatuado el nombre de otra en el pecho. Le había dicho que era su hermana pequeña, muerta al nacer, pero resultó ser su esposa.

Hacia las cuatro de la madrugada, cuando ya no entendía muy bien lo que leía, recuperé de golpe la concentración.

Hilo: Enganchada a un sociópata

Por Lectora de Lovefraud

5 de junio de 2013

20 comentarios

Lo conocí en una página web de citas para solteros judíos. El primer mensaje que me escribió era encantador. En lugar de hablar de sí mismo, me hacía preguntas sobre mí. ¿Qué libro no te llevarías a una isla desierta? ¿Qué canción te hace llorar, aunque te dé vergüenza admitirlo? ¿Te gustan más los animales que las personas? Peter L. era agente literario. Me enseñó su página web, y algunos de los escritores a los que representaba me sonaban.

Yo vivía entonces en Boston, y él en Manhattan. Siempre venía él a verme, y no me invitó a su casa ni una sola vez. Nunca me presentó a ningún amigo, ni quiso conocer a los míos. Decía que teníamos tan poco tiempo para estar juntos que prefería concentrarse en mí.

Cuando estábamos separados, hablábamos íntimamente por Skype. Me hizo sentir cómoda con lo que al principio me cohibía. También su interés por mi trabajo parecía sincero. Me dedico a analizar informes de incidencias para la Policía de Boston. Una tarde vi que se celebraba una lectura de uno de sus escritores en la librería Harvard de Cambridge. Compré el libro, y cuando le pedí al autor que lo firmase, le comenté que conocía a su agente. «¿Ah, sí? –me preguntó él mientras buscaba un bolígrafo–. ¿De qué conoces a Harriet?». «No, a Harriet no –dije yo–. A Peter». Él puso cara de desconcierto. «¿Quién es Peter?». Por la noche, cuando le pedí cuentas a Peter por teléfono, él me preguntó: «¿Por qué me espías?». ¿Espiar? Aun así seguimos viéndonos, si bien yo tenía la sensación de que Peter sospechaba que yo ya no me fiaba del todo de él.

Seguíamos viéndonos los fines de semana, pero en lugar de que él viniera a mi casa íbamos a alguno de los románticos bed & breakfasts de Maine.

No tardó mucho en pedirme que me casara con él. Vendí mi apartamento, dejé mi trabajo y llegué a Penn Station, donde se suponía que me estaba esperando. Lo que hizo fue mandarme un mensaje de texto en el que me pedía perdón por tener que trabajar hasta tarde y me decía que usara la llave que me había dado para entrar en su casa...

No hacía falta seguir leyendo. Era una dirección inexistente.

Poner a Steven de los nervios me procuraba una especie de satisfacción siniestra. Verlo cada vez más indignado me hacía sentir más viva.

–Si no estuviera muerto ya, yo mismo lo mataría –dijo.

Era el tipo de lealtad que yo anhelaba. Podía contar con que Steven estaría de mi lado en todo momento, pues siempre había sido así. Como cuando le hizo sangrar por la nariz a un niño que había hecho circular algún rumor sobre mí en el colegio, o cuando encontró tiempo para enseñarme a conducir un coche con cambio de marchas después de que nuestro padre me hubiera dado por inútil.

Preparó dos *dirty martinis* y se tomó el suyo a sorbitos mientras yo engullía el mío casi de un trago. Vivía en el vigésimo noveno piso de un rascacielos alto y estrecho de la calle Cuarenta y ocho. Desde el sofá se veían las luces de la sede de la ONU.

–Y ni loca permitiré que *Cloud* pague por mis errores –dije mientras levantaba el vaso para que me lo rellenase–. ¿Podrás defenderla en la vista? Será dentro de poco.

–Me encantaría, pero no es lo mío. Será mejor que se lo pidas a un tipo que conozco de la Facultad de Derecho, Laurence McKenzie. Fue el editor de *Law Review*, pero después de licenciarse rechazó ofertas que a los demás nos habrían flipado y se dedicó a la parte jurídica de la protección de animales. Salimos de copas unas cuantas veces al año. Y siempre lo veo en la gala benéfica de Avaaz. ¿Quieres que lo llame de tu parte?

–¿Me lo puedo permitir?

–Eres mi hermana. Lo hará por amor al arte.

La oficina de McKenzie estaba en una manzana un poco cutre de Bushwick, cerca de la parada de metro de Montrose Avenue, entre un taller de reparación de coches y una tienda nueva de quesos caros. La recepcionista era una chica joven que llevaba el pelo cortado a máquina y lucía una huella de pata del

tamaño de un dólar tatuada en un lado del cuello. Me hizo pasar sin esperar al despacho de McKenzie.

El hombre sentado al otro lado del escritorio aparentaba algo menos de cuarenta años. Estaba hablando por teléfono. Me indicó que me sentara, y levantó un dedo en señal de que no tardaría mucho en colgar. Durante la espera pude fijarme en un tablón de anuncios lleno de fotos de perros clavadas con chinchetas, un poco como los ginecólogos que tienen fotos de los bebés que han ayudado a dar a luz. En una foto enmarcada salía con una trompa de elefante apoyada en la mano, y en otra rodeado de chimpancés. También estaba aquella tira cómica tan buena de Shanahan, en cuya primera viñeta se ve a un niño que se ahoga y le grita a un collie que está en la orilla: «¡Lassie! ¡Ve a pedir ayuda!». En la segunda viñeta se ve a *Lassie* boca arriba en el diván de un psiquiatra.

La ropa de McKenzie no decía «abogado». El hombre que hablaba por teléfono vestía vaqueros y una camiseta de Adopt NY con la silueta de una cabeza de pitbull. Tenía cara de haber vivido mucho, en el buen sentido. La longitud de su pelo, prematuramente gris, no debía de representar ninguna distracción cuando iba a un juicio. Oí un ruido debajo de la mesa, y justo después apareció un galgo que se desperezaba.

Lo primero que hizo McKenzie después de colgar fue presentarme al galgo, *Faye*, una hembra con el pelaje a finas rayas. Además del típico collar ancho de cuero, llevaba otro de perlas falsas. En lugar de lamerme la mano, sus dientes castañetearon como si tuviera frío. McKenzie dijo que era algo propio de los galgos.

Lo segundo que hizo fue preguntarme si traía una foto de *Cloud*.

Busqué en la aplicación de fotos de mi móvil, y cuando vi que en todas las recientes de *Cloud* salían *Chester* y *George* me dio un ataque de remordimiento. Me detuve en una donde los pitbulls estaban acostados en mi cama y *Cloud* tumbada sobre las almohadas, tan grandota ella. Levanté el móvil para enseñársela a McKenzie.

—¿A cuál de ellos disparó el policía?

Señalé a *Chester*.

—¿Y a los otros dos los retienen en East Harlem?

—Ni siquiera me dejan tocarlos.

—Steven me lo ha contado todo.

Empecé a llorar.

–¿También te ha contado que no tengo dinero para abogados?

McKenzie se levantó y se acercó a la máquina de agua fría para servirme un vaso.

–No me dedico a esto por dinero. Fíjate. –Señaló las fotos de animales de la pared–. Son clientes que no me pagaron nada, y eso que conseguí veredictos favorables para todos ellos.

–¿De qué acusaban al elefante?

–*Jasmine* atacó a su domador del circo. Conseguí demostrar que fue en defensa propia: el domador usaba una picana eléctrica.

–Pero no mató al domador.

–Tuvo suerte.

McKenzie me explicó qué era lo primero que necesitaríamos: el historial veterinario de *Cloud* y un informe de la Sociedad Norteamericana de Evaluación del Comportamiento.

Le pregunté si creía que existía alguna posibilidad de salvarla. Contestó con una evasiva que me pareció de repertorio, si bien más tarde se demostró que si de algo pecaba era de humilde.

–Se me da bien mi trabajo.

–Steven te admira mucho.

Me disculpé, sintiendo que volvía a llorar. *Faye* se levantó y vino a consolarme.

–Así me gusta –le dijo McKenzie. Luego, dirigiéndose a mí, añadió–: A ella también se le da bien el suyo.

Cuando abrí la puerta nueva de mi apartamento (la vieja la había reventado la poli), la luz diurna se había replegado hacia la oscuridad. Era la primera vez que me quedaba a pasar la noche desde que sucedió todo.

Las únicas estancias donde no había entrado la última vez, cuando fui con Steven, eran el cuarto de baño y el dormitorio. Steven había mandado cambiar la puerta del lavabo, por una razón que yo aún tardaría un poco en entender. ¿Y quién había puesto una cortina nueva en la ducha? La típica de hotel, blanca, con algodón estriado sobre una lámina de plástico transparente. Se habían llevado (¿y tirado a la basura?) la colección de botecitos de champú de hotel. El papel higiénico, de una marca que nunca había usado, tenía un dibujo de un

cachorro jugueteón estampado en el envoltorio de los rollos. La brigada de limpieza había sustituido lo más visible, pero no había sacado el contenido del botiquín. Encontré la maquinilla de afeitar de Bennett en una de sus estanterías, donde solía estar. La agarré con un poco de papel higiénico y me la llevé a la cocina con la intención de meterla en una bolsa resellable, para el ADN, pero luego me di cuenta de que eso era un disparate. El cuerpo de Bennett estaba en el depósito de cadáveres. Tiré la maquinilla a la basura.

De mi dormitorio se habían llevado casi todos los muebles, y también las alfombras. Había un colchón nuevo sobre un somier metálico normal arrimado a la pared equivocada. Yo siempre dormía en el lado derecho de la cama, y nunca junto a la pared. Le había contado a Bennett que en mi infancia, cuando más impresionable era, había visto un episodio de la serie *En los límites de la realidad* donde una niña pequeña que dormía al lado de una pared caía a la cuarta dimensión, y después la pared se cerraba. Al principio, a Bennett mi costumbre le había resultado entrañable. Durante nuestro último encuentro en Maine, en cambio, me dijo: «Si de verdad me quieres, dormirás junto a la pared». A mí no me pareció que de esa manera le demostrara más mi amor que con palabras. Recuerdo que pensé que era uno de los típicos indicadores de una serie de patologías de control. Me coloqué junto a la pared, pero no pude dormir. Por la mañana, Bennett me hizo el amor con una ferocidad que una vez más me arrebató. Nunca perdió la capacidad de seducirme, aunque yo supiera que se enorgullecía de poder conseguirlo independientemente de lo que hubiera hecho.

Encontré sábanas limpias e hice la cama. Después pedí la cena al restaurante chino de la esquina y me senté a la mesa de la cocina para mirar el correo (folletos y facturas, nada que no pudiera esperar).

Abrí mi portátil y entré en la página de la CNN. Era muy probable que fuera la única treintañera en todo Williamsburg que estaba viendo las noticias a esas horas. Seguí haciéndolo después de que trajeran la comida, y solo al terminar me percaté de que no había usado salsa de soja. Normalmente la mezclaba con mostaza picante y la rociaba con generosidad sobre casi todos los platos. No me extrañó que lo hubiera encontrado todo bastante insípido.

Un vistazo al armario donde guardaba las bebidas alcohólicas me informó de que solo tenía media botella de tequila y un poco de ron añejo. Adiós al whisky que creía que me apetecía.

En el dormitorio no había lámpara para leer. Supuse que los profesionales

no habían conseguido quitar la sangre de la pantalla de muaré que me había comprado en el mercadillo de Meeker Avenue. Me acosté y cerré los ojos. El colchón era más duro que el de antes, y las sábanas tenían más hilo. Por lo visto, Steven no había reparado en gastos. Pero todas esas comodidades no conseguían contrarrestar las imágenes que se habían adueñado de la habitación. El recuerdo de lo que vi aquel día despertó algunos síntomas de ansiedad y dolor. Empecé a sentir escalofríos y a llorar. ¿Cómo se me había ocurrido que sería capaz no ya de entrar, sino de dormir en la habitación de la muerte? Si hubiera vivido en cualquier otro sitio, y no en Nueva York, habría tenido la opción de mudarme, pero tal como estaba el mercado de alquiler eso quedaba descartado de antemano. Aun así, no tenía ninguna necesidad de dormir en aquella habitación.

Tampoco en la cocina estaba a salvo. Recordé las mañanas en que Bennett me regañaba por dejar la encimera llena de migas, cuando en realidad era él quien por la noche, después de tomarse un Ambien, se había preparado algo de comer, sin recordar el típico efecto secundario de comer dormido. A veces no se acordaba de haberme hecho el amor. O al menos eso decía. En esas ocasiones, juraba que lo único que no se le podría olvidar jamás era lo mucho que me quería. Y aunque fuera una cursilada, yo me dejaba convencer.

Me llevé una copa de ron a la sala de estar. No sería la primera noche que durmiera en el sofá. Si es que podía conciliar el sueño... Pero ¿cómo iba a dormir? El televisor estaba en el dormitorio, anclado a la pared. Sin embargo, necesitaba compañía. Quedaban los libros.

No estaba de ánimo para los grandes nombres, ni me importaba una mierda la vida de Winston Churchill. Tampoco era el momento de releer *Crimen y castigo*. De hecho, no quería releer nada. Al ojear las estanterías me paré en un título que no reconocí: *Las amistades peligrosas*. Había visto la película hacía años, pero no recordaba haber comprado el libro. Era una edición de bolsillo muy gastada, con varias esquinas dobladas. Encontré comentarios escritos a mano en los márgenes, aunque no supe ver si eran de Bennett. Caí en la cuenta de que no conocía su letra. Sus gustos literarios no tenían nada de provincianos. A veces se dejaba novelas que yo descubría encantada, como *El quinto hijo* de Doris Lessing. Para mí era importante que nos gustaran los mismos libros.

Había algo subrayado: «... imprudentes, que no saben ver en su actual

amante a su futuro enemigo». Retrocedí unas líneas y comprobé que se trataba de una mujer que hablaba de otras mujeres.

En la adaptación cinematográfica de esta novela sobre unos decadentes aristócratas franceses del siglo xviii, dos antiguos amantes se entretienen mutuamente con el relato de sus conquistas sexuales. La marquesa de Merteuil y Valmont convierten en un arte la destrucción de aquellos a quienes seducen y acaban enamorados de ellos. Poco les importan esas almas de desecho. Para ellos todo gira en torno al juego y –en última instancia– la lealtad que se profesan, pero cuando esta última peligra, y la marquesa acusa a Valmont de haberse enamorado de uno de los objetos de su deseo, el juego adquiere un cariz mortal.

¿El subrayado era de Bennett? ¿O había comprado el libro de segunda mano?

Otro subrayado: «El hombre goza de la felicidad que experimenta, y la mujer de la que procura... El placer del uno es el de satisfacer deseos; el del otro es sobre todo hacerlos nacer».

Yo esperaba que eso lo hubiera subrayado otra persona, porque me enfurecía. Iba en contra de todos mis sentimientos sobre cómo me había tratado Bennett.

Me llevé el libro al sofá. ¡Ah, la memoria del cuerpo!

Poco a poco recordé algunas otras cosas. Bennett siempre se duchaba inmediatamente después de hacer el amor.

Hacía que me acabase cualquier postre que me hubieran traído, hasta que dejé de pedirlo. Más tarde me regaló una falda de cuero muy cara de una talla menor que la mía. ¿Cumplido o advertencia?

No habían sido hechos simultáneos. Entre aquellos actos retorcidos transcurría mucho tiempo, suficiente como para vencer mi intuición y concederle a Bennett el beneficio de la duda, que a fin de cuentas es algo piadoso, una virtud. Se trataba del mismo hombre que se paraba y me hacía girarme para que nos viéramos reflejados en un escaparate.

–Míralos –decía.

¿Orgullo o arrogancia?

Cilla consideraba que no se ganaba nada con averiguar quién era en realidad Bennett, pero ella no había estado enamorada de él. Y tampoco se le había ocurrido la idea del estudio ciego de depredadores y controles que me había llevado a conocerlo.

Esa noche leí al azar algunas páginas de *Las amistades peligrosas* en busca de pistas sobre quién podía haber sido —o aspirado a ser— Bennett, suponiendo que los subrayados fueran suyos. Cuanto más leía sobre la marquesa, más inquieta me sentía y más familiar me resultaba el personaje. Bennett me había hablado una vez acerca de una «conocida» (había pronunciado esta palabra dibujando comillas en el aire) de cuando tenía casi treinta años. En un casino de Montreal, adonde había ido a celebrar la venta de dos cuadros «heredados» (en este caso las comillas son mías), se le había acercado una mujer muy guapa y le había dicho: «Esto tienes que verlo».

Según Bennett, la mujer lo había llevado a ver a una señora de pelo gris que metía fichas en una máquina tragaperras de cinco dólares separada con cordones del resto de las máquinas. Los guantes blancos de la mujer, largos, como de ir a la ópera, estaban sucios de tanto tocar las fichas. La mujer guapa señaló a Bennett a un hombre mayor que, a poca distancia, por medio de un megáfono, pedía repetidamente a su esposa que se apartara de la máquina. Lo habían llamado por teléfono del casino cuando su mujer llevaba perdidos treinta mil dólares.

Bennett me contó que él había interpretado que la mujer guapa le daba un ejemplo de lo que no había que hacer, pero que luego ella le dijo al oído: «Es un juego. Llamen la atención y luego les dan una habitación gratis». Entonces Bennett, por lo que me dijo, adujo algo tan evidente como que aun así no recuperarían los treinta mil dólares. La mujer guapa le explicó que el viejo era millonario. Le pedía a su esposa que se pusiera esos guantes de gala sucios y que diera tanta lástima que al final tuvieran que llamarlo a él para que la salvara de sí misma. «El hombre goza de la felicidad que experimenta, y la mujer de la que procura.»

Bennett le preguntó a la mujer guapa cómo lo sabía, y ella le explicó que los había visto un mes atrás en otro casino. Añadió que a los casinos no les importaba, porque ellos seguían cobrando.

Fue, me contó Bennett, la mujer que marcó los siguientes tres años de su vida.

Pasadas unas horas, seguía sin dormir. Me puse la bata y subí a la azotea. Mi edificio solo tenía cinco pisos, pero era más alto que las casas adyacentes, con sus tejados de alquitrán, sus chimeneas torcidas y sus parabólicas. Desde mi azotea se gozaba de una vista clara de Manhattan, aunque interrumpida. Un año antes, cuando me instalé, veía el puente de Williamsburg, pero la incesante construcción en la orilla del río había ido cerrando poco a poco el pasillo visual. El Cuatro de Julio había subido con Bennett para que viera los fuegos artificiales durante su primer fin de semana en mi casa. Normalmente los veía con Steven, desde que éramos niños, pero le di la falsa excusa de que en esa ocasión no estaría en Nueva York. Bennett dijo que aún no estaba preparado para conocer a mi hermano, y que no quería desvirtuar el tiempo del que disponíamos para los dos.

El Ayuntamiento alterna los dos ríos de año en año para el espectáculo. Aquella vez tocaba el Hudson. Bennett había dicho que parecía que New Jersey estuviera atacando Nueva York. ¿Quién era? ¿Quién?

Por el cielo corrían nubes espectrales. Temí no volver a sentirme una persona normal nunca más. Mientras bailábamos una lenta, Bennett había tarareado un clásico de los Drifters, *Up on the Roof*. Me había dicho que uno de sus grupos emo pensaba hacer una versión. Y yo me lo había creído.

Alguien se había dejado una tumbona rota cerca de la baranda. Me senté. La única vez que había visto estrellas sobre la ciudad había sido durante un apagón provocado por el paso del huracán *Sandy*. Esa noche la mayoría de los bloques de oficinas del centro estaban a oscuras, pero no el nuevo World Trade Center. Por su posición, la luna creciente –símbolo del islam– parecía tocar la torre iluminada.

Lo conseguí. Superé la primera noche. Dormir no es que durmiera mucho, pero la superé. En el armario de la cocina que abrí en busca de un filtro para la cafetera también encontré los cereales de Bennett. Ya me tomaría un café de camino a la universidad. Como había adelgazado una talla, me puse los vaqueros de pitillo y un jersey de algodón de cuello alto. Mi concesión al maquillaje fue un toque de corrector debajo de cada ojo.

Después de lo que había leído la noche anterior, entrar en Lovefraud.com puso de relieve la elocuencia de la marquesa en contraste con la cursilería de las americanas engañadas. En respuesta a la carta que había leído hacía unos días, escribí:

He leído tu horrible experiencia con mucha empatía y una sensación creciente de familiaridad. Yo también estuve liada con un hombre que me hacía las mismas preguntas, se hacía pasar por agente y, en lugar de invitarme a su casa, siempre quedaba conmigo en algún bed & breakfast en Maine. El colmo es que me dio una llave de su piso y, tal y como te pasó a ti, la dirección no existía. Te darás cuenta de lo urgente que es que hablemos. Puedes escribirme a yesorno@hotmail.com.

Era la dirección de correo electrónico segura que usaba para escribirme con los participantes de mi estudio.

No resultó fácil volver a las clases. Mi plan era entrar cuando ya hubiera empezado el profesor e irme unos minutos antes. Una de mis últimas asignaturas, después de dos años de posgrado, era psicología y derecho. Sonaba a asignatura de primer curso, pero en realidad era una visión de conjunto de las confluencias más recientes entre temas de salud mental y jurídicos. Ya me había perdido una cuarta parte de las clases. La última a la que había asistido había sido la de la mañana del día en que encontré muerto a

Bennett. Temía las cabezas giradas de mis compañeros, y cómo me verían: la victimóloga convertida en víctima.

Entre el alumnado de John Jay había desde polis de barrio que se sacaban unos créditos extras para agilizar un ascenso hasta antiguos guardias de prisiones que deseaban llegar a celadores, pasando por psiquiatras que aspiraban a hacer autopsias psicológicas. El campus urbano se distribuía a lo largo de cinco manzanas en la zona de las calles Cincuenta Oeste, cerca del hospital Roosevelt. El edificio que siempre se fotografiaba, uno de mármol y ladrillo rojo construido en 1903 que no habría desentonado en cualquier campus de la Ivy League, era el de administración. Todas mis clases tenían lugar en un anexo moderno y anodino. Pasé mi tarjeta con foto por el lector electrónico y subí por la escalera hasta mi aula. El profesor estaba hablando con un alumno sobre el funcionamiento del PowerPoint. Como las luces aún estaban encendidas, todos pudieron verme bien. Me quité la mochila sin mirar a nadie a los ojos y tuve la suerte de encontrar un asiento vacío al lado de mi amigo Amabile, un policía dominicano que hacía honor a su nombre. (Durante el poco tiempo que salimos me explicó lo que significaba: «amable».) Puso una mano encima de la mía y la dejó ahí un momento. Me fijé en que llevaba una camiseta donde se leía GO BLOODHOUNDS, en apoyo del equipo de baloncesto de John Jay. Se debía de hablar mucho de mí. No costaba mucho trabajo imaginar que algún día la bibliografía criminológica incorporaría un artículo sobre mi caso.

Yo me había interesado por aquel campo de estudio en busca de una respuesta, pero no a lo que se pregunta todo el mundo (¿por qué hay gente que se pasa de la raya?), sino a por qué casi nadie se pasa de la raya. Quería saber qué era lo que me retenía a mí, y por qué margen. Mi interés no era solo académico, sino también personal.

Steven y yo procedíamos del Medio Oeste, con todos los estereotipos de rigor que ello comporta: nuestro padre era conservador, autosuficiente, honrado y tozudo; salvo en fase maníaca, claro, porque entonces se volvía carismático, aventurero y seductor. Durante una de esas fases nuestra madre se casó con él. Había emigrado a Illinois desde California, y era hija de un matrimonio de Oklahoma que, tras huir de la gran sequía que asoló los campos durante los años de la depresión, no logró hacerse un hueco en el Valle Central de California y acabó trabajando en los mataderos de Chicago y viviendo en el

South Side, con los negros recién llegados del sur. Nuestra madre era maleable, independiente, temeraria y presumida, además de muy guapa. No tenía ninguna intención de quedarse en el South Side. Cuando estaba embarazada de siete meses de Steven, presencié cómo se le disparaba a su marido por primera vez la manía pura y dura. Todo empezó cuando mi padre puso en tela de juicio las advertencias del ginecólogo acerca de que no se acostaran hacia el final del embarazo. Ante la negativa de mi madre, con quien se acostó fue con una sobrina de ella que solo tenía dieciséis años. Por mucho menos que eso las mujeres toman represalias contra sus maridos. ¿Por qué no se pasó nuestra madre de la raya?

En el instituto yo era una alumna media que soñaba con ser artista, actriz o poeta, en la mejor tradición de la juventud descerebrada, sin preguntarme ni un momento si poseía algún talento. Poco después de graduarme me fui a Nueva York en autobús. Llegué a la terminal de Port Authority una lluviosa noche de verano, a las dos de la madrugada.

Mi idea inicial era alojarme en la Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes, pero en el autobús conocí a una chica que ya había dado el paso que yo planeaba. Venía de visitar a su madre en Cleveland y volvía a Brooklyn, donde llevaba seis meses viviendo. Trabajaba de camarera mientras buscaba trabajo como modelo. Me invitó a dormir en su casa. Vivía en una planta baja, en un estudio que daba a los astilleros militares. La cocina consistía en un simple hornillo y una nevera en miniatura. Las paredes estaban desnudas, con desconchados en la pintura de un verde mar institucional. Dormí en un colchón inflable, y ella en el sofá cama.

Hacia las seis de la mañana oí una llave dentro de la cerradura, y un hombre entró en el apartamento. Llamé a mi amiga, Candice.

—Tranquila —dijo ella con voz de sueño—. Es mi novio, Doug.

—¿Qué tal? —dijo Doug—. Hola, nena —saludó a Candice.

Luego se sentó en el borde del sofá cama y se quitó las botas Frye. No llevaba calcetines, cosa que sin saber por qué me alarmó aún más.

Empecé a levantarme del colchón, que ya estaba medio desinflado.

—Bueno, creo que ya puedo irme —dije—. Gracias por haberme dejado dormir aquí.

—No hace falta que te vayas —dijo él mientras se quitaba la camisa—. Tengo que estar en el trabajo dentro de un par de horas.

Mi mochila estaba al otro lado de la habitación. Para recogerla tendría que

pasar cerca de Doug. Había decidido dormir en camiseta y bragas.

Doug se quitó los vaqueros. Yo no apartaba la vista de mi mochila, pero por el rabillo del ojo advertí que también había prescindido de los calzoncillos. Se tumbó en el sofá cama, al lado de Candice. Me dije que debía permanecer tranquila, que estaba en Nueva York, que bastante suerte tenía de poder dormir en algún sitio.

El colchón inflable no estaba ni a dos metros del sofá cama, de modo que pude oír cómo Candice le decía a su novio que parase, aunque no lo hizo con mal tono. Yo aún no había llegado nunca hasta el final, pero había ido a bastantes citas dobles para saber lo que pasaba. La verdad es que fueron esas las palabras que se me ocurrieron, «llegar hasta el final». Ya estaba montando en mi cabeza la historia que les contaría a mis amigas del New Trier de Winnetka, instituto famoso por el talento y la precocidad de algunos de sus alumnos, como Ann-Margret y Rock Hudson, si bien mis amigas eran de las que maduraban tarde.

Cerré los ojos, me puse la almohada sobre la cabeza e hice como si para mí esas cosas fueran lo más normal del mundo. A partir de cierto momento se frenó la actividad y volví a quedarme dormida.

Me desperté tosiendo. La causa parecía ser la almohada. Aún me tapaba la cara, pero algo la apretaba por detrás. Me costaba respirar. Cuando intenté apartar la almohada, palpé los brazos que la mantenían en su sitio.

–Pero bueno, por Dios, ¿quieres dejarla en paz, so gilipollas? –oí que decía Candice.

Las manos, sin embargo, no aflojaron. Empecé a retorcerme y a dar patadas.

–Al menos deja que respire –dijo Candice.

Una de las manos soltó la almohada. Aspiré una bocanada de aire antes de que la mano libre sujetara mis brazos.

–Inmovilízale los pies –le dijo Doug a Candice.

–No quiero que me dé otra patada –dijo ella.

Aun así, noté que me sujetaba los tobillos. A esas alturas, el colchón inflable estaba fofu como un saco de dormir.

–Te dije que había un pinchazo en el colchón –dijo Doug–. Acabaré con la rodilla mala destrozada.

–Ayer estuviste en Walgreens.

–¿Y?

–Pues que allí venden colchones inflables.

A pesar de lo que estaba sucediendo, su absurda discusión me hizo pensar que quizá todo acabara bien.

–Si dejáis que me levante os consigo un colchón inflable nuevo.

Percibí el efecto de mis palabras: Doug aflojó la presión, aunque enseguida la redobló.

–Te crees que somos tontos –dijo.

–Candice –supliqué–, no entiendo por qué me haces esto.

–Te lo estoy haciendo yo, no ella –dijo Doug.

Reconsideraré mi esperanza de salir bien parada.

–Si dejáis que me vaya, no le diré nada a nadie. No sé dónde estoy. Solo quiero marcharme.

–Nena, tráeme el rollo de cinta americana que hay debajo del fregadero.

Ahora tenía encima el cuerpo de Doug, que impedía que me moviese. Seguía con la cara tapada por la almohada, pero podía respirar. Torciendo la cabeza vi que Candice iba vestida como yo, aunque con la camiseta de Doug. Estaba arrancando un trozo de cinta plateada.

–Sujétale la cabeza –le dijo a Doug.

Se puso en cuclillas a mi lado y me tapó la boca con la cinta. Estaba tan cerca que de repente percibí el olor de la eyaculación de Doug. Habría vomitado, de no ser por el riesgo de ahogarme.

–Engánchale la muñeca al radiador –ordenó Doug, tomando mi muñeca derecha y apretándola contra el metal.

Mientras Candice arrancaba otro trozo y me lo pasaba alrededor de la muñeca, Doug tarareó *Crazy Little Thing Called Love*. Después de que Candice acabara de atarme la otra muñeca, esta vez a la pata de una cómoda, Doug se deslizó hacia abajo sobre mí y de paso me quitó las bragas. Oí un ruido de protesta que salía de mi boca a través de la cinta.

–Nena –dijo Doug–, ¿me traes una cerveza?

–No soy tu criada. Además, se han acabado.

–¡Coño, pero si tenías que comprar!

–¿Ah, sí? ¿Cuándo, si se puede saber? ¡Acabo de volver de Cleveland, joder!

–Ve a comprar ahora.

–Claro, como que a las seis hay algo abierto.

–Walgreens.

–¿Tienen cerveza?

–¡Pues claro que tienen!

Recé por que Candice no me dejara a solas con él.

Ella se puso unas mallas y buscó algo de calderilla en los bolsillos de Doug.

–Ya que tenía tantas ganas de comprarnos un colchón inflable, que nos pague las cervezas –dijo Doug.

Candice alcanzó mis vaqueros y sacó todo el dinero que llevaba, trescientos dólares.

–La próxima vez te aconsejo que lleves cheques de viaje –me dijo Candice antes de salir y cerrar la puerta.

–Es una pena tapar una boca tan bonita –dijo Doug–. Mira, ¿sabes qué? Que te quito la cinta y tú te estás callada.

Asentí.

–Te va a doler un poco. –Pensé que me la arrancarí­a como una tirita, pero tiró de ella despacio, como si fuera uno más de los preliminares–. ¿Has tenido muchos novios?

Cuando oí eso, se me empañaron los ojos.

–¿O solo uno especial? Seguro que le dejaste llegar hasta la segunda base. – Me levantó la camiseta y me pellizcó los pezones–. Esta vez Candice se ha superado. –Justo cuando empezaba a frotar su pene erecto entre mis pechos sonó su teléfono móvil. Miró el número antes de contestar–. ¿Diga? ¿Qué pasa ahora? – Mientras escuchaba, Doug restregó la punta del pene contra el pezón que había pellizcado–. Me da igual. Coors. –Colgó–. Mierda.

Se separó de mí y se acercó a la ventana. Ya no estaba del todo erecto.

Empezó a frotarse, y como no pasaba nada volvió junto a mí y se sentó sobre mi pecho.

–Ayúdame con esa boca tan bonita.

Yo giré la cabeza por acto reflejo, pero él me tomó la mandíbula y me abrió la boca. Me la metió a la fuerza. Yo me atraganté, y se me saltaron las lágrimas por los lados de los ojos. Por lo visto eso lo excitaba, porque volvía a tenerla tesa.

–Normalmente espero a Candice, pero esta vez no creo que pueda.

Salió de mi boca, me separó las piernas con la rodilla y al momento siguiente yo ya no era virgen. Acabó deprisa. Yo seguía viva. Doug aún estaba dentro de mí cuando se abrió la puerta: Candice, con las Coors.

–¡Eh, cabrón, se supone que tenías que esperar!

–Hombre, si movieras un poco más deprisa el culo...

Aun así, Candice abrió una lata y se la dio. Después abrió otra y bebió un buen trago. A continuación abrió una tercera y la dejó en el suelo, a mi lado.

–¿Qué pasa, que ahora vas de anfitriona? –preguntó Doug.

–También debe de tener sed. ¿A que sí, Morgan?

Sacó sin mayor ceremonia una navaja suiza y me soltó una mano. Ya podía sentarme. Cuando lo hice, la camiseta se me bajó y me cubrió. Me daba asco la idea de tomarme una cerveza con ellos, pero no podía correr el riesgo de provocarlos. Agarré la lata y meforcé a beber un poco.

Candice miró el despertador que había en la cómoda a la que yo aún estaba atada.

–Más vale que vayas pensando en irte a currar.

–¿Tengo aquí alguna camisa limpia? Y no me vengas con que has estado en Cleveland.

Candice abrió el pequeño armario y le lanzó a Doug una camisa de manga larga.

–¿Te dará tiempo a dejarla otra vez en la estación de autobuses? –preguntó.

Luego me soltó la otra muñeca y me devolvió la mochila. A continuación me metieron en una camioneta blanca que no tenía ventanillas en la parte trasera. Durante el trayecto hacia lo que esperé que fuera Port Authority, Doug puso una emisora de canciones clásicas, una verdadera sucesión de himnos. Desde la parte trasera del vehículo veía moverse su cabeza al compás de la música.

Cuando llegamos a Port Authority apagó la radio.

–Cuando te deje salir, cuenta hasta sesenta antes de girarte. A menos que quieras verme otra vez.

Conté hasta seiscientos. Entonces me giré.

En cuanto acabó la clase, Amabile tomó mi mano.

–Ven.

Me sacó tan deprisa del aula que nadie tuvo tiempo de decirme nada. Después me informó de que tenía otro casco para mí y se ofreció a llevarme a Rikers en su Harley. Era la hora de nuestra consulta semanal, y yo debía ponerme al día. Aunque nunca hubiera tenido la intención de dedicarme profesionalmente a la psicología, era imposible sacarse el título sin haber

hecho setecientas horas de prácticas. Rikers no era exactamente una penitenciaría, sino un centro de preventivos, es decir, que los presos estaban en espera de juicio, o cumpliendo menos de un año de condena. Mis pacientes eran tipos que tenían la esperanza de que el juez los mirase con mejores ojos si demostraban que habían acudido al psicólogo. Dado que la mayoría de los internos de Rikers –unos catorce mil diarios por término medio– estaban pendientes de juicio, ahí dentro todos eran «inocentes».

Me aferré a la cintura de Amabile mientras salíamos de Queens a toda velocidad por el puente Francis Buono, el único acceso a la isla, sin señalizar. En la sesión de orientación habíamos aprendido que durante la guerra de Secesión Rikers Island había sido un campo de prácticas militar. Funcionaba como cárcel desde 1932.

En 1957, el vuelo 823 de Northeast Airlines se estrelló en la isla poco después de despegar del aeropuerto de LaGuardia. De los noventa y cinco pasajeros y seis tripulantes, veinte murieron y setenta y ocho resultaron heridos. Justo después del accidente, tanto miembros del personal penitenciario como presos corrieron en ayuda de los supervivientes. De resultas de sus actos, treinta de los cincuenta y siete presos que colaboraron en el rescate fueron puestos en libertad, y dieciséis vieron rebajada su pena en seis meses por la junta de libertad provisional de Nueva York.

También aprendimos que entre 1965 y 1981 hubo en el comedor de los presos un dibujo de Salvador Dalí, hecho como disculpa por no haber podido acudir a dar una conferencia sobre arte para los reclusos. En 1981 lo trasladaron al vestíbulo de la cárcel para protegerlo, y en 2003 unos vigilantes lo robaron y lo sustituyeron por una copia.

Aquel complejo penitenciario tenía algo de pueblo. Había colegios, clínicas, canchas deportivas, capillas, gimnasios, programas de rehabilitación para drogadictos, tiendas de alimentación, barberías, una panadería, una lavandería automática, una central eléctrica, una pista de atletismo, una sastrería, una imprenta, una cochera de autobuses y hasta un túnel de lavado. Era la mayor colonia penitenciaria del mundo.

Yo recibía a mis pacientes en un pequeño anexo, cerca de un pabellón saturado de presos donde los fluorescentes permanecían encendidos a todas horas, todos los días. La televisión estaba puesta de siete de la mañana a doce de la noche. Los presos llevaban monos de color naranja y parecía que

hubieran estado viviendo en una estación de autobuses, esperando uno que no llegaba nunca.

Una vez identificados y registrados, y con la debida autorización, Amabile y yo nos internamos en el laberinto de pasillos con ventanas cubiertas de barrotes y puertas que solo los vigilantes podían abrir.

Mi consulta, compartida con otros tres alumnos de grado, medía menos de dos metros por dos y medio –un tamaño inferior al de una celda– y contenía dos sillas plegables idénticas y una taquilla de gimnasio.

Mi primer paciente, un blanco flaco con el pelo muy corto y una oreja de coliflor, había sido condenado a nueve meses por exhibicionismo en el Metropolitan Museum, en el ala de escultura griega. Se había colocado al final de una hilera de desnudos de mármol, esperando a las niñas de una excursión escolar. No mostraba remordimiento alguno. Alegaba que era inocente, y que no sabía que tenía la braguita abierta. Siempre empezaba las sesiones con un chiste, para intentar ponerme nerviosa o seducirme. La verdad es que yo no siempre sabía cuál de las dos cosas pretendía. Por si fuera poco, solo contestaba a mis preguntas con chistes.

–Un preso –empezó–: «¡Oiga, doctor, que ya me ha sacado el bazo, las amígdalas, las vegetaciones y un riñón! ¡Yo solo venía por si podía sacarme de aquí!». El médico: «Es lo que estoy haciendo. ¡Por partes!».

–¿Me estás pidiendo que te saque de aquí? –pregunté yo.

–Un hombre se escapa de la cárcel, encuentra una casa y entra buscando dinero, pero solo encuentra a una pareja en la cama. Le ordena al tipo que se levante de la cama y lo ata a una silla. Cuando ata a la mujer a la cama, se pone encima de ella y la besa en el cuello. Luego se va al lavabo. Mientras está allí, el marido le dice a su mujer: «¡Oye, este se ha escapado de la cárcel! ¡Mira cómo va vestido! Lo más seguro es que lleve años sin estar con una mujer. He visto que te daba un beso en el cuello. Si quiere sexo, no te resistas ni te quejes. Haz lo que te diga. Como se enfade nos matará. Sé fuerte, cariño. Te quiero». «No, no me ha dado un beso en el cuello», dice la mujer. «Solo me ha susurrado algo al oído. Me ha dicho que es gay. Que le has parecido mono, y me ha preguntado si tenemos vaselina en el lavabo.»

–¿Tienes miedo de que te violen aquí dentro?

–Un psiquiatra hace la ronda matinal en el manicomio. «¿Cómo se encuentra?», le pregunta al primer paciente, que está desnudo, frotándose el

pene erecto con una pelota. El paciente se gira hacia el psiquiatra y le dice: «De aquí, con la pelota tan jodida, no salgo en mucho tiempo, doctor».

–¿Estás aceptando que te quedarás aquí mucho tiempo?

–¿Sabe una cosa, doctora? –replicó–. Me parece que soy alérgico a su cara. Esperé la gracieta que tanto temía.

–Cada vez que la veo se me hincha la polla.

–Hoy acabaremos pronto –dije mientras hacía señas por la ventana blindada para que el vigilante viniera a relevarme.

Me quedé un momento en la silla plegable, recordándome a mí misma por qué había aceptado aquel trabajo. Lástima que Bennett no hubiera sido tan transparente como el exhibicionista chistoso. ¿Cuántos sociópatas hacen falta para cambiar una bombilla? Uno. Él la sujeta mientras el mundo gira a su alrededor.

Vi a Doug y a Candice una vez más.

Les serví tortillas y patatas fritas caseras, y Doug pidió salsa picante. Mi uniforme de camarera y mi corte y tinte de pelo, además del estado resacoso de ellos dos, hicieron que no me reconocieran. Cuando a Doug se le cayó el cuchillo y pidió otro, le llevé uno de carne y llegué a plantearme clavárselo en el pecho, cinco centímetros por debajo de la clavícula, donde hay un hueco natural entre las costillas. En aquel momento decisivo, quizá fue la mano de mi madre la que frenó la mía. O tal vez me di cuenta de que apuñalar a Doug no sería más que una forma de autodestruirme. Tampoco hay que olvidar que en la venganza, para que el vengador quede satisfecho, hacen falta acciones gradualmente mayores.

Encontré un piso compartido en Vinegar Hill con dos estudiantes de medicina, una de las cuales era Kathy. Para entonces yo ya trabajaba de camarera en un bar de Bushwick para pagarme un curso de extensión sobre poesía en la New School. La poesía parecía el género más natural para mí. De hecho, había escrito un par de poemas sobre Doug y Candice.

El desayuno les salió por veintiún dólares con doce centavos. De propina me dejaron menos de un dólar.

Aquel día recibí a un paciente más en Rikers, pan comido en comparación con el exhibicionista chistoso. Más tarde, Amabile me dejó en mi casa y me preguntó si quería que subiera. Le dije que no era necesario y le di las gracias por ser tan atento y preocuparse tanto por mí. Habíamos dejado de salir cuando conocí a Bennett. Me alegraba de que aún fuéramos amigos.

Cuando Amabile se marchó, caminé hasta Mother's y pedí una hamburguesa vegetariana, boniato frito y una coca-cola light, consciente de lo absurdo que era tomar coca-cola light con fritos.

Abrí todas las ventanas del apartamento, porque aún olía a disolventes de limpieza. Una amiga budista se había brindado a venir y sahumar la casa para neutralizar el horror. Pero ¿sería yo capaz de seguir viviendo allí, incluso después de aquella ceremonia? Sentí un mareo. Me di cuenta de que estaba aguantando la respiración. Dejé la bolsa de comida para llevar junto a mi ordenador, piqué unos cuantos trozos de boniato frito y entré en mi cuenta de Hotmail.

Soy la persona que buscas. Hay otras: no eres la primera que me comenta que mi experiencia le resulta familiar. El hombre a quien yo conocía por «Peter» mide algo más de un metro setenta y tiene quizá algo de sobrepeso para su estatura. Su pelo es oscuro, y una pequeña cicatriz le cruza una ceja. No es especialmente atractivo, pero en su momento eso me dio igual. Su gran aplomo le da carisma. ¿Se enamoró enseguida de ti el hombre con quien estuviste? ¿Te regaló perfume Bvlgari Green Tea, e insistía en que te lo pusieras siempre? ¿Odiaba a tus mascotas? Si quieres que hablemos, preferiría que fuera en persona y en un sitio público. ¿Estás en Boston? Podemos quedar en el bar Clarke's, justo a la salida de South Station, en el lado de Atlantic Avenue. Llevaré una bufanda de punto naranja hecha a mano. ¿Te viene bien?

A la mañana siguiente, tomé un tren hacia Boston.

Clarke's estaba cerrado. No ese día, sino definitivamente. En el escaparate había un letrero: se alquila. No recordaba si ella había propuesto que quedáramos dentro o fuera, pero cuando vi el cartel mi memoria se decantó por lo segundo. Esperé media hora. ¿Por qué lo hice? Por la misma razón por la que había recorrido varias veces la Rue Saint-Urbain en busca del restaurante de cuyas tortillas tanto me había hablado Bennett. Reparé en que había un policía en la esquina. Empecé a acercarme, pero luego me di cuenta de que no sabría qué preguntar. No conocía el nombre de la mujer, solo sabía que había trabajado en la Policía y que se había enamorado del mismo hombre que yo.

¿Habría cambiado de idea sobre nuestra cita? Por el hecho de que hubiera escrito ese post, y de que fuera policía, deduje que era valiente. Quizá le había surgido alguna urgencia. No habíamos intercambiado los números de teléfono. Le escribí un correo electrónico, y después crucé Atlantic Avenue para esperar en un café. Elegí una mesa desde donde se veía la puerta de Clarke's, el bar cerrado. Después de mi tercer café decidí ir a la comisaría más cercana, donde me imaginaba que trabajaría. En su post de Lovefraud decía que era analista de informes de incidencias. ¿Cuántas analistas de informes de incidencias jóvenes habría en una sola comisaría? Llevaba encima una foto de Bennett, o mejor dicho media, la que había olvidado retirar la brigada de limpieza y yo había encontrado en mi mesa de centro. Había recortado mi imagen.

La comisaría quedaba a diez manzanas. Era un edificio grande de ladrillo que tal vez había sido antes un orfanato, o una biblioteca. Era más majestuosa que la 90 de Brooklyn, junto a la que pasaba cada día de camino a la línea J. La 90 no podría haber sido otra cosa que una comisaría.

El agente del mostrador de recepción estaba sufriendo el acoso de una mujer de cierta edad que exigía saber adónde se habían llevado a su hijo. Esperé hasta que el sargento consiguió tranquilizarla lo suficiente como para que ella volviera a su asiento.

–Tal vez pueda ayudarme –dije con el tono lleno de autoridad que había

aprendido a dominar para hablar, en calidad de profesional, tanto con policías como con delincuentes—. Soy de la Facultad John Jay de Criminología de Nueva York. Estoy citada con su analista de informes de incidencias. ¿Me podría indicar dónde puedo encontrarla?

—«Encontrarlo», no «encontrarla». Primera planta. Pero antes necesito una identificación.

Le enseñé mi tarjeta con foto de la John Jay y añadí que buscaba a una mujer.

—El nuevo analista es Gerald Marks. Porque no se refiere usted a Susan Rorke, ¿verdad?

—Es posible que sí. Le parecerá algo raro, pero no sé el nombre de la mujer con quien he quedado; solo conozco su cargo, y que esta comisaría es la más cercana al lugar donde propuso que nos viéramos hoy. ¿Sabe dónde puedo encontrar a esa tal Susan Rorke?

—Lo siento, señora. Susan Rorke murió hace seis semanas.

—La mujer a quien busco abandonó su trabajo, se fue a vivir a Nueva York y este verano, no sé cuándo, volvió a Boston.

—Susan dejó el trabajo, sí. Pero regresó justo antes de que la mataran.

—Antes ha dicho «murió». ¿La mataron?

—Señora, no puedo darle detalles de una investigación en curso.

Hice un cálculo rápido. Si se trataba de Susan Rorke, debía de haber muerto poco después de publicar su carta en Lovefraud. Pero si Susan Rorke llevaba seis semanas muerta, ¿quién había respondido a mi correo? Le pregunté al sargento si podía hablar con alguno de los colegas de Susan.

El agente llamó por teléfono.

—¿Puedes venir un momento al mostrador de entrada? —dijo.

Dos minutos después apareció un hombre joven con aspecto de haber ido a trabajar en monopatín. Se presentó como inspector Homes.

—Pregunta por Susan Rorke —le dijo el agente.

—Quizá —le recordé.

Le expliqué a Homes mi caso.

—¿Qué sabe usted sobre la investigación? —me preguntó.

—Nada, a menos que Susan Rorke conociera a este hombre.

Le mostré la fotografía de Bennett.

—¿De dónde la ha sacado?

Tuve la sensación de que Homes ya había visto a Bennett, y de que yo

estaba a punto de enterarme de algo que no quería saber. Pero que ya sabía.

–¿Tenía este hombre una relación con Susan Rorke?

–Soy yo quien dirige esta investigación. Conteste, por favor.

–Era mi prometido.

–¿Cómo se llama él?

–Dígame usted.

Yo no conocía a Bennett en ningún sentido. Sus antecedentes, sus aptitudes, su motivación... Mi ignorancia me dio vértigo. Náuseas.

–¿Le parece que subamos y veamos unas fotos?

Lo seguí escaleras arriba sin decir una palabra. Tuve que apoyarme en la barandilla. Oscilaba entre la confusión y la vergüenza por haber interpretado tan erróneamente al hombre de quien estaba enamorada.

El escritorio del inspector Homes llamaba la atención por su pulcritud: apenas unas cuantas carpetas amontonadas. Abrió una después de ofrecerme asiento; en su interior había una fotografía de una mujer prendida con un clip a una hoja. Aparentaba más o menos mi edad, y era atractiva. Tenía un Jack Russell terrier encima de las piernas.

–¿Reconoce a esta mujer?

–Supongo que será Susan Rorke. Pero no, no la reconozco.

Me enseñó otra foto. En esta, Susan Rorke sonreía efusivamente en un paisaje soleado de montaña. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Bennett.

–¿Es este el hombre que dice usted que era su novio? –preguntó Homes.

–¿Cómo murió ella?

–Conteste, por favor.

Pasé del asco a la más absoluta compostura.

–¿Puedo beber un vaso de agua?

¿Cuándo se había tomado esa fotografía? ¿Antes de que yo conociera a Bennett? Homes volvió del dispensador de agua y me dio un vaso de papel de forma cónica, de los que ya no se veían.

–¿De cuándo es esta foto? –pregunté cuando acabé de beber.

–¿De cuándo es la que tiene usted del hombre?

–¿Es sospechoso?

–Por favor. Necesito respuestas directas.

–Muy bien. La mía se tomó en Maine, alrededor de un mes antes de que lo mataran.

–¿Está muerto?

—Quizá lo haya leído usted. Lo mataron unos perros. Yo soy la que encontró el cadáver.

—Eso pasó en Nueva York.

—En Brooklyn, el 20 de septiembre.

—No sabía que fuera la persona que buscamos.

Se disculpó y llamó por teléfono. Supuse que iba a notificárselo a su superior. Me sentía ingrátida. ¿Pensaba el inspector Homes que Bennett era un asesino?

Después de colgar, me entregó su tarjeta y dijo que seguiríamos en contacto.

—¿Cómo puedo localizarla?

Le di mis datos y a continuación abrí el bolso.

—Me parece que debería usted ver esto.

Le pasé unas copias impresas de las cartas de Lovefraud. Esperé a que hubiera acabado de leerlas para pedirle que me explicara cómo había muerto Susan Rorke.

—Se cayó desde una altura de tres pisos, en el refugio de indigentes donde trabajaba como voluntaria. Creemos que la empujaron.

—¿Y por qué creen eso?

—Porque en el marco de la ventana había arañazos, como si ella se hubiera resistido.

—¿Y cree que fue Bennett quien la empujó?

—Nosotros lo conocemos por otro nombre.

—Y no me lo puede dar, ¿no es así?

—¿Me permite hacer una copia de la foto?

Le di la mitad cortada. Cuando me la devolvió, fui incapaz de mirarla. La metí entre los dos cartones que había usado para protegerla dentro de mi mochila, pero esta vez ni siquiera abrí la cremallera del pequeño compartimento que la había separado del cúmulo de porquería: maquillaje sin usar, bolígrafos gastados, una barrita energética a medio acabar con más calorías que el Milky Way que en realidad me había apetecido...

La sensación que tuve al salir fue esa sorpresa tan trillada por el hecho de que el mundo siguiera igual que antes de mi descubrimiento. Cuando todo el mundo se encuentra en las mismas circunstancias —como cuando pasa un tornado, por ejemplo—, lo que predomina es una cauta camaradería. Yo estaba sola con mi hallazgo, y nunca me había sentido tan aislada. Ni tan asustada.

Cualquier otra se habría ido a un bar. En cambio, a mí no se me ocurrió

darle un capricho, sino imaginármelo. Me vi a mí misma tirando de un carrito en el que llevaba una bolsa con sábanas y toallas, detergente y toallitas perfumadas para la secadora. Habría deseado entrar a una lavandería automática pequeña, de barrio, y hacerle al encargado sencillas preguntas sobre cuándo era mejor echar el suavizante. Me habría gustado sentarme en una silla de plástico a ver cómo giraba la ropa sucia en el tambor; sacarla aún tibia de la secadora, doblarla y regresar a casa siguiendo el mismo camino, con esa pequeña prueba de que yo era capaz de funcionar en este mundo y de hacer de una cosa pequeña algo un poco mejor.

¿Me habían salvado la vida mis perros?

¿Dónde estaba el hombre a quien yo llamaba Bennett seis semanas antes, cuando Susan Rorke murió asesinada?

En el tren, durante el viaje de vuelta a Nueva York, consulté el calendario de mi móvil y vi que estaba en lo cierto: aquel fin de semana lo había pasado con él en la Old Orchard Beach Inn, una casa amarilla de principios de siglo que dominaba el mar desde un acantilado y adonde se podía llegar caminando desde el puerto.

A Susan la habían matado el viernes. De Boston a Old Orchard Beach, en Maine, había dos horas en coche. ¿Podía ser que Bennett hubiera arrojado a Rorke por la ventana en Boston, y que luego hubiera recorrido ciento sesenta kilómetros a bordo de su vehículo de alquiler para pasar conmigo un fin de semana romántico en un pueblo turístico de la costa? Tiempo había tenido. A su llegada, yo ya estaba registrada en el hotel. ¿Y las rosas blancas? ¿Cuándo las había comprado? Como de costumbre, me había dado un beso y me había preguntado adónde podíamos ir a tomar una copa. Yo le había dicho que en el hotel servían vino al lado de la chimenea. Él había respondido que quería una copa de verdad. Recuerdo que me sorprendió. También dijo que antes quería ducharse y cambiarse de ropa. Que había salido de Montreal a las nueve de la mañana. Habría conducido, pues, seis horas sin parar, por lo que no tenía nada de raro que esas fueran sus prioridades. Parecía muy contento. Conmigo, en todo caso, se prodigó en atenciones. Venía con hambre. Cenamos langosta, e hicimos –claro está– el amor. ¿Tenía algún arañazo? ¿En qué medida se habría resistido Susan? Luego insistió en que diéramos un paseo a orillas del mar, bajo la luna, a pesar del frío. Fuimos por el paseo marítimo, que dadas la hora y la temperatura estaba vacío. Yo oí retazos de frases en quebequés, pronunciadas por gente que pasaba, y le pregunté a Bennett qué estaban diciendo. Él me contestó que estaban impacientes por ver el partido amistoso que jugarían al día siguiente los Maple Leafs y los Montreal Canadiens. Mientras recordaba mi infructuosa búsqueda de su piso en Montreal, me pregunté si él sabría francés siquiera. Busqué en Google el calendario de la

liga nacional de hockey y comprobé que los Montreal Canadiens no habían jugado ningún amistoso.

Más tarde, en la habitación, cuando se quitó los pantalones, me fijé en que tenía un buen moratón reciente en una de las espinillas. Cuando le pregunté cómo se lo había hecho, respondió que se había dado un golpe ayudando a uno de sus grupos a mover el equipo. Uno de esos grupos a los que no representaba.

Por la noche, como siempre, me acosté en el lado derecho de la cama. En el izquierdo estaba la pared. Bennett conocía mi antiguo temor infantil a dormir pegada a una pared y caerme al otro lado. Justo cuando me estaba durmiendo en sus brazos, susurró:

–Si de verdad me quieres, dormirás junto a la pared.

¿Y si no le hubiera hecho caso? ¿Cómo habría reaccionado? Por la mañana... No, no quería recordar cómo habíamos hecho el amor. Visto a través de la lente de lo que había averiguado en Boston, era repulsivo. En todo caso, tenía la impresión de que no me había soltado la mano en toda la noche. Cuando desperté, aún me la sujetaba.

Llegué a Penn Station poco después de medianoche, agotada pero sin sueño, y una vez en casa busqué todos los artículos sobre la muerte de Susan Rorke, en su orden de publicación.

La describían como una analista de informes de incidencias de la Policía de treinta y cinco años que trabajaba un día a la semana como voluntaria en el centro de acogida de indigentes de South Boston. Al principio presentaban su muerte como un accidente. No había vuelto de un descanso en el que había intentado reparar una persiana del tercer piso. El cadáver había aparecido en el callejón que había detrás del centro de acogida. Según la Policía, todo indicaba que se había caído por una ventana abierta y había fallecido en el momento del impacto. El siguiente artículo informaba de que la Policía estaba investigando su muerte como un posible homicidio. Buscaban a un sin techo que se había alojado aquella noche en el centro y que, según varios testigos, había discutido con ella. Fue encontrado, interrogado y puesto en libertad. En espera de nuevas investigaciones, la Policía seguía considerando la muerte como un homicidio.

Acto seguido entré en Facebook. La foto de perfil de Susan Rorke era la misma que me había enseñado el inspector Homes, la del perrito encima de las piernas. Me pregunté qué habría sido del animal. Al recorrer las entradas de

los meses anteriores encontré algo que me llamó poderosamente la atención: una foto de su mano izquierda con los dedos separados, en uno de los cuales refulgía un anillo de brillantes. Un anillo de compromiso. El brillante, clásico, de talla marquesa, era más o menos de un quilate y estaba engarzado en oro blanco o platino. Debajo, todos los comentarios se podían resumir en una sola pregunta: ¿cuándo lo conoceremos?

Abrí el primer cajón de mi escritorio y saqué el pequeño estuche de cuero en cuyo forro de terciopelo estaba el anillo, idéntico al de la foto, que me había regalado Bennett. Tuve la tentación de tirarlo al cubo de la basura, pero pensé que era una prueba: la de mi pertenencia a aquella hermandad de ilusas. Si Susan y yo éramos compañeras de fraternidad, también lo era la mujer que me había escrito en Lovefraud haciéndose pasar por Susan Rorke. Incluso ella sospechaba que había otras. ¿Y si había otras tres? ¿Por qué no cuatro? ¿O más?

Entré en Lovefraud y le dejé un mensaje privado a la número tres.

¿Quién eres? ¿Por qué te hiciste pasar por Susan Rorke? ¿Por qué crees que el hombre a quien conocías como «Peter» había engañado a otras mujeres? Acudí a nuestra cita de buena fe y descubrí que a la mujer que decías ser la mataron hace seis semanas. Tengo información de tu interés sobre el hombre a quien yo conocía como «Bennett». No me estoy inventando nada con el fin de engañarte. Voy completamente en serio. No sé por qué no acudiste a la cita, pero si tienes miedo de él, ya no tienes por qué tenerlo. Espero recibir noticias tuyas.

Tenía hambre, y por primera vez en varias semanas quería comer algo saludable. Caminé unas manzanas hasta Champs. Abrían a las ocho. Como siempre, era la única clienta sin tatuajes en los brazos ni en las piernas. El personal era amable por sistema. Me senté sola en una mesa con bancos, debajo de un cartel de los años cincuenta. Pedí doble del revuelto de tofu, con sus misteriosas especias, y plátano macho salteado. Eché azúcar de caña de verdad en el café. Buscando con la vista al camarero transgénero para pedirle que me sirviera más, me fijé en que la puerta se abría. Tardé un poco en reconocerlo. Se estaba desabrochando un casco de ciclista. Al fijarme en su pelo me di cuenta de que era McKenzie, mi abogado. Llevaba una camiseta

con manchas de sudor y unos *shorts* negros de ciclista Pursuit que en él no parecían un disfraz.

Miró mi plato.

–Más te vale que no sean los últimos plátanos macho.

–¿Te apetece uno?

Señalé el asiento vacío que tenía delante. Él se deslizó en el banco y pidió exactamente lo mismo que yo sin mirar la carta. Ensartó un trozo de plátano de mi plato.

–Cuando trabajaba en Puerto Rico no comía otra cosa.

–¿Cuándo fue eso?

–Representé a un caballo en Vieques. Un granjero que vivía cerca de uno de los lugares donde la Marina había hecho pruebas de explosivos se fijó en que su mejor caballo ya no era fértil. Conseguimos un veredicto favorable para los dos, el granjero y el semental.

Brindé por ello con mi taza de café.

–¿Ya tienes hora para el test caracterológico? –preguntó McKenzie.

–El viernes que viene, en Staten Island.

–Perfecto. Te deseo suerte.

Cuando le trajeron la comida quise cambiar de tema, para que no creyera que lo había invitado a sentarse conmigo solo para aprovecharme de sus consejos profesionales.

–Lo más cerca que he estado de Vieques fue viéndolo desde St. Thomas.

–Me encantan las islas. ¿A qué fuiste?

–Solía ir allí de vacaciones. Hacía submarinismo y aprovechaba para traerme un par de torteros. –Vi que no me entendía–. Son perros vagabundos que se alimentan de los restos de tortas de maíz que encuentran en la basura. Colaboro con una ONG que busca casas de acogida en el continente para perros de las islas.

–¿Y qué tal el submarinismo?

–Los arrecifes se están deteriorando. Cada vez que llega un crucero turístico y sus dos mil pasajeros embadurnados de crema protectora se meten en el agua, el coral se blanquea y muere. Me siento afortunada por haber visto los arrecifes antes de que desaparezcan. ¿Y tú? ¿Hiciste alguna inmersión en la costa de Vieques?

–Un poco.

–¿A que es alucinante bucear entre los cañones de coral? Qué colores... ¿Te

has sumergido alguna vez al atardecer, cuando salen los corales blandos? Es como nadar por una rosaleda solo con una linterna. ¿Y los peces? ¿Te ha seguido alguna vez un banco de cirujanos azules? Cómo giran todos a la vez y se ponen iridiscentes...

McKenzie dejó el tenedor en el plato, pero no había terminado. Intuí que acababa de meter la pata.

–Deja que te invite al desayuno –dijo, buscando dinero en el bolsillo con cremallera.

Le di las gracias. Él me explicó que tenía que presentar unos papeles en el juzgado, en el centro.

–¿En bicicleta?

–Sí. De este modo el vigilante se cree que soy un mensajero, y así no me hace subir y tener que dar conversación.

Vi cómo quitaba el candado de la bicicleta, al otro lado del escaparate, y enfilaba la calle hacia el puente de Williamsburg.

Me acabé sus plátanos, le di las gracias al camarero y volví a casa. Entré en Google sin mirar antes si había respuesta a mi último mensaje en Lovefraud y tecleé el nombre de Laurence McKenzie en la barra de búsqueda. Saltándome los datos sobre su trabajo, encontré un artículo que me hizo sentir fatal. Me enteré de que cinco años atrás, mientras hacían submarinismo en la costa de Vieques, su mujer había desaparecido, separándose del resto del grupo durante una subida a través de corrientes más fuertes de lo normal. La encontraron unos minutos después flotando boca abajo, inconsciente, con el chaleco compensador parcialmente inflado y la bombona vacía.

No consiguieron reanimarla.

En Estados Unidos, la probabilidad de que te caiga un rayo encima es de una entre seiscientos mil. Existen seis veces más probabilidades de que te caiga un rayo que de que te mate un perro, sea de la raza que sea. Y cuatro veces más de que te mate una vaca que un perro.

Estaba en Staten Island, a la entrada de algo parecido a un ruedo para exhibiciones de caballos. Mientras esperaba a que saliera el cuidador con *Cloud* para la primera parte del test caracterológico, vi a Billie en el aparcamiento y la llamé un par de veces para preguntarle por mis perros.

Me saludó con la mano.

–¿Estás metida en esto? –pregunté.

–No podía dejar que les hicieran el test a estos perritos sin estar aquí para animarlos.

Por alguna razón, aquel saludo tan alegre me produjo rechazo. ¿Sería una de esas personas que se alimentan de los dramas ajenos?

Hasta entonces solo la había visto en medio de la saturación sensorial de la perrera, y no había reparado en que fuera tan atractiva, ni tan atlética. Vestía unos vaqueros ajustados al tobillo y unos botines color tofe. Aunque ya hubieran llegado los primeros fríos del otoño, llevaba abierta la chaqueta de lino y dejaba ver una camiseta ceñida de una organización de rescate que reconocí. En ella se veían dos perros, y a la altura de los pechos se leía MENUDO PAR DE PITBULLS. Yo tenía una igual, pero nunca había tenido narices de ponérmela.

–Alucino de que hayas venido –dije.

–He asistido a muchas de estas pruebas. Ojalá se las hicieran también a los hombres –respondió.

Luego me llevó detrás de unas rocas desde donde podríamos mirar sin ser vistas. Dijo que nuestra presencia podía distraer a *Cloud*.

–Te tengo preparada una sorpresa –susurró en el momento en que una cuidadora entraba en el ruedo, llevando a *Cloud* con una correa corta–. Ya verás.

Cloud y su cuidadora se situaron delante de los cuatro jueces, tres de los

cuales eran mujeres de mediana edad; el cuarto era un hombre que aparentaba treinta y tantos años. *Cloud* parecía tan contenta de estar al aire libre que tuve miedo de que fuesen el aire puro y la luz del sol lo que la distrajesen.

Billie me explicó que la primera parte del test evaluaba la reacción del perro ante los desconocidos. Primero vimos cómo se acercaba a *Cloud* un desconocido «neutral» que se paraba a saludar a la cuidadora. La perra no reaccionó. A continuación, un desconocido «simpático» se acercó con ímpetu y jovialidad, le dedicó al animal unas zalamerías y le acarició la cabeza. *Cloud* meneó la cola y le lamió la mano. El tercer desconocido se lanzó sobre ellos moviendo mucho los brazos, hablando en voz alta con agitación.

Billie se inclinó hacia mí.

–Van a juzgarla por el modo en que reaccione: reacción provocada, franca elusión o pánico.

–Yo en lugar de *Cloud* reaccionaría de las tres maneras.

–Y yo, después de lo que os pasó.

Pero *Cloud* lo hizo genial. No se tragó el anzuelo.

La cuidadora la paseó despacio por el ruedo, pasando junto a pequeños puestos que parecían escondites de cazadores con toda clase de provocaciones ocultas en su interior: un ruido brusco de monedas dentro de una caja metálica, la apertura repentina de un paraguas enorme... *Cloud* se asustó y se escondió detrás de la cuidadora.

–El test del paraguas es el que más perros descarta. Las reacciones que buscan son curiosidad o indiferencia.

–Pero es que ella siempre ha tenido miedo a los paraguas. ¿Lo tomarán en consideración?

–No se la cargarán por eso si pasa las demás pruebas. Además, es mejor esconderse que ponerse agresiva.

Después de que *Cloud* superara el test del disparo (un tiro de foguero cerca de ella), los jueces le dieron el visto bueno. Vicki Hearne, la difunta filósofa y adiestradora de perros, escribió sobre «lo que esconde la ilusión de la maldad». *Cloud*, una perra enorme de grandes mofletes, había parecido un animal malo cubierta de sangre. Pero no era más que una ilusión tras la que se escondía el miedo.

Como me habían advertido de que no podría ir a ver a *Cloud* después del test, recogí el bolso y la chaqueta y me giré para despedirme de Billie. Cuando

iba a hacerlo, vi que entraba en el ruedo la misma cuidadora de antes, pero esta vez con *George*.

Miré a Billie, que sonreía.

–Sorpresa.

–¿Quién te ha dado permiso para que le hagan el test a *George*?

–No creo que sea un perro asesino.

–Eso no es de tu incumbencia.

Una vez en el ruedo, la cuidadora hizo sentarse a *George*, que procedió a superar sin problemas las mismas pruebas que *Cloud*: los desconocidos normal, simpático y agitado, las monedas sacudidas y hasta el paraguas. En ningún momento se dejó distraer y permaneció obediente a su cuidadora. Me acordé de sus ganas de agradar, y el recuerdo vino acompañado de otro: Bennett había empujado a una mujer por una ventana. ¿Qué podía haberle hecho a aquel perro? Al pobre animal se le notaban ahora las costillas, como cuando lo había visto por primera vez. Se supone que las costillas se tienen que palpar, no ver. Era una de las cosas que me habían empujado a adoptarlo. Es tan grande el placer de alimentar a un perro hambriento...

Sin embargo, el test del disparo lo aterrizó.

Se escondió corriendo detrás de la cuidadora e intentó seguir, pero ella tiró con fuerza de la correa y le hizo volver a su lado.

–Oyó cómo le pegaban un tiro a *Chester* –dije yo–. ¿Se lo explico a los jueces?

–Tampoco es que sea una reacción poco habitual –dijo Billie–. Durante los fuegos artificiales del Cuatro de Julio se escapan más perros que cualquier otro día del año.

La cuidadora tardó uno o dos minutos en tranquilizar a *George*. Al final consiguió que se sentara y le dijo que lo estaba haciendo muy bien. A pesar de la distancia vi que él le lamía la mano, pero después de cruzar tranquilamente la lámina de plástico que hacía ruido al ser pisada se resistió a atravesar la reja metálica. Se plantó con todo su peso y se declaró en huelga. La cuidadora estiró la correa. Oímos que el perro gruñía.

–Mierda –dije–. Tiene las patas muy sensibles por haber estado años en una jaula muy húmeda. ¿No se dan cuenta de que todo tiene sus matices?

Se me saltaron las lágrimas por lo imposible de la situación: estaba defendiendo a mi perro, culpable de matar a alguien. ¿Había intentado Bennett

arrastrar a *George* por las rejillas de la calefacción de mi apartamento? Buscaba alguna explicación para lo sucedido, la que fuese.

Billie reaccionó ante mi angustia pasándome un brazo por los hombros apenas un momento.

–Hay que esperar hasta el final.

Llegado este, los jueces anunciaron su disposición a repetir las pruebas con *George* otro día. El nerviosismo de haber presenciado los dos tests me había dejado exhausta y desesperada. Billie me preguntó si había comido algo por la mañana. Cuando contesté que no, me dijo que a un par de manzanas había un bar donde el café estaba malísimo, pero las creps eran deliciosas. Se ofreció a llevarme en coche.

Teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que pasaba con los perros del refugio, me sorprendió que no hubiera pelos en los asientos de cuero de su Volvo. No como el sofá de piel que me había regalado Steven, que siempre tenía que tapar con una manta antes de que viniera Bennett.

–Gracias por haber traído a *George* –dije.

El bar no se parecía nada a Champs. Los tatuajes de la clientela eran los típicos de los militares y del tipo «madre no hay más que una». Las creps no eran sin gluten. Pedí unas con trocitos de chocolate y nata montada, y Billie una taza de ese malísimo café.

No le había abierto el corazón a ninguna amiga desde la muerte de Kathy. Lo cierto es que apenas conocía a Billie, pero me sorprendí hablándole de Bennett y su engaño. Fue empezar a hablar y no parar. Iba tan lanzada que le expliqué la historia de principio a fin, con todos sus absurdos, lagunas e interrogantes, empezando por nuestro primer contacto por internet durante mi investigación sobre sociópatas y víctimas y terminando con la falsa dirección de Montreal y la llave que me había dado él. Billie dijo que le recordaba a un hombre que había salido con ella, uno que le decía mentiras sin parar y que, cuando ella le había pedido explicaciones, había asegurado que solo lo hacía para entretenerla.

–«Me miento constantemente a mí mismo...» –citó Billie.

–«... Pero nunca me creo» –acabé yo.

–*Rebeldes* –dijimos las dos al mismo tiempo–. S. E. Hinton.

Resultó que ambas habíamos visto varias veces la adaptación al cine de la novela sobre dos moteros de Tulsa, Johnny y Ponyboy, uno de los cuales mata

a un rival de otra pandilla. Salían Matt Dillon, Patrick Swayze, Rob Lowe y Tom Cruise antes de que se convirtieran en estrellas.

–En la historia de Bennett también hay un asesinato –dije.

Le expliqué lo de Susan Rorke.

–¿Y tú? –me preguntó–. ¿Crees que fue Bennett quien la mató?

–Eso piensa la Policía.

–¿Por qué creen que fue él? –preguntó Billie.

–Siempre sospechan del marido o del novio.

–¿También estaba Bennett prometido con ella?

–Le regaló el mismo anillo que a mí.

–El de des-pedida, ¿no? Espero que al menos fuera caro.

–En todo caso me lo pareció. –Cómo había echado de menos poder hablar así con alguien, por Dios–. ¿Puedo hacerte una pregunta personal? Casi siempre estás en la perrera, y hoy te has tomado todo el día libre. ¿Cómo te ganas la vida?

–Soy una colgada de buena familia. Me vigilan de cerca. Mi abuela no se fía de mí.

Por fin llegó la camarera con las creps.

–¿Qué hace la Policía cuando se le muere el sospechoso principal? Parece un poco difícil que lo juzguen –dijo Billie.

–Dudo que Susan Rorke y yo fuéramos las únicas mujeres engañadas por Bennett. Sospecho que hay una tercera.

–¿Denunciaatuex.com?

–Lovefraud.com. Dijo que quería conocerme, pero no se presentó a la cita.

–Pudo ser por muchas razones.

–Se hizo pasar por Susan Rorke. Quizá no supiera que estaba muerta.

–O sí.

Billie tomó la cuenta cuando la trajeron, a pesar de que solo había tomado café.

–Con ella usaba otro nombre –dije ya en el coche, durante el camino de vuelta a la ciudad–. Se hacía llamar Peter, pero era él. Me lo confirmó el inspector encargado del caso cuando le enseñé una foto.

–¿Y la tercera? ¿Quién es?

–Podría ser la décima.

–Quizá los perros te hicieron un favor.

–Ya se me había ocurrido.

–Si piensas que empujó a esa mujer por una ventana...

–Conmigo nunca se ponía violento. Pero ¿cómo es posible que no me diera cuenta?

–Los perros sí lo hicieron.

Le pedí a Billie que me dejara en Delancey Street para poder cruzar a pie el puente de Williamsburg. Necesitaba hacer algo físico, maquinal. La vista abarcaba el centro de Manhattan, con los dos puentes –el de Manhattan y el de Brooklyn– que cruzan majestuosos la parte inferior del East River. El primero en construirse fue el de Brooklyn, que en su día fue el puente colgante más largo del mundo y también uno de los más bonitos. El tercero fue el de Manhattan, con su entramado de tirantes de metal. En medio levantaron el de Williamsburg, cuyo diseño tiene fama de ser el más feo de todo el río. Lo bueno es que uno no lo ve cuando lo cruza, y las vistas compensan el ruido de camiones, coches y vagones de metro que flanquean a los peatones y a los pertinaces ciclistas. Hasta Edward Hopper pintó un cuadro titulado *Desde el puente de Williamsburg*. La pasarela peatonal acaba en el barrio jasídico, donde las mujeres todavía llevan peluca y los hombres se dejan crecer tirabuzones y largas barbas. Incluso en pleno verano los varones lucen durante el *sabbat* esas gorras de piel tan grandes que llaman *shtreimel*. En apenas diez manzanas se suceden conversaciones en yidis, español, chino e italiano. Fue una de las razones por las que me instalé en el barrio.

Después de subir las cinco plantas hasta mi casa, encontré un mensaje del inspector Homes de Boston en el contestador. Como aún no eran las cinco, lo llamé enseguida.

–Señora Prager, tengo que hacerle unas preguntas para la investigación sobre el asesinato de Susan Rorke –dijo–. ¿Puede hablar ahora?

–Sí, por supuesto.

–Bien. Quería preguntarle por el fin de semana en que mataron a la mujer, el mismo que pasó usted en Maine con ese tal Bennett.

–¿Qué quiere saber?

–El otro día me dijo que él llegó a Old Orchard Beach en coche desde Montreal. ¿A qué hora lo hizo?

–Una después que yo, hacia las cuatro. Pero no sé si venía de Montreal.

–¿Hubo algo en su conducta o en su aspecto que le llamara la atención?

–No, estaba como siempre, aunque más tarde vi que tenía un moratón bastante grande en una espinilla. Dijo que se lo había hecho ayudando a mover el equipo de uno de sus grupos, pero era mentira. No representaba a ninguna banda.

–¿Cuándo se enteró usted de que no decía la verdad sobre su trabajo?

–Ni sobre su trabajo ni sobre nada. Lo supe a las pocas semanas de que muriese. ¿Y usted? ¿Ha conseguido averiguar algo más sobre él?

–En las investigaciones de homicidios debemos seguir un protocolo. ¿Ha vuelto a ponerse en contacto con usted la mujer que se hizo pasar por Susan Rorke?

–No. ¿Quién era, por cierto? Ahora se lo pregunto yo a usted. ¿Y cómo sabía lo de Bennett, Susan y yo?

–Estamos intentando averiguarlo.

–¿Y qué han descubierto? ¿Ya saben quién era Bennett?

–Cuando lo sepa se lo diré.

–Pero ¿creen que es culpable?

–Solo un juez y un jurado pueden declararlo culpable –dijo Homes–. Y no se puede juzgar a un muerto.

Esa noche fui al Turkey's Nest de Bedford, me ligué a un tío y me fui con él a su casa. Lo hice porque sí, sin planearlo. El Turkey's Nest tiene el *jukebox* menos moderno de todo Williamsburg. Es allí adonde van los últimos obreros. En un momento de espléndida ironía metí unas monedas y elegí *Crazy*, de Patsy Cline. Justo antes de que se acabara la canción, un hombre bastante guapo se acercó y me preguntó por qué la había escogido.

–Para ver quién está lo bastante loco como para pedirme que bailemos mientras suena –dije, ya con dos whiskys encima.

El hombre metió una mano en uno de los bolsillos de sus vaqueros apretados y sacó algunas monedas que metió en el *jukebox*. Empezó a sonar *Crazy* de nuevo. Él se arrimó a mí.

–¿Tú estás loca?

–Es mejor que no lo sepas –contesté.

–Prueba.

Me llevó a la pista de baile, un pequeño espacio entre la barra y la mesa de billar.

–No sé por dónde empezar –dije.

–Yo siempre empiezo por mi exmujer –dijo él.

–¿Por qué? ¿Qué le pasa?

–Cortó la manga derecha de todas mis camisas.

–¿Y qué había hecho tu brazo derecho?

–Nada que no hubiera hecho el izquierdo. Te toca.

–Mi novio estaba prometido con dos mujeres al mismo tiempo. Nos regaló dos anillos idénticos.

–Veo a tu novio y lo doblo con mi ex. Pintó la palabra «gilipollas» en las puertas del parque. Soy bombero.

–Veo a tu ex y la doblo con mi novio: mató a su otra prometida.

–Guau. –Dejó de bailar–. ¿Va en serio?

–Parece que sí. Pero he venido aquí para no pensar en eso.

–¿Está en la cárcel?

–Está muerto.

Me tomó de la mano y me llevó otra vez a la barra.

–¿Qué tomas?

Repetí dos veces lo mismo de antes, y él me fue a la zaga. Vivía en Greenpoint, cerca de Transmitter Park, en un piso compartido con otros dos bomberos; cuando llegamos no estaba ninguno de ellos. Su habitación era un desastre. No me molestó. Tampoco me molestaron sus besos. No había besado a nadie desde Bennett. Y no se me iba de la cabeza.

¿Habría preferido estar besando a Bennett?

Lo conocía tanto como al bombero.

Volví a darle vueltas y vueltas a lo mismo, mientras mi cuerpo respondía de modo maquinal. Él paró mientras aún estábamos vestidos.

–Tienes la cabeza en otra parte, ¿no es así?

No lo dijo enfadado.

–Me encantaría tenerla aquí.

–¿Te parece si te pido un taxi? –propuso sin el menor asomo de irritación.

Ya en la calle, me abrió la puerta del vehículo y le dio un billete de veinte dólares al taxista.

–Tu ex se equivoca sobre ti –dije.

De nuevo estaba en el temido apartamento. Quizá Cilla tuviera razón y me conviniera cambiar de casa, pero no me sentía preparada. Tampoco podía permitírmelo. Cilla había tenido sus escarceos con la mala vida, pero si de alguna estabilidad gozaba yo en aquel momento se la debía a ella. Me senté junto a la ventana de la sala de estar, que daba a los patios de los vecinos: el de los setos podados, el de la ropa puesta a secar por todas partes, el de las piedras que formaban un jardín zen... Había media luna. Me quedé allí sentada, sin tocar mi taza de té, hasta que amaneció.

Cuando le dije a Steven que había sospechas de homicidio contra Bennett, él contestó: «Esos perros son unos héroes». Cuando se lo conté a Cilla, me preguntó si saberlo me ayudaba a perdonarme por lo sucedido. Cuando se lo comuniqué a McKenzie, comentó: «Bueno, con eso ya podemos hacer algo».

Estábamos de nuevo en Champs, esta vez a propuesta mía: quería que McKenzie defendiera también a *George*.

—¿A quién se supone que mató Bennett?

Yo ya había superado la vergüenza de haber sido engañada.

—A su otra prometida.

Vi cómo lo asimilaba. Me estaba observando para hacerse una idea de mi estado. Me parecía una falta de sinceridad no decírselo, aunque al mismo tiempo no quería quedar como una víctima. ¡Ja!

—¿Cómo murió?

Le expliqué lo que sabía. Dijo que pediría el informe policial.

—En el informe verás que con la mujer a la que la Policía dice que mató usaba otro nombre —aclaré.

Le proporcioné el contacto del inspector Homes en Boston, así como el nombre de la víctima. De mi exnovio no podía darle ninguno.

Cuando le pregunté si defendería también a *George* evitó darme falsas esperanzas sobre sus posibilidades, pero dijo que haría lo que yo le pidiera. Eso consiguió interrumpir mi desesperación. Me di cuenta de que entre ambos existía esa intimidad que se da cuando dos personas se juntan para mirar algo externo a ellas. Los dos queríamos lo mismo.

Me acompañó a la calle. Antes de alejarme por Lorimer Street le tendí la mano, pero él me dio un abrazo. El hecho de que durase unos segundos más de lo normal me daría que pensar en los siguientes meses.

Suelo digerir las malas noticias con una buena caminata. Después de despedirme de McKenzie, la sensación de sus brazos en mi cuerpo me lanzó

por las calles del barrio. Tenía que reabastecer mi cocina. Quería tener cosas básicas, aunque nunca cocinase. Fui a C-Town, en Graham Avenue, pasando al lado del bar frente al que cada tarde se sentaba una pareja mayor. El banco era solo para clientes, pero en el bar nadie quería echarlos. Se habían convertido en una presencia inamovible que siempre tenía buenas palabras para todo aquel que pasaba por delante. También eran amables el uno con el otro, y siempre que los veía pensaba lo mismo: que todavía se querían. Eran de esas parejas mayores que despiertan esos sentimientos por necesidad, y yo me resistí a la reacción que por necesidad tendría que sentir.

Un hombre con una telaraña tatuada en medio de la cara salió por la puerta del bar.

–Se nota que está muy comprometido con su estilo de vida –le dijo la señora a su marido.

Al llegar a casa entré en Lovefraud y me encontré con el siguiente correo electrónico:

He estado siguiendo tus posts sobre el hombre al que llamas «Bennett», y tengo que rogarte que no sigas. No me interesa ninguna información que creas tener sobre él. Es la última persona de quien tendría miedo. Lo que insinúas de que engaña a las mujeres es mentira. Estoy prometida con él. Yo no me hice pasar por Susan Rorke, pero si sigues buscándola harás mejor en preguntar a los locos de sus amigos. De todos modos, estoy dispuesta a hablar contigo, pero solo porque se lo debo a él.

Tuve la sensación de estar viviendo al otro lado de la pared, de haber dormido demasiado cerca de ella y haberla atravesado por la noche para entrar en otra dimensión.

Me cité al día siguiente con Samantha en uno de los Pain Quotidien del Upper East Side. Nunca he sido capaz de leer ese nombre con la pronunciación francesa correcta. Yo siempre leo *pain*, «dolor», de modo que me pareció indicado que lo eligiera como lugar de encuentro.

Como era fin de semana, todas las mesitas estaban ocupadas. Tendríamos que sentarnos en la larga mesa común. Busqué entre los clientes a una mujer

con un sitio vacío a su lado. Eran tres las que cumplían ese requisito. Una tenía el bolso abierto con descuido encima de la mesa. Otra escribía un mensaje de texto en el móvil y tenía las uñas negras. La última colgaba un jersey en el respaldo de la silla. La del bolso abierto era convencionalmente guapa, y su maquillaje realzaba con esmero sus facciones. Aparentaba más o menos mi edad, aunque se la veía demasiado cara de mantener para «Bennett». La de las uñas pintadas de negro era demasiado gótica para él. Quedaba, pues, la nerviosa, que una vez bien colocado su jersey había empezado a alinear los cubiertos. El tenedor y el cuchillo emitieron un brillo parejo al de la piedra preciosa que lucía su anillo de prometida. Me la quedé mirando hasta que levantó la cabeza y me sorprendió mirándola; entonces se ruborizó y apartó un momento la vista. Pero no lo hizo por vergüenza, sino por rabia.

Me acerqué a la silla vacía.

—¿Samantha?

—Solo tengo un cuarto de hora.

Al acceder a una cita con Samantha, mi deseo había sido ver a la mujer que había conquistado a Bennett. Quería saber a quién más había seducido. Quería comparar los daños sufridos por ambas en sus manos. Quería liberar a esas mujeres de la ilusión de que ese hombre sentía devoción por ellas. Quería que supieran que no corrían peligro. Y la parte más desagradable de mi personalidad quería ser quien anunciara su muerte a las demás.

Le hice una seña a un camarero, articulando con los labios la palabra «capuchino».

Como no me gustaba andarme con rodeos, y tenía en mente el cuarto de hora, le dije de buenas a primeras que «Bennett» estaba muerto.

—Eso es mentira —dijo ella con seguridad.

Saqué la foto de Bennett que le había enseñado a Homes, y le pregunté si era su prometido. Ella no dijo nada.

—Murió hace seis semanas —añadí.

—Me ha mandado flores.

—Yo encontré el cadáver.

—No lo entiendes. Me mandó esas flores hace tres días. Y esta mañana he recibido un correo electrónico. Está escondido por culpa de los incompetentes policías de Boston. Y de los chiflados amigos de Susan Rorke.

Su convicción de que Bennett estaba vivo me desconcertó. Justo antes de recuperar el aplomo, recorrí a toda prisa, mentalmente, una situación

hipotética. ¿Y si el cadáver no era de Bennett? Nadie había podido identificarlo. No había rostro, ni huellas dactilares. ¿Y si Bennett estaba vivo? Tal posibilidad me causó pánico. Sentí náuseas. Lo único que me animaba era la oportunidad de enfrentarme a él.

En lugar de eso, me senté cara a cara con Samantha.

–No has contestado a mi pregunta. –Volví a mostrarle la fotografía–. ¿Es tu prometido?

–¿Por qué tienes una foto suya?

–También estaba prometida con él.

Samantha resopló por la nariz.

–¿Te la ha enviado alguno de los amigos de Susan Rorke? ¿Te han pedido que hablaras conmigo? ¿Intentas hacer que salga de su escondite para la Policía? No creas que no sé lo que es la instigación.

Abrí mi bolso y saqué la cajita de cuero forrada de terciopelo que contenía el anillo que me había regalado Bennett. Me lo puse para demostrarle que era de mi talla. Luego coloqué mi mano junto a la de ella.

–Pues muy bien –dijo–. Tienes el anillo de Susan. Esos amigos suyos están dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de incriminarlo. –Su tono de voz era ahora más alto que el murmullo de la mesa común. Reparé en que algunos nos miraban y escuchaban–. Eso ya lo sé. Susan se negó a devolverle el anillo que había pertenecido a su abuela, de modo que él encargó una copia para mí.

Poco antes de la muerte de Bennett, yo había chocado con la parte trasera del taxi que estaba parado delante del coche compartido que había alquilado. Yo miraba fijamente hacia delante, pero en el momento del impacto me di cuenta de que en realidad no estaba viendo lo que tenía frente a mis ojos. Ahora la conductora era Samantha. Comprendí que, por muchas pruebas del engaño de Bennett que le enseñase, ella sería incapaz de verlas. De modo que cambié de táctica.

–¿Quién crees tú que mató a Susan Rorke?

–A Susan Rorke la mató Susan Rorke. Lo amenazó con suicidarse si no se casaba con ella, pero haría que pareciese un asesinato. Incluso dejó arañazos en el marco de la ventana por la que saltó, para que creyeran que ella se había resistido. Qué desesperación, la muy zorra.

Ahora hablaba tan alto que estuve a punto de llamarle la atención, pero ya que por fin decía algo no me atreví a interrumpirla.

–Podría haber actuado con un poco de nobleza, pero no: Susan Rorke

arrasaba con todo –continuó–. No tenía vergüenza. Le resultaba insoportable que fuéramos felices y estuviéramos planeando nuestra boda. ¿Sabes qué hizo la mañana antes de matarse? Publicó un anuncio de su compromiso en el *Boston Globe*.

La gente ya escuchaba sin ningún disimulo. Samantha estaba tan nerviosa que con uno de sus exagerados manoteos volcó un molinillo de pimienta. Siguió hablando. Intuí que esas manos serían capaces de empujar a alguien por una ventana.

Continuó embalada con su perorata, y eso que hacía un buen rato que había pasado el cuarto de hora que ella misma había marcado como plazo.

–Y otra cosa: Susan acudía como voluntaria al centro de acogida de indigentes por puro egoísmo. A ella los pobres le daban igual. Lo que le importaba era ascender en su trabajo. Pensaba que quedaría bien en su currículum.

–¿A qué voluntariado te dedicas tú? –pregunté, interrumpiéndola bruscamente.

–¿Cómo sabes que hago algún voluntariado?

–Pero ¿lo haces o no?

–¡Solo te diré que eso no tiene nada que ver con mi currículum!

Se acercó un camarero para pedirle que bajara la voz.

–¡Una vez vi cómo una mujer le cambiaba el pañal a su hijo encima de una mesa y nadie le dijo nada! –replicó Samantha, fuera de sí.

No obstante, pidió la cuenta. Pero antes soltó una bomba:

–Quizá te convenga hablar con su exmujer.

–¿Estaba casado? –pregunté, atónita. En ese momento percibí un cambio en nuestro equilibrio de poderes.

–¿Tu prometido nunca te contó que había estado casado? Pues Susan sí lo sabía.

Tuve tiempo de ordenar mis ideas mientras recogíamos nuestras cosas para marcharnos.

–¿Cómo puedo ponerme en contacto con ella?

–Figura en el listín telefónico. Sag Harbor. Usa su apellido de soltera, Loewi. Pat.

Samantha se despidió de malos modos. Viendo cómo se iba, intuí que mis sospechas se confirmarían. Le hablaría de ella al inspector Homes. ¿Cómo podía saber Samantha lo de los arañazos en el marco de la ventana?

No había leído a Shakespeare desde el instituto, pero abrí un volumen que reunía algunas de sus piezas teatrales para echarle un vistazo a *Otelo*. En la obra, Yago, el abanderado de Otelo, divulga por puro resentimiento la noticia de que Desdémona, la esposa de este, se ha acostado con un lugarteniente del ejército de su marido. Otelo da crédito a la falsedad y, furioso, estrangula con sus propias manos a la inocente Desdémona. Solo en el posgrado me enteré de que existía el llamado síndrome de Otelo, un tipo de celos enfermizos que desembocan en violencia. No en todas las sociedades se castigan los crímenes pasionales. Si en Hong Kong, por ejemplo, una mujer descubre que su marido no le es fiel, la ley le permite matarlo, pero solo si lo hace con sus propias manos. La amante del marido, sin embargo, puede morir del modo que prefiera la esposa. Esta antigua ley sigue presente en los códigos. Según las estadísticas, los celos constituyen uno de los tres motivos principales de asesinato.

Sentada en mi cocina, sopesé los motivos para notificar lo de Samantha a la Policía de Boston. ¿Tenía alguna importancia que mis sospechas estuvieran teñidas por los celos? Me acordé de la primera vez que Bennett y yo habíamos tenido la conversación, vieja como el mundo, sobre nuestras anteriores relaciones amorosas. La diferencia, en el caso de Bennett, era que sus relaciones no eran anteriores, sino simultáneas. Otra cita que recordaba del mismo curso preuniversitario de literatura durante el cual había leído *Otelo*, esta vez por cortesía de William Faulkner: «El pasado nunca muere. Ni siquiera es pasado». La mentira de Bennett sobre su inscripción en McGill podía tener algo de verdad: una novia a la que había llamado Sam. ¿Diminutivo de Samantha? Me contó que al principio ella lo había perseguido, hasta extremos más propios de un acoso. Entonces él —según decía— había cambiado de teléfono y de domicilio, pero la persecución no cesó. La tal Sam daba miedo, aseguraba. Siguió a una mujer que salía con Bennett y le rajó los neumáticos del coche. Todo lo cual no había impedido que él le pidiera matrimonio, puesto que ella tenía el anillo... Era de esos mentirosos que levitaban justo por encima de la verdad.

Marqué el número del inspector Homes. Habíamos hablado lo suficiente como para prescindir de cumplidos.

Le expliqué mis sospechas acerca de Samantha.

–Sabía lo de los arañazos en el marco de la ventana.

–Ese detalle se publicó en la prensa. ¿Es la tal Samantha la tercera novia de Bennett? –preguntó. No se molestó en disimular el tono de sarcasmo.

–La tercera de las que yo conozco.

No mencioné a la exmujer.

–¿Y, aparte de que ella supiera lo de los arañazos en el marco de la ventana, en lo único que basa usted su acusación es en que ella asegura que Susan Rorke se suicidó?

–Esa mujer ha manifestado celos enfermizos y rabia irracional. Lo digo como profesional.

Yo era consciente de que poco importaba en qué me fuera a graduar, si es que encontraba el tiempo y la concentración que necesitaba para acabar la tesina. Lo único que Homes percibiría en mi voz serían los celos de una amante despechada.

Justo cuando colgaba se encendieron las farolas. En noviembre empezaba a anochecer hacia las cuatro y media. No había ingerido nada desde mi visita al Pain Quotidien, donde solo había tomado un capuchino. La cocina estaba más limpia que nunca; desde que había vuelto a vivir en mi apartamento no me había preparado ni un huevo frito. Saqué los pocos ingredientes que tenía: ketchup, patatas fritas de bolsa y una porción de Stilton que había comprado en la quesería por veintinueve dólares. Unté un poco de Stilton en una patata sin romperla y la mojé en el ketchup: proteína, fécula y verdura. Dejé que la oscuridad lo invadiera todo gradualmente. A Steven le había parecido una temeridad vivir en el apartamento después de lo ocurrido, pero yo sabía que si me mudaba empezaría a cambiar de casa sin parar y nunca estaría a gusto en ningún sitio.

Me acerqué a la ventana. Mi casa daba al patio. Los italianos ancianos aún colgaban la ropa en tendederos de cuerda. Entreví un grueso brazo de mujer que recogía una hilera de sábanas por una ventana abierta.

Conque Bennett tenía una exmujer. De todos sus engaños, era el que más me dolía. A fin de cuentas, se lo había contado a sus otras dos novias. Una ráfaga de viento hizo volar la última sábana y la dejó fuera del alcance de mi vecina. Aterrizó en el patio de los setos, donde cubrió un arbusto que tenía forma de champiñón.

Llamé a Steven y le pregunté si le apetecía venir a casa.

–Estoy en calcetines, viendo ese programa en la tele, *Picadillo*.

–¿*Picadillo*? ¿En qué canal ponen eso, en Crime?

–No, en Food Network. Los ingredientes de esta noche son sandía, sardinas enlatadas, queso Pepper Jack y medio calabacín.

–Yo acabo de cenar patatas fritas de bolsa, Stilton y ketchup.

–Si salieras en *Picadillo*, con eso habrías hecho una lasaña. ¿Qué estás viendo tú?

–*Y no comieron perdices*, ese programa sobre matrimonios que se matan durante su luna de miel. El capítulo de hoy se titula «La novia iba de rojo sangre». Él había estado casado.

–¿Quién, el novio?

–Bennett.

Oí que Steven silenciaba el televisor.

–Está muerto, Morgan. Se ha llevado sus mentiras consigo a la tumba.

–No pueden enterrarlo hasta que alguien reclame el cadáver.

–¿Cómo sabes que había estado casado?

Le expliqué a Steven lo de Samantha.

–¿Y te parece peligrosa? –preguntó él.

Respondí que no lo sabía.

–Ahora mismo pido un coche y me acerco.

–Samantha no puede tirarme por la ventana. Tengo barrotes.

Media hora después, mi hermano pulsó el interfono. Se presentó con un cepillo de dientes y la ropa de trabajo para el día siguiente, un traje oscuro que aún estaba en la bolsa de la tintorería; tenía una reunión en la ONU. Durmió en el sofá que él mismo me había regalado cinco meses antes para celebrar mi trigésimo cumpleaños.

A diferencia de los seres humanos acusados, *Cloud* y *George* no tenían derecho a un juicio rápido. Tampoco existía nada parecido a la libertad condicional para perros, de modo que ellos languidecían entre rejas mientras la justicia se tomaba su tiempo. Pero languidecer no es el verbo apropiado. Día tras día, mis perros se deterioraban física y espiritualmente entre la suciedad, el ruido y la escasez de personal de la perrera.

Hasta que por fin llamó McKenzie. Sus noticias me dieron esperanzas: había conseguido que se fijara una vista para dentro de dos semanas. Quedamos en Champs, como siempre, y por primera vez llegó antes que yo. Lo vi expresivo, contento de su logro. Me dio la noticia como lo que era: un regalo. Yo sabía que los casos de perros peligrosos podían demorarse un año o más en lista de espera.

Para mi sorpresa, lo primero que me dijo fue que me veía mejor. ¿Mejor respecto a qué? Debí de poner cara de perplejidad, porque añadió:

–Bueno, no... Es que se te ve descansada, más tranquila.

–¿Ah, sí? –dije con incredulidad. Por lo visto, pasarse la noche en vela investigando a la exmujer de un amante muerto resultaba rejuvenecedor–. Gracias. A ti también.

–No hace falta que me devuelvas el cumplido. El caso es que me alegro de verte con buena cara.

Avisó a una camarera, que trajo dos cartas, si bien él no miró la suya.

Le dije que traía una declaración jurada de mi veterinario y le entregué una gruesa carpeta que contenía el historial médico de *Cloud* a lo largo de varios años. Cuando era un cachorro se había comido unos pantis Fogal de espiguilla. La operación para sacárselos del estómago había costado cuatro mil dólares, aunque el veterinario me había devuelto los pantis, por lo que, dado que me habían costado sesenta y cinco, según mis cálculos la intervención se había quedado en 3.935 dólares.

–¿Te gastaste sesenta y cinco dólares en unos pantis? –dijo McKenzie mientras hojeaba los papeles.

Siguió leyendo. Una vez, una avispa picó a *Cloud* en el morro, y este se

hinchó tanto que no podía abrir los ojos. En otra ocasión la mordió una serpiente mientras nadaba en un lago de Florida.

En cambio, el historial de *George* solo abarcaba tres meses. Los tratamientos que había sido necesario administrarle comprendían apenas las vacunas y revisiones de rigor.

–¿Por qué no hay ninguna factura en la carpeta de *George*?

Le expliqué a McKenzie que mi veterinario nunca había querido cobrarme por atender a *George* ni a *Chester*. Sentía debilidad por los adoptados.

La camarera le trajo a McKenzie una bebida muy verde, elaborada con siete verduras diferentes. Yo pedí un café solo.

–También he traído algunas fotos.

Las distribuí sobre la mesa: los tres perros conociendo a un bebé en el parque, jugando a la pelota con un equipo de niños de primero... También le ofrecí testimonios de vecinos que habían conocido a *Cloud* desde que era un cachorro.

–Eres muy concienzuda –dijo él a modo de elogio mientras guardaba todo en la mochila.

–¿Hay algo más que yo pueda hacer?

–¿Alguno de los vecinos conoce a *George* lo bastante como para declarar a su favor durante el juicio?

–Mis vecinos han visto crecer a *Cloud*, pero a *George* le tenían miedo por ser un pitbull. Me decepcionó que tuvieran esos prejuicios. Él nunca hacía nada malo, pero lo evitaban igualmente.

En ese momento recordé cuando Billie metió las manos en la jaula a través de los barrotes para acariciar a *George*, aquel día que fui a verlos por primera vez a la perrera.

–Una de las voluntarias de la perrera lo conoce y podría servirnos. Aquella de la que te hablé, la que organizó el test caracterológico de *George*.

–Sí, ella nos podría ayudar.

Me llamó la atención que usara la palabra «nos». Decía mucho de él. Cuánto agradecía no tener que llevarlo todo yo sola... Me provocó una sensación de calma, de descanso. No estaba acostumbrada a sentirme de esa manera con un hombre. Me gustaba. Pero no me fiaba. Normalmente me sentía atraída por hombres que, como Bennett, parecían amables y atentos al principio, pero que al final resultaban ser todo lo contrario. Cuando yo lo descubría, mi reacción iba siempre contra el sentido común: me atraía aún

más. Cuanto más controlador y reservado era un hombre, más cerca me sentía de él. No porque suscitara mi comprensión, sino precisamente por lo contrario. Era yo quien me esforzaba más por merecer su confianza; y cuanto más me esforzaba, menos se fiaba él de mí. Yo me iba poniendo cada vez más nerviosa, y confundía mis nervios con pasión. Cuanto más nerviosa me ponía, mayor era su fijación por mí, y yo confundía esa fijación (¿dónde has estado?, ¿por qué llegaste tarde?) con amor.

–¿Cómo podría ponerme en contacto con la voluntaria? –preguntó el abogado.

Le facilité el número que me había dado Billie en la perrera cuando nos conocimos.

–Yo también te he traído algo. –McKenzie metió la mano en su mochila–. Es una copia del informe de la Policía de Boston sobre la muerte de Susan Rorke. –Tomé el expediente–. Estás acostumbrada a ver fotos de crímenes, ¿verdad? –preguntó, sin darme tiempo a meter la carpeta en el bolso.

–Sí, no te preocupes –mentí. Las víctimas de los cientos de fotografías de crímenes que había estudiado no habían estado prometidas con mi novio.

–¿Quieres algo, además del café?

Respondí que no podía quedarme más tiempo. Tenía tantas ganas de leer el informe que no veía el momento de irme. (A veces es difícil distinguir la aprensión del entusiasmo.)

¿Fueron imaginaciones mías, o McKenzie puso cara de decepción al ver que yo recogía mis cosas? Y, si no era invención mía, ¿la decepción se debía a que yo mostraba más interés por Susan Rorke que por los perros? ¿O quizá era porque yo no le dedicaba más tiempo a él?

Me resultaba insoportable leer el informe policial en el apartamento donde habían matado a Bennett. Me encaminé a la sucursal de la biblioteca pública de Nueva York en East Williamsburg, un pequeño edificio de ladrillo de una sola planta cubierto de enredaderas que quedaba a una manzana.

Dejé atrás la sección infantil, en la que no había nadie, la del alquiler de vídeos, que estaba abarrotada, y la cola de indigentes que esperaban para acceder de manera gratuita a un ordenador y me senté en la larga mesa de

lectura, de la que era la única ocupante. Me suele apenar que lea tan poca gente, pero esa vez lo agradecí.

Repartí por la mesa las fotos del lugar del crimen. No sabía que Susan Rorke se hubiera caído sobre el carro de un vendedor ambulante de comida *halal*. El cuerpo estaba al revés, con las piernas enganchadas al carro y el torso colgando. Se le había levantado la blusa y se le veían los pechos. Gimnasta torcida. Ciervo colgado. Traté de encontrar la lógica anatómica de lo que veía. La yuxtaposición del carro y el cuerpo roto era obscena, como obsceno fue el giro que tomaron mis pensamientos. ¿Habrían retirado el carro? Avergonzada, pensé en las fotos de Facebook donde Susan Rorke presumía de anillo de compromiso, anillo que no se veía en ninguna de las fotos del lugar del crimen. ¿Se lo habría llevado el asesino? ¿Como recuerdo o para ocultar pruebas? Si se trataba de Bennett, sería para lo segundo. Si era Samantha, para recuperar lo que pensaba que era el anillo de la abuela de Bennett y quedarse lo que consideraba suyo por derecho.

El informe de la autopsia señalaba que la mujer había muerto a causa de traumatismos contusos. Yo sabía por mis estudios que esa era la denominación más socorrida para los forenses en caso de accidente, suicidio y homicidio. Las muertes por traumatismos contusos pueden tener muchos motivos, mientras que las debidas a heridas de arma de fuego o arma blanca, por ejemplo, reducen bastante las posibilidades. Leí el informe deprisa, en busca de la respuesta a una pregunta clave: ¿había provocado la colisión con el carro el traumatismo contuso o había sufrido Susan Rorke la herida mortal antes del impacto? A este respecto, el informe de la autopsia no dejaba lugar a dudas: la causa de la muerte había sido un golpe en la parte trasera de la cabeza mediante un instrumento del tamaño de un dólar de plata, descripción que podía ajustarse a la de un martillo. En el lugar del crimen, sin embargo, no se había hallado ningún martillo, ni tampoco había aparecido durante el registro a fondo del edificio y las zonas adyacentes.

No era lo mismo empujar a alguien por una ventana en un momento de rabia que llevar encima un martillo. La muerte debía de haber sido instantánea.

Me salté las condiciones ambientales del escenario del crimen. No me hacía ninguna falta conocer la «temperatura exterior ambiente». También pasé por alto los testimonios de los agentes, la descripción del lugar, el «alcance de las lesiones» y la localización, y no empecé a leer de nuevo hasta que llegué al inventario de pruebas.

En las pruebas toxicológicas no se habían encontrado restos de alcohol ni de drogas. La víctima no había sufrido merma alguna en sus facultades hasta el momento de la agresión por parte de la figura no identificada cuya imagen había captado una cámara de seguridad del banco que había frente al centro de acogida. La cámara del propio centro estaba estropeada.

Uno de los testigos, el vigilante de seguridad del centro, declaraba que al salir a fumar había oído gritos de mujer («¡no, no, no, no!») y más tarde, a unos treinta metros, el impacto de Susan Rorke al caer. Otros testigos (tres residentes del centro que se encontraban en la enfermería) aseguraban haber visto a alguien con chándal y capucha que se alejaba corriendo por el pasillo. Dos voluntarias de cocina que estaban preparando la comida habían visto salir del edificio a la misma figura encapuchada poco después del instante de la muerte.

Miré la foto del coche de Bennett en un peaje de la I-93, a las trece horas, cuarenta minutos después de la muerte de Susan Rorke. Antes de reunirse conmigo en Old Orchard Beach.

La siguiente prueba era la más incriminatoria: el ADN del semen encontrado en el cuerpo de Susan Rorke coincidía con el del cadáver que se hallaba en el laboratorio forense de Manhattan, el de «Bennett».

Respiré profundamente. Así, a bote pronto, me disgustaba más descubrir que Bennett se había reunido conmigo en Maine después de inseminar a otra mujer que la posibilidad de que hubiera venido después de asesinarla. Si yo estaba así de celosa, ¿por qué no podía estarlo Samantha? El informe de la Policía recogía una llamada al número de emergencias que Susan había hecho la semana antes de ser asesinada. Decía que le habían rajado los neumáticos. Si Samantha respondía a la «Sam» de quien me había hablado Bennett, era su *modus operandi*. La capucha y la ropa holgada impedían definir el sexo del sospechoso. Por mucho que Bennett se hubiera acostado la noche anterior con Susan Rorke y estuviera en Boston el día del asesinato, no era obvio que él fuera el asesino. Teniendo en cuenta que el sesenta y ocho por ciento de los asesinatos de mujeres los cometen sus maridos o sus novios, era normal que la Policía de Boston se hubiera fijado en él antes que en cualquier otro. ¿No habría hecho yo lo mismo si pudiera ser imparcial? Pero no lo era. A juzgar por mi experiencia, la ira de Bennett no era aniquiladora, sino controladora. Pero ¿y la experiencia que tuviera de él otra persona, quizá más informada que

yo? Como por ejemplo su ex mujer. Si Bennett era capaz de asesinar a alguien, tal vez ella lo supiera.

Tomé el autobús a los Hamptons en Manhattan, en la parada de la calle Ochenta y seis y la Tercera Avenida, para poder elegir un buen asiento. En otoño no había tantos problemas para sentarse como en temporada alta, pero era una costumbre que arrastraba desde mis veranos en un piso compartido del East End. Tenía pensado aprovechar el viaje a Sag Harbor para trabajar en mi tesina, de la que llevaba escritas tres cuartas partes. La compañía de transportes señalaba que el trayecto duraba dos horas, pero siempre era hora punta en la Long Island Expressway.

Elegí un asiento de ventanilla, en la parte central, y abrí mi portátil. Repasé por enésima vez los datos que había recogido durante dos años. Las páginas para ayudar a encontrar pareja trabajan a partir de un modelo de resolución de problemas, buscando soluciones. Se trata de un algoritmo básico, información recogida con el objetivo de encontrar constantes en los datos en bruto. Hasta Petfinder, la página web de adopción de animales, funciona así, pero mejor, porque hay más amores que nacen del primer encuentro. Lo habitual, en todo caso, es que las webs de parejas con más usuarios hagan preguntas superficiales que son demasiado generales como para definir constantes: ¿qué te gusta más, el cine de acción y de aventuras o las comedias románticas? ¿Prefieres la playa o la montaña? ¿Qué tipo de animal serías? Yo me movía en otro nivel: había preparado preguntas que pudieran formularse tanto a las víctimas potenciales como a los posibles depredadores. Por ejemplo: ¿te gusta que un hombre pida por ti en un restaurante sin preguntarte antes qué quieres? / ¿Disfrutas pidiendo por una mujer en un restaurante? Si un hombre te llama mucho para saber qué haces, ¿te halaga la atención? / ¿Sientes la necesidad de llamar a menudo a la mujer con quien sales para saber qué está haciendo? ¿Te resultan halagadores los celos en un hombre? / ¿Te interesa averiguar el pasado amoroso de una mujer? ¿Crees que siempre hay que ir con la sinceridad por delante? / ¿Crees que siempre hay que ir con la sinceridad por delante?

Si reúnes una cantidad suficiente de datos en bruto, puedes extraer correlaciones inesperadas. La estadística Amy Webb, por ejemplo, descubrió

al buscar marido que «los hombres que beben whisky aluden inmediatamente a prácticas sexuales no convencionales». Más escalofriante era el descubrimiento del psicólogo forense Adrian Raine, quien constató que los psicópatas tenían un factor biológico en común: una frecuencia cardíaca baja. Este descubrimiento significa que para generar una sensación de euforia se necesitan niveles cada vez más altos de riesgo. El doctor Raine también observó que los psicópatas con éxito –los que logran no ser capturados– tienen la capacidad de incrementar lo necesario la frecuencia cardíaca para ser cuidadosos. Menos éxito tienen los psicópatas que no experimentan ningún aumento significativo de la frecuencia cardíaca, ya que sus esfuerzos por sentir euforia se vuelven cada vez más temerarios, hasta que los pillan.

No todos los sociópatas son psicópatas. No es una simple cuestión de grado. En el psicópata la predisposición a la violencia es elevada, mientras que en el sociópata es variable. En lo que se refiere a las conductas criminales, el psicópata deja pistas, mientras que el sociópata basa su estrategia en reducir al mínimo su visibilidad. Otro dato más relevante para mi investigación era que los psicópatas son incapaces de tener relaciones normales, mientras que los sociópatas pueden aparentar una normalidad superficial sin dejar de lado su auténtico papel como depredadores sociales.

Las definiciones clínicas se diferencian en función de la capacidad de sentir empatía. Es bien sabido que los psicópatas no la sienten, mientras que los sociópatas experimentan una forma menor de empatía, pero optan por ignorarla. Los psicópatas son atrevidos. Los sociópatas no. Los psicópatas no diferencian entre el bien y el mal. Los sociópatas sí, aunque eso no les haga cambiar de conducta. Si Bennett estaba tan cómodo mintiéndonos acerca de todo a mí y a los demás, era un sociópata. Si había matado a Susan Rorke y luego había ido en coche a Maine para pasar un fin de semana romántico conmigo, era un psicópata.

Mi teoría era provocativa: quizá ni los sociópatas ni los psicópatas sientan empatía, pero los sociópatas son lo bastante conscientes de los sentimientos ajenos como para darse cuenta de lo que se pierden (el amor), y desearlo. En sus víctimas buscan bondad y debilidad (Speck matando enfermeras, Bundy pidiendo ayuda), porque donde hay bondad a menudo hay amor.

Trabajar en mi tesina fue una buena manera de no pensar en el encuentro con Pat Loewi, con quien había quedado la noche anterior tras decirle que necesitaba hablar de cierta información acerca de su exmarido. Tras darme

cuenta de que ella vacilaba me había brindado a ir a verla, y ella había aceptado. La reconocí antes de bajar del autobús, porque me había dicho que me esperaría allí con su perro. Había dos mujeres que esperaban junto a sendos perros atados con correas. Una era la típica amazona con pantalones y botas de montar que a duras penas contenía a su retriever. Tuve la seguridad de que la ex de Bennett era la otra: menuda, pelirroja, con una melena rizada hasta los hombros y las raíces canosas. Llevaba una chaqueta de botones que le quedaba grande, unos vaqueros y unas botas de lluvia, y tenía a su lado, sentado y atento, un rottweiler de aspecto elegante y poderoso.

La mujer sujetó la correa con ambas manos.

—Antes de dejarse tocar por alguien, *Audie* tiene que conocerlo —dijo.

No me recibía con los brazos abiertos, sino con refuerzos. Enfilamos la calle principal lentamente, alejándonos de la parada de autobús y del embarcadero. Opté por caminar a la derecha de Pat, dado que llevaba a *Audie* a su izquierda. Le di las gracias por haber aceptado que nos viéramos.

—He pensado que podríamos llevar a *Audie* a Havens Beach —dijo, pero no antes de que hubiéramos dejado atrás tres tiendas para turistas—. Queda más o menos a un cuarto de hora a pie.

Íbamos a paso tranquilo. Un par de manzanas más allá le dije que necesitaba un café, y le pregunté si también quería uno. Ella dijo que no tomaba café, solo té, pero cuando me ofrecí a traerle un té dijo que solo tomaba té verde, y que en la tienda a la que yo me disponía a entrar no había. Tardé un par de minutos en salir, solo con el café.

Seguimos por la calle principal hasta que Pat giró a la izquierda por una calle residencial. Todo lo que se me había ocurrido preguntar o decir era tan pobre que ni siquiera merecía ser dicho. La noticia que tenía planeado dar era de esas para las que nunca es buen momento. Aun así, pensé que esperaría a que llegáramos a la playa para decírselo.

Apenas había gente en Havens Beach en temporada baja, aunque varios perros sin acompañante entraban y salían corriendo del agua, entre las suaves olas de la bahía. Temí que Pat le quitase la correa a aquel animal suyo tan poco de fiar. Fue lo que hizo. *Audie* olisqueó mi bolso, depositario de tantas amenazas.

—No le hagas caso —dijo Pat.

Me salió a bocajarro. Le dije que su exmarido estaba muerto.

—No llegamos a casarnos —respondió ella.

¿Me había mentido Samantha, o en realidad no lo sabía?

En cuanto Pat dijo aquello, *Audie* se puso a su lado y me miró fijamente. Pat no había levantado la voz, pero aun así el perro, detectando su angustia, se había colocado en posición.

Le expliqué las circunstancias de la muerte de Bennett. Le dije que por aquellas fechas yo estaba prometida con él. Que no era la única que lo estaba por aquel entonces, y que otra prometida había sido asesinada, posiblemente a manos del antiguo amante de Pat.

Era lo que se llamaba dar las noticias suavemente.

–Nunca le gustaron los perros, ni él a ellos. –Me llamó la atención la compostura de Pat. En cambio su perro, en respuesta a lo que supuse que eran sus verdaderos sentimientos, se había puesto nervioso. Esperé a que Pat dijera algo más. Ella recogió un trozo de cristal arrastrado por las olas y lo examinó—. O sea, que no había cambiado. ¿Solo dos prometidas?

–Veo que no te sorprende.

–Él tenía sus propias reglas. –*Audie* se alejó corriendo por la orilla—. Aunque la del asesinato es nueva.

–La Policía cree que fue él.

–¿Y tú no?

–Yo no sé qué creer.

Solo me di cuenta de que *Audie* había vuelto del agua cuando se sacudió a mi lado.

–Soy consciente de que no estoy reaccionando como te esperabas, pero es que ese hombre hizo que yo lo pasara muy mal –dijo Pat.

–¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

–El suficiente como para trastocarme la vida. ¿Y tú?

–Yo he salido bien parada. Relativamente.

No quería entrar en competiciones de ningún tipo. Lo que quería era que me contase qué le había hecho Bennett.

–Yo estaba impartiendo un curso preuniversitario –empezó–, entrevistando a los alumnos durante la inscripción, cuando de repente entra un chico en plan gallito, con sus vaqueros apretados y su camiseta blanca, y le pregunta a la secretaria del departamento si aún quedan plazas en mi asignatura. Yo estaba ocupada con otro alumno. El chaval, que por su aspecto tendría veinte o veintiún años, no podía esperar a que me hubiera liberado, o no quería. Cuando se giró para marcharse, le susurré a la secretaria: «Para este siempre

hay una plaza en mi asignatura». Lo susurré, pero la fantástica acústica de la sala hizo que él me oyera. Vi que se paraba. Yo le llevaba doce años, pero a partir de entonces empezó a perseguirme.

»En esa época yo pintaba, y estaba buscando galería. Él me dijo que mi obra le entusiasmaba, y comentó que pensaba abrir una. No fue mi reloj biológico, fue mi reloj de galería. ¿Sabes aquel chiste tan viejo de cómo hicieron el túnel de Holland? Le dieron una cucharilla a cada uno de los artistas de New Jersey y les dijeron que el primero que excavase hasta Manhattan tendría galería. Tardé años en darme cuenta de lo que había visto él en mí: una oportunidad.

»Dinero no tenía. Encanto sí. Y a base de encanto me quitó todo lo que me importaba.

Caminábamos al mismo paso por la arena compactada, turnándonos para lanzarle un palo a *Audie*, que salía a buscarlo.

–Lo irónico es que todo lo que sabía de arte se lo había enseñado yo sin darme cuenta. Cuando aprendió lo bastante como para saber cuánto valían los cuadros de mi abuelo, robó los dos únicos que tenía yo. Fue el regalo de despedida que se hizo a sí mismo.

–Madre mía.

–Espera, que aún hay más: me dolió que no robase ninguna de mis obras.

–Nos ha hecho mucho daño. A muchas.

–¿De cuántas estamos hablando?

–Contándome a mí, cuatro, que yo sepa. Simultáneas, no consecutivas.

Esta vez se rio un poco. El cambio de humor pareció contagiarse a *Audie*, que rodó de espaldas en la playa, con las patas en alto, y luego se puso derecha y se sacudió la arena. Habíamos estado caminando con el viento de cara, y otra sincronización hizo que nos girásemos al mismo tiempo para dar media vuelta. Pat me preguntó si quería ver su estudio.

Caminamos otros veinte minutos hasta que torció por un camino estrecho de tierra que se internaba en el bosque. Aunque la temperatura era baja, tuve miedo de las garrapatas. ¿A partir de qué límite no había que preocuparse por ellas? Seguimos caminando por un suelo arenoso entre arbustos de roble y pinos. Me arrepentía de no haberme puesto mis botas de ante. Nadie había limpiado los restos de la última tormenta y teníamos que ir pasando por encima de las ramas rotas.

El estudio de Pat era un establo de cedro plateado castigado por los

elementos, más o menos del tamaño de un garaje para tres coches, con una puerta corredera antigua que se aseguraba con un cerrojo y un candado. Después de girar la combinación, primero a la derecha, luego a la izquierda y de nuevo a la derecha, Pat apoyó todo su peso para hacer que la puerta se deslizara. Dio una palmada donde había un interruptor y el espacio se llenó de luz fluorescente. Era mucho mayor de lo que parecía desde fuera.

Yo, que esperaba encontrar unas simples marinas, me quedé atónita cuando vi toda una serie de fotografías de ella, a tamaño natural, desnuda y con un corazón ensangrentado a la altura de la parte izquierda del pecho.

—No te preocupes. Es un corazón de cerdo.

¿Preocupada yo? Ahora sí que lo estaba. En las fotos, Pat parecía diez años más joven que la mujer que tenía a mi lado.

—Sutil —dijo ella, adelantándose a lo que pudiera haber pensado decir yo—. Las hice justo después de que se fuera. Las saqué ayer por la noche, después de tu llamada. —Señaló otra pared—. Ahora me dedico a esto.

Ahora sí: las marinas, con el toque moderno de unos suaves dibujos de olas en grafito. Podría haber estado bien encaminada si no la hubiera precedido Vija Celmins: en lugar de crear algo nuevo, Pat repetía cosas que ya existían. Por lo visto, Bennett también le había robado la frescura.

Hizo té verde para las dos. Luego le dio a *Audie* un enorme fémur ahumado para que lo mordisquease. Me pareció mentira que no se diera cuenta de lo horrible que era eso, después de haber oído lo que le había contado sobre la muerte de Bennett. El ruido de los dientes resultaba crispante.

Justo en ese momento tan oportuno algo se oyó en el exterior, como un ruido de pisadas sobre las ramas. *Audie* corrió a la ventana y empezó a ladrar y gruñir. Al estar encendidas las luces del estudio y haberse puesto el sol, ni Pat ni yo veíamos lo que había fuera. Eché un vistazo rápido al estudio en busca de algún rincón donde esconderme. Me encontraba en un espacio abierto y fuertemente iluminado. Estaba al borde del pánico. En cambio, Pat mostraba una extraña indiferencia.

—Con esta serie me he pasado al acrílico. No sé si me gustan mucho las superficies, pero soy demasiado impaciente como para esperar a que el óleo se seque.

—¿Es normal que *Audie* actúe así? ¿No deberíamos mirar qué pasa fuera?

—Será un mapache que intenta meterse en el cubo de la basura, o algún

coyote. En cualquier caso, no pienso dejar que *Audie* salga. Unos coyotes mataron a mi otro perro la semana pasada.

–Vaya por Dios... Lo siento.

–Bueno, al menos eso creen los vecinos, que fueron unos coyotes. Yo no estoy tan segura.

–¿Pues entonces qué fue?

–¡Basta, *Audie*! –Por fin, el perro se apartó de la ventana con un gruñido gutural. Pat se acercó a donde estaban colgados los autorretratos de ella desnuda—. Sé cuál es su verdadero nombre –dijo, mirando fijamente a su yo más joven.

Se me secó la boca.

–¿Quién... quién era?

–Averiguarlo me costó cinco mil dólares.

Pensé que seguiría, pero en vista de que no lo hizo me pregunté si esperaba dinero a cambio de la información.

–Contraté a un detective para que les siguiera la pista a los cuadros de mi abuelo, y él descubrió que los habían subastado en Qatar por algo más de un millón de dólares. Dijo que el vendedor era anónimo, aunque pudo averiguar que procedía de Maine.

–Has dicho que conocías su nombre.

–Sé con qué nombre empezó: Jimmy Gordon. El detective no llegó a encontrar los cuadros, pero me consiguió la dirección de la madre de Jimmy.

–¿Su madre? ¿Cómo era?

–No llegué a ponerme en contacto con ella. ¿Qué ganaba con meterla en mi vida?

–¿Te importaría que yo me pusiera en contacto con ella?

–Si lo haces, pregúntale dónde están los cuadros de mi abuelo.

Me llevé las tazas a una pila que había en un rincón del estudio. *Audie* me observaba desde su cama de perro. Di un rodeo para no acercarme a ella, y pregunté si podía ir al baño antes de irme.

–No hay. Yo salgo al bosque.

Le di las gracias por el té y por haberme dedicado su tiempo.

Cuando me disponía a salir del estudio, Pat me preguntó si tenía una foto reciente de Bennett. Saqué la media foto gastada que aún llevaba encima y se la di. Ella me la devolvió enseguida, después de echarle una ojeada.

–Tan inescrutable como siempre. Menudo peinado, por Dios...

Habría querido hacerle una pregunta (¿lo consideraba ella capaz de asesinar?), pero no me habría fiado de su respuesta.

La mujer deslizó la puerta lo justo para dejarme salir, y en cuanto estuve fuera la cerró. Solo había un cuarto de luna, sin más luces a la vista. A los diez pasos ya me había desviado del estrecho camino. Busqué a tientas un pañuelo de papel en mi bolso y me puse en cuclillas. Hice mis necesidades con un miedo atroz a las ortigas, las garrapatas, las serpientes, las arañas lobo y los coyotes. Me subí los pantalones. Oía a *Audie* ladrando medio loca dentro del estudio; o al menos eso esperé, que fuera dentro.

Empecé a caminar, confiando en seguir la dirección correcta. Me arañé la mejilla con una rama que hizo brotar algo de sangre. Luego me torcí un tobillo y me lancé de frente contra una telaraña, todo ello a oscuras. Hablé sola para que se me pasara el pánico. Aguanté la respiración, esperando percibir ruido de coches, pero a mis oídos solo llegaban los ladridos.

Una capa de nubes tapaba las estrellas. De todos modos, no me habrían servido para orientarme. Saqué mi móvil e intenté conectarme, pero no había cobertura. ¿Por qué no me había descargado la maldita aplicación de linterna?

Hacía un frío húmedo; de poco servía mi chaqueta. De repente caí en la cuenta: si encontraba la playa sabría cómo orientarme. Intenté detectar algún otro olor que no fuera el de los pinos que me rodeaban y, alucinación olfativa o no, creí reconocer cierto aroma de mar.

Me moví con cautela en aquella dirección, pero a los pocos minutos perdí el rastro, y con él mi efímera confianza. Oí un ruido como el que había sonado antes en el estudio, el de una rama rota al ser pisada, y entonces sí que me abandonaron los últimos restos de compostura. Me aparté del ruido tan rápido como pude, pero no fue suficiente. Lo oí otra vez.

—¡Venga ya! —dije en voz alta.

Era el tópico de tantas y tantas películas de terror: una mujer corre sola por un bosque oscuro, huyendo de un depredador desconocido. ¿Quién era ese depredador? ¿*Audie*? ¿Coyotes? ¿Pat? ¿Samantha? ¿La persona que se hacía pasar por Susan Rorke? Justo entonces, tan nítidamente como si tuviera la página ante mí, recordé una cita de Helen Keller: «A largo plazo, no es más seguro evitar el peligro que exponerse a él de lleno. A los miedosos los pillan tan a menudo como a los atrevidos». Y si ir ciego y sordo por la vida no te enseña algo sobre el miedo, nada lo hará.

Mi corazón empezó a latir más despacio. Respiré hondo y continué

caminando hacia donde pensaba que podía estar el mar. Después de pensar en las palabras de Helen Keller me vino a la memoria algo que me había dicho Cilla: «La curiosidad vence al miedo aún más que el valor». Avanzando a tientas en medio de la oscuridad, me hice la pregunta que me había llevado tan lejos. No se trataba de si Bennett era o no capaz de asesinar. La cuestión era cómo había sido yo capaz de enamorarme de él.

Olí de nuevo el mar. No solo eso: distinguí un horizonte más claro, y recordé que las extensiones de agua suelen reflejar la luz ambiente. Poco después llegó a mis oídos el rumor de las olas.

Sabía perfectamente dónde estaba.

Tomé la línea C hasta la calle Setenta y dos, a fin de recorrer a pie las quince últimas manzanas por el parque y despejarme la cabeza antes de la sesión con Cilla. Sobre el mosaico de *Imagine*, el homenaje a John Lennon en Strawberry Fields, había varias rosas de tallo largo. La noche anterior había hecho unas búsquedas en internet. Sobre el Jimmy Gordon que me interesaba no había nada. Claro que había desaparecido en 1992, a los diecisiete años... Solo encontré un gato de la raza Maine Coon que se llamaba Jim Gordon y tenía su propia página web, además del tristemente famoso batería de rock Jimmy Gordon, que después de varias giras con John Lennon y los Beach Boys había acabado en la cárcel por matar a su madre con un cuchillo.

Hice cola para comprarle una botella de agua a un vendedor del parque. Vi que sacaba una salchicha frankfurt de una cuba de agua caliente que probablemente no cambiaría hasta la primavera. También tenía hambre, pero no tanta. Me dio la botella de agua, y yo le entregué dos monedas de un dólar.

–Tres dólares –dijo él, brusco.

Dejando atrás la zona de juegos infantiles, rebosante de criaturas vigiladas por sus niñeras, entré en el Ramble, la única zona del parque donde me perdía. Allí no me asustaba la naturaleza, por mucho que los caminos que subían y bajaban por el bosque acabaran a veces en una pared de roca o en un arroyo. En Central Park nunca te atacaría una manada de coyotes, ni una araña lobo: el peligro era la gente. Robert Chambers, por ejemplo, el «asesino pijo», que no muy lejos de allí había matado a una adolescente; o la pandilla de «antisociales» a quienes se acusó de agredir casi hasta la muerte al llamado corredor de Central Park y cuya condena solo se suspendió cuando confesó Matías Reyes, violador y asesino convicto, que cumplía cadena perpetua por otros delitos.

Antes de salir de casa camino de la consulta de Cilla había llamado al laboratorio forense para identificar el cadáver de «Bennett». También había llamado al inspector Homes para darle su verdadero nombre. Recibió la información con frialdad. Me dieron ganas de decirle: «Puede que para usted el caso esté cerrado, pero no para mí». Le reiteré mis temores acerca de

Samantha. La noche anterior, en el bosque, había tenido la sensación de no estar sola, y nadie más aparte de Samantha tenía noticia de mi visita a Pat. Claro que no tenía pruebas.

La consulta de Cilla estaba en la calle Ochenta y siete Oeste, en los bajos de un edificio de época. Me abrió a través del interfono. Me senté en la sala de espera mientras la psiquiatra terminaba la sesión con uno de sus pacientes. Hojeé *Tricycle*, la revista budista, y leí un fragmento de un artículo titulado «El arte de equivocarse». Sonreí al ver un ejemplar de *Rolling Stone*, reliquia de cuando Cilla le hacía los coros a Lou Reed.

Aunque nos habíamos visto la semana anterior, habían pasado muchas cosas desde entonces. Cuando llegó mi turno, tomé asiento en el sofá y no esperé a que me preguntase cómo me encontraba. Le conté las novedades sobre Samantha y Pat.

—¿Bennett se centraba en mujeres inseguras y con problemas, o era él quien las convertía en eso? —pregunté.

—Un sociópata experimentado puede engañar a cualquier mujer. Se dedican a ello. ¿No es eso lo que intenta demostrar tu tesina?

—Ya no estoy tan segura sobre mi tesina.

—¿Crees que Bennett ha cambiado el fondo de tu manera de ser?

—¿Cómo podía ser tan grande mi punto débil? ¿A partir de qué momento darle a una persona el beneficio de la duda abre la puerta a conductas peligrosas? ¿Debería haber sospechado algo cuando evitó enseñarme dónde vivía? ¿O cuando no quiso conocer a ninguna de mis amistades?

Me di cuenta de que estaba sentada en el borde del sofá. La vulnerabilidad de Pat era desear tener éxito como artista. ¿Cuál era la mía? Todas debíamos de parecernos, al menos en lo defectuoso. ¿Qué teníamos en común? ¿Tiene que haber algo en común?

—Nos engañó a todas —dije.

—¿Tú crees que hay que sustituir la confianza por la sospecha?

—Eso parece. No es que quiera ir de irreverente, ni ser una cínica, ni amargarme la vida, pero necesito entenderlo. Por eso iré a ver a su madre.

—¿Has averiguado la identidad de Bennett?

—Pat me dijo que su auténtico nombre era Jimmy Gordon, y me explicó dónde podía encontrar a su madre.

—¿Qué sientes que ganarías con ir a ver a su madre?

—Quizá quiera reclamar el cadáver.

–No, no: qué ganarías *tú* con ir a verla.

–Averigüe lo que averigüe, siempre será mejor que lo que pueda imaginar.

En ese momento, todo el peso de la situación se me echó encima.

–¿Te corresponde a ti asumir todo esto? ¿No debería encargarse la Policía?

–Para ellos es un caso cerrado. Él mató a Susan Rorke, y a él lo mataron mis perros.

–¿Y tus clases? ¿No se está retrasando mucho tu investigación?

–Esto es mi investigación. Si estuviera delirando me lo dirías, ¿no? Si desbarrase pero de verdad, quiero decir...

–Tu intuición es buena. Síguela.

Volví a Williamsburg y salí del metro en Lorimer Street, muerta de hambre. Me compré un Padrino (*soppressata, provolone* y pimientos asados) en el Bagelsmith de la esquina y empecé a caminar despacio aprovechando que no había viento. Cuando me había comido la mitad del burrito, me fijé en una perrita blanca que corría sin correa por la calle. Busqué al dueño, pero solo vi a dos chicos jóvenes que la llamaban. Me agaché en la acera, saqué una loncha de salami del burrito que tenía en la mano e intenté llamar la atención del animal con un ruido de besos. En ese momento vi que se acercaba un camión. Me interpose corriendo en su camino y agité los brazos para que frenara. Los chicos seguían llamando a la perra, que no dejaba de correr. Temí que todo terminara mal.

De repente, un hombre que iba en bicicleta dejó de pedalear y se acercó despacio al animal, sin mirarlo. Recordé que evitar mirarlo directamente era la manera de ganarse la confianza de un perro abandonado. El ciclista se dio una palmada en una pierna, como si menease la cola. Sabía que el brazo había que moverlo de derecha a izquierda por delante de la pierna, imitando el movimiento de la cola de un perro contento. De izquierda a derecha era señal de agresión. Poco a poco recordé cómo se hacía. Me fui acercando al ciclista mientras él ejecutaba los gestos. Entonces vi que era McKenzie.

–Eh –le dije–. ¿Sabes de quién es esa perrita?

–Dame un momento –respondió el abogado.

A continuación me pidió que le acercara el burrito que yo estaba comiendo, dejó una mitad en el suelo a medio metro de él y se sentó, indicándome que no

me moviera. Para entonces, los dos chicos habían visto que había alguien que sabía qué hacer mejor que ellos y habían adoptado el papel de espectadores de lo que parecía que acabaría siendo un rescate.

El animal se había agazapado debajo de un coche aparcado. Me senté al lado de McKenzie, y ambos esperamos sin decir nada. Cinco minutos después, la perrita blanca salió de debajo del coche y se zampó la comida en dos mordiscos.

Un simple aficionado habría aprovechado ese momento para agarrar al animal, pero en lugar de eso McKenzie abrió la cremallera de su mochila, sacó un viejo pulpo elástico, en una de cuyas puntas hizo rápidamente un nudo corredizo, y lanzó el lazo a la perra suavemente, con tono amistoso y sin dejar de hablarle en voz baja ni un momento. Más que atrapado, el animal parecía aliviado.

McKenzie se giró hacia mí.

–Debo estar en un sitio dentro de media hora. ¿Puedes llevarte este cachorro a tu casa hasta que podamos arreglar la adopción?

El juez me había quitado dos perros por peligrosos, pero por nada del mundo dejaría de llevarme a casa a aquel animal abandonado. Tomé de manos de McKenzie la correa improvisada.

–Luego te llamo –dijo él.

La perrita blanca la estiró, tratando de acompañarlo.

–Lo siento, pequeña, pero tienes que quedarte conmigo.

Si algo tenía en casa, era comida para perros. Sería la primera vez que hubiera uno en mi apartamento desde el día de la muerte de Bennett.

Me la llevé a casa y llené dos de mis cuencos para perros, uno con agua fría y otro con pienso. La perrita no se hizo de rogar. Siempre me ha encantado el ruido que hacen los perros al comer. Una vez saciada, saltó sobre mis piernas con tal ligereza que me sorprendió encontrarla en mi regazo. La acaricié con suavidad entre los omoplatos, buscando algún microchip del tamaño de un grano de arroz. Solo palpé las vértebras. No podía pesar más de cinco kilos. Llené el fregadero de la cocina de agua caliente y metí en ella al sucio cachorrillo, que lejos de resistirse se dejó llevar por la agradable sensación de un suave masaje con champú. Después, mientras la secaba con una toalla, se me ocurrió un nombre. Sus ojos eran grandes y negros, como dos olivas. La llamé así, *Olive*. Por la noche la convencí para que me acompañara al dormitorio. Me desperté después de medianoche y me la encontré dormida

encima de mi pecho. Tenía que girarme y traté de hacerlo despacio, para no sobresaltarla, pero no hizo falta: *Olive* se movió conmigo y permaneció encima de mí.

McKenzie llamó por la mañana, antes de que me levantase. Me dijo que había encontrado una organización de rescate dispuesta a quedarse con la perra abandonada.

–Eeh... Bueno, puedo quedarme con *Olive* el tiempo que haga falta, no hay problema.

Escuché la risa de McKenzie al otro lado de la línea.

–¿*Olive*? ¿Quieres hacer esto justo ahora? Piensa que el lunes se celebra la vista.

–La vista se celebrará el lunes tanto si me la quedo como si no. ¿Tendría que estar muy preocupada?

–¿Has podido convencer a la vecina de abajo para que declare?

–No. Me dijo que no quería volver a ver al perro asesino.

–Ya. Era de esperar. Supongo que no regarás sus plantas la próxima vez que se vaya de vacaciones.

–¿Con qué frecuencia ganas casos como este?

–Muy rara vez.

–Aun así, insistes.

–Los resultados concretos son solo una parte de lo que intento conseguir. La ley es mi instrumento para intentar cambiar la manera como la gente trata a los animales.

Su sencilla elocuencia me tranquilizó. Le agradecí de nuevo su ayuda.

Después de colgar entré en FidoFinder, una página que ayudaba a buscar perros perdidos. Introduje las palabras «perdido», «blanco» y «pequeño», así como mi código postal. Me preparé para leer las descripciones más desgarradoras, pero no me pareció que ninguno de los animales extraviados coincidiera con el que me había llevado a casa. Imprimí un montón de carteles con la palabra «Perdida» bien visible. En la página aconsejaban repartirlos en un radio de un kilómetro a partir del lugar donde hubiera aparecido un perro pequeño. Me llevé a *Olive* conmigo y procedí a empapelar el barrio. De camino a casa, pegué el último cartel en la zona para perros de McCarren Park. Una mujer levantó a su cachorro con la correa por encima de la valla y lo dejó caer en la zona de juegos. Luego lo sacó como si se tratara de una bolsita de té.

De nuevo en casa, llamé a Billie para recordarle la vista del lunes y contarle mi visita a Pat. Me gustó lo que pasó cuando la puse al corriente de las novedades: cualquier horror que le contaba se convertía en relato. Se transformaba en una historia, y de esa manera lo sentía más lejos de mí de lo que estaba en realidad. Era como cuando Kathy y yo lo pasábamos en grande con un juego que llamábamos Se cree en serio. «Se cree en serio que puede llamarme en Nochebuena para que salgamos a tomar algo», y ese tipo de cosas... Si conviertes un disgusto en un juego o un relato, te distancias de él y hasta es posible que deje de importarte.

Le hablé a Billie de la serie de autorretratos de Pat desnuda con un corazón de cerdo sobre el pecho izquierdo.

–Uf... Mejor no ser musa de una tía así –comentó ella.

–¿Y su perro? A la mínima que oía algo fuera, se convertía en un misil y se lanzaba contra el cristal.

También le conté que tenía una perrita en casa. Su respuesta me pilló desprevenida.

–¿No deberías centrarte en los tuyos?

–Estoy centrada en ellos al cien por cien.

Me había ofendido su tono de reproche. Oí unos pitidos, señal de que alguien llamaba, pero los ignoré a sabiendas de que Billie advertiría que yo dejaba pasar la llamada para seguir hablando con ella, a modo de ofrenda de paz. Funcionó. Habíamos vuelto al buen camino. Me explicó que había conseguido de Enrique, el jefe de operarios de la perrera, referencias por escrito sobre el carácter de los perros. Volvió a sonar mi móvil. Esta vez me aconsejó que me pusiera.

–Nos vemos el lunes en la vista –dijo.

Contesté a la llamada entrante, pero me arrepentí enseguida.

–Me he enterado de que fuiste a ver a Pat –dijo Samantha.

Tardé un poco en formular una pregunta evidente.

–¿Cómo lo sabes?

–¿Te enseñó las fotos donde sale desnuda? Se las enseña a todo el mundo. Las del puto corazón de cerdo.

Hablando de corazones, el mío latía cada vez más deprisa.

–¿Te contó también que su ex le robó los cuadros de su abuelo? Ella se los dio para que los vendiese. No es culpa de él que Pat no cobrara de la casa de subastas.

Estaba claro que Samantha intentaba que mordiera el anzuelo, pero sus palabras me estaban cansando. No tenía ninguna intención de entablar una relación con una loca y posible asesina. Lo que yo quería era ayuda, y que aquella trastornada me dejara en paz. Pero lo que más miedo me daba era lo que teníamos en común. Aunque yo a él ya no lo defendía. ¿Cuál era la mejor manera de llevar una conversación así? ¿O, mejor, de cortarla? Como no quería provocar a una persona que seguramente me había seguido a Sag Harbor, adopté una actitud sumisa. ¿De qué otra manera podía haberse enterado de mi visita? Pat, la Pat a quien yo había conocido, no la habría llamado por teléfono.

–Vi los corazones de cerdo –dije con toda la calma y neutralidad con que se puede decir «vi los corazones de cerdo».

–Le echa a él la culpa de haber arruinado su carrera. ¡Ja! ¿A quién se le ocurre colgar un corazón de cerdo encima del sofá?

–A mí desde luego que no.

–No le dirías que yo te di su nombre, ¿verdad? –No me dio tiempo a contestar–. Solo se casó con ella porque le hizo creer que estaba embarazada.

–¿Aún existen mujeres que hacen eso? –dije, sin olvidar que en realidad no habían estado casados–. ¿Y cómo reaccionó Bennett cuando se enteró de que lo del embarazo era mentira?

–De la misma forma que más tarde, cuando supo que había fingido un aborto: sintiendo pena por ella.

Yo sabía que la piedad era una emoción condescendiente. Bennett era incapaz de sentir empatía.

–Él cree que ella aún se la tiene jurada –dijo Samantha.

Me incomodaba oírlo hablar en presente. No quería ponerme del lado de la irrealidad. Cuando colgó de golpe, lo único que sentí fue alivio. O estaba loca o era peligrosa, o ambas cosas a la vez. Y yo no quería saber nada de lo uno ni de lo otro.

Era viernes por la tarde, y no tenía planes para el fin de semana. Un año antes me habría preocupado, pero ahora agradecía tener por delante esos días sin nada que hacer. Necesitaba ser alguien normal, no una persona que tenía

una vista judicial pendiente o que estaba preocupada por las otras prometidas de mi prometido asesinado. Alcé a la pequeña *Olive*.

—¿Quieres que salgamos a comer? —le dije, en lugar de preguntarle si le apetecía dar un paseo.

La metí en el bolso, donde no recordaba que hubiera tal cantidad de chucherías para perros. Se acomodó enseguida, como era de esperar. Faltaban pocos días para Acción de Gracias, y las calles ya estaban saturadas de adornos navideños. Le había prometido a Steven que llevaría un pastel, así que fui al Blue Stove de Graham Avenue para encargarme uno.

Era un día frío y despejado, con ese cielo blanco que tan bien conocen los neoyorquinos en invierno. Decidí darle un nuevo aire a mi apartamento y fui a Abode, en Grand Street. Curioseé por las estanterías: un abrebotellas que era un simple clavo encajado en una plancha de madera (18,99 dólares), mesitas auxiliares que imitaban cajas de embalar en miniatura, unas encima de otras (59,99 dólares)... Pasé de largo junto a una lámpara de techo negra y geométrica que parecía contener una galaxia (12.500 dólares). También había un cojín negro con una especie de voluta de humo dentro (270 dólares). Comprendí que no encontraría nada que se ajustase a mi bolsillo. Pasé por la tienda *vintage* Mystery Train, pero no tenían cojines, solo ropa. Two Jakes, en Wythe Avenue, vendía sobre todo muebles. Encontré unos cojines decorativos en un color que llamaban «tiza». Costaban 39 dólares, lo que me pareció una ganga, de modo que me compré uno. Después fuimos a Grand Ferry Park, como detalle para *Olive*. Me senté en uno de los bancos que hay justo al lado del East River y la saqué del bolso. Quiso sentarse a mi lado en el banco. La silueta urbana de Manhattan hacía honor a su fama. Nunca había oído una metáfora que la hiciera ser más de lo que era por sí sola.

Volví a meter a *Olive* en el bolso y nos fuimos a la ferretería para visitar su sección de plantas, quinientos metros cuadrados al fondo de la tienda. La gracia, en este caso, era un cerdo de casi cuarenta kilos que se llamaba *Franklin* y que vivía en un redil bastante grande (como un estudio en Williamsburg, para entendernos), entre las miles de plantas en venta. Me llevé varias cubetas de hierbas aromáticas y un recipiente de lavanda para perfumar el dormitorio.

Dejé el cojín y las plantas, llené un cuenco con pienso para *Olive* y volví a salir, esta vez sola. Hacía mucho que no iba al cine. Tomé la línea L en dirección a Union Square, donde en pocas manzanas se concentraba media

docena de salas. En los multicines ponían las típicas películas comerciales, que no me apetecía ver. Miré la programación del Village East y vi que proyectaban *A veinte pasos de la fama*, un documental sobre coristas negras. Una de las mujeres que más me emocionaron no tenía el menor interés en labrarse una carrera en solitario; a ella lo que le gustaba era la armonía que creaban varias voces. Lógicamente pensé en Cilla, que en una de las últimas sesiones me había contado que a partir de cierto momento había dejado de saber cómo armonizar, y que la zozobra había sido tan profunda que no había querido seguir cantando. Me dijo que al final se había dado cuenta de que esta incapacidad significaba que había llegado el momento de crear otro tipo de armonía: la que podía aportar a personas con problemas, imprimiendo un giro de ciento ochenta grados a sus vidas.

–No digas que no antes de tiempo –dije–. La voluntaria que vendrá hoy a declarar podría gustarte.

Steven y yo estábamos buscando aparcamiento cerca del juzgado de Schermerhorn Street.

–Morgan...

–Te gustan las deportistas.

–No desde que Claire me hizo entrenar con ella para preparar el maratón.

–¿Lo dejasteis por eso? Pues es cuando más en forma has estado.

–Físicamente.

Steven no tenía capacidad de recuperación, ni en aquel ámbito ni en ningún otro. Yo sabía que aún no se había recompuesto del todo de la marcha de Claire tras dos años de vida en común en casa de mi hermano. Claire quería que él se metiera en el sector privado y ganara mucho dinero. Él deseaba seguir trabajando en Avaaz.

–¿Qué aspecto tiene?

Siempre me descolocaba aquella pregunta por parte de los hombres, porque invariablemente era la primera.

–Aquí a la derecha. –Señalé una plaza en la que, encajando bien el coche, podríamos caber–. Dentro de unos minutos la verás en el juzgado.

La sala designada para el juicio era espartana y algo vetusta. En el banco donde nos sentamos había iniciales grabadas. El juez tomó asiento al otro lado de una mesa igual de estropeada.

Le di un codazo a Steven.

–Mírala.

Hacer de celestina para mi hermano fue un regreso a la normalidad que agradecí; una normalidad con la que, por decirlo suavemente, había perdido el contacto.

Billie ya estaba sentada junto a McKenzie. Era la primera vez que lo veía vestido para un juicio; trajeado y acicalado, ofrecía un aspecto más que capaz. Imponente. En cuanto a Billie, había cambiado sus botas de motorista por otras de becerro muy elegantes. Se había recogido el pelo en una coleta baja, y

llevaba una sencilla americana negra sobre una blusa blanca, además de unos vaqueros ceñidos de color negro.

Steven se limitó a susurrarme una sola palabra:

–Guau.

Después de que hiciéramos los juramentos, McKenzie procedió al discurso inaugural.

–En primer lugar, me gustaría citar el artículo 7 de la Ley de Agricultura y Mercados de Nueva York: «No se declarará peligroso a ningún perro si el tribunal determina que su conducta estuvo justificada porque la persona lesionada, amenazada o muerta estaba torturando, abusando, agrediendo o amenazando físicamente al perro o a su progenie, o bien lo había hecho en algún momento del pasado».

A continuación, el abogado sacó una gruesa carpeta de su maletín.

–Deseo someter a su atención la prueba A, una copia del informe de la Policía de Boston sobre el asesinato de Susan Rorke. La Policía cree que a la señora Rorke le fracturaron el cráneo con un martillo antes de que su cadáver fuera arrojado por una ventana. El sospechoso principal es James Gordon, conocido también como Bennett Vaux-Trudeau. El ataque que acabó con la vida de Gordon se produjo menos de un mes después del asesinato de Susan Rorke. Se trataba de un hombre con antecedentes demostrados de conducta violenta. *Cloud*, la gran pirineo, ha vivido con Morgan Prager desde que tenía ocho semanas y carece de cualquier antecedente de comportamiento agresivo. A *George*, el pitbull cruzado, lo adoptó la señora Prager hace cinco meses, y tampoco ha manifestado nunca ningún tipo de agresividad.

McKenzie mostró el historial veterinario de ambos perros, así como la declaración jurada del veterinario. También presentó los resultados de los test caracterológicos de los dos animales.

–Deseo llamar a declarar a una voluntaria de la perrera donde estos animales llevan dos meses en cuarentena.

Era el turno de Billie, que se levantó, se identificó ante el juez y expuso la frecuencia con que iba a ver a los perros en cuarentena. Me dio muy buena impresión cómo se desenvolvía en aquel entorno y aquellas circunstancias. Actuó de forma segura y sucinta, mostrando autoridad y convicción. Hizo muchas observaciones con conocimiento de causa, pero sin entrar en detalles prolijos. Crucé una mirada con Steven, que parecía compartir mi valoración

del testimonio. Mi hermano fue el siguiente en hablar. Confirmó que tampoco con él se había mostrado nunca agresivo ninguno de los perros.

–Acompañé a mi hermana cuando fue a adoptar a *Cloud*, que era todavía un cachorro.

–¿Cuánto tiempo ha pasado usted con el pitbull cruzado? – preguntó el juez.

–Veo a mi hermana cada dos semanas, y siempre que he jugado con *George* me he divertido. Nunca ha sido demasiado brusco.

El juez le preguntó a McKenzie si tenía algo más que alegar sobre los perros antes de que se levantara la sesión para decidir la sentencia. McKenzie expresó su deseo de recordarle al tribunal que el día 4 de abril de 2013 el Tribunal Supremo de Nueva York había citado en su memorándum el caso de Roupp contra Conrad: «Carece de cualquier base jurídica, en el contexto de una causa por peligrosidad canina, condenar a un perro específico meramente en virtud de su raza».

Como el juez le había comunicado a McKenzie que tendría el veredicto a las tres de la tarde, Billie propuso comer algo cerca, en un sitio que conocía. Al llegar miré a Steven de reojo: se trataba de un templo Hare Krishna. Tres arcos de estuco sobre los típicos ladrillos rojos eran el único guiño a la arquitectura hindú. Billie nos llevó al sótano, a un bar donde servían comida vegetariana que mantenían caliente en mesas de vapor. Me fijé en que Steven solo elegía patatas y zanahorias, dos verduras que reconocía.

Nunca se me ha dado bien esperar, y no pude evitarlo: le pregunté a McKenzie si pensaba que el juez dictaminaría a nuestro favor. Acto seguido le pedí perdón por ponerle en evidencia. Billie se había sentado al lado de él, enfrente de mi hermano. La experiencia me había enseñado que en las citas organizadas es más fácil evitar la incomodidad y la presión cuando uno de los dos miembros de la posible pareja no sabe que se trata de un apaño.

–Yo creo –dijo Billie– que es posible que el juez elija este caso para mandar un mensaje más amplio a la ciudadanía: tolerancia cero con los pitbulls.

–También es posible que nos sorprenda –dijo McKenzie–, después de haber leído el informe de la Policía.

Sobre el rumor de cánticos que salía de unos altavoces en un rincón de la

sala oí que Steven expresaba un optimismo cauto. Reparé en que Billie seguía mirando a McKenzie incluso cuando hablaba Steven, y si yo me había fijado en eso, también mi hermano lo habría hecho.

Estaba tan nerviosa por la decisión del juez que meforcé a visualizar lo más relajante que se me ocurrió para poder permanecer sentada hasta el fin de la comida. Me imaginé que flotaba boca abajo y con los ojos abiertos en las aguas cálidas y poco profundas del Caribe, contemplando el suave oleaje contra la arena blanca del fondo.

Cuando salí de mi ensimismamiento y me reincorporé a la conversación, Billie estaba discutiendo de cuestiones jurídicas con Steven. Se me ocurrió pensar que ella se sentía a la misma altura que él.

–No nos adelantemos al desenlace –se limitó a decir Steven.

En ese momento, McKenzie, como una especie de árbitro, intervino y le concedió el punto a Steven. Billie adoptó rápidamente una postura humilde y se disculpó por hacer suposiciones en temas legales.

De vuelta al juzgado, Billie caminó al lado de McKenzie. Yo, sintiéndome desplazada, me quedé atrás con mi hermano.

–Esta chica no es tu amiga –me susurró Steven.

–Se ha entregado a mis perros casi tanto como yo.

Mi hermano me recordó que Billie se había excedido en esa entrega al programar un test caracterológico para *George* sin consultarme. Yo le recordé que, aunque hubiera sido una impertinencia, gracias a ello el pitbull tenía ahora una oportunidad.

Cuando el ascensor nos dejó en la tercera planta del juzgado, McKenzie me hizo una seña y se apartó a un lado conmigo.

–Venga, a por ello –dijo, poniéndome una mano en la base de la espalda para conducirme a la sala.

Una vez estuve a punto de ir a juicio por otros motivos, aunque ahora me diera vergüenza pensar en ello. Después de servir a Candice y a Doug en el bar donde trabajé algún tiempo como camarera, tuve el valor de acudir a la Policía. O mejor dicho, fue la insistencia de Kathy en acompañarme lo que me dio valor. Solo nos conocíamos desde hacía un mes, pero yo ya estaba segura de su bondad. Había sido incapaz de denunciar la agresión en el momento en

que habría servido de algo hacerlo, después de que Doug me dejara en la estación con la prueba aún en el interior de mi cuerpo. O al menos eso fue lo que me dije entonces. Antepuse mi necesidad de distanciarme del horror a cualquier tipo de sentido cívico del deber. La idea de haber podido evitar que ellos siguieran haciendo daño no era prioritaria; lo que yo necesitaba era protegerme.

Cuando Kathy y yo acudimos a la Policía, mis actos ya tenían un carácter más simbólico que justiciero. Las pruebas físicas habían desaparecido, y a fin de cuentas yo había entrado en el apartamento de manera voluntaria. Ni siquiera sabía la dirección, y desde la agresión había pasado un mes. Después de tomarme declaración, un policía muy amable nos llevó en coche por la zona de los astilleros, por si veía algo que me sonara, pero mi llegada se había producido de noche y a la mañana siguiente me habían tenido escondida dentro de la camioneta. Le pedí perdón al policía por haberle hecho perder el tiempo. Él me dijo que no me preocupara, que había hecho bien en poner la denuncia. En ese momento tuve la certeza de que si la hubiera puesto en su debido momento podría haberme visto declarando en el juzgado contra aquella pareja de pervertidos, que incluso podrían haber acabado en la cárcel.

Estábamos los cuatro en primera fila cuando entró el juez sin mayor ceremonia y leyó el documento que traía consigo en la mano.

—De acuerdo con lo que dispone la Ley 123/2 de Agricultura y Mercados, a la que está obligado a ceñirse este tribunal, y en aras de la necesaria protección de la ciudadanía, se dispone que la gran pirineo sea enviada de nuevo a un centro de acogida de animales especializado en perros peligrosos, lo que constituye la mejor opción para evitar perjuicios tanto a los ciudadanos como al animal.

McKenzie me puso la mano en el brazo, como si quisiera evitar que hablase mientras el juez dictaba la sentencia sobre *George*: muerte por «eutanasia humanitaria», por usar el oxímoron de la jerga jurídica que empleó. Tras concederle solo veinticuatro horas de vida a *George*, el juez levantó la sesión.

—Esto no acaba aquí —me susurró McKenzie—. Podemos recurrir.

—¿Para los dos?

—Lo primero sería solicitar una suspensión para *George*. Podría pedir que

lo enviase también a un centro de acogida.

–Pero si en los buenos no hay sitio... –dijo Billie–. Ni siquiera hay lista de espera ya.

–Pues si no hay sitio, ¿qué será de *Cloud*? –pregunté.

–De *Cloud* ya tendremos tiempo de preocuparnos. Ahora mismo, lo que hay que hacer es presentar una suspensión de ejecución para *George* –insistió McKenzie–. Steven, ¿puedes llevarlas tú a casa? En cuanto sepa algo os llamo.

Steven me dijo que en principio tendríamos alguna noticia aquella misma tarde. Salimos los tres del juzgado, con Billie en cabeza, y nos dirigimos a la boca de metro más cercana.

–Nada, no hay tregua para los pitbulls –dijo Billie.

–Saqué a *George* de la perrera para que no lo mataran, y ahora está en el mismo sitio que cuando lo encontré –dije.

–De no ser por ti, él jamás habría conocido el amor que tú le has dado –dijo Steven.

No me consoló oír aquello, por mucho que mi hermano lo hubiera dicho con buena intención. Ya en la boca del metro, Billie se despidió de nosotros sin decir adónde iba. Steven se alejó en dirección a su coche para volver a Manhattan, y yo tomé la línea G hacia Williamsburg, a esperar.

En un relato que leí una vez había una escena entre un hombre y una mujer que habían tenido una relación larga y turbulenta. La mujer le decía a su pareja: «Con lo fácil que podría ser...». El comentario me conmovió, por su resignación y por lo simple del deseo. ¿Hay algo fácil?

La noticia que me dio McKenzie por la tarde no fue la que habría querido recibir: el juez había rechazado la solicitud de suspensión de ejecución de *George*. Lo matarían al día siguiente con una inyección letal. El tono de McKenzie era forzado. Dijo que estaba preparando un recurso para conseguir que dejaran volver a casa a *Cloud* a condición de ir con bozal y estar asegurada tal como disponía la ley.

–Lo siento mucho –dijo McKenzie. Me pareció increíble que no se pudiera hacer nada más–. ¿Quieres que te acompañe al centro de acogida para verlo? Podríamos quedar mañana por la mañana –propuso.

–Te lo agradecería mucho –respondí.

Yo estaba planeando visitarlo dentro de una hora. Quedamos a las once de la mañana en el sucio vestíbulo de la perrera.

Llamé a Billie y le dije que quería llevarle una buena cena a *George*. ¿Podría ayudarme a entrar de tapadillo para que yo misma pudiera dársela? Contestó que no estaba de servicio oficialmente, pero que iría y le daríamos esa cena especial entre las dos.

Fui al súper y compré un kilo de rosbif poco hecho, además de medio kilo de jamón glaseado con miel y una bolsa de patatas fritas onduladas. Un día es un día, chaval.

En el metro, de camino al centro de acogida, me distraje escuchando música. Busqué en mi lista de canciones hasta que encontré *Love Interruption*, de Jack White. Era una canción que me afectaba mucho, hasta cuando mejor estaba. Esta vez mi intención era casarla con mi estado de ánimo. El amor siempre es interrumpido, ¿no? «Quiero que el amor / me clave... un cuchillo...»

Bajé en la calle Ciento dieciséis y subí a la Ciento diecinueve antes de girar hacia el río, zarandeada por las ráfagas de viento. Vi paseadores voluntarios de perros vestidos con chaquetas finas donde se leía la palabra *adóptame*. Una mujer mayor hispana esperaba el autobús meneando la cabeza al son de la música, como aquella del vídeo viral que baila sola en la parada. En una ventana de una planta baja apareció entre los barrotes un brazo que vació un aspirador de mano en la acera, llena ya de huesos de pollo. Tres dominicanas coqueteaban con dos hombres que les habían llamado la atención. Me fijé porque eran las mujeres quienes tenían el poder, y ellas lo sabían.

Billie me esperaba frente a la entrada del anexo del centro de acogida. Después de darme un cariñoso abrazo me llevó a la puerta lateral, saltándose el vestíbulo. Yo actué como si fuera de la casa, evitando mirar a los trabajadores. Billie me metió en la sala cerrada con llave donde tenían a mis perros. Me recordó a una azafata veterana, con su manera de animar, su coreografía discreta, sus indicaciones sobre dónde había que sentarse y su negativa a ceder a lo que parecía que había que sentir en tan horrible lugar. Le estaba agradecida por tomar el mando con tanta naturalidad y tan

amablemente. No solo me calmaba a mí. Conseguía el mismo efecto en los perros.

Nos sentamos en el suelo sucio, tan juntas que nuestros hombros se tocaban, y nos turnamos para enrollar rodajas de carne y pasárselas a los dos perros a través de los barrotes. Intentábamos hacer que saborearan la comida, sujetando los rollos por una punta y obligándolos a que los probaran antes de engullirlos. Después de vaciar la bolsa de rosbif, jamón y patatas fritas, les dimos las galletas escocesas que había traído Billie.

A pesar de lo abundante de la cena, los perros parecían sorprendidos de que no hubiera más.

A la mañana siguiente, McKenzie me esperaba en la entrada del centro de acogida.

–He intentado localizarte –dijo–. Se lo han llevado temprano.

Me habría mentido a mí misma si no reconociera que suponía un alivio el hecho de que mi último recuerdo de él –el de zamparse la mejor cena de su vida– fuera feliz. A pesar de ello, no logré evitar tambalearme hacia atrás. Los brazos de McKenzie me sujetaron, y él siguió rodeándome con ellos sin decir nada en medio del frío. Sabía que era inútil intentar consolarme.

Iba a casa de Steven para compartir con él un día de Acción de Gracias cálido y de puro compromiso. Se había ofrecido a comprar lo básico en Citarella; yo solo tenía que presentarme con el pastel. Cuando estaba a apenas una manzana de su casa, Billie me llamó por el móvil.

–Sé lo que sientes, y quería que supieras que no estás sola.

–¿Qué haces para Acción de Gracias? –pregunté, pensando que si no tenía planes podía invitarla a casa de Steven.

–Soy voluntaria en un comedor social, el de la parroquia católica de Santa Cecilia, en Greenpoint.

Intenté borrar la sensación de que me había superado. Lo que hacía Billie estaba muy bien, pero el hecho de que yo lo celebrara con mi hermano no tenía por qué significar que fuera una persona egoísta.

–Si a las ocho has terminado, puedes pasar por casa de mi hermano y comer un poco de pastel de calabaza.

–Gracias por la invitación, pero McKenzie ya me ha pedido que vayamos a tomar algo cuando acabe en la parroquia.

Percibí el aura que experimentan los aquejados de migraña antes de que se declare el dolor. Sentí impotencia, y una luz efervescente que me deslumbraba.

–¿Me oyes?

Me di cuenta de que yo no había contestado nada.

–Sí, te oigo.

–¿Te has molestado? Espera, espera... ¡No tendrás interés por McKenzie!

–Aún es pronto para pensar en esas cosas –conseguí decir.

–Claro. Pero entenderás que yo sí piense en ellas. Además de compasivo, es guapo.

–Perdona, debo entrar en el metro –mentí.

Antes de colgar, Billie me dio recuerdos para mi hermano.

Steven había comprado comida como para saciar a una docena de invitados.

–Espero que tengas sitio en el congelador –dije.

La tele estaba encendida. Emitían un documental que ya habíamos visto un par de veces sobre Danny Way, el que saltó en monopatín por encima de la Gran Muralla china. *Waiting for Lightning* formaba parte de su colección de vídeos sobre héroes de deportes extremos. Los veíamos juntos a menudo. También salían Laird Hamilton y Travis Pastrana. Nos resultaba estimulante ver en acción a los mejores del mundo en algo; gente, además, que había alcanzado sus logros contra viento y marea.

Steven ya había puesto la mesa, e incluso había encendido las velas. De no ser por sus pantalones de pijama de franela y su camiseta de la revista *Thrasher*, el cuadro habría sido perfecto.

–Podría ver a ese hombre todos los días –dije.

–¿Quieres vino?

–Lo que quiero es una copa de verdad. ¿Tienes vodka?

Mi hermano sacó una botella de Stolichnaya del congelador.

–Te lo has ganado –dijo, poniéndola en mis manos.

Me serví un vodka doble. Steven hizo lo mismo. Brindamos.

–Por *George* –dijo él.

Luego nos sentamos, entre unos platos tan bonitos que se merecían una foto. Me serví algunas cosas, a sabiendas de que no podría comer.

–Acabo de hablar con Billie. La he invitado a venir, pero ella había quedado más tarde con McKenzie –dije, atenta a la posible reacción de Steven.

A veces pedimos justo lo que sabemos que nos destrozará.

–¿Vuelve a salir con ella? –preguntó. Steven advirtió el efecto de la palabra «vuelve» en mi expresión—. ¿Sabes qué te digo? Que esos no duran ni tres minutos. De hecho, lo más probable es que ya hayan pasado esos tres minutos.

–Mierda. ¿Ya se ha acostado con ella?

–Ella es así. Siempre a tope.

–¿Te lo ha contado él o es una observación propia?

–Tú misma la has visto.

¿Qué había visto yo? A una mujer guapa y enérgica, tan segura de sí misma que era capaz de enfrentarse a cualquier obstáculo. ¿Qué hombre podría rechazarla?

–Aunque, la verdad, no me lo esperaba –añadió Steven.

–¿Por qué dices eso?

–Tú no conocías a Louise, la mujer de McKenzie. Dudo que él lo haya superado. Ella estudiaba con nosotros en la Facultad de Derecho. Jamás se miraba el ombligo. Estaba abierta al mundo. A mí también me gustaba, como a todos los tíos de la clase.

–¿Tan atractiva era?

–Bueno, es que estaba tan a gusto en su propia piel... Era una especie de confianza inquebrantable. No tenía un pelo de tímida. Nunca he entendido que haya mujeres que crean que a los hombres les atrae la timidez; es una tontería. También Claire tenía ese tipo de confianza. Es algo que no admite medias tintas.

–Sé cómo murió Louise.

–¿Te lo contó él? Nunca habla del tema.

–Lo encontré en internet.

En el plato de Steven ya había sitio para más comida. El mío seguía intacto. Podría haber seguido preguntando por la excompañera de clase de mi hermano, pero ¿qué pretendía averiguar? ¿Por qué había querido McKenzie salir con Billie en lugar de conmigo? La respuesta no la tendría Steven.

En vez de levantarse en busca de más comida, Steven cambió su plato vacío por el mío lleno y tuvo la amabilidad de no hacer comentarios sobre mi falta de apetito. Yo me serví más Stolichnaya para hacerle compañía durante media hora más.

El tercer vodka me lo sirvió el barman del Isle of Skye. Se me había ocurrido la posibilidad de llamar a Amabile, que vivía cerca. Me resistía a volver a casa. Sabía, sin embargo, que él estaría en compañía de su multitudinaria familia dominicana, así que lo dejé correr; no era ambiente familiar lo que buscaba. Nunca había entrado en aquel bar. Normalmente iba al Barcade, donde jugaba a antiguas máquinas de marcianitos como el *Tapper* y tenía la impresión de volver a la infancia. El Isle of Skye iba de otro rollo, en plan cuero negro y escoceses que no celebraban el día de Acción de Gracias. Detrás de la barra había una foto enmarcada en la que se veía a la reina de Inglaterra delante de una fila de escoceses sentados, todos con falda. Al hombre sentado a la derecha de la reina se le había subido tanto el *kilt* que se le veían los genitales desnudos.

Observé a la clientela: más hombres que mujeres, y más *hipsters* que habitantes de las Highlands. Saqué el móvil y entré en la cuenta que había abierto en Tinder antes de conocer a Bennett. En la pantalla apareció un hombre con unas bermudas surferas, desnudo de cintura para arriba. El nombre de usuario era Lacosadelpantano. «¿Quieres conocerlo? –preguntaba la ventanita emergente–. ¿Sí? ¿No? ¿Quizá?» Cliqué en «quizá». «¿Quieres saber lo cerca que está Lacosadelpantano?» Pulsé «sí». Estaba a dos manzanas, y desde el momento en que le di al «sí», él pudo ver mi perfil y mi foto. En el suyo ponía que era actor y que daba clases de artes marciales mixtas. Decía que le gustaban las películas de Bollywood, el vodka ruso y las mujeres norteamericanas. Escribí «yo, dos de tres».

Justo antes de acabar mi copa recibí un mensaje de Lacosadelpantano, que quería saber dónde estaba. Escribí el nombre del bar. Después de unos minutos entró un hombre delgado, suelto de andares. Ya de lejos, a pesar de la poca luz que había en el bar, vi que tenía los ojos azules. Estaba deslumbrante, con los ojos en cuestión medio tapados por el pelo oscuro.

–No te pareces a la de la foto –dijo con voz neutra.

¿Se refería a que la foto no me hacía justicia o a que le parecía engañosa?

–Pues tú eres idéntico –contesté, tratando de resultar tan ambigua como él.

–Me alegro de que estuvieras disponible esta noche. A veces los festivales pasan muy despacio.

Una amiga muy sensata me dijo en una ocasión que el hecho de que un hombre sea guapo no significa que sea necesariamente un cabrón. Caí en la cuenta de que ya le estaba buscando defectos, cuando lo único que había hecho era responder a mi búsqueda.

–¿Te pido otra copa? –preguntó él, y antes de que yo pudiera contestar le hizo una seña al barman.

–Vale –dije ante el hecho consumado.

Empecé a hacerle preguntas sobre él, no porque quisiera información en sí, sino para escuchar su voz. Siempre me habían seducido las voces de los hombres. La de aquel era grave, y parecía que me hiciera confidencias. De vez en cuando se insinuaba un acento del sur. ¿Louisiana? Por favor, que fuera de Nueva Orleans.

Casi. Dijo que era de Lafayette, cajún por parte de padre. ¿Qué papeles había hecho? Era una pregunta arriesgada, potencialmente incómoda. Dijo que

uno corto, con diálogo, en una película de Gus Van Sant, y que iban a darle otro en una serie de HBO.

Yo nunca había tenido ganas de salir en una pantalla, ni de subir a un escenario, pero eso no impedía que me interesase, como a muchos, la gente que sí las tenía. ¿Cómo podían los actores soltarse tanto en presencia de desconocidos? Para hacer eso, uno tiene que saber antes quién es. ¿Y si aún no te habías encontrado?

—¿Quieres que sigamos... —dibujó unas comillas en el aire— «conociéndonos», o te apetece divertirse?

Había conseguido burlarse de mí y tentarme al mismo tiempo. Era un reto. Tuve un momento de pensamiento mágico que me convenció de que nada malo podía pasar el día de Acción de Gracias.

Fuimos a su casa, en el barrio de Dumbo. Era complicado entrar; tuvimos que rodear la parte trasera de una nave reformada. Metió la llave y estuvo moviéndola un buen rato. Solo entré porque había luz en algunas de las ventanas del edificio.

Dentro del piso, frente a una ventana que daba al puente de Brooklyn, había un saco de boxeo colgado del techo, un saco de cuero de color coñac que parecía sacado del atrezo de alguna película.

—¿Es aquí donde entrenas?

—No.

Fue lo único que dijo. Me acerqué a la ventana, por la vista, pero él no me dio tiempo de mirar. Me quitó el abrigo y lo tiró a un sillón. Luego se enrolló mi pelo en el puño y se quedó así, detrás de mí. Yo lo sujeté por la muñeca. El primero en soltarse fue él. Cuando me giré, me levantó en brazos como a una recién casada y me llevó al fondo del piso, a su cama.

Al cabo de unos minutos encendió una lámpara de noche muy potente.

—Quiero verte.

Me fijé en que la fila de ventanas del dormitorio no tenía cortinas ni persianas, y en que el cuarto daba a toda una pared de ventanales del edificio moderno que había enfrente. En el mismo momento en que me sentí desprotegida, expuesta, también me sentí segura. Podían verme. Me quitó el resto de la ropa y dijo que le sorprendía encontrarme tan atractiva, porque yo no era su tipo.

¿Habría dicho McKenzie algo así? ¿Lo habría pensado? Me contesté a mí misma: lo único seguro es que no piensa en ti.

Volví enseguida al presente.

—¿Hacen esto las de tu tipo? —pregunté, empezando a tocarme—. ¿Y esto, lo hacen las de tu tipo?

Me metí un dedo. Lo que hacía un momento me cortaba (una habitación tan iluminada, a la vista de los vecinos) empezó a ser un acicate inesperado. Pensé en Billie. Me desconcertaba. Tenía la sensación de estar compitiendo con ella delante de aquel hombre, y al mismo tiempo quería ser ella.

Actué.

Él empezó a quitarse la ropa mientras me miraba.

—No —le dije.

Se la dejó puesta y se colocó en cuclillas al pie del colchón, desde donde podía ver mi cuerpo si yo, dejando de posar de rodillas, me acostaba. Podía sentir la presión que le producía tener que contenerse. Esperar. Yo continué, sin prisas. Me provoqué un orgasmo frente a él, bajo la intensa luz del cuarto.

Él se quedó al pie de la cama mientras yo me vestía. Ninguno de los dos dijo nada. Me fijé en que en el edificio de enfrente se encendía una luz.

No hizo ninguna petición de reciprocidad. ¿Me dejó ir por desconcierto?

Faltaba una semana para las vacaciones de medio curso. Estaba en Rikers para la última sesión con un paciente, un transexual a quien había conocido el año anterior. La soltarían a la semana siguiente. Shalonda era capaz de convencer a cualquiera de que era una mujer. Tenía unas facciones finas, una voz cálida y musical y unos pechos para los que había ahorrado desde el instituto. Había cargado con todo el muerto de un timo de cheques falsos que había hecho con su novio, pero aun así esperaba poder reanudar su vida doméstica con él en Ozone Park.

—Ya sé que J. J. es un inútil, pero también sé que me quiere —dijo.

—¿Cómo te lo demuestra?

Mi curiosidad era sincera.

—Se lo dice a sus amigos, y luego me llega a mí.

—¿Nunca te lo dice directamente?

—Me ha comprado un vestido para cuando salga. Quiere que me haga la operación definitiva.

—¿Y qué quieres tú?

–Hacer feliz a J. J. ¿No te parece una buena razón?

En ese momento tuve la impresión de que no habíamos avanzado nada. Shalonda aún era incapaz de reconocer sus propios deseos y necesidades.

–Hace tiempo que aprendí que se puede ser feliz, o tener razón –dijo–. Yo soy feliz cuando J. J. cree que tiene razón.

Mi relación con Bennett había sido un secreto tan absoluto que la actuación de la noche anterior, la de la habitación iluminada y el desconocido, se me presentaba ahora como una especie de antídoto radical que me hacía tener la sensación de que era yo quien fijaba las condiciones.

–¿Me puedes repetir eso último? –le pedí a Shalonda.

–¿Dónde estabas? –Su sonrisa era burlona–. Acabas de desconectar.

Aquel lapsus tan poco profesional hizo que me sonrojase. Pedí disculpas y pretexté que me había acostado muy tarde. Volví a concentrarme en mi paciente.

–He dicho que sé quién soy, tome la forma que tome. La operación no me quita nada. Bueno, aparte de lo más evidente.

La sesión me estaba pareciendo una estafa: yo estaba sacando tanto partido de ella como Shalonda, si no más. Aquella percepción tan firme de sí misma, la serenidad de su sabiduría... Cuanto más hablábamos, mejor me sentía.

Le dije que había sido un privilegio trabajar con ella, y que esperaba que me hiciera llegar noticias de cómo le iba fuera. Luego le di una tarjeta de visita a la que había añadido mi número de casa con bolígrafo. Nos abrazamos.

–Es bonita, la sensación de sorprenderte a ti misma –dijo Shalonda–. Ya verás.

¿Me leía el pensamiento? Estaba claro que la noche anterior me había sorprendido a mí misma.

Decidí cruzar a Queens por el puente, que con tanta alambrada y tanto puesto de control parecía una zona militar. Se estaba levantando viento.

Gracias a Bennett, de sorpresas ya estaba bien servida. O al menos eso era lo que creía. Pasé al lado de un colmado con quiosco de prensa y me llamó la atención el titular del *Post*: «Descorazonador». Cuando leí un poco más, sentí vértigo. Habían encontrado muerta a una mujer de cincuenta y dos años en su estudio de pintora de Sag Harbor. Le habían arrancado el corazón y se lo habían puesto sobre el pecho.

Mareada, me senté en una caja de cartón con la cabeza entre las rodillas.

Cuando fui capaz de levantarme, compré el periódico. El dependiente me llamó para que recogiera el cambio.

El periodista informaba de que habían hallado el cadáver en una postura similar a la de unos autorretratos de la víctima, que se había fotografiado con un corazón de cerdo sobre el pecho. El forense calculaba que la muerte se había producido hacía una semana. Aún no había pistas acerca del autor del macabro asesinato.

Hacía una semana que yo había estado en aquel estudio. El perro de Pat se había lanzado contra la ventana al oír un ruido. ¿Me habrían matado a mí también, de no haberme marchado? Se me erizó el pelo del cuero cabelludo, como si me hubiera atravesado un rayo. ¿Me había visto por la ventana el asesino de Pat? ¿Me estaba observando ahora? Paré un taxi y le di la dirección de Steven. Tendría que pedirle a mi hermano que pagara la carrera desde Queens.

—Esta noche duermes aquí —dijo Steven cuando le conté lo sucedido.

—¿Y *Olive*?

—La traeremos sin que nos vean —dijo. Estaba prohibido meter perros en el edificio.

—Fue Samantha quien me dijo dónde vivía Pat. Aún cree que Bennett está vivo. Asegura que le escribe, y que le manda flores.

Steven me preguntó si creía capaz a Samantha de un acto tan salvaje.

—Creo que me siguió a Sag Harbor.

—Eso no me lo habías contado. Tienes que llamar a la Policía ahora mismo.

—Cuando llamé por lo de Susan Rorke no me tomaron en serio.

—No estabas allí cuando la mataron.

Me tendió su móvil. Le hice caso. Me pasaron con un agente de la Policía del condado de Suffolk, a quien expuse mis sospechas con la mayor calma que pude, tratando de que él no pensara que yo era solo una loca más. Le dije que creía que la persona que había asesinado a Pat había cometido otro crimen antes, y le expliqué lo de Susan Rorke. Me citó a primera hora para tomarme declaración.

Colgué, agotada, y me dejé caer en un sillón. Con la cabeza apoyada en la mano, era la viva imagen de la derrota. Steven me preguntó si estaba

preparada para ir a recoger a *Olive*. Mientras yo hablaba por teléfono, él había vaciado su bolsa del gimnasio y le había preparado a mi perrita una manta suave y unas toallas calientes, recién salidas de la secadora.

La información local sobre la muerte de Pat sacó partido del hecho de que fuera nieta del pintor expresionista abstracto Paul Loewi, coetáneo de De Kooning y Pollock y famoso por su serie de cuadros *Matadero*, lienzos enormes y negros con formas rojas que parecían reses abiertas en canal. «Artista de artistas», Loewi no había gozado de la riqueza ni de la aclamación mundial de sus amigos, pero los entendidos daban mucho valor a sus obras.

Seguí con Steven la noticia en todos los canales informativos. Necesitaba oír cualquier versión del truculento asesinato: por muchos reporteros que se refirieran a él, no lograba librarme de la sensación de incredulidad.

Nancy Grace estaba desbocada. Una de las teorías sobre el asesinato lo atribuía a una secta de la zona que practicaba el sacrificio ritual de animales como parte del culto. La periodista y presentadora de televisión apuntaba que en los últimos seis meses habían desaparecido animales en el East End, y que el perro de la difunta seguía sin aparecer. Otra teoría, afirmaba, era que la habían matado solo para divertirse, bajo el efecto de las drogas. Fuera como fuese, aún no se había detenido a ningún sospechoso.

—Nancy Grace debería conocer a Samantha —comenté.

Su siguiente invitado era un experto en asesinatos rituales que afirmaba que sacarle el corazón a un animal no era nada insólito, y que en muchas religiones animistas el corazón simbolizaba la fuerza. Mordiéndolo, la persona que lo había extraído adquiriría toda la fuerza del animal. En cambio, sacar un corazón humano y colocarlo sobre el cuerpo suponía una profanación sin precedentes en ninguna religión, un acto de violencia sin redención espiritual posible, decía el experto. Nancy Grace le preguntó si lo veía como un asesinato más en la línea de sectas como la de los seguidores de Charles Manson.

—En este caso —afirmó el experto—, la violencia es personal.

Le pedí a Steven que me acercara el móvil que tenía a su lado, en la mesita.

Llamé a Amabile para pedirle que me acompañase a la comisaría. Necesitaba a algún agente que me diera crédito, sin sospechar de mí, y sabía que Amabile tenía un primo policía en el condado de Suffolk.

—Te escucharé —dijo Amabile—. Es muy buen tipo. Si no te molesta ir en

moto, te llevo.

El que sí que era buen tipo era Amabile, y así se lo dije.

Ir en moto a principios del invierno por calles cubiertas de hielo y sal me pareció un auténtico suicidio. En mi adolescencia había sufrido alguna caída, y aunque Amabile me había prestado un casco, si derrapábamos mis piernas serían vulnerables. Por otra parte, ir abrazada a un hombre, apoyada en su cuerpo, era una manera muy *sexy* de ir en moto. Me preocupaba que Amabile pudiera malinterpretarlo, porque estaba casi segura de que él seguía lamentando que lo nuestro no hubiera salido bien.

Bajé de la moto como de un barco, con temblor de piernas. Amabile me puso una mano en el brazo para sujetarme. Al principio me apoyé en él. Luego, cuando recuperé el equilibrio, me pasó el brazo por la espalda. Entramos en la comisaría con los cascos en la mano.

Bienvenido, el primo de Amabile, me invitó a pasar a una sala vacía y me llevó un vaso de café muy caliente.

—Es posible que yo sea la última persona que vio a Pat Loewi con vida — dije.

Le expliqué para qué había ido a hablar con ella, y aclaré que nunca antes nos habíamos visto.

—¿Cuándo llegaste allí, y qué hora era cuando te marchaste?

Fue la primera de una larga serie de preguntas que durante cerca de una hora me hicieron a fin de descartarme o establecerme como sospechosa. Bienvenido le facilitó sus notas a otro agente, para que verificase mi versión. Después me preguntó si aquella tarde había visto algo raro en la conducta de Pat, y yo contesté que resultaba más fácil decir lo que no parecía raro. Le pregunté a Bienvenido si Amabile ya le había contado que Pat había vivido con mi ex prometido.

—Sí, ya conozco esa historia —confirmó él—. ¿Qué más puedes contarme?

—Podría investigar sobre Samantha Couper —dije. Le expliqué por qué.

—Gracias, amigo —dijo Amabile cuando acabamos—. Te lo agradezco.

También yo le di las gracias a Bienvenido.

—No hay de qué —dijo él—. Has hecho bien en venir.

—No, el que ha venido bien eres tú —contesté yo—. Algo de español sí que sé.

Amabile insistió en llevarme a casa. Sentada de paquete en la moto, expuesta al viento frío que se colaba por mi chaqueta y mis pantalones, puse en tela de juicio la solidez de mis sospechas. ¿Qué sabía yo? Quizá no hubiera ninguna relación entre los dos asesinatos.

De repente me acordé de otra mujer, la tercera que había que tomar en cuenta en aquella ecuación.

Steven no estaba de acuerdo en que fuese. Por decirlo suavemente.

—¿Cómo sabes que lo que afirma Samantha no es cierto, y que Bennett no está vivo? La Policía no ha identificado el cadáver en ningún momento.

—Sé que era el de él.

—Estabas conmocionada. ¿Y si todavía anda suelto ese tipo, Jimmy Gordon, y tú estás a punto de ir a visitar a su madre? ¿Y si él vive en casa de ella?

—La Policía de Boston analizó el ADN del cadáver de mi dormitorio y coincidía con el que encontraron en Susan Rorke.

—Pero hay alguien que le envía flores a Samantha —dijo Steven.

—Esa está loca. Lo más probable es que se las mande a sí misma.

—Eso no puedes saberlo.

—¿Me prestas tu coche?

—No sabes con qué te puedes encontrar. Además, ¿y si es verdad que alguien le manda flores a Samantha? Si resulta que le están haciendo luz de gas, no quiero que acabes siendo tú la afectada. Es posible que se trate de la misma persona que te engañó para que fueras a Boston.

—Estoy casi segura de que fue Samantha.

—No es lo mismo estar segura que *casi* segura —replicó Steven—. ¿Qué esperas descubrir?

—Lo que necesito averiguar solo puede decírmelo su madre: cómo pude enamorarme de él.

—¿Y por qué crees que ella puede responderte a eso?

—Porque también tiene que haberlo querido.

Durante las nueve horas de trayecto en coche hasta Rangeley, Maine, tuve demasiado tiempo para pensar en lo que me esperaba. A pesar del frío, hice una parada a orillas del río Androscoggin para caminar un poco y despertar en mí algo de compasión por la madre de Bennett antes de llegar a The Lake House, el *bed & breakfast* que regentaba.

En invierno, Rangeley era un pueblo tranquilo y nevado que no se parecía en nada al aspecto que debía de ofrecer en verano, con las cabañas repletas de turistas y el lago cubierto de kayaks y veleros.

Llegué a The Lake House sin prisas; la madre de Bennett no me esperaba hasta la noche. Me arrepentía de haber dejado que insistiese en brindarme alojamiento. Cuando le dije por teléfono que había estado prometida con él, ella –que se había enterado hacía solo diez días de la muerte de su hijo, a quien no había visto en mucho tiempo– pensó que yo llamaba para ir al entierro, que se celebraría aquel domingo. Yo, disimulando la sorpresa que me producía haber topado con algo tan inesperado, no le expliqué la verdadera razón de que quisiera hablar con ella. La madre de Bennett me dijo que sería muy importante para ella conocerme, así como que estuviera presente en la ceremonia. Me vi cediendo a aquellos deseos maternos. Aprovecharía la ocasión para averiguar todo lo posible acerca de cómo había sido su hijo de pequeño. Me documentaría.

Aparqué el Saab de segunda mano de Steven a algunas manzanas de The Lake House y pasé de largo; quería hacerme una idea del lugar antes de entrar. Vi un par de tiendas de artículos deportivos, una de donuts artesanos y un bar con dos hombres mayores. Al otro lado de la calle, frente a una hilera de cafés y una gasolinera, estaba el lago Rangeley, cubierto de hielo en algunas partes. Las casetas de las barcas estaban cerradas. Supuse que el *bed & breakfast* de la madre se parecería a los que solía elegir Bennett para nuestros encuentros, pero en lugar de visillos y velitas las ventanas de The Lake House tenían persianas oscuras. No es que a principios de diciembre me esperase encontrar macetas de flores, pero me sorprendió que el camino de piedras que conducía a la puerta ni siquiera estuviera señalado con pequeños faroles. Como la

puerta era de cristal y no estaba tapada con nada, vi la sala de estar antes de llamar al timbre: revestimiento nudoso de pino y muebles prácticos de campo, sin nada superfluo.

Abrió la puerta una mujer enjuta de pelo blanco.

–Hola –dijo–. Soy la madre de Jimmy.

A partir de ese momento hice el esfuerzo de pensar en Bennett como «Jimmy». Renee me dio un abrazo, a pesar de que yo le había tendido la mano, y me puso la suya en la espalda para hacerme pasar al salón caldeado. Tenía agua hirviendo en la cocina, para el té. Me preguntó si había comido algo.

¿Lo había hecho?

–Voy a calentarte un poco de sopa de pollo que me trajeron ayer por la noche. Han sido todos muy amables.

–Gracias.

Pensé que por muchas cosas que pudiera contarme sobre Jimmy, no valía la pena.

–Esta noche puedes elegir habitación; te enseñaré la casa después de cenar. Estaremos las dos solas. Las hermanas de Jimmy no han podido venir.

Mierda.

Miré instintivamente hacia la puerta, calibrando por dónde salir. Habría preferido que estuvieran allí las hermanas, en lugar de cenar a solas con la madre doliente. ¿Doliente? ¿Seguro? Se movía por la cocina con la eficacia y la destreza de una atleta. Rondaría los sesenta y cinco años, y una trenza de pelo blanco le caía por la espalda. Llevaba vaqueros, un jersey de cuello alto y una gruesa camisa roja de cuadros por encima. Hacía frío; pensé que debía de tener baja la calefacción, para ahorrar. Tenía los ojos rojos y los párpados hinchados, como si hubiera llorado. ¿Por la muerte de su hijo? ¿Por toda una vida de sufrimiento a causa de él?

Entré y miré las fotos enmarcadas repartidas por la sala de estar. En muchas de ellas salían dos chicas jóvenes en una playa de piedras que solo podían ser las hijas. Las acompañaba un niño. Su hermano, Jimmy. Ellas estaban pendientes de algo que había en los cubos de plástico que tenían en las manos, mientras que Jimmy miraba hacia la cámara. Hice un esfuerzo para no proyectar lo que sabía sobre su conducta posterior en aquella imagen de un niño que no aparentaba más de ocho años, pero aun así su mirada poseía una intensidad que yo no asociaba con un niño.

En otra fotografía familiar aparecían sus hermanas jugando con un gatito, y

al lado se las veía, más o menos a la misma edad, jugando con un perro. ¿Qué había sido del gatito? En ninguna de las dos fotos se veía a Jimmy. Traté de refrenar mis peores conjeturas, pero ¿por qué no salía con las mascotas de la familia? ¿Y el padre? ¿Dónde estaba? En la repisa de la chimenea había una foto de Jimmy adolescente, en torno a los diecisiete años. En el instituto me habría enamorado de él. Llevaba una chaqueta de aviador, camiseta blanca y vaqueros, el atuendo universal de chico malo que había conservado durante años. Llevaba el pelo largo. Tenía chispa, potencial. Me pregunté si su madre siempre tendría la foto a la vista o si la había sacado al enterarse de que su hijo estaba muerto.

Renee me llamó a la cocina para preguntarme si me importaba comer ahí mismo, en la mesita. Dijo que allí se estaba más caliente, a causa de los fogones. Yo me había asomado al comedor de invitados y estaba casi a oscuras; resultaba poco acogedor.

De repente, sentada a pocos centímetros de la madre de Jimmy, me sentí cohibida. Me alegré de que hiciera enseguida una pregunta sobre su hijo.

—¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Cómo era mi hijo?

No supe qué decir. No habría sabido por dónde empezar.

—Sí, ya sé que es una pregunta demasiado amplia, pero es que me he pasado veinte años sin conocerlo. Y ahora que estás tú aquí...

Era una responsabilidad enorme. Me recordé que había sido yo quien se había puesto en contacto con ella, quien la había localizado. Le debía una respuesta, pero ¿le debía la verdad?

—Era carismático. Aventurero. Le encantaba Maine.

—¿Estuvo por aquí, en Maine?

Todo lo que yo pudiera decirle corría el riesgo de causar dolor. Recurrí a una mentira bienintencionada.

—No hablaba de otra cosa.

Parecía una buena maniobra.

—¿Hablaba de su familia?

—Jimmy vivía el momento.

—No hace falta que lo digas.

Me pareció que se mostraba de acuerdo muy deprisa. Traté de evitar sus preguntas por el momento.

—¿Cómo era de pequeño?

—Un seductor. Podía convencer a sus hermanas mayores de cualquier cosa.

Una vez fabricó un paracaídas y consiguió que Vanessa lo probara tirándose desde el techo del garaje. Tuvo suerte de no partirse una pierna, o algo peor.

Supe por el tono que le divertía recordar la anécdota, pero solo porque su hija no se había hecho daño.

—De todos mis hijos era el más inteligente, pero odiaba el colegio. No soportaba que los profesores le dijeran lo que tenía que hacer. Lo mandé a la academia militar, pero se fugó. Su padre había estado en las Fuerzas Aéreas. Jimmy no llegó a conocerlo.

Yo quería saber si el padre había muerto o había abandonado a la familia, pero no me pareció apropiado preguntarlo.

—¿Qué quería ser Jimmy de mayor?

—Lo último que supe fue que quería ser artista, o músico, aunque nunca lo vi dibujando, y tampoco tenía paciencia como para ensayar con ningún instrumento. ¿A qué se dedicaba cuando lo conociste?

Iba a enterrar a su hijo al día siguiente. Le dije que tenía una galería de arte, y que más tarde fue representante de músicos, la ficción que podría tranquilizarla. Yo, en cambio, quería de ella la verdad.

—Para mí era un misterio —dijo.

Era cierto.

Terminamos de cenar. Se me debía de notar el cansancio del viaje, porque Renee me pidió que la acompañara al piso de arriba y me dejó elegir entre dos habitaciones decoradas de forma parecida.

—En esta entra más luz por la mañana —dijo, de modo que elegí la otra, esperando no tener que madrugar.

El funeral no se celebraba hasta la una. Nos dimos las buenas noches, esta vez sin abrazo. Después de cerrar la puerta de mi cuarto, colgué el vestido negro que traía para la ceremonia. Ya me lo había puesto antes, en una fiesta, pero esta vez lo combinaría con pantis negros en lugar de con medias con liga de encaje.

Por la mañana, cuando me desperté, abajo estaban discutiendo.

—¿Cómo has podido dejar que duerma aquí?

Era una mujer, que no hacía ningún esfuerzo por bajar la voz.

—No es culpa de ella —oí que decía Renee—. Había estado nueve horas

metida en el coche para venir al funeral, y sitio había de sobra.

–¿Y ahora qué? ¿Tendremos que darle conversación a su novia durante todo el día?

–Era su prometida –corrigió a la mujer.

–Pues peor para ella.

¿A cuál de las dos hermanas le daba tanta rabia mi presencia?

–La verdad es que es muy simpática. Ya lo verás.

Elegí aquel momento para bajar. Necesitaba un café, y tenía la esperanza de que Renee hubiera pensado en preparar un poco, aunque solo fuera para un huésped. Me mentalicé para conocer a la hermana.

–Ah, Morgan, buenos días –saludó Renee–. Te presento a mi hija Vanessa.

Vanessa era Bennett en mujer. Jimmy en mujer. Medía unos pocos centímetros menos que su hermano, y tenía el mismo pelo oscuro y los mismos ojos azules; hasta se quedaba de pie en la misma postura, apoyada en una cadera. Aún no se había vestido para el funeral, a menos que no pensara cambiarse para la ceremonia. Llevaba ropa básica de invierno, quizá de algún *outlet* de L. L. Bean. Me dio un repaso, sin disimular. Fui yo la primera en hablar, para decirle que sentía lo de su hermano.

–Es la primera vez que está en casa en veinte años –dijo ella–. Supongo que esta vez no puede irse.

Le pregunté a Renee si había café en la cocina, y ella se ofreció a traerme una taza. Le dije que no se molestara, pero insistió. Me quedé sola con Vanessa.

–La de cosas que le hizo pasar –dijo la hermana.

No le hizo falta añadir nada más. Tampoco yo supe qué otra cosa decir, y menos sin café. Probé otra táctica.

–¿Cuándo conoceré a Lisa?

–Ya vendrá –dijo Vanessa sin dar más detalles.

A pesar de su mala educación, me fascinó cuánto se parecía a Jimmy, en el físico y en la voz. Me dieron ganas de azuzarla para ver toda la similitud en acción.

–Te pareces a él –dije, a sabiendas de que lo refutaría.

–Querrás decir que él se parece a mí. Se parecía.

–¿Tu madre sabe cómo murió?

–Nos han dicho que fueron tus perros. Me imagino que habrás venido porque te sientes culpable.

–Quería saber más del hombre con quien iba a casarme –dije sin morder el anzuelo.

–Nosotras también queremos saber más. Lo que pasa es que mi madre no está para recibir más noticias malas.

Renee trajo café y una bandeja de bollitos de canela de bolsa, disculpándose por no haber preparado un desayuno más variado. Vanessa le recordó que era la mañana del funeral de su hijo, y que nadie esperaba que se tomase ninguna otra molestia.

–Sentaos, sentaos, por favor –nos dijo Renee a las dos.

Yo me senté a la mesa. En cambio, Vanessa se quedó de pie.

–¿Te cambiarás, cariño? ¿Has decidido ya si irás a la iglesia? –le preguntó Renee a su hija. No había pensado en esa posibilidad, la de que la hermana de Jimmy no estuviera presente en su funeral–. Lisa llegará a mediodía; ella puede llevarnos a todas en coche.

–Si estoy aquí, estoy aquí.

Vanessa envolvió un bollo de canela con una servilleta de papel para llevárselo.

–Lo siento. Se vuelve muy protectora –dijo Renee cuando se fue su hija–. No puedo reprochárselo.

–Quería decirte que lo siento mucho. Nunca se está preparada para algo así.

Me pareció que la palabra «así» era lo bastante ambigua como para que ella le diera el sentido que quisiese, mucho o poco. Yo no pensaba revivir cómo había muerto Bennett. Dejaría que fuese ella quien marcara la pauta.

–Te agradezco que hayas venido desde tan lejos, pero la verdad es que me gustaría estar un poco a solas.

Recogí mi abrigo y mis guantes y me fui tratando de mantener la compostura para dar un paseo por el lago y acercarme a la tienda de donuts que había visto al llegar. Vi que despertaba la curiosidad de las chicas que estaban detrás del mostrador. ¿Tan infrecuentes eran los desconocidos en temporada baja?

No tuve tiempo de responderme a mí misma, porque en ese momento una mujer que tendría más o menos la misma edad de Jimmy me invitó a sentarme a su lado.

–¿Has venido para el funeral de Jimmy?

–¿Lo conocías?

–Desde primaria. O sea, que eres tú la que le hizo sentar la cabeza.

¿Solo yo?

–En tiempos me gustaba. De buena me libré.

¿Qué sabían de él que a mí se me hubiera pasado por alto?

–¿Por qué lo dices?

De momento, a excepción de Renee, no podían ser todos más maleducados.

–Bueno, eso ahora ya no importa, ¿no?

–A mí sí.

–Puede que también tú te hayas librado. Antes de irse del pueblo, Jimmy robó todos los ahorros de su madre.

Cuando oí eso, recordé que una vez una amiga muy sensata me dijo que si quieres saber cómo te tratará un hombre, debes observar cómo trata a su madre.

–Y aparte de eso... No sé... Cató a todas las chicas del pueblo.

La información me provocó una mezcla de asco y entusiasmo. Por un lado quería que siguiera hablando, y por otro no quería oír más. Ella decidió por mí.

–Mucho gusto –dijo, levantándose–. Dale recuerdos a Renee.

Me quedé allí sentada, con el café intacto y la sensación de que me había equivocado al elegir mi profesión. No sabía nada en absoluto sobre el comportamiento de la gente.

Lisa pasó a recogernos en un viejo Jeep Cherokee de color negro. De camino al coche desde la casa tomó a Renee del brazo. Vanessa, que iba delante, cedió a su madre el asiento del copiloto, señal de que compartiría conmigo el de atrás. No se había cambiado de ropa para el funeral. Renee vestía falda negra, rebeca de lana del mismo color sobre un jersey estampado de cuello alto, medias negras y zapatos planos. Lisa se había esforzado más. Llevaba un vestido negro sencillo, ajustado, un abrigo de pelo de camello y unas botas negras hasta la rodilla.

–¿Puedes encender la radio? –pidió Vanessa.

Lisa pareció escandalizarse.

–¿Lo dices en serio?

–¿Qué tiene de malo un poco de música?

Renee dijo que si ponían una emisora de clásica a ella no le importaba.

–Pues entonces nada –dijo Vanessa.

Se me aceleró el pulso al oír su respuesta. Era algo que podría haber dicho su hermano.

A partir de entonces nadie pronunció una palabra, salvo cuando las hermanas discutieron sobre la mejor manera de llegar a la iglesia. Bennett me había dicho que su familia era católica, así que no me sorprendió que Lisa se metiera en el aparcamiento de Nuestra Señora de los Lagos, en Oquossoc, una elegante iglesia católica de ladrillo rojo que quedaba a diez minutos de Rangeley. El interior me recordó una cervecería alemana, con sus vigas bávaras cruzando el techo.

No me habría sorprendido que todos los bancos estuvieran ocupados, ni tampoco que estuvieran vacíos. En el primer caso pensaría que la gente del pueblo iría por Renee, no por su hijo díscolo. Tenía razón: entre los fieles solo había gente de la edad de Renee, casi todo mujeres. Y al mismo tiempo no la tenía: los bancos distaban mucho de estar llenos. Un organista tocaba *Be Not Afraid*, que por lo que yo sabía era uno de los himnos fúnebres más habituales del catolicismo. Dame una razón para no tener miedo, pensé.

—¿Cuánto te has gastado en el ataúd? —le preguntó Vanessa a su madre.

Lisa la hizo callar, para que no tuviera que hacerlo su madre.

—En serio —dijo Vanessa—. Necesitas cambiar la caldera.

—Para ya —dijo Renee.

Se acercó el cura. El padre Bernard saludó a la familia y me hizo un gesto con la cabeza cuando Renee me presentó. A ella le dijo unas palabras en voz baja, tomándole las manos: palabras gastadas de consuelo. En el momento en que el cura se giró para subir al púlpito, me debatí entre arrodillarme como el resto de los fieles o seguir sentada. No era católica, pero tampoco quería llamar más la atención en aquel pueblo tan pequeño. De todos modos, aunque me arrodillase no podría comulgar. Quedaría mal en ambos casos.

La misa fúnebre se celebró en latín. (Renee me dijo que lo había pedido ella.) Absorbí los sonidos, carentes de significado. Me serenaban los rituales, aunque no fueran los míos.

El último funeral al que había asistido, el de Kathy, había sido de los que llaman entierros verdes, sin ataúd ni lápida. El cadáver, envuelto en un sudario, lo llevamos en una carretilla a un bosque de su Virginia natal, y una vez en el lugar previsto cavamos la tumba entre todos sus amigos. Al final de su enfermedad, Kathy prácticamente no pesaba nada. La levantamos de la carretilla y la depositamos en el suelo. Después de rellenar la sepultura,

echamos hojas sobre la tierra recién removida y borramos nuestras huellas con ramas.

Después del servicio, el padre Bernard llamó a varios hombres jóvenes de la congregación para que sacasen el ataúd de la iglesia. Por costumbre, la familia era la última en salir. Pero ¿era yo de la familia?

Durante la ceremonia al pie de la tumba, el cura invitó a los presentes a hacer «un gesto a tono con la despedida». Renee, que lloraba en silencio, echó una rosa blanca sobre el ataúd que ya habían depositado en la fosa. Lisa arrojó un puñado de tierra. Vanessa miró el ataúd de su hermano y por un momento tuve la horrible sensación de que estaba a punto de escupir sobre él, pero al final se giró sin hacer nada. Me pregunté si ella me retendría en caso de que me adelantara para despedirme. Yo no tenía nada que decir, ni nada que echar al ataúd.

Ayudó a su madre a alejarse de la tumba. Lisa se quedó sola, llorando.

Yo no era lo bastante buena actriz como para convencer a Lisa de que compartía su dolor. Aun así, traté de decir algo en esa línea. Ella me dio las gracias y añadió que lo echaría de menos, aunque ya lo había hecho durante todos esos años, desde el día en que él abandonó a la familia. Luego dijo que le disgustaba que hubiera tenido una muerte tan violenta.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me atreví a decir—. ¿Solía ser violento?

—¿Qué quieres decir? —Parecía sorprendida por mi pregunta—. ¿Lo era contigo?

Le dije que la Policía de Boston creía que Jimmy había matado a una mujer.

—Dios mío... Nadie nos ha dicho nada... ¿Y a quién creen que mató?

—A su prometida.

—¿A su prometida? ¿Y entonces tú quién coño eres?

—Tenía varias.

—No entiendo nada. ¿De qué me estás hablando?

Al ver tan agitada a su hermana, Vanessa dejó a su madre rodeada de amigos y se acercó a preguntar qué pasaba.

—Dice que Jimmy era un asesino —dijo Lisa—. Que mató a su prometida. A otra prometida. ¿Qué te parece?

Vanessa me observó durante unos segundos.

—No sé quién eres, ni qué quieres de nosotras, pero te puedes ir ahora mismo —dijo.

Se parecía tanto a Bennett, físicamente y en su modo de hablar, que fue

como si él mismo me echara de su propio entierro. Era la última vez que le obedecía.

Antes de partir rumbo a Maine había buscado refugios de animales que pudieran acoger a *Cloud*, empezando por el de referencia: Best Friends, en Kanab, Utah. Quería tener a mi perra lo más cerca posible y había pensado que quizá pudieran remitirme a alguna institución del noreste, pero en todas partes donde llamaba había lista de espera de hasta un año. Además, al tratarse de un animal «peligroso», permanecería sola y no podría jugar con otros perros, sin más contacto con humanos que el que tendría con los cuidadores que la sacaran a hacer sus necesidades. Sería, pues, una vida de soledad y reclusión. Conocía a gente del mundo del rescate de animales que consideraba que había algo peor que la eutanasia, y se referían a eso. En tales situaciones, los perros se volvían locos y manifestaban su angustia de muchas maneras. ¿Podía exponer a mi perra a algo así? ¿Cuál era el menor de los males? Necesitaba conocer la opinión de McKenzie.

Aún dormía en el sofá cama de Steven. Me preparé un café y llamé al despacho del abogado.

–Oficina de Laurence McKenzie –contestó una voz conocida.

–¿Billie?

–Sí. ¿Desea dejar algún mensaje?

–Soy Morgan.

–¡Morgan! No sabíamos dónde estabas.

–¿Qué haces ahí?

–Le estoy echando una mano. Su secretaria lo ha dejado plantado.

Parecía que Billie se estaba volviendo indispensable.

–¿Cuándo volverá McKenzie?

–No hagas ruido con los dientes, *Faye* –le dijo Billie a la perra de McKenzie–. Perdona, ¿qué me has preguntado?

–Quería hablar con McKenzie sobre *Cloud*. En todos los refugios a los que he llamado tienen lista de espera.

–Vaya. ¿Qué harás entonces?

–Ahora me pregunto si *George* no habrá tenido más suerte –reconoció.

–No decías lo mismo hace dos semanas.

–Tengo que hablar con McKenzie. ¿Se lo puedes pedir tú?

–Aquí mismo lo tienes; yo estoy en la recepción. Enseguida lo aviso.

Antes de que tuviera tiempo de asimilar la situación oí la voz de McKenzie, que dijo que se alegraba de oírme.

Le expliqué el motivo de mi llamada y le pedí que nos viéramos en el Crown Vic a la salida del trabajo. La antigua gasolinera para coches patrulla de la calle Dos Sur era territorio nuevo, y por lo tanto neutral. Esperé que no acudiera con Billie; quería estar con él a solas. Dadas las circunstancias, la idea era obscena. Íbamos a hablar de lo que hace que la vida de un perro merezca la pena, un tema en el que no cabían los celos. Pero, por mucho que la vida de mi perra estuviera en juego, yo albergaba pensamientos mezquinos. Me dolía que McKenzie prefiriese a Billie.

Cuanto entré en el local, me lo encontré sentado frente a la barra. Me alegré de que hubiera elegido un sitio cerca de la chimenea, porque yo estaba helada. Bajó del taburete y me tendió la mano. Qué diferente al abrazo de la última vez que nos habíamos visto. Deslizó su vaso hacia mí.

–Prueba esto –dijo. Yo pensé que, después del apretón de manos, era un gesto de una intimidad un tanto sorprendente–. Lo llaman Angry Orchard Keeper. Whisky con sidra seca.

Bebí un sorbo, por cumplir, y asentí. Pidió otro para mí.

Aún era demasiado pronto para que hubiera gente cenando. Me sentía a gusto sentada a su lado en un taburete, al calor del fuego. Me permití un momento de relax antes de poner mi dilema moral sobre la mesa.

–Tú conoces a tu perra mejor que nadie –dijo él después de escucharme–. En casos como este, no existen decisiones del todo buenas ni del todo malas.

–Quizá *George* haya sido el más afortunado –dije para tantear el terreno.

–Por si te sirve de algo, yo pienso que a los perros les debemos la mejor vida que podamos darles, y que cuando no es lo bastante buena debemos despedirnos de ellos con amor. No digo que sea fácil reconocer ese momento: ¿cuándo podemos decir que ha dejado de ser una buena vida?

Advertí que McKenzie evitaba dar recetas, algo que agradecí. Mantenía la vaguedad necesaria para que yo, si así lo deseaba, hiciera mía su opinión. Observé además que se negaba a juzgarme, fuera cual fuese mi decisión. También eso era de agradecer.

–¿Alguna vez has tenido que decidir algo así? –pregunté.

–Tuve que decidir sobre mi propia vida. Después de que muriera mi mujer.

–Steven me contó lo del accidente de inmersión.

–Fui yo quien la convenció para hacer submarinismo. Ella estuvo dispuesta a vencer su miedo a las profundidades solo por mí.

Quise escuchar como él me había escuchado a mí, sin juicios ni consuelos fáciles. Dejé que hablara.

–Incluso busqué una razón en los libros. *Una pena en observación*, de C. S. Lewis. Lo escribió después de la muerte de su esposa, aunque hablaba tanto del luto como de su pérdida de la fe en Dios.

Le conté lo que sabía de la infancia de C. S. Lewis: que cuando tenía cuatro años habían atropellado a su perro *Jack* y que a partir de entonces el futuro escritor solo respondió a ese nombre, hasta el punto de que en su vejez la familia y sus mejores amigos aún lo llamaban así. Temí que McKenzie pensara que ponía en el mismo nivel el hecho de que un niño perdiera a su perro y el que un hombre se quedara viudo, pero enseguida vi que mi preocupación era infundada. Se rio.

–Por fin una razón para que me guste C. S. Lewis –dijo.

–Oye, ¿no te apetece comer algo? ¿Tienes tiempo? ¿Compartirías conmigo unos macarrones con queso?

–Me encantaría, pero tengo que estar en otro sitio a las siete.

Miré su reloj y vi que apenas nos quedaba un cuarto de hora. Pensé que quizá hubiera quedado con Billie, aunque no quise preguntárselo.

–Vamos, que C. S. Lewis no te ayudó. Pero ¿encontraste a alguien que sí lo hizo? ¿Dentro o fuera de un libro?

–No sé si me ayudó, pero poco después llevé el caso de una niña de diez años con parálisis cerebral que vivía en Connecticut. La escuela primaria a la que acudía no le permitía llevar a clase al mono que la ayudaba. El animal, un pequeño capuchino, se comportaba perfectamente, llevaba pañales para no ensuciar el aula y como ciudadano era modélico. Para la niña, la ayuda del mono era indispensable en muchos aspectos. Los demás padres y la dirección de la escuela tenían miedo de las enfermedades que el mono pudiera transmitir, por mucho que no hubiera amenaza alguna y el animal estuviese al día en todas las vacunas.

»Al final, durante el juicio, la niña casi no me dejó ni intervenir. Primero hizo una descripción muy elocuente de cómo era su vida antes de tener a *Maddie*, y luego le explicó al tribunal lo que podía hacer con la imprescindible ayuda del mono. Uno de los ejemplos más conmovedores era

también uno de los más simples. La niña explicó que antes de tener a *Maddie* nadie hablaba con ella en la escuela, pero que desde que se lo llevaba a clase se había vuelto muy popular. Todos los niños querían conocer al monito. “Desde entonces dejé de compadecerme”, dijo. Yo hice lo mismo.

–¿Dejaste de compadecerte de la niña o de ti mismo?

–De los dos.

Me resultó de una ironía casi insoportable que McKenzie me estuviera abriendo el corazón de una manera más íntima que cuando yo había pensado que podía interesarle. Tal vez ahora que estaba con otra ya no le pareciera tan peligroso hacerme aquellas confidencias. Pero ¿por qué tenía que ser Billie? ¿Y por qué no podía ser Billie?

McKenzie se puso el abrigo y me pidió que lo llamara cuando hubiera tomado una decisión sobre *Cloud*. Al despedirnos, no me dio la mano como antes: me tomó en sus brazos, y permanecimos así durante lo que a mí me pareció demasiado poco tiempo.

Yo me quedé un rato más en el Crown Vic, aunque esa vez no me apeteció buscar a ningún hombre con el que desperdiciar la noche. Me acabé la copa y eché un vistazo al televisor que había encima de la barra. Era un canal de noticias. La música casi no dejaba oír al presentador, pero de pronto reconocí a la mujer cuya fotografía apareció en pantalla: Pat. La siguiente fotografía mostraba a un hombre hispano a quien identificaron como un trabajador inmigrante del East End de Long Island. Según la Policía, acababa de ser detenido por el asesinato de Pat Loewi. Usando el término que ya se había extendido coloquialmente, el reportero se refirió al asesinato como el caso «descorazonador».

Me alegré de que nadie en el bar me conociera ni supiera lo que yo había pensado hasta ese momento. El anonimato obviaba la necesidad de pasar vergüenza. Tanto tiempo convencida de que la culpable del asesinato de Pat era Samantha... Ahora podía optar por dar crédito a la Policía, que a fin de cuentas hacía bien su trabajo. La noticia parecía una invitación a prescindir de lo que comprendí que se había vuelto una obsesión: la certeza de la culpabilidad de Samantha. ¿Por qué no podía ser culpable un trabajador inmigrante? Me acordé de Christa Worthington, asesinada años atrás en Cape Cod. Todo el pueblo creía conocer al asesino, y además había otro sospechoso, pero no: al cabo de tres años arrestaron a un basurero llamado Christopher McCowen, y un año después lo condenaron por el homicidio.

Había sido una estupidez presionar a los agentes para que investigasen la posible relación entre los asesinatos de Pat Loewi y Susan Rorke. Y también lo había sido sospechar de Samantha.

Mi alivio momentáneo dejó paso, por mucho que intentara evitarlo, a un hecho más siniestro y comprometedor: me había enamorado de Jimmy Gordon, un ladronzuelo pueblerino que al crecer se había convertido justo en el tipo de depredador que yo estudiaba. Mis conocimientos especializados no solo no me habían protegido, sino que me habían conducido directamente al depredador. ¡Y, por si eso fuera poco, me había enamorado de él!

Sonaba *At Last*, de Etta James. Acerqué un poco más a la chimenea uno de los taburetes y pedí unos macarrones con queso.

Llevaba tres meses de retraso con la tesina, pero dados los motivos tenía la esperanza de que Leland, mi tutor en John Jay, me concediera algo de margen. Lo había elegido como director de tesina a causa de sus libros, no solo fascinantes sino además bien escritos. Libros como los que yo querría llegar a escribir. Que no pudiera escribir poesía no quería decir que no pudiera escribir bien.

La inevitable tira cómica pegada con cinta adhesiva a su puerta era de Gary Larson. En ella se veía a un psiquiatra junto a su paciente, que estaba tumbado en un diván. Lo único que el psiquiatra había escrito en su libreta, con triple subrayado, era: «¡Como una cabra!».

El despacho de Leland era un viaje a los años sesenta, lámpara de lava y atrapasueños en las paredes incluidos. Me había contado que, antes de recalar en la universidad, sus padres habían sido *hippies*. Frente a las primeras enseñanzas de sus progenitores, él había preferido una vida académica reglamentada. Decía que le gustaba ver las manualidades de su madre colgadas en la pared. En lugar de permanecer sentado en su cómodo sillón de oficina, Leland intentaba no caerse del gran balón de *fitness* que le había regalado su compañero de despacho, a quien llamaba por su apellido, Emory. Resultaba cómico. Sus esfuerzos por mantener el equilibrio me hicieron reír.

–Espero que esta moda no dure mucho –dijo, desistiendo y volviendo a su sillón.

Me senté al otro lado de la mesa y empecé a pedir disculpas. Él me cortó, diciendo que se alegraba de verme y que sentía mucho lo que me había pasado. Ya me lo había dicho por escrito, justo después de la muerte de Bennett, pero yo no había contestado a ninguna de las amables postales que había recibido, entre ellas la de Leland.

Su amabilidad provocó justo lo que yo quería evitar: lágrimas. No tenía sentido tratar de fingir que estaba entera y bien encarrilada. Todos se daban cuenta de que me caía a trozos. Leland me dijo que lo más importante era que me cuidara. Cuando le pregunté hasta qué punto estaba enterado de lo de Bennett, contestó que sabía que se trataba de un impostor y de un sospechoso

de asesinato. Si yo necesitaba una baja me apoyaría, aunque él abogó por trabajar. La práctica cotidiana me ayudaría a superarlo, aunque solo trabajase una hora al día.

Siendo como eran mis jornadas, ¿sería capaz de concentrarme una hora al día? ¿Aún tenía fe en mi tesina?

—No son las típicas dudas de final de tesina. No he tenido más remedio que replantearme a fondo lo que creía que sabía. Empecé pensando que podría identificar una nueva tipología de víctimas. Estaba convencida de que las mujeres compasivas atraen a un tipo determinado de depredador, y creía que tenía los datos para demostrarlo, pero ahora que me he relacionado con uno, ¿en qué lugar quedan mi objetividad y mi credibilidad?

—¿Quién mejor que tú para analizar ese fenómeno?

—De eso se trata. El perfil de internet que atrajo a «Bennett» estaba pensado para constituir un grupo de control, no para llamar a un depredador.

—¿Qué dirías de un poli a quien roban? Yo diría que es posible que se vuelva mejor agente. Fíjate en todas tus cartas, no solo en las que pensabas que eran tu mejor baza. Ya encontrarás una nueva manera de interpretar el material.

Le dije a Leland que le agradecía mucho su comprensión y sus consejos. Cerré la puerta esperando que no hubiera escrito en su libreta: «¡Como una cabra!».

Me había programado una serie de encuentros a lo largo del día, como en una carrera de relevos. Del despacho de mi director de tesina, como quien pasa el testigo, fui directamente a la consulta de Cilla. No la había visto desde mi regreso del entierro en Maine, la semana anterior. Había pensado que hablaríamos del tema pero, desde mi conversación con Leland, Maine había dejado de ser la prioridad.

Cilla me ofreció té, como solía hacer cuando me veía nerviosa, cosa que sucedía casi cada semana.

—Mi director de tesina se ha mostrado muy comprensivo, pero sigo pensando que mi perfil mandó señales muy distintas a las que yo pretendía enviar. En el perfil, todas mis novelas preferidas eran variaciones sobre un

mismo tema: que nada es lo que parece. Como canción favorita puse *Love Interruption*, de Jack White.

–No la conozco.

Le canté los primeros versos.

–¡Madre mía! –La risa de Cilla se deshizo en una tos–. ¿Por eso te fuiste con ese cajún a su casa?

–Lacosadelpantano. Pero él no llevaba la batuta.

–Eso podría haber cambiado en cualquier momento.

–Tenía espectadores en los pisos de enfrente, muy en plan *La ventana indiscreta*.

–Ya, pero después de exponerte a la vista de vecinos anónimos regresaste a casa caminando por un barrio industrial, sola, de noche.

–Sí, eso es cierto.

–Mira, cariño, tengo que decirte que esa es la conducta de una víctima en potencia.

–¿Es así como me ves?

–Aceptaste ir a casa de una chica a la que acababas de conocer en un autobús. Su novio te violó. Hace tiempo que te arriesgas. No es que te vea como víctima, en absoluto, pero sí que aprecio unas pautas de conducta autodestructiva. Quizá las aprendiste de tu madre atormentada, o tal vez exista alguna predisposición neurológica. En el segundo caso haría falta algún tipo de activación externa, como la violación que sufriste.

–¿Me estás diciendo que en cierto modo «lo pedía»?

–Nadie pide lo que te pasó a ti.

–¿Quieres decirme que soy el tipo de mujer que yo misma estudio?

–A riesgo de sonar freudiana, ¿lo crees tú?

Me sentía irritada, pero permanecí un momento sin abrir la boca. De repente se me ocurrió algo. No era cuestión de «o», sino de «y». Yo era de una manera «y» de otra. Era una mujer que estudiaba victimología «y» una cuyos actos habían contribuido a su victimización. ¿No nos hacía humanos tal dualidad? ¿Y no era menos demoledor concebirme como ambas cosas a la vez, en lugar de como una sola?

Mientras regresaba a casa desde la consulta de Cilla pasé al lado del teatro

Delacorte. Había entrado por última vez allí para ver a Meryl Streep en su emocionante interpretación de *Madre Coraje*, en compañía de un hombre a quien no había vuelto a ver. Puede parecer un poco raro tener ganas de acostarse con alguien después de haber visto *Madre Coraje*, pero lo cierto es que después de la función, paseando junto al castillo de Belvedere, empezamos a meternos mano. Luego entramos en el Ramble, que es un laberinto, y mi lógica sesgada me hizo seguirlo por un camino pedregoso y poco iluminado. Sesgada porque la verdad es que me creía fuera de peligro, dadas las altas probabilidades de que se estuvieran consumando numerosos encuentros homosexuales en las inmediaciones. Era de lo que tenía fama el Ramble, ¿no? Pero ¿qué creía yo, que si tenía algún problema los gays interrumpirían sus relaciones para acudir en mi rescate? Los heterosexuales no lo habrían hecho.

McKenzie no me habría hecho entrar en el Ramble. ¡Vaya, otra vez él! Al final de la sesión, Cilla y yo habíamos hablado de por qué en mi vida había tantos hombres como Lacosadelpantano y ninguno como McKenzie. Si tenía lo que quería (los malos), ¿cómo podía una persona cambiar lo que quería? Y sin embargo yo quería a McKenzie. Y él había elegido a Billie. Billie se había brindado a ayudarlo, mientras que lo que yo quería era que me ayudase.

Seguí caminando hasta la pista de patinaje sobre hielo. No me apetecía patinar, pero allí servían el mejor chocolate caliente de toda la ciudad. Durante un invierno había patinado dos o tres veces por semana en aquella pista, sintiéndome como una niña y disfrutando de la sensación de deslizarme sobre el hielo, sin que me importara la cantidad de gente que solía haber. Al final dejé de ir a causa de la música; parecía que siempre que iba sonaba por los altavoces el mismo *medley* de Lionel Richie.

Me fijé en un indigente muy abrigado que leía una edición de bolsillo de *Guerra y paz* sentado en un banco. Un vendedor ambulante de castañas asadas se calentaba las manos debajo de la lámpara de calor que mantenía calientes las castañas, a pesar de que ya llevaba guantes. Ví varios perros con abrigos de tiendas de lujo y correas de cuero trenzado. Me crucé con un hombre bien vestido, con guantes de varios colores, que me saludó, no supe si por amabilidad o porque no estaba bien de la cabeza.

La sal de los caminos dejaba un cerco blanco en mis botas negras. Tendría que engrasarlas cuando llegara al apartamento. Cerca ya de mi edificio, pensé en el estudio que habían hecho sobre el momento en que los perros saben que

sus dueños están volviendo a casa. Habían grabado a perros que se sentaban junto a la puerta a la hora en que su dueño salía del trabajo, incluso cuando el horario no era siempre el mismo. Oí ladrar a *Olive* antes incluso de abrir con llave la puerta de la calle. Históricamente. Subí corriendo para que se callara, antes de que los vecinos se quejasen.

Después de mi largo paseo solo di con ella una vuelta a la manzana, pero no pareció importarle. Al contrario, parecía contenta. Luego se hizo un ovillo a mis pies mientras yo esperaba a que el agua para el té rompiera a hervir. Oí el murmullo de los vecinos de al lado. Me gustaban aquellos ruidos vagos; era como estar acompañada sin necesidad de estarlo. Era la hora en que las luces de los interiores convierten en espejos las ventanas y ya no se puede discernir ningún color en el cielo. Apagué la lámpara de la cocina para no ver mi reflejo. Era lo contrario a lo que había hecho durante mi actuación en el apartamento del cajún. Permanecer a oscuras me permitía mirar los otros pisos, aunque no vi nada parecido a lo que había hecho yo. Solo desconocidos que preparaban la cena.

En el incomprensible paquete de internet, telefonía y cable con que me había engatusado un comercial (los dos primeros meses eran gratis), todos mis aparatos electrónicos estaban sincronizados, lo quisiera yo o no. Es decir, que podía estar sentada frente a la televisión –los programas de crímenes reales eran lo único que me apetecía ver– y de repente empezaba a parpadear en una esquina de la pantalla el número de teléfono de quien me estuviera llamando. Antes, esos programas me gustaban porque no daba crédito a que la gente se dejara embaucar tan fácilmente, ni a lo banales que eran los desencadenantes de los crímenes. Ahora los veía como una de las embaucadas. El que más me interesaba trataba de mujeres que descubrían cómo eran en realidad los hombres con quienes se habían casado: bígamos, asesinos, violadores...

Una llamada a deshoras comenzó a parpadear en la pantalla.

–¿Has sabido algo del hombre al que llamas Bennett? Llevo diez días sin noticias de él.

La voz de Samantha traslucía urgencia y miedo.

–No, desde que volví de su entierro no.

–¿De qué hablas?

–Me invitó su madre. Lo enterraron en Maine.

–¿Qué le pasó?

La confusión de Samantha era palpable. Podría haberla mareado, dándole la información con cuentagotas, o haber recurrido al sarcasmo para burlarme de su negativa a reconocer lo que yo sabía que era la verdad; pero también sabía que era una mujer desquiciada y desesperada. A menos que alguien se estuviera haciendo pasar por Bennett y la estuviese torturando. Venció mi faceta de psicóloga madura y le conté que su madre, una vez que la hube localizado, había organizado el envío de los restos de su hijo por avión a su localidad natal de Rangeley, Maine, para el entierro. Le dije que su verdadero nombre era Jimmy Gordon, que lo habían matado en septiembre y que lamentaba tener que darle esa noticia dos veces.

–Jimmy Gordon no me suena de nada, pero mi prometido está en Canadá, y hasta hace diez días me escribía por correo electrónico.

–Alguien se ha puesto en contacto contigo, pero no era él.

–Quiero el número de teléfono de esa mujer.

–No es momento de molestar a su madre.

Procuré mantener un tono sereno, inmutable. Sabía que lo más fácil era dar un paso en falso. ¿Cómo convencerla de que él estaba muerto? Y si lo conseguía, ¿quién pensaría ella que se estaba haciendo pasar por Bennett? ¿No la convertía eso en víctima por partida doble?

–¿Eres tan cruel conmigo porque te dejó por mí?

Advertí que Samantha buscaba a tientas un sentido a lo que acababa de oír.

–Yo solo te digo lo que sé. No se me ocurre nada más que hacer.

–Llámame si tienes noticias tuyas.

Recordé un ejercicio que habíamos hecho en una clase de psicología en la universidad. Los alumnos formábamos parejas, y uno tenía que decirle al otro: «No, no puedes». A continuación, el otro debía contestar: «Sí que puedo». Y así indefinidamente. Me acuerdo de que nos preparamos y el profesor anunció: «Podéis empezar a la de tres. Uno, dos y... tres».

Mi pareja, Amabile, sentado frente a mí en una silla, empezó: «No, no puedes». Yo le respondí enseguida: «Sí que puedo». Él sonrió y dijo: «No, no puedes», con una inflexión algo más firme. «Sí que puedo», lo corregí yo. Lo repetimos unas cuantas veces más, hasta que se nos borraron las sonrisas. Nos quedamos impactados por la facilidad con la que nos enfadamos a causa de unas frases tan sencillas. Yo sentí que me ruborizaba. Amabile no me

escuchaba. Levantó la voz. Me di cuenta de que algo similar estaba pasando en el resto del aula.

Era lo que estaba sintiendo con Samantha. Ella no me escuchaba. Yo no le hacía mella alguna.

Siguiendo el consejo de Leland, pasé el día siguiente en la biblioteca de la universidad, consultando la base de datos MEDLINE. Leí unos artículos del doctor Laurence Tancredi sobre los profundos efectos de las hormonas, las drogas, las anomalías genéticas, las lesiones y las experiencias traumáticas en la estructura cerebral. Según el autor, las malas decisiones podían ser fruto de anomalías psicológicas. La idea de Tancredi, la de que nuestros actos están determinados genéticamente, era una teoría que quería incorporar a mi tesina.

Lo que más me interesaba era un fenómeno que recibía el nombre de «células espejo». Según decía el neurocientífico V. S. Ramachandran, «las neuronas espejo serán para la psicología lo que el ADN es para la biología». Las descubrieron en 1992, en un estudio con monos. Un equipo de científicos italianos observó que se activaban las mismas neuronas cuando un mono agarraba un objeto que cuando veía cómo lo aferraba otro mono. Ramachandran, y como él otros científicos, creía que las neuronas espejo eran la base de una serie de habilidades humanas básicas: la imitación, la capacidad de intuir qué piensa otra persona y, sobre todo, la empatía. Según su teoría, el autismo tenía su origen en el mal funcionamiento de las neuronas espejo. Lo que yo buscaba eran datos para confirmar mi propia teoría: también los sociópatas sufren trastornos en sus sistemas de neuronas espejo.

Cuando llegué a casa, solo había un mensaje en el contestador. Era de Billie, que decía que había encontrado un centro de acogida de animales sin apenas lista de espera cerca de New Milford, en Connecticut. Luego me preguntaba si quería que fuéramos en coche para ver si era adecuado para *Cloud*.

Pasó a recogerme en su viejo Volvo, cuyo interior seguía tan inmaculado como el día que se presentó en Staten Island para asistir al test caracterológico. Me brindé a pagar la gasolina, pero me dijo que tenía el depósito lleno y que no era necesario. El día se ofrecía despejado para la hora y media de camino que había hasta Connecticut.

Me explicó que había encontrado el centro a través de una amiga que trabajaba en Bad Rap, una ONG dedicada a la defensa del pitbull situada en

las afueras de Oakland, California. Su amiga se había ido a vivir al oeste después de haber formado parte durante varios años de la red de rescate del noreste y había sido la fundadora de For Pitties' Sake, el centro adonde íbamos. Si había otras razas que necesitasen ayuda, no las rechazaban.

–Nunca han tenido un gran pirineo –dijo Billie.

El tema de los perros no volvió a salir en un buen rato. Nos quedamos calladas hasta la salida de Rye, como de mutuo acuerdo. No había tráfico con el que lidiar.

–Mi madre solía llevarnos a Playland –dijo Billie–. Está a unos minutos de aquí. Recuerdo que había una atracción que se llamaba Carrera de Obstáculos, un carrusel con caballos que parecía que se hubieran encabritado y salieran en estampida. Había cuatro hileras de caballos, unos cincuenta en total. Iban rapidísimo, como a cien por hora. Lo increíble es que nunca se mató nadie. En cambio, en la atracción del Viejo Molino, que era lenta y tranquila, murió un niño de siete años a causa de un traumatismo cerebral provocado por un golpe.

Billie encendió su radio Sirius por satélite y sintonizó Coffee House, *easy listening* con toques *indie*.

–Mi abuela tiene una casa por aquí –dijo al cruzar Greenwich–. Es donde montaba a caballo de verdad.

–Qué bonito –conseguí decir.

Durante algunos kilómetros después de la salida de New Milford, el paisaje se tornó más pintoresco, los árboles más bonitos. Yo esperaba ver ganado en los pastos, pero todo eran pequeñas empresas y centros comerciales. Billie me preguntó si quería que parásemos para tomar un café o si prefería seguir. Me alegré de que lo propusiera. Nos detuvimos en un bar de carretera y pedimos café para llevar.

Volvimos al coche con dos vasos de café muy caliente, pero solo había un soporte. Me divertí visualizando el pulso por el único portavasos (aunque cuando lo hay suele quedárselo el que conduce). Como si me leyera el pensamiento, Billie lo estiró un poco más y vi que en realidad eran dos.

Salimos de la carretera principal por un camino de tierra sin apenas indicación, y lo seguimos cerca de medio kilómetro hasta que Billie paró a la altura de un rancho de dos pisos pintado de rojo. No había ningún cartel. Vi, sin embargo, que el terreno tenía varias hectáreas y que a un lado de la casa había un circuito de agilidad; al otro había un río helado. La puerta se abrió

sin que tuviéramos tiempo de llamar. Nos saludó un chico joven de pelo y bigote oscuros.

–La directora ha salido a comprar comida para perros, pero si queréis yo puedo enseñaros todo.

Primero nos llevó al sótano, con dos o tres jaulas de alambre en cada habitación, cada una del tamaño de un estudio. En cada jaula había un perro con un montón de mantas de lana, un cuenco de agua y varios huesos de cuero y juguetes.

–¿Viven los perros dentro de la casa? –pregunté, acostumbrada a la sordidez de la perrera.

–Cada uno tiene su propia jaula dentro de la casa. También hay zonas grandes de socialización donde pueden subir y bajar libremente y jugar juntos. Fuera tenemos el circuito de agilidad y, si hace buen tiempo, cables de amarre. La idea es desestresar a los perros, que hagan ejercicio, darles los cuidados veterinarios que puedan necesitar y, si les hace falta, adiestramiento de obediencia. Todo lo que los ayude a conseguir sus «hogares para siempre» –dijo Alfredo–. Arriba es igual. Podemos tener treinta perros al mismo tiempo.

–¿Cómo mantenéis todo esto? –pregunté.

–Con donativos. La fundadora es una experta en recaudar fondos. Hay ángeles, personas que no piden que se les reconozca el dinero que nos dan, y que por cierto es mucho. Yo me vine desde Guatemala para trabajar de jardinero. Me contrataron para mantener el jardín, y un día la directora me pidió ayuda para sacar a pasear a sus seis perros, que eran muy rebeldes. En cuanto saqué a los seis con sus correas, dejaron de pelearse enseguida y caminaron perfectamente en grupo. Ninguno ladraba. En el parque no intentaron perseguir a otros perros, ni tuve que levantarles la voz.

–Pero ¿y si no le encontráis hogar a un perro? La mía se quedaría aquí toda la vida.

–Su perro, el gran pirineo, ha sido declarado perro peligroso –aclaró Billie.

Alfredo nos llevó a lo que en tiempos habría sido el garaje, donde ya no había coches pero sí calefacción, la misma que en el resto de la casa. Al fondo había una lavadora y una secadora industriales, así como estanterías con instrumental para el aseo de los perros y ganchos para decenas de correas. También había una jaula todavía más grande sobre una plataforma de algo más de un palmo, para que el perro pudiera mirar por la ventana desde dentro. En

el interior de esa jaula tan grande –que, como todas las demás, contenía mantas y juguetes– había un pastor alemán cómodamente reclinado.

¿Era allí donde pondrían a *Cloud*, en un garaje?

–Aquí entra y sale gente todo el día –dijo Alfredo–. Los perros que se quedan aquí dentro reciben estímulos, y podemos decir que se enriquecen. Los sacamos a jugar, aunque no con los demás perros.

Junto a la pared de enfrente del pastor alemán había otra jaula. Al principio no vi al perro, que se había metido debajo de las mantas, pero cuando pasó Alfredo sacó el morro y lamió la jaula. Era algún tipo de sabueso cruzado con el morro blanquecino; un perro viejo, de ojos turbios. ¿Sería ese el animal cuya muerte dejaría sitio para *Cloud*? Me odié por pensar con semejante oportunismo.

–¿Cómo está la perra que traje? –preguntó Billie.

–La han sacado a pasear. Está con Bridget.

Alfredo nos contó que Bridget era una nueva voluntaria que trabajaba como enfermera en un hospital cercano y que encontraba tiempo para echarles una mano. Añadió que la rottweiler se había calmado mucho desde su llegada a For Pitties' Sake.

–Me alegro –dijo Billie–. La verdad es que me preocupaba.

–¿Cuándo podríais acoger a *Cloud*? –le pregunté a Alfredo.

–El veterinario ha dicho que a *Boss*, el sabueso cruzado que acabáis de ver, probablemente le queden unas pocas semanas, en el mejor de los casos.

Yo quería quedarme para conocer a la directora, pero Billie dijo que debía regresar porque tenía entradas para una obra en St. Ann's Warehouse. Dijo «entradas», en plural. Como es lógico, intuí con quién iría.

Hasta que no entramos en Greenwich Billie no preguntó si me importaba que parásemos un minuto en casa de su abuela, para recoger su máscara de buceo y sus aletas.

–No, claro. Tengo tiempo –dije.

Salió de la autopista y al cabo de unos minutos se metió por Round Hill Road, y luego por Clapboard Ridge Road. El camino de entrada era tan largo que tuvo que frenar un par de veces.

–Aquí los badenes son un símbolo de estatus –dijo con ironía.

La casa de su abuela era una granja sobredimensionada. Cruzamos la enorme explanada, pasamos al lado del pórtico y aparcamos detrás de la casa.

–Parece que no está sola –dije.

–No, esos son los coches de la casa –dijo Billie–. Para los invitados – aclaró al ver que yo no entendía.

Los «coches de la casa» eran modelos mucho más nuevos que el que conducía ella.

–Entremos por detrás. Antes quiero ir a cocinas, para saludar.

Ah, pensé, un signo de riqueza: Billie no usaba el artículo. No había dicho «ir a la cocina», sino «a cocinas».

En la cocina, amplia y espectacular, no hacía nada de frío. No parecía un sitio donde trabajara el servicio. Sobre una encimera de diez fogones colgaban ollas de cobre, decenas de ellas colocadas en rieles. La cocinera, Jennifer, era una mujer de mediana edad con acento irlandés que saludó a Billie con un abrazo y un beso en la mejilla. No llevaba uniforme, solo un delantal sobre un vestido sencillo.

–Tu abuela está de mal humor –dijo–. Ayer por la noche se celebró la gala para el Hospital Infantil, y ella esperaba recaudar más.

–Nunca se queda satisfecha con la recaudación –dijo Billie–. Con el dinero que consigue en una sola gala, cualquier organización de rescate podría mantenerse durante todo un año. Ahora bien, ella no lo donaría nunca.

–¿Os quedáis a cenar? –preguntó Jennifer.

–No, tengo entradas para el teatro –dijo Billie.

Jennifer me preguntó qué íbamos a ver. Miré a Billie.

–He quedado yo –dijo ella.

–Bueno, pues te daré tarta de melocotón para el viaje –dijo Jennifer–. Tu abuela está en la biblioteca.

Yo tenía toneladas de libros, pero en su mayor parte seguían en cajas.

Billie me condujo por varios pasillos y luego por una escalera. La puerta de la biblioteca estaba abierta. Vi paredes de laca roja y estanterías con puertas de cristal. Los sofás parecían lechos de plumas de cuento de hadas.

La abuela de Billie estaba sentada frente a su escritorio, de espaldas a nosotras. El pelo, largo y gris, le caía por debajo de los hombros. Qué poco convencional, pensé. No lo llevaba teñido, ni corto.

La mujer no se dio la vuelta hasta que no terminó de firmar un cheque.

–Hueles a perrera, querida –dijo.

–Me ha dicho la cocinera que anoche te llevaste una decepción.

–¿Quién es tu amiga? –preguntó sin mirarme.

–Una cliente del abogado con quien trabajo. Morgan Prager.

Dije que estaba encantada de conocerla y le tendí la mano, pero la retiré antes de que ella pudiera estrecharla, disculpándome por no haber tenido tiempo de lavarme después de la visita al centro de acogida. La abuela de Billie pareció aliviada por haberse ahorrado el contacto.

–¿Recuerdas dónde dejé la máscara de buceo y las aletas? –preguntó Billie.

–¿Adónde vas ahora?

–A St. Thomas, a recoger a unos perros torteros.

No mencionó mi viaje anual para salvar a esos perros. Antes de que les hablara a McKenzie y a ella de ellos, Billie ni siquiera sabía lo que era un tortero; pero bueno, tampoco podía enfadarme por el lapsus, porque era para una buena causa... Con quien sí podía enfadarme era con ella, porque me imaginaba que haría el viaje con McKenzie.

–¿Qué pasa, que aquí no tienes bastantes perros abandonados? –preguntó la abuela.

Intuí que la discusión venía de lejos.

–He pensado que podía remojarme un poco. Descansar, relajarme...

Esperé que la abuela le preguntase si iba sola, pero lo que hizo fue pedirle que fuera a visitar a una vieja amiga que vivía en la isla.

–Tiene un barco.

–Como si me sobrara el tiempo...

–No te cuesta nada ser amable –contestó la mujer–. Seguro que tú encontrarías un hueco –me dijo a mí.

–Yo no voy.

–Como ves, podría parecer que a mi abuela no le gustan demasiado los perros –me dijo Billie.

–*Winston* no era un perro.

–*Winston* era una bulldog inglesa –me explicó–. Se pasaba el día con ventosidades, y en las fiestas mi abuela iba detrás, de tiros largos, encendiendo cerillas.

–Querida, «filantropía» significa «amor a los seres humanos» –recordó la abuela–. No a los perros.

Billie, con expresión dolida, hizo el esfuerzo de darle un beso en la mejilla antes de salir conmigo en busca de su equipo de submarinismo.

–Debería estar en mi antiguo armario.

Me llevó a..., no, a un dormitorio no. A una suite. No, una suite tampoco: ¡un ala entera! Pero ¿dónde estaban los trofeos y medallas de amazona? ¿Dónde

estaba el rastro de su infancia de niña obstinada? Nada en las habitaciones indicaba que alguien hubiera crecido dentro de ellas. Aparte de recuerdos de infancia, también faltaban muebles. Todo el suelo estaba revestido de una moqueta blanquísima, del mismo blanco con que estaban pintadas las paredes, por cuyo brillo supe que se había empleado un temple al huevo carísimo. De las paredes colgaban cuadros que hasta yo reconocí: Franz Kline, Ellsworth Kelly, De Kooning, Motherwell... Era un museo.

—El Kline fue el primer cuadro que compró mi abuelo —dijo Billie—. Te voy a contar algo que te gustará: cuando Kline llevó a su madre a su primera exposición de grandes formatos abstractos, esos brochazos de pintura negra sobre el lienzo en blanco, ella dijo: «Siempre supe que tomarías el camino más fácil».

—¿Cómo eran estas habitaciones cuando vivías aquí de pequeña?

—Mi abuela le pidió al decorador el clásico «cuarto de niña». Instalaron una cama de las de cuatro postes con sábanas de Frette, grabados de caballos enmarcados y una casa de muñecas victoriana. Y en el cuarto de baño, vasos de cristal de Baccarat y agua decantada para enjuagarse la boca. Como dijo Rebekah Harkness sobre la mansión de su familia en Manhattan: «No es hogareña, pero es mucho».

Abrió uno de los vestidores, tan lleno como vacías estaban las habitaciones: cajas de caballitos de plástico, juegos de Scrabble y parchís, un sinfín de animales de peluche, juegos de ordenador, una caja con soldados de juguete, una hilera de muelles bajaescaleras, patines y raquetas de bádminton, un pogo saltarín, esquís... Pero no había ni rastro del equipo de submarinismo.

¿Había algo que no le hubieran regalado de niña?

Billie no encontró su equipo de inmersión.

—Me cago en la puta.

Cerró el armario corredero de un portazo, y no se paró a recoger la tarta de melocotón.

Cuando tenía dieciséis años, me pasé el verano trabajando en un centro comercial mientras mi mejor amiga se iba de viaje por Europa. Mientras yo vendía pendientes baratos a chicas que acababan de hacerse agujeros en las orejas, Julia me mandaba chocolatinas de todos los países por los que pasaba. Yo debería haberme emocionado, pero las rompía todas con la misma rabia, celosa por no poder salir del maldito centro comercial mientras a Julia se lo daban todo. No había pensado en ella durante muchos años, hasta que vi la casa de la abuela de Billie. Me pregunté qué podría mandarme ella desde St. Thomas, idea que me pareció una tontería.

–Rápido, enciende la tele –me dijo Steven esa noche cuando me puse al teléfono, justo después de haberme zampado cuatrocientas calorías en chocolatinas.

–¿Qué canal?

–CNN.

Habían imputado al sospechoso del asesinato de Pat, el inmigrante. La familia de Pat ofrecía una recompensa a cambio de cualquier información. Yo sabía que eso solo servía para ralentizar las investigaciones, porque era algo que atraía a chalados y oportunistas en busca de dinero. Las imágenes mostraron a un hombre centroamericano de constitución menuda que salía de un coche patrulla para entrar en el juzgado de Suffolk.

–Ya está. Ya puedes seguir con tu vida. –Steven pensaba que podían devolvérmela así como así, como a quien ha extraviado algo–. Han hallado las tarjetas de crédito de Pat en su poder. Dice que se las encontró en el bosque.

–He ido con Billie a ver un centro de acogida para *Cloud*.

–¿Y?

–Me la puedo imaginar viviendo allí.

Me recordé que, a fin de cuentas, de eso se trataba.

–Lo que a mí me gustaría sería verte a ti viviendo aquí.

–¿Cuánta capacidad de recuperación pueden tener las personas?

–Te sorprenderías.

Ahora salía otro reportero dando otra noticia. Pulsé el botón para silenciar

el volumen.

–Ya he tenido suficientes sorpresas.

Al recoger el *pad thai* de la cena recordé lo que solía decir mi amiga Kathy: que en Nueva York, «comida casera» es cualquier cosa que compres a menos de seis manzanas de tu casa. Saqué a *Olive* para un paseo corto, el último del día, y al volver busqué el gel de baño caro que me había dado el lujo de comprar hacía cierto tiempo y llené la bañera de agua caliente. Pronto el cuarto de baño se llenó de un olor embriagador a jazmín nocturno. Traté de ralentizar mis movimientos, en contraste con mi vorágine mental. Me serví una copa de *prosecco* y me metí en la bañera, la misma donde me escondí aquel día.

Cerré la puerta del lavabo, aunque estuviera sola con *Olive*. La ventana daba a un patio de luces, pero en un momento dado de la noche, en una postura concreta, se podía ver la luna. Miré mis pies, que asomaban por la espuma al fondo de la bañera: Frida Kahlo en su autorretrato *Lo que el agua me dio*, con la diferencia de que en el cuadro hay imágenes surrealistas que flotan con ella en la bañera: un rascacielos que brota de un volcán, dos pequeñas mujeres sobre una esponja, un equilibrista que comparte su cuerda con una serpiente...

Apoyé el cuello en el pequeño cojín impermeable expresamente diseñado para ello e hice el ejercicio de relajar conscientemente cada parte de mi cuerpo, una por una. Ya iba por los hombros cuando, con los ojos cerrados, oí que *Olive* arañaba la puerta para salir. Perra diabólica.

Era la puerta nueva, la que había instalado Steven a causa de los destrozos que habían hecho los perros en la vieja la mañana que murió Bennett. Por dentro, las marcas de garras llegaban hasta el pomo. Me recordaba a esas historias truculentas de la época victoriana en que entierran a alguien y más tarde sale en trance del ataúd. ¿Por qué habían estado tan desesperados por salir mis perros? ¿Quién los había encerrado en el cuarto de baño?

Un momento. ¿Quién los había encerrado en el cuarto de baño? Cuando entré en el apartamento y descubrí el cadáver de Bennett, los perros estaban sueltos, no encerrados en el cuarto de baño. ¿En qué momento los habían metido allí? Por la mañana, cuando salí de casa, el interior de la puerta del

lavabo estaba intacto. Y solo pasé dos horas fuera. Cuando me fui, Bennett dormía.

Un escalofrío recorrió mi espalda, a pesar del vapor que desprendía el agua.

¿Se habría preguntado la Policía a qué se debían los arañazos en la puerta? En un apartamento como el mío, en el que los perros solían arañar el armario cuando tenían hambre y la puerta principal cuando querían salir, unos simples rasguños en la del cuarto de baño no tendrían por qué destacar mucho. Pero estos eran recientes, y profundos. Había reparado en ellos en el momento de encerrarme y esconderme en la bañera, mientras los perros gañían para que los dejase entrar conmigo en el lavabo. ¿Cómo no me había planteado antes que era imposible que hubieran estado encerrados y al mismo tiempo hubieran sido los asesinos? ¿Por qué no había investigado eso la Policía?

¿Era posible que Bennett hubiera encerrado a los perros en el lavabo? Sí, en caso de que hubiera alguien en la puerta del apartamento; no destacaban por recibir con calma a las visitas. Sin embargo, Bennett no conocía a nadie en la ciudad, o eso decía. Debía de ser alguien conocido, porque había tenido que abrir por el interfono. Mientras la persona en cuestión subía por la escalera, Bennett habría tenido tiempo de encerrar a los perros en el cuarto de baño. Pero ¿y después?

Vacíé un poco la bañera y abrí el grifo del agua caliente para volver a llenarla.

Ningún ser humano habría podido hacer lo que le hicieron a Bennett.

Me arrepentí de no haber llevado al baño la botella de *prosecco*. Tampoco estaba dispuesta a salir del agua caliente para ir a buscarla. Me resultaba imposible frenar mis pensamientos, pero intenté que al menos fueran más despacio. Lógica. Había que usar la lógica. Pero no: recordé con horror que a Pat le habían sacado el corazón del pecho. Eso, obviamente, era algo que no podía hacer un animal. Además, su perra había desaparecido. Sin embargo, en mi casa yo había visto a mis perros manchados de sangre y el cadáver destrozado de Bennett. Algo se me estaba pasando por alto. Pero ¿qué?

¿Y si a Bennett lo había matado la persona a quien había dejado entrar en el apartamento y esta, antes de irse, había dejado salir a los perros del cuarto de baño? ¿Y si los perros habían atacado un cuerpo muerto? El forense que había examinado el cadáver de Bennett debería haber sido capaz de diferenciar las heridas infligidas por un ser humano de los destrozos provocados por los

perros. Aunque quizá se le había pasado algo por alto, debido a que todos daban por supuesto que la culpa era exclusivamente de los perros...

Pero... Un momento. ¿Quién querría matarlo? El asesinato de Susan Rorke era anterior a la muerte de Bennett. Pat tenía motivos, pero entonces ¿quién la había matado a ella? Samantha, receptora durante meses de los correos electrónicos de un muerto... ¿Se lo habría inventado como coartada? En nuestra última conversación yo había tratado de ser amable, pero tampoco había querido ser cómplice de sus delirios; nunca es buena idea serlo. No había admitido creer que Bennett estuviera vivo, pero había procurado no resultar brusca. Pero ¿de verdad se trataba de delirios? Tal vez ella misma se mandara esos correos, o solo me dijera a mí que era Bennett quien se los escribía. Eso era algo que podría comprobar la Policía, a condición de que yo encontrara la manera de convencer a un agente para que solicitase una orden judicial.

Salí de la bañera y quité el tapón del desagüe. Me envolví en una toalla mientras veía desaparecer el agua. Steven había dicho que por fin podía seguir con mi vida. Falso.

–Hay algo que me quita el sueño y que no figura en el informe de la Policía.

Percibí el cansancio con el que Steven me preguntaba a qué me refería. Cuando le expliqué lo de los arañazos de la cara interior de la puerta del lavabo, contestó que recordaba haberlos visto en la parte de fuera, no en la de dentro.

–Hermana, acabas de volver de su entierro. Déjalo correr.

–Creo que tengo razón.

–Pues yo creo que lo recordaría. Además, ¿qué más da si la tienes? ¿Qué demuestra eso?

–Demuestra que había alguien más en el apartamento aparte de Bennett.

–La verdad, Morgan, me gustaría que hablaras de esto con Cilla.

–No se trata de un problema psicológico –puntalicé–, sino de pruebas que se han podido pasar por alto.

–¿Y quién crees que estaba con él en el apartamento?

Steven era capaz de internarme en un manicomio si contestaba que Samantha.

–Samantha. Tengo que hackear su correo electrónico.

–¿Y provocar a una persona con trastorno mental? ¿Crees que algo así te conviene? –preguntó Steven.

–Solo será una provocación si ella se entera de que lo he hecho. ¿Sabes de alguien que pueda ayudarme?

–Podrían expulsarme del Colegio de Abogados por hacer algo así, pero no es por eso por lo que no quiero ayudarte. Prométeme que llamarás a Cilla.

A quien llamé fue a McKenzie. Contestó él mismo, porque esta vez yo había marcado el número de su móvil. Me pareció que se alegraba de tener noticias mías, si es que a esas alturas yo podía fiarme de mi percepción. La verdad era que no, no podía fiarme de ella, así que me la pasé por el forro. Estaba tan obcecada con el tema que me salté cualquier preámbulo. Le dije que necesitaba consultar algo en el informe policial sobre la muerte de Bennett.

–¿No tienes una copia?

Le expliqué lo que necesitaba consultar. Él se brindó a acercarse a mi casa

con el informe después del trabajo. Hice un inventario rápido de lo que habría que limpiar. Luego pensé que eso daba igual, acepté y le di las gracias.

Una hora más tarde arrastraba una vieja escoba de paja por el suelo. Nunca he sabido usar la mopa. Abrí una bolsa de trapos prehumedecidos con tratamiento antibacterias a base de lejía y me arrodillé para fregar el cuarto de baño. Ojalá Steven no se hubiera dado tanta prisa en sustituir la puerta. Aunque si McKenzie me traía una foto donde se viera que por dentro no había arañazos, me olvidaría del tema. Mientras tanto, me entregué a la limpieza en plan zen. Ralentiqué mis movimientos y limpié a conciencia. Con esa actitud mental, no queda más remedio que hacerlo todo a fondo. Pensé que debería practicarlo más a menudo. Bueno, no.

Sonaba en mis auriculares *You Go Down Smooth*, de Lake Street Dive, el iPhone bien protegido en el bolsillo, cuando de repente se interrumpió la música y se activó el tono de llamada. Era un número con prefijo de Maine. Renee. Estaba furiosa. Me dijo que no le parecía nada bien que le hubiera facilitado su número a una loca que, aseguró, la había acosado y acusado de mentir sobre la muerte de su propio hijo. La mujer en cuestión, según Renee, decía estar prometida con él, cosa que –insistió en ello– era lo último que le hacía falta. Me pidió que en adelante le hiciera el favor de respetar su intimidad.

–Yo no le he dado tu número a nadie, Renee –dije–. Lo siento mucho.

Pero la que habló a continuación no fue Renee, sino Vanessa, tan enfadada como el día del entierro.

–Puede que para ti sea un chiste el hecho de que varias a la vez vayáis diciendo por ahí que estabais prometidas con mi hermano muerto, pero a nosotras no nos hace ninguna gracia. Estás destrozando los nervios de mi madre.

–No se trata de ningún chiste. Y por supuesto que no tiene ninguna gracia.

–Pues entonces dile a esa loca que deje en paz a mi madre –me exigió Vanessa.

–Yo no pinto nada en esto. Son delirios suyos.

–Delirar, deliráis todas –dijo.

Luego colgó.

Necesitaba salir a caminar para que se me pasaran los efectos de la conversación y no pensar en todas las preguntas que había suscitado. Deslicé una tarjeta de crédito en el bolsillo de mi abrigo y me acerqué a la tienda de quesos cara. También me haría falta vino. O no. ¿Qué se le sirve a alguien que va a tu casa con fotos policiales de tu exnovio descuartizado y devorado? Opté por unas aceitunas kalamata deshuesadas, los palitos de queso más caros del planeta y varias botellas de Evil Twin, una cerveza artesana local.

Justo después de girar por Grand Street vi a McKenzie, pero él no me vio a mí. En esta ocasión no iba en bicicleta. Era la primera vez que lo espiaba; había caminado a su lado, pero a aquella distancia pude observarlo con objetividad. Me fijé en que se impulsaba con la parte delantera de los pies. Era la manera de caminar de los que tenían ínfulas de deportistas en el instituto, y tampoco en esos tiempos me gustaba. No era chulería; tampoco la prisa de quienes andan como si su tiempo fuera más valioso que el de los demás. Caminaba con aplomo, como si siguiera el ritmo de una canción que solo él pudiera escuchar en su cabeza, y que también me habría gustado oír a mí.

Tuve la sensación de que lo que estaba haciendo no estaba bien, pero seguí observándolo de lejos sin revelar mi presencia y lo seguí a media manzana de distancia hasta que llegó a la puerta de mi edificio. Entonces me oculté detrás de una furgoneta de reparto aparcada, conté hasta diez y volví a salir a la acera. Llamé a McKenzie por su nombre, corriendo como si llegara tarde.

Se me ocurrió pensar que su sonrisa no cuadraba con el siniestro contenido de su maletín. Si hubiéramos quedado en un bar tal vez nos habríamos saludado con un abrazo, pero allí, en el umbral del edificio, yo llevaba una bolsa en una mano y las llaves en la otra y además teníamos por delante muchos escalones. Vacilé en la entrada; no quería que me viera subir cinco pisos delante de él, pero supuse que insistiría en que yo entrase primero. Al menos no era como en la época de las camas colocadas en altillos, cuando las parejas se desnudaban antes de subir por la escalera y quien iba delante le ofrecía al otro un panorama bien poco afortunado.

Desde la muerte de Bennett, Steven había sido el único que había estado en mi apartamento. De repente me pregunté si a McKenzie le daría repelús entrar allí. Demasiado tarde. Enseguida apareció *Olive*, que tras unos ladridos de advertencia reconoció al hombre que le había dado un burrito de *provolone* y

se sentó a sus pies, agitando la cola como loca. McKenzie se puso en cuclillas para saludarla. De tan agitada, resultaba difícil mantenerla enfocada.

–Me parece mentira que nadie haya llamado para reclamarte –le dijo McKenzie.

Le pedí su abrigo para colgarlo. Para quitárselo tuvo que dejar en la mesa el maletín, convertido en ominoso centro de mesa.

–Te admiro. Has tenido mucho valor al haber vuelto a vivir aquí –dijo McKenzie.

–Si no lo hubiera hecho, me habría pasado la vida dando tumbos de casa en casa.

–Bueno, eso no quita que hayas sido valiente.

No me dejó esquivar su cumplido. Pensé que no había sido buena idea comprar algo para picar; la situación era muy distinta a una visita convencional. Lo que sí le ofrecí fue una cerveza.

Al volver a la sala de estar, advertí que él tenía una carpeta sobre las rodillas.

–¿Verdad que es cómodo el sofá? –dije por decir algo–. Me lo regaló Steven.

Me habría gustado que Steven hubiera estado con nosotros en la sala. McKenzie sabía que yo había visto las fotos del crimen de Susan Rorke, pero no protesté cuando propuso seleccionar las del informe sobre Bennett y mostrarme únicamente la que yo necesitaba ver. Las repasó. Vi que miraba lo que yo no quería ver de nuevo, aunque en realidad sí volví a verlo, reflejado en su expresión. Finalmente, me tendió una foto.

Las huellas de sangre que se veían en las baldosas del suelo del lavabo eran las de mis pies. Debía de haber arrancado la cortina al esconderme en la bañera, porque estaba arrugada en el suelo. Del toallero colgaba un sostén puesto a secar. A todo lo ancho de la puerta se veía una franja de unos cuarenta y cinco centímetros de altura. Varias muescas, que parecían tener casi un centímetro de profundidad, se acumulaban en los puntos en los que los perros habían intentado agujerear la puerta. Se distinguían bien porque la pintura había saltado y eran más claras que la madera de alrededor.

No hacía falta que yo señalara con el dedo. Tenía la certeza de que McKenzie veía lo mismo.

–Yo creo que no estaba solo –dije–. Vino alguien, y los perros estorbaban.

Lo que necesito saber es quién dejó que salieran. ¿Conoces a alguien que sepa hackear cuentas de correo electrónico?

Le expuse mis sospechas. Él me apuntó una dirección de correo – `hackyou@gogo.jp.com`– y me la acercó por encima de la mesa.

–No te la he dado yo.

–¿Cuánto cobra este tipo?

–Típa. Menos de lo que cuestan tres meses de internet.

–O sea, que cualquiera puede permitirse hackear –dije.

–Así es. Y lo hacen.

Olive se había subido a su regazo. Me acordé de los palitos de queso y las aceitunas que había en la nevera y le pregunté si tenía tiempo para tomar otra cerveza. Él dijo que sí, sin mirar el reloj.

Distribuí lo que había comprado en la quesería en una fuente pequeña y la llevé a la sala de estar con otra cerveza para él. Un lejano recuerdo de haber hecho exactamente lo mismo con Bennett me alteró tanto que no saqué otra para mí.

McKenzie se había trasladado del sofá a la estantería. Cuando se giró, tenía en la mano un trozo de coral cerebro del tamaño de un puño que yo había encontrado en una playa de St. Croix y que usaba como tope para libros.

–¿Has buceado alguna vez en plena noche? –preguntó.

–Sí, una, pero había tan poca visibilidad que apenas veía más allá de mi linterna.

–Es espectacular. Florecen los corales duros, y el arrecife se vuelve fosforescente. Se ven peces totalmente diferentes, aún más bonitos que los diurnos. De noche –dijo levantando el coral emblanquecido–, esto es de color zafiro.

No podía preguntarle si tenía pensado ir de inmersión con Billie, así que pregunté:

–¿Tienes pensado ir pronto de inmersión?

Me daba mucha rabia haberme vuelto tan tímida y desconfiada.

–La noche de la que te he hablado fue en la costa de Saint John. Me gustaría volver allí.

Todos los que van en avión a St. Thomas toman luego el ferri a St. John, y Billie había dicho que se iba a St. Thomas. A buscar torteros.

–Este Stilton está buenísimo –dijo McKenzie mientras se inclinaba sobre la fuente.

Intentaba cambiar de tema, pero no se lo permití.

–Debe de ser difícil para ti volver a hacer submarinismo.

–Aún no lo he intentado, pero creo que ya estoy preparado.

Ahora era yo la que quería hablar de otra cosa. Tenía miedo de oír que los dos iban a hacer ese viaje juntos. Arrepentida de haber sacado el tema, obligué a McKenzie a retomar su papel de abogado.

–Si resulta que a *Cloud* la encerraron en el cuarto de baño, ¿hay alguna posibilidad de que vuelva a casa?

–Tendremos derecho a recurrir.

Ahora sí miró su reloj. Adelantándome a su excusa, le di las gracias por haber llevado las fotos. Por la información sobre el hacker no se las di, ya que se había desentendido de ello. Una vez en la puerta, me pidió que me cuidara.

Bajaba por Grand Street hacia la Brooklyn-Queens Expressway, y como tantas otras veces me fijé en la cantidad de pitbulls que sacaban a pasear los vecinos más jóvenes del barrio. En ningún otro sitio había visto tantos pitbulls bien cuidados. Sobre la causa, tenía mis teorías: que eran la raza más incomprendida y la que sufría más prejuicios; que en cierto sentido eran como tatuajes instantáneos que daban credibilidad callejera (por mucho que la mayoría fueran unos blandos); que los jóvenes tenían ganas de adoptar y todos los centros de acogida estaban repletos de esa raza... Había visto varias veces un cartel en los escaparates que decía: «Nacido para amar, educado para odiar». O este otro: «Por cada pitbull que muere, hay más de 10,5 millones que no lo hacen. No más acoso a mi raza».

Cerca del enésimo solar en obras encontré la dirección que había conseguido de Hackyou. El escaparate estaba lleno de estatuillas religiosas baratas, como las que se veían en las ventanas de algunas casas o en las iglesias con pocos recursos del barrio. En vista de los objetos expuestos, comprobé otra vez la dirección y vi que estaba en el lugar correcto, así que entré. Sonó una campanilla. De la trastienda salió una mujer de unos treinta años de carnes abundantes y bien puestas. Llevaba un vestido negro que parecía un hábito de monja. Me preguntó qué quería.

–Me han dado esta dirección, pero no sé si la he anotado bien. ¿Aquí arreglan ordenadores?

–¿Eres la amiga de McKenzie?

–O sea, que no me he equivocado. Pero ¿a qué vienen todas esas imágenes?

–¿Conoces el chiste del *mohel* y la relojería? Un hombre va buscando un *mohel* para un ritual de circuncisión. Llega al 273 de Main Street y se encuentra con un escaparate lleno de relojes. Entra y le dice al del mostrador: «Estoy buscando un *mohel*». «Soy yo», le contesta el otro. «Pero ¿qué pintan todos esos relojes ahí fuera?», pregunta el hombre. Y el del mostrador contesta: «¿Y qué quiere usted que ponga?».

La seguí a la trastienda, tan sorprendente a su manera como el escaparate. Allí dentro solo había un portátil, no el montón de aparatos que salen siempre en las películas. Le dije a la mujer que me sorprendía que pudiera hackear solo con un ordenador.

–Entrar en una cuenta de correo electrónico no es *hacking*, sino *cracking*. Hackear es un arte. Es descubrir las debilidades de la tecnología y sacarles partido. Sin los hackers, la privacidad no existiría. Para nada.

–Pues suena a todo lo contrario.

–Hackear no es un asunto personal. Se trata de descentralizar información y divulgarla libremente. Me refiero a información del Gobierno y las empresas, no a pillar a un congresista mientras ve porno en su casa. Bueno, explícame qué quieres.

Reparé en que la mujer no me había dicho cómo se llamaba.

–Necesito saber si una persona se ha estado enviando correos electrónicos a sí misma como si fueran de otra, o si es verdad que se los enviaba otra persona.

–Yo lo que puedo decirte es si se envían desde la misma IP. Se puede redirigir un mensaje para que parezca que viene de otra IP, pero hay que ser un profesional para hacer eso. Yo puedo ver si es el caso.

Me pidió el servidor y el nombre de usuario, y luego se puso a teclear. Dijo que la contraseña más habitual era «contraseña». La segunda más habitual era «123456», y la tercera, «12345678». Y una de cada seis personas usaba el nombre de un animal doméstico.

–¿Tiene Samantha algún animal doméstico?

Contesté que no lo sabía.

–Vamos a comprobar si tiene seguro de mascotas.

Metió el nombre de Samantha en alguna base de datos. Como la mujer tenía el ordenador frente a ella, yo no podía ver con exactitud lo que hacía.

Entretanto, miré las imágenes: una Virgen descascarillada, un apóstol desteñido, un san Cristóbal sin brazos... ¿Las habría arreglado alguien alguna vez?

–Samantha Couper tiene un seguro de mascotas con ASPCA, por un pastor cruzado de seis años que se llama *Pal* y que sufre el síndrome de Cushing.

Conque todas teníamos perros enfermos, lesionados o rescatados... Si se trataba de una coincidencia, era un poco rara en el caso de un hombre que no soportaba los pelos de perro en la ropa. Y si no lo era, Bennett era un depredador atraído por la bondad de la que él carecía. En tal caso, era el hombre en torno al cual podía girar mi tesina. Sentí cómo se me aceleraba el pulso, y por una vez no era a causa del miedo.

La mujer tecleó algo más, y luego otra cosa, y luego otra. Solo sonrió a la sexta vez.

–MyPal. ¿Con qué nombre de usuario sospechas que se escribe a sí misma?

Le di la dirección de correo electrónico de Bennett – `themaineevent@gmail.com`–, la única que había usado conmigo. La introdujo y a continuación giró el ordenador para enseñarme la pantalla. Aparecieron cientos de mensajes. Una cuarta parte, aproximadamente, posteriores a su muerte. Volví a estar a punto de sufrir un vahído (palabra desfasada) por la impresión de ver el nombre de usuario por el que en otros tiempos bebía los vientos.

Le pedí a la mujer que abriera el primer correo con fecha posterior a su muerte y empecé a leer: «Sam, ¿has ido al banco? ¿Has encontrado tu pasaporte? Confío en ti. Te quiero. Ya falta muy poco».

–¿Puedes ver si se lo envió a sí misma?

–Si se lo envió a sí misma, no fue desde el mismo ordenador. –Clicó en un icono que yo nunca había visto–. Envías un paquete de información a una dirección, se manda una señal a una URL (como un sonar) y cuando rebota puedes establecer cuánto ha tardado el viaje de ida y vuelta. Entonces pulsas *enter* y aparece la IP seguida por el número de segundos o milisegundos que ha tardado el paquete de datos. Te puedo decir que lo mandaron desde cerca de aquí.

O bien Samantha se mandaba los correos a sí misma desde mi barrio y me seguía, o bien se los mandaba desde mi barrio alguien a quien yo no conocía. Las dos posibilidades me daban miedo. No se me ocurría ninguna manera sensata de protegerme.

–¿Te importaría ayudarme en una cosa más? ¿Podrías encontrar la contraseña de themaineevent?

Ella descartó rápidamente las más habituales.

–Hay un tal Jeremy Gofney que ha creado un clúster de veinticinco ordenadores capaz de hacer trescientos cincuenta mil millones de intentos al segundo, pero yo tardaré entre media hora y seis horas. Si quieres puedes marcharte, y cuando la tenga te mando un mensaje de texto.

Pedí un café para llevar en Gimme! Coffee y me fui a casa para sacar a pasear a *Olive*. Decidí llevármela a Cooper Park, para variar; no era tan grande como McCarren Park, pero tenía el detalle simpático de quedar en Olive Street. Además, había más posibilidades de que hubiera otros perros pequeños con los que pudiera jugar. Aquella fría tarde de invierno, sin embargo, ni siquiera su jersey de punto trenzado la abrigaba bastante, así que me la metí por dentro del abrigo y nos sentamos en un banco.

¿Adónde tenía pensado ir Samantha para que le hiciera falta su pasaporte? ¿O adónde la presionaban para que fuese? ¿Era algo que pudiera haber escrito ella misma? Solo si preveía que otros leerían su correo. ¿Y por qué había dejado de escribirse a sí misma justo después? ¿O por qué había dejado de hacerlo la persona que le había mandado aquel mensaje?

Olive se retorció en el interior de mi abrigo, devolviéndome al presente, a las necesidades sencillas de un ser vivo. La puse de nuevo en el suelo, pensando que tenía que orinar, pero ella no quiso alejarse, de modo que me la metí otra vez en el abrigo y regresé rápidamente a casa. Imité los típicos gestos de persona que se siente perseguida: mirar primero por encima de un hombro, luego por encima del otro. De lo que ya no fui capaz fue de fingir el paso confiado que supuestamente disuade a los agresores.

La hacker estaba a punto de entrar en la cuenta de Bennett. Tal vez fuera mejor no saber de qué había sido él capaz. Seguro que tendría su contrapartida: información a cambio de más humillación. ¿No tenía límite la que podía soportar una persona? No obstante, esa información tendría un valor incalculable para mi tesina, a condición de que yo pudiera congelar mi reacción personal. Conocería de primera mano la psicología que genera esas conductas. Vería cómo el depredador se acercaba a su presa. El sociópata y su víctima: yo.

Probablemente faltaran un par de horas para que fuera razonable esperar noticias de la hacker. Tenía que hacerme fuerte para lo que se avecinaba. Solo

me quedaban cuatro Xanax de veinticinco miligramos, pero en la receta que me había hecho Cilla aún quedaba otra unidad. Fui a Napolitano, en la esquina de Graham y Metropolitan, una farmacia italiana de las de toda la vida donde llamaban a los clientes por su nombre. La dueña, una mujer pelirroja con las raíces eternamente blancas, me saludó afectuosamente. Todo el barrio sabía lo ocurrido. Cuando le entregué el frasco con los Xanax que me quedaban, miró la etiqueta.

–Solo te queda un recambio –dijo.

Por lo visto, yo daba la impresión de necesitar más.

Comprobé si tenía mensajes de texto en el móvil, aunque no había sonado, y dije que esperaría a que prepararan la receta. (Me imaginé a alguien con un mortero en la trastienda.) Curioseé entre jabones italianos que no se encontraban en otras farmacias. Saber que me darían tranquilizantes me proporcionaba una relativa serenidad. ¿Y si me enteraba de que Bennett nunca me había querido? Lo cual, naturalmente, quería decir que yo aún pensaba que él me había querido... Claro que nunca había pasado junto a un accidente de carretera sin mirar a los heridos.

Pagué el recambio. Justo antes de llegar a casa, recibí un mensaje de texto de Hackyou: «Ya estoy».

Podría haberme tomado una de las nuevas pastillas, pero decidí hacer frente a la emoción del descubrimiento, independientemente de lo que me deparase. Cuando volví a la tienda, Hackyou estaba ocupada con otra clienta, una monja. ¿A quién hackearía una monja?

–Ahora mismo te atiendo –me dijo la hacker.

La monja tenía en la mano una pequeña estatua de la Virgen. La hacker le dijo que volviera la semana siguiente; ya la habrían arreglado para entonces. Conque no era ninguna tapadera...

–Cruza el mostrador –dijo la hacker–. Mejor hablamos en la trastienda.

La seguí y me senté en la silla plegable que me indicó.

–O bien Samantha es una profesional, o bien no se envía los correos a sí misma –dijo.

A continuación me dio un post-it amarillo y un bolígrafo y me pidió que anotara la contraseña que me iba a dictar. Supuse que no quería dejar pruebas escritas de su puño y letra.

–¿Cuánto te debo? –pregunté, agradecida.

Siguiendo las indicaciones, había llevado dinero en efectivo. McKenzie

tenía razón: tres meses de internet salían más caros.

La contraseña era «hastaensueños».

Pensé en la pared. En el hecho de que Bennett me hubiera obligado a dormir junto a ella.

Tenía la sensación de que estaban a punto de servirme un festín envenenado. Estaba muerta de hambre, y me iban a forzar a que me envenenase. Tal vez si comía algo antes (una tostada seca) ya no tendría el estómago vacío, y el veneno no me mataría.

La única particularidad de aquellos mensajes era que su autor estaba muerto. Aparte de eso, el típico jurar y perjurarse que él pensaba en Samantha, y que no podía esperar a que se vieran (aunque lo haría). Yo había previsto que me detendría en cada una de las palabras, intentando extraer no solo su sentido, sino también sus matices, pero los mensajes eran tan banales que se me agotaba la paciencia. La misma cantinela repetida siete veces. En el siguiente, sin embargo, Bennett le contaba a Samantha que una antigua novia se había suicidado, y que por alguna razón la Policía lo estaba buscando a él. ¿Podía contar con ella si necesitaba una coartada?

Estaba claro. Samantha no se habría escrito a sí misma para pedirse que fuera su propia coartada.

Me quité el jersey. No hacía calor, pero estaba sudando.

El siguiente mensaje de Bennett era la respuesta a una pregunta llena de pánico que le había hecho Samantha: «Estuve todo el día solo, pero eso no aguanta como coartada».

El día en que aseguraba haber estado solo era el mismo en que había ido en coche a Maine para reunirse conmigo.

Leí una docena de mensajes más. La persona que escribía a Samantha decía estar escondida en Canadá, aunque eso yo ya lo sabía; me lo había contado la propia Samantha. Seguí adelante en busca de algo que aún no supiera. Y lo encontré. «Bennett» le había pedido a Samantha que se reunieran en Toronto, desde donde continuarían; placer por el que, según me había enterado hacía unas horas, pagaría ella («¿has ido al banco?»). El primer mensaje con referencia al viaje (¿o luna de miel?) era del día después del asesinato de Pat.

Mi estómago dio un vuelco. ¿Debía notificárselo a la Policía? ¿A cuál? Yo había entrado ilegalmente en el correo electrónico que contenía ese dato. Además, ¿qué les diría? ¿Que un muerto estaba planeando citarse en Toronto con su prometida después de haber matado (él, el muerto) a una antigua novia?

Mi estómago hacía ruido, pero era incapaz de comer nada. Me serví un vodka doble.

Tecleé «Susan Rorke» en la barra de búsqueda para encontrar el último mensaje que había mandado Bennett, el día antes de la muerte de ella. Ahora sí que leía algo que había escrito él en persona. Me acabé la copa.

«Nena, no voy a poder ir. Tengo reuniones toda la semana. Ya te compensaré.»

Bajé por la lista de mensajes para saber a qué contestaba. Susan Rorke lo había invitado a ir a Boston el fin de semana.

Que él le dijera que no podía pasar el fin de semana con ella no significaba que no estuviera en Boston, argumentó mi lado racional, curiosamente despertado por el alcohol: en lugar de amodorrarme, el Stolichnaya estaba teniendo el efecto de un estimulante.

Seguí bajando por la lista de mensajes y empecé a leer las respuestas de «Bennett» fijándome en el aspecto lingüístico, en la sintaxis. Cuando me siento vulnerable, tiendo a volverme fría y analítica. Dos rasgos identificativos de la comunicación escrita propia del sociópata me llamaron la atención: por un lado, un uso reiterado de las palabras «así que» y «porque», términos que transmitían su visión de las causas y efectos de sus actos; por otro, numerosas referencias al dinero, a preocupaciones económicas. Claro que el dinero era algo que preocupaba a todo el mundo, ¿no? Quizá fuera mejor descartarlo. Aun así, era difícil ignorar una frase como esta: «He tenido que pedirte que dejaras un depósito en el *catering* de la boda para poder comprar el esmoquin que te gustaba a ti». O esta otra: «Acabamos de perder la suite nupcial porque te equivocaste al darme tu número de tarjeta de crédito». A continuación, le brindaba la posibilidad de arreglarlo facilitando el número correcto a un hotel más caro, a fin de reservar la suite nupcial.

A mí me había propuesto que pagara la tarta de bodas mientras él, en principio, se compraba un esmoquin.

Seguía escribiendo a Susan Rorke los dos días siguientes a la muerte de ella. Ante la falta de noticias, cambiaba de tono y se ponía solícito, preguntando dónde estaba y pidiéndole que le escribiera. Luego volvía a

cambiar de tono. El último mensaje que le mandaba a Susan Rorke era corto y escueto, aunque nada original. Recurría a las manidas palabras usadas por un sinfín de amantes rechazados y furiosos: «¿Ya estás contenta?».

Aunque todo esto me asqueara, también supuso un alivio saber que no había estado a punto de casarme con un asesino. Había llegado la hora de servirme el segundo plato del festín envenenado: busqué grupos de mensajes enviados a direcciones que no reconociera. Buscaba más mujeres, todavía más citas.

Lo bueno era que no había estado enamorada de un asesino. Lo malo, que me había dejado engañar por un donjuán sociópata que me había añadido al resto de su harén.

Entre ellas aparecía Libertine635, y reaparecía, y no dejaba de aparecer. Si el nombre tuvo tanto efecto en mí fue porque no hacía mucho había leído sobre los libertinos Valmont y la marquesa de Merteuil. Supuse que ahora vería esa palabra por todas partes. El número 635 era un indicador de la cantidad de libertinos sueltos que había en la red.

Consulté la fecha del último mensaje de Libertine a Bennett: el día de la muerte de él. Retrocedí hasta el principio de su correspondencia. Retrocedí años, hasta la noche en que se habían conocido en el casino.

La primera en escribir fue Libertine, estableciendo una pauta de dominio. Desafiaba a Bennett a dejarse de secretos. Su nulo interés por el cortejo convencional echaba por tierra los esfuerzos iniciales de él en esa dirección. Rechazaba la cotidianidad: nada de quedar para comer, ni para cenar y después ir al cine; no quería saber nada de su vida cotidiana. Lo que buscaba ella era intensidad, misterio, lo trascendente. Quería que la entretuvieran. Él, por su parte, recibía una atención de una calidad que hasta entonces no había conocido de una mujer que no dejaba de sorprenderlo ni un momento; una pareja sexual dispuesta y capacitada que también lo sorprendía en la cama.

Ella insistía en la lealtad, aunque de un tipo que por aquel entonces Bennett desconocía. En lo que tal vez incidía más era en tratar de convencerlo de que su compromiso prioritario debía ser con ella, cosa que adquirió importancia seis meses después, cuando lo animó a acostarse con otras mujeres para demostrarle que, lejos de ser celosa, ella aprovechaba aquellas ocasiones para dar un paso más en la intimidad que compartían. Bennett había

interpretado esos estímulos como prueba de confianza, y de esta manera ella había podido intensificar su manipulación.

Ella lo aplaudía cuando Bennett seducía a mujeres serias, a mujeres altruistas y virtuosas, y se reía cuando él recreaba las balbucientes declaraciones de amor que solía escribir. Ella lo animaba a no frenarse, y él aceptaba.

Transcurrido un año, llegó la primera pelea. Ella quería que Bennett prescindiese de Samantha Couper, porque sentía que en su compañía él se volvía un hombre aburrido. Cuando a Bennett se le escapó que admiraba el trabajo de Samantha en el teléfono de ayuda al suicida, Libertine le escribió: «Lo que ella tendría que decirles a esos fracasados es que alegrasen esa cara». Después de cuatro semanas de silencio, Bennett invitó a Libertine a ir al cine con él... y con Samantha. Propuso que Libertine se sentara detrás de ellos dos. Cuando la película acabó, Bennett le preguntó a Samantha qué le había parecido. La insulsa respuesta fue el regalo de él para Libertine.

Transcurridos dos años apareció Susan Rorke. Su segunda pelea. También el trabajo de Susan –no solo en la comisaría sino en el refugio de indigentes donde impartía terapia psicológica sin cobrar– le parecía laudable a Bennett. El pacto de acercamiento negociado por Bennett hizo las delicias de Libertine. Se trataba de que se encontrasen los tres en un campo de tiro, donde Susan enseñaría a Libertine (presentada por Bennett como una amiga de la familia) a protegerse con una pistola. Leí los elogios de Libertine a Bennett después de la lección. La sensación de las manos de Susan Rorke haciendo que las suyas se deslizaran sobre la pistola había sido un plus.

Cuanto más me acercaba a las fechas en que yo había conocido a Bennett, más crecía mi aprensión.

«¿Nueva e interesante o nueva y punto?», escribía Libertine. Y unas horas después: «¿Qué tal?».

Bennett contestaba a lo segundo: «Estás más expectante con ella que yo mismo».

Se referían a mí. Parecía mentira que un hombre muerto pudiera causar tanto dolor.

Bennett se burlaba de mi investigación.

«“Qué canción te hace llorar, aunque te dé vergüenza admitirlo.” ¡Ja!», escribía Libertine.

Sentí ganas de hacerle una llamada de emergencia a Cilla.

Libertine: «¿Has conseguido algo con ella?».

Bennett: «¿Qué te pasa? Hablas como un crío de diez años».

Me aparté del ordenador para mirar por la ventana de la sala de estar. Caía algo de nieve, pero aún no cuajaba en la acera. No me sentía mareada, ni tenía ganas de vomitar. Tampoco estaba furiosa, ni tenía deseos de estrellar un vaso contra la pared. Sentía algo más discreto, pero no por ello menos corrosivo. Vergüenza. La humillación se siente delante de otras personas. La vergüenza se siente a solas. Es más difícil quitarse de encima la vergüenza.

Un copo de nieve aterrizó en mi ventana, con su prístina geometría. Cuando entró en contacto con el calor de la habitación, esa geometría se derritió. Duró menos de un segundo. ¿Qué podía pasar en un solo segundo?

Me alegré de haber comprado más Xanax. Me tomé un comprimido entero, a sabiendas de que no esperaba a que hiciera efecto para tragarme otro. Como no podía seguir leyendo, me puse unos pantalones holgados de chándal. Después reanudé la lectura.

Busqué pistas sobre la identidad de Libertine. Nunca le había enviado a Bennett ninguna foto, pero sí encontré fotos de mí que él le había enviado a ella. Nada comprometedor, aunque sí indiscreto: yo haciendo una tortilla, yo con el pelo recién lavado y envuelto en una toalla... Incluso una en la que daba de comer a *Cloud, George y Chester*. Libertine sabía dónde encontrarme, cosa que yo no podía decir sobre ella. Entré en el dormitorio y cerré con pestillo la salida de incendios, un gesto débil a la luz de la sensación de vulnerabilidad que me invadía. No tenía fuerzas para seguir leyendo cómo bromeaban.

Era un tipo de aniquilación que ya había sentido antes, cuando cierta pareja me había desgarrado con sus lúdicas torturas. Los trescientos dólares que se había llevado ella para comprar cervezas, el hecho de que no me hubiera desatado cuando podía hacerlo... Candice. Doug. Leí los correos electrónicos tratando de ser las dos personas: la Morgan de ahora y la Morgan de antes. Era como ver una película de terror con sonido y subtítulo para sordos a la vez: el miedo por partida doble. No me habría dolido más si hubiera leído que Bennett le decía a Libertine que yo era mala en la cama.

Libertine: «¿Todavía está con su investigación? ¿La víctima que estudia victimología?».

Bennett: «Hay que reconocer que entusiasmo no le falta. Es de las que aprenden».

Libertine: «No te des tantos aires. ¿En la cama hace de víctima?».

Bennett: «Un caballero nunca habla de eso».

Y una mierda, pensé. Intenté respirar profundamente, y tuve miedo de hiperventilar. Entonces coloqué la cabeza entre las rodillas, cerré los ojos y procuré respirar con normalidad. El morro frío de *Olive* en la frente me hizo dar un respingo. Venía a consolarme. Emitió un gáñido, y yo me la puse en el regazo. Acariciarla me sirvió para controlar mi pulso. Volvía a respirar con normalidad.

—Llamando a la doctora Olive —le dije a la perrita blanca.

No paraba de lamerme las manos, hasta el punto de que el drama de mis emociones se convirtió en un melodrama ante sus fervorosos esfuerzos por calmarme y rescatarme del lugar al que me había ido.

Me metí en la cama, demasiado exhausta como para leer o ver la tele, e intenté poner de nuevo en práctica el ejercicio de meditación que había hecho hacía poco en el cuarto de baño, el de relajar el cuerpo por partes. Tenía las rodillas agarrotadas. Traté de relajar primero una y luego la otra, pero no pude; ya me concentraría más tarde en ellas. Brazos: no eran un problema. Hombros y trapecios, todo bien. Hice un segundo intento con las rodillas, pero se resistían. Me acordé de que los griegos creían que la vida residía en las rodillas. Por eso nos apoyábamos en ellas para rogar que no nos mataran. ¿Era eso lo que tenía que hacer yo, suplicar de rodillas por mi vida?

Pensé en toda la gente a la que le pasaban cosas peores. Las personas estaban expuestas a crueldades indecibles, y las soportaban. Algunos hasta encontraban cierta redención dentro de sí mismos. Pensé que también yo podría soportar aquello, aunque eso no aminoró en ningún momento mi dolor.

Me coloqué de lado, y me sorprendí a mí misma. ¿Dónde estaba la amargura? Tenía todo el derecho a echar pestes de los hombres, el amor y el romanticismo, pero lo que sentía en realidad eran ganas de volver a tener todo aquello pronto, lo suficientemente pronto como para que lo que había leído aquella tarde no lo excluyera como posibilidad.

Durante un momento, confundí una farola con la luna.

Por la mañana, lo que me corroía era pensar que Bennett pudiera haber invitado a Libertine a observarme, como en el caso de Susan y Samantha. ¿Estaba sentada detrás de nosotros en el cine mientras veíamos *Grizzly Man*? ¿Se encontraba entre los huéspedes de alguno de los *bed & breakfast* de Maine? ¿Me había pedido los apuntes de alguna clase en la facultad? ¿Nos habíamos conocido? Intenté no cruzar la frontera entre las preguntas racionales y la paranoia, pero la lectura la noche anterior de los correos envenenados me hizo pensar en la gente que enferma de un virus que termina por devorarles la carne. ¿Aún tenía brazos? ¿Todavía tenía piernas? ¿Cómo podía permanecer de pie al lado del fogón, esperando a que silbara el hervidor?

El timbre del teléfono me sobresaltó.

–Me siento un monstruo por decir esto, pero tengo buenas noticias –dijo Billie–. Acabo de enterarme de que al perro enfermo de For Pitties’ Sake le queda como máximo un día.

–¿Y cómo es que te han llamado a ti?

–Estoy con Alfredo, dejando a los perros torteros. Hemos conseguido transportar cuatro. Alfredo acaba de instalarlos en la comodidad de sus nuevos aposentos. Ya tenemos casa para tres.

En ese momento, mi admiración por Billie era sincera; aun así, me costó reconocer lo bien que lo había hecho.

Ya que no puedo protegerme a mí misma, pensé, aún puedo proteger a mi perro.

Le puse a *Olive* la correa y me la llevé a dar un paseo. Pronto, también *Cloud* podría salir al aire libre. Fuimos hacia Petopia. Al reconocer el camino a su tienda de juguetes, *Olive* aceleró el paso. En la última esquina ya volaba. Dentro de la tienda vi que un beagle cruzado, sin acompañante, se acercaba a un tonel tan alto como él lleno de huesos de cuero masticables, elegía uno y se

iba con él hacia la puerta. Me reí y le pregunté al dependiente si lo había visto.

–Es que *Rudy* tiene cuenta –dijo.

Rudy trabajaba en la agencia de viajes de al lado. Salimos de la tienda con una tarrina de dados de hígado liofilizado para *Cloud*.

El simple placer de contentar a un perro me dio bastantes fuerzas para seguir con mi tarea en el ordenador. Tenía algo de obsceno vadear las frívolas arremetidas de Bennett y Libertine en busca de la posibilidad de averiguar quién era ella.

Libertine: «¿Te ha incluido en su testamento?».

¿El de quién?, me pregunté.

Bennett: «El apartamento es de alquiler, y no tiene coche. Tampoco es de familia rica, y casi todo lo que gana lo regala».

¿Mis donativos a organizaciones dedicadas al bienestar animal?

Libertine: «¡No hay nada como estar ocupado sin ganar dinero!».

Bennett: «¿No es eso lo que haces tú?».

Libertine: «Ya sabes que puedo permitírmelo».

Bennett: «Pienso mucho en aquel documental que nos gustó tanto, *Grizzly Man*; en lo irónica que resultó la muerte en que desembocó la pasión de Timothy Treadwell por los osos pardos. ¡Un indigente! ¡Hay que ver! ¡Y en el refugio donde trabajaba ella para ayudarlos!».

El alivio que sentí fue doble: por que no hablasen de mí, y sobre todo por que Bennett estuviera muerto. Yo creía saber qué era un sociópata, y no me costaba nada dibujar su perfil, pero me di cuenta de que hasta ese momento no había llegado a entender visceralmente de lo que eran capaces.

Ese era el tono con el que Bennett hablaba de una mujer con quien había planeado casarse, y que había muerto tratando de ayudar a los demás. Hasta pensé algo tan manido como: pero ¿no hay nada sagrado? ¿Y lo de *Grizzly Man*? Según los correos les había gustado a los dos, pero yo también había visto el documental y me acordaba de que la novia de Treadwell estaba con él y había muerto en las garras del mismo oso pardo que lo había devorado a él.

Leí hasta el momento en que dejaban libre sin cargos al indigente sospechoso de haber asesinado a Susan Rorke. A partir de entonces, el tono de los mensajes de Bennett cambiaba. Ahora le preocupaba que pudiera buscarlo la Policía. En lugar de tranquilizarlo, Libertine no se tomaba en serio sus temores y hasta cambiaba de tema y reflexionaba sobre dónde podían ir de

vacaciones. Bennett, sin embargo, sacaba a colación el mismo asunto una y otra vez. Seguí leyendo y comprobando el efecto que tenían en Libertine las manifestaciones de temor de Bennett. «Pero bueno, ¿quién eres?», escribía ella en un momento dado. De pronto di con una frase que releí varias veces en busca de algún rastro de sarcasmo que no encontré. Era Bennett quien la escribía, defendiéndome: «Morgan es profundamente buena. Nunca me trataría como tú».

Me decepcioné a mí misma por sentirme halagada.

Pero Libertine no mordía el anzuelo. O tal vez sí. Lo que hacía era plantearle a Bennett un desafío: «Quiero que me folles en su cama. Mañana por la mañana». «A las nueve se habrá marchado», contestaba él.

Ahí se interrumpían los mensajes de Libertine. El último se había enviado la noche anterior a la muerte de Bennett.

Necesitaba moverme. No aguantaba ni un momento más en el apartamento. Tomé abrigo, guantes y bufanda y salí a caminar sin rumbo. Necesitaba cruzarme con personas de cuyas equivocaciones no supiera nada; me sentía más segura entre ellas. Pasé cerca de la piscina Metropolitan, de una parada de Citi Bikes, del *food truck* colombiano y de un bar de zumos. ¿A quién no le sienta bien un zumo? Entré y pedí uno pequeño de zanahoria; un guiño a una nutrición sana.

Cuanto más me acercaba al agua, más fuerte soplaba el viento frío. Salí al muelle donde pescaban, pero no había pescadores. Tenía los ojos empañados y me escocía la cara. Me rendí a la insensibilidad, lo que también me permitió rendirme a lo que acababa de descubrir: que Libertine había estado en mi apartamento durante la mañana en que habían matado a Bennett.

¿Era eso lo que había encendido a los perros? ¿Estar encerrados en el cuarto de baño, oyendo los ruidos que hacían Bennett y aquella mujer en mi cama? A mí me habría encendido, seguro. Me sentía sofocada. Ya no notaba el frío. La sangre corría por todas las partes ateridas de mi cuerpo. Mi confusión se despejó, y noté que daba paso a una comprensión nítida y penetrante. Solo había una palabra para definir aquella sensación: rabia. Pero la rabia, que me solía cegar, en esta ocasión me hizo ver. Era algo tonificante, algo más fuerte

que el miedo. Una claridad a la que concedí todo su valor, y que no quise emborronar. Libertine había estado con Bennett en mi dormitorio.

*B*oss murió esa noche. Por la mañana me llamó Alfredo, de For Pitties' Sake. Ya había sitio para *Cloud*; esa misma tarde terminaría los preparativos para el ingreso.

Por fin algo limpio. Había conseguido, por poco, proteger a un ser querido hasta poder garantizarle su seguridad. Me llenó de gozo que mi perra fuera acogida en un sitio donde la cuidarían con amor.

Antes de reservar un coche compartido llamé a Billie. Habíamos trabajado casi seis meses para llegar a aquel momento. Le pregunté si quería venir. Me dijo que pasaría a buscarme. Llegó con café y bizcochos para el viaje, además de un hueso masticable de cuero para *Cloud*. Yo, por mi parte, llevaba en el bolso unas lonchas de jamón.

–¡Lo hemos conseguido! –exclamó Billie.

Hizo bien en usar el plural. Yo nunca habría podido llegar tan lejos sin su ayuda, y así se lo dije. Levantó la mano para hacerla chocar con la mía. Fue entonces cuando reparé en que tenía el brazo y la cara igual de pálidos que yo. No estaba nada morena, a pesar de haber vuelto del Caribe hacía poco. Lo cierto era que no me parecía de las que se pasean bajo el sol con sombrero de ala ancha y guantes, pero bueno, a saber... En el Caribe, hasta quienes evitan el sol directo se ponen morenos.

–Pensé que vendrías con algo de color.

–Solo he estado fuera cuarenta y ocho horas. La idea no era broncearse en la playa.

–¿Ya han acabado el nuevo centro de acogida? ¿Viste a Lesley?

–No estaba en la isla. Recogí a los perros en el centro antiguo.

Yo siempre los había recogido en el mismo aeropuerto de manos de Lesley, el director de Humane Society, con toda la documentación.

Me di cuenta de que estaba poniendo a prueba a Billie, y sospeché que también ella lo había advertido, pero quería saber si se había ido de viaje con McKenzie.

Le pregunté si tenía sobrecitos de azúcar en el coche, para el café.

–Busca en la guantera.

Encontré varios pintalabios, a pesar de que nunca la había visto con los labios pintados, pero no azúcar. Saqué un pintalabios de un tono cuyo nombre era Tiramisù.

–¿Y si le echo esto? –pregunté, en una pobre tentativa de aliviar con una broma la tensión que percibía entre las dos.

–Cuesta encontrarlo. Ya no lo fabrican.

Habíamos ido a buen ritmo hacia el norte por la Franklin D. Roosevelt Drive. Los corredores de la orilla vestían ropa deportiva suplementaria contra el frío. Aquella tarde había pocos barcos, apenas alguna barcaza arrastrada por un remolcador. Los cruceros alcohólicos eran un fenómeno de primavera y verano; ahora todo eran embarcaciones de trabajo que hacían lo posible por capear en aguas gélidas la proverbial dificultad de las corrientes de la ensenada que recibe el nombre de East River.

Tomamos la salida de la calle Noventa y seis, dejando atrás las tiendas de descuento –que, a pesar del frío, exponían sus productos en la calle–, el súper a precios imbatibles, el restaurante White Castle, las viviendas sociales y varias gasolineras repletas de taxis. Entre dos hileras de bloques de pisos, justo antes de girar por la calle Ciento diecinueve, había unos huertos comunitarios cubiertos de escarcha.

–¿Has traído su correa? –preguntó Billie.

Habíamos aparcado el coche junto a la verja de hierro de la perrera, un edificio de hormigón sin apenas ventanas. Mi perra estaba encerrada desde septiembre, y por fin nos disponíamos a sacarla.

–Sí. La correa y el collar –dije.

El collar, de nailon trenzado, llevaba impresos símbolos de la paz en todos los colores del arcoíris. Placa con el nombre, licencia, certificado de vacunación antirrábica... Billie debió de notar que yo me ablandaba.

–Haz como si hubieras venido mil veces –dijo.

Me llevó al otro lado del mostrador de ingresos, después de saludar a una empleada con un apretón de manos. Al ver a Billie, la mujer de recepción nos había abierto la puerta con el pulsador. Nada más entrar se nos echó encima el ruido ensordecedor de la perrera, mezclado con la abrumadora peste a orina y heces. Seguí a Billie, que avanzaba con determinación militar a través del linóleo resbaladizo. Debería inspirarme fortaleza, pero lo que sentía era desequilibrio.

Si los llenaran alguna vez, los dispensadores sanitarios que jalonaban cada

cierto tiempo la pared contendrían gel antibacterial. Pasamos junto a una sucesión de puertas que daban acceso a los módulos. Cada uno de ellos contenía cerca de dos docenas de perros; una hilera de jaulas para los más grandes y montones de tres a lo alto para los pequeños. Por falta de espacio, habían tenido que apilar jaulas del segundo tipo a lo largo del pasillo principal. Vi que entre los perros también había gatos asustados encerrados en transportines. En el pasillo, los fluorescentes crepitaban; solo de verlos daban dolor de cabeza. Todas las puertas de los módulos estaban en un lado del pasillo. En el otro había una donde se leía SERVICIOS MÉDICOS.

–No entres ahí –advirtió Billie.

Eché un vistazo, aprovechando que justo cuando pasábamos salía un auxiliar veterinario, y vi sangre en el suelo de linóleo.

–Te he avisado –dijo Billie.

El almacén de comida quedaba en el mismo lado del pasillo, cerca de Servicios Médicos. Bajo un grifo que goteaba había un fregadero hondo lleno de cuencos de aluminio para agua y de latas abiertas de comida para perros.

–Vista al frente –dijo Billie al ver que se me iban los ojos, pero no pude evitarlo.

Todas las puertas de los módulos tenían un ventanuco de cristal más o menos a la altura de los ojos. Miré dentro, a los perros. Saltaba a la vista que algunos estaban deprimidos, porque se habían sentado al fondo de la jaula, de cara a la pared. Otros, al menor contacto visual con un posible adoptante, empezaban a hacer los trucos que alguien les habría enseñado, como levantar la pata, aunque nadie se la pudiera agarrar. Tuve la sensación de que me desintegraba. Se me debió de escapar un grito ahogado, porque Billie se giró hacia mí.

–Por eso he venido contigo –dijo.

Aún estábamos en el horario de adopción. Pasamos junto a grupos de personas que miraban los perros en las jaulas. Los que ya se podían adoptar estaban en los dos primeros módulos, con una sala propia para los más pequeños. Los perros pequeños siempre recibían más visitas. Vi chihuahuas y caniches diminutos que temblaban en los brazos de los niños, así como chuchos de largas orejas. Vi familias que recorrían de jaula en jaula las salas de adopción de los perros grandes, debatiendo los méritos de tal o cual animal; qué perro era más mono, cuál necesitaba menos ejercicio... Me detuve

un momento, mientras Billie seguía caminando. Había oído sin querer cómo un veinteañero de aspecto algo roñoso evaluaba las posibilidades de un joven pitbull en el ring. Alcancé a Billie para contárselo.

–A ese lo conocemos todos –respondió ella–. En ingresos ya saben que no deben entregarle ningún perro.

El módulo al que nos dirigíamos, en cambio, era de acceso restringido.

Yo no habría durado ni una hora en aquel lugar. Era algo que siempre había sabido, pero que solo asimilaba de verdad ahora que iba a sacar a mi perra. La única resistencia contra tanto horror era la generosidad que demostraban con los animales el personal y los voluntarios de la perrera, mujeres –según me explicó, casi todo el voluntariado era de sexo femenino– como Billie. También me dijo que la mayoría de los trabajadores de la perrera, aun dedicándose a un trabajo tan arduo y estresante, trataban a los perros con dulzura y los llamaban por su nombre, el que se les solía asignar en el momento del ingreso.

–La puerta que hay al fondo del pasillo da a un jardín –señaló–. Es el único sitio adonde pueden ir los perros sin correa. Aunque la palabra «jardín» no es la más indicada. No es que haya mucha hierba.

Casi habíamos llegado al módulo donde estaba recluida *Cloud*.

–Si el ascensor funcionara, en el piso de arriba verías exactamente lo mismo que aquí.

Una vez que digerí sus palabras, tuve un ataque de culpabilidad por poder sacar solo a *Cloud*. Pero ¿adónde conducía pensar eso? ¿Y cuándo pararía?

–Ya veo lo que estás pensando –dijo Billie–. Es imposible salvarlos a todos. Para mí, es una cuestión de equivalencias. Siempre establezco equivalencias entre el dinero que gasto y lo que se podría hacer con él en este sitio. Este par de zapatos vacunaría a veinticinco perros contra la bordetella. Estas gafas de sol esterilizarían a diez.

A continuación sacó un llavero y abrió la puerta del módulo 4A, donde estaban los perros peligrosos. En el interior, numerosas jaulas con unos tarjetones donde se leía el mismo texto en rojo: CUIDADO - MUY PELIGROSO. Era su calificación caracterológica. En una pared de hormigón, frente a la hilera de jaulas, había unas gruesas anillas de acero colgadas de tornillos a la vista, sujeciones que habían arrancado de la pared aquellos perros tan fuertes. En un

rincón vi un lazo de captura apoyado en la pared, y al lado una manguera negra industrial enrollada.

Cloud no estaba donde la última vez, en la primera jaula contando desde la puerta. Su ocupante era ahora un gran perro blanco de orejas recortadas y ojos rosados, sentado tranquilamente frente a los barrotes delanteros.

—¿Dónde está? —pregunté.

—La han trasladado al final de la fila.

Sentí una culpa pasajera por no prestar atención a los perros de las jaulas junto a las que pasaba a toda prisa en busca de la mía. Cuando vi a mi niña, con su pelaje blanco mancillado, grité su nombre y luego me eché a llorar. Ella se acercó a los barrotes delanteros mientras Billie abría la puerta lo justo para ponerle el collar y la correa. Billie me pidió que la dejara salir del módulo con la perra a la izquierda, interponiendo su cuerpo entre *Cloud* y los perros enjaulados. Cuando llegamos a la entrada del módulo vi de nuevo al perro blanco de las orejas recortadas, pero no en la primera jaula desde la puerta, sino en la segunda, donde había estado *George* al lado de *Cloud*, sin poder verla. Comprendí que había dos perros blancos de orejas recortadas y ojos rosados, cuyas posturas parecían reflejarse como en un espejo. Ambos tenían el pelo corto y el pecho ancho, musculoso. No eran pitbulls. Parecían más bien molosos, los predecesores de las razas de tipo bull. A juzgar por su aspecto pesarían unos sesenta kilos, aún más que *Cloud*.

—¿Son presas? —le pregunté a Billie.

Años atrás, cuando Steven vivía en San Francisco, dos presas canarios sin adiestrar habían salido del piso de su dueño al pasillo de un edificio de altos vuelos en Pacific Heights y habían atacado a una mujer que no había conseguido sacar lo bastante deprisa la llave de su casa. La víctima había muerto a causa de las heridas, casi ochenta; solo el cuero cabelludo y los pies habían quedado intactos. En el juicio resultante se había condenado a quince años de cárcel por homicidio en segundo grado a los imprudentes propietarios de los perros, uno de los cuales era abogado.

—Son dogos argentinos —dijo Billie—. Pero bueno, en realidad son chivos expiatorios. Los trajeron anoche.

—¿Cuál es su historia?

—La de siempre.

O ella pensaba que yo sabía a qué se refería, o no quería dar más explicaciones.

Cuando pasamos junto a los dogos, ambos se levantaron y dieron una vuelta por su jaula. Sus movimientos fueron idénticos, como en una demostración de natación sincronizada, a pesar de que no se veían ni sabían lo que hacía el otro. Me miraron, gruñendo y enseñando los dientes.

Al salir del módulo caí de rodillas y abracé a mi perra. *Cloud* tenía las orejas aplastadas a causa del miedo, pero enseguida empezó a menear la cola y se apoyó en mí, empujándome con su gran cabeza.

–Ahora ya estás a salvo –dije.

Aunque estaba muy contenta de verme, no tardó en distraerse al reconocer el olor del jamón que le había llevado. Metió el morro en mi bolso.

Billie esperó lo justo para que *Cloud* comiera un buen bocado. Entonces le colocó un bozal y se lo ajustó.

–Vamos a firmar el papeleo de salida.

Ya en el vestíbulo, lleno de gente, un niño hispano se acercó para preguntarme por qué mi perro llevaba una jaula en el morro, y qué nombre pensaba ponerle.

–Se llama *Cloud*.

–Mola. ¿Puedo acariciarlo?

Me dirigí al mostrador mientras Billie se quedaba con *Cloud*, pero pude oír que ella le decía al niño que no acariciase al perro porque era peligroso. El comentario, en boca de ella, hizo que me girara. ¿Lo creía de verdad? ¿O solo acataba las normas?

A mi lado había un hombre joven con un chow cruzado que parecía asustado. El dueño estaba enfadado con la mujer del mostrador, que le había dicho que la tarifa para dejar a un perro era de treinta y cinco dólares.

–Y una mierda. Lo ato fuera y ya está.

Billie le dijo que dejara al perro, que ya correría ella con los gastos.

–¿Otra vez? –dijo la mujer del mostrador.

Como conocía a Billie la mujer agilizó los trámites, de modo que apenas tardamos unos minutos en cruzar la puerta con *Cloud* en libertad. Después del ruido que había dentro, incluso se agradecía salir al barullo de East Harlem. Esperé a que *Cloud* hiciera sus necesidades. Distraída por el mundo de los olores normales, casi parecía abrumada por la cantidad de información que recibía de la acera, la boca de incendios y los escasos árboles urbanos. Para decir que una persona vuelve a hacerse cargo de la realidad decimos que ha «recuperado el sentido», pero en aquel caso se trataba de un ser vivo que

recuperaba literalmente sus sentidos, y resultaba muy conmovedor. Yo no tenía prisa por que me siguiera. Dejaba que ella marcara el paso. Veía que estaba dividida entre el interés por lo que la rodeaba y las ganas de estar en mis brazos. Me puse en cuclillas, y *Cloud* se limitó a apoyarse en mí. Billie se agachó, le rascó las orejas y le quitó el bozal, ganándose un lametón y una suave embestida.

Me sorprendí riendo. La siguiente en reír fue Billie, que intentaba no caer hacia atrás mientras mi enorme perra nos hacía inclinarnos.

Billie se encaminó al coche, pero yo le dije que era mejor pasear primero un poco a *Cloud*. Torcimos hacia el este para llegar al río. Ya no soplaba tanto viento. Se adivinaba la primavera, o eso quería creer en mi felicidad; aún no habían florecido las primeras amapolas, pero en el aire había una suavidad hasta entonces ausente. *Cloud* recibió algo de brisa del río y levantó la cabeza. Comprendí que mi perra no había pisado hierba desde que hizo el test caracterológico, cinco meses atrás. De momento bastaría con el parque pelado de la esquina, donde también había un cajón de arena largo y estrecho para salto de longitud. Billie encontró un palo y lo tiró, pero *Cloud* no era una perra cobradora. Se quedó en el cajón, rebozándose el lomo de arena.

Abrí mi bolso y saqué su cena de celebración, el medio kilo de jamón polaco en lonchas, que se zampó en un par de tandas. Billie le ofreció uno de nuestros bizcochos. Yo saqué una botella de agua con tapón de pitorro, y *Cloud* bebió del arco de agua que expulsé apretando la botella.

Una lancha de la Policía patrullaba el río a nuestra altura. Al otro lado estaba la isla de Wards, que albergaba el Manhattan Psychiatric Center y el Kirby Forensic Psychiatric Center. Aquellos edificios de ladrillo marrón claro resultaban imponentes, con sus largas hileras de ventanas con barrotes y ese aspecto inherente de desolación; parecían un monumento al sufrimiento y la desesperación, pero no conseguirían deslucir el día.

Llegamos al coche y colocamos a *Cloud* en el asiento trasero, donde Billie había tendido una manta limpia. La perra no tardó en hacerse presente en la parte delantera, metiéndose entre los dos asientos anatómicos hasta que ya no pude ver a Billie detrás del volante. Antes de arrancar sacó su teléfono.

—Hay alguien que también querría estar aquí. —Lo apuntó hacia *Cloud*, que prácticamente estaba en el asiento de delante, e hizo un par de fotos—. A McKenzie le gustarán.

Debía de decirlo con conocimiento de causa.

Nos pusimos los cinturones y salimos por la Franklin D. Roosevelt Drive hacia el puente de Willis Avenue, a fin de salir de la ciudad sin pagar peaje.

Billie encendió la radio: Lolawolf.

–Mira –dijo–, la cuestión es preguntarse a una misma qué quiere. Y empezar por la primera opción. Si no te sale, pasas a la siguiente, pero antes hay que probar la primera.

–Yo ya he corrido riesgos, pero de otro tipo. Antes escribía poesía.

Billie se partió de risa.

–Me has recordado lo que dijo aquel tipo, que si no existiera la poesía las chicas de octavo con petos de pana y leotardos negros tendrían que hacer alguna amistad.

–Bueno, tampoco era tan grave. Simplemente me gustaba leer, y de vez en cuando intentaba escribir algo. Lo que quiero decir es que lo intenté, y cuando vi que no iba a ningún sitio empecé a dedicarme a lo que hago ahora.

–Nunca me has contado de qué trata tu investigación.

–Del altruismo patológico.

El mero hecho de decirlo en voz alta me centró, recordándome que trabajaba en algo digno de atención, que tenía mi propia vida, incluido un trabajo gratificante.

–Parece un contrasentido. ¿Cómo puede ser patológico el altruismo?

–Además de perjudicar a los demás, este tipo de persona se perjudica a sí misma. Piénsalo: el trabajador incansable que de tanto cuidar al prójimo se descuida a sí mismo y enferma. Creo que he encontrado un vínculo estadístico entre un voluntarismo excesivo y la victimología, un emparejamiento entre mujeres realizadas, inteligentes y motivadas en las que alguien se ceba justamente por lo profunda que es su compasión. La compasión las vuelve ciegas ante un tipo de depredador que es muy consciente de ese rasgo. Predispone a la mujer a concederle siempre el beneficio de la duda. Creo que los depredadores buscan a mujeres con sobreabundancia de lo que justamente les falta a ellos. El depredador se alimenta de compasión.

Observé a Billie para ver cómo reaccionaba. En lugar de decir algo frívolo, se quedó pensativa. Luego me preguntó si pensaba que ella era una altruista patológica. ¿Tenía yo la impresión de que se exponía a ser victimizada de ese modo?

–Me resulta difícil verte como víctima de alguien.

–¿Fue lo que vio Bennett en ti?

¿Podía darle una respuesta sincera? ¿Cuál? Desde la muerte de Bennett, no había dejado de darle vueltas a esa pregunta.

–No sé si soy la más indicada para juzgar eso.

Billie tomó la salida de Cross River y Katonah.

–¿Adónde vamos?

–Tenemos tiempo. A unos cinco kilómetros de aquí hay un sitio precioso donde podemos volver a pasear a *Cloud*. Sin correa.

La Reserva Ward Pound Ridge. Justo después de la salida pasamos al lado del embalse, y al girar hacia el paseo vimos que no había ningún otro coche aparcado en la entrada. Cuando descubrió los olores del campo, *Cloud* se puso como loca. Dejamos que bebiera agua del río. Le di las gracias a Billie por regalarle aquel interludio entre la perrera y el centro de acogida.

–Una parte de mí desearía llevarse a *Cloud* consigo y conducir sin parar –dije–. Llévame a otro estado y empezar desde cero, lejos de todo lo que ha pasado en Nueva York...

No quise bajar más la guardia.

–Pero nunca darás ese paso –dijo Billie.

–¿Por qué estás tan segura?

–Porque yo sí lo haría.

Me fijé en mi perra, encantada con su libertad.

Delante, a varios metros en el camino, apareció un ciervo, pero no salió corriendo. *Cloud* se quedó muy quieta, sin perseguirlo.

–Muy bien –dije.

Permanecimos un rato en silencio, sin movernos, hasta que se oyeron unas voces en el camino y el ciervo se internó en el bosque.

–Deberíamos irnos –dijo Billie–. Es mejor llegar con luz.

El resto del camino hasta New Milford lo hicimos sin música y sin hablar. Al final de la pista de tierra que llevaba a For Pitties' Sake, que recorrimos entre tumbos debido a los baches creados por el hielo derretido, frenamos delante del rancho de dos plantas y aparcamos frente al garaje, al lado de otros coches. Alfredo, que había oído el nuestro, salió a la puerta a recibirnos. Le dio a *Cloud* dos galletas seguidas.

Nos preguntó si podíamos quedarnos hasta que terminara de darle un baño a *Cloud*; así podría secarle el pelo mientras yo sujetaba su cabeza entre mis piernas, tapándole las orejas con una toalla para protegerla del ruido del secador. Le dije que nos quedaríamos, por descontado.

Nos llevó al sótano, a un cuarto de baño reconvertido en una especie de *spa* canino. Insté a *Cloud* a meterse en la bañera, y me aparté mientras Alfredo le aplicaba el champú. Cuando el pelaje mojado se le pegó al cuerpo, pude comprobar la cantidad de peso que había perdido. Mientras le frotaba las orejas con la toalla, volví a pensar en las palabras de Billie, en mi incapacidad para escaparme con mi perra y empezar desde cero. Había dicho que ella sí podría hacerlo, pero yo no. Sin embargo, yo ya no creía que alguien pudiera empezar de cero. Se puede seguir y crecer, pero no partir de cero. Quienes creen lo contrario no entienden la continuidad de la vida.

Nos marchamos durante el cepillado, porque yo no quería ver cómo metían a *Cloud* en el espacioso cubil, por muy limpio que estuviera. Di gracias por aquella imagen de mi niña, limpia, suave y cuidada por alguien a quien no le era indiferente. Billie fue la primera en salir al jardín lleno de barro. Según nos había contado Alfredo, si habían conseguido la finca a tan buen precio era por los humedales que la delimitaban por uno de los lados. A los perros les daba igual que una parte de las cuatro hectáreas de terreno fuera pantanosa. Me alegré de que nos fuéramos antes de que oscureciera. Por la ventana del garaje caldeado, la nueva vista de *Cloud*, se veían los humedales, y a ella le encantaba el agua.

—Ah, recibí un mensaje de McKenzie —me dijo Billie mientras subíamos al coche.

—¿Ahora mismo?

—No, cuando le llegaron las fotos de *Cloud*.

—¿Y qué decía?

—Que por fin puede darle carpetazo a tu caso.

¿Por fin? Busqué un pañuelo de papel en mi bolso, más que nada para interrumpir con algo el pensamiento.

—Tengo que decirle que esta noche no llegaré a tiempo —añadió—. ¿Me puedes sacar el teléfono del bolso?

Como ella estaba conduciendo, me pidió que le mandara un mensaje de texto a McKenzie. Eché mano de su móvil con un gesto maquinal. Ahora me había convertido en la intermediaria.

«Otra vez será —dictó Billie—. A menos que estés despierto hasta tarde».

—¿Tienes hambre? —me preguntó a continuación.

—No le diría que no a una copa.

—A pocos kilómetros de aquí, en Danbury, hay un bar. Podríamos echar una

partidita de billar mientras nos tomamos algo.

Billie puso rumbo a un pub irlandés. En el escenario del Molly Darcy's había una batería y dos amplificadores grandes como ataúdes, pero ni siquiera eran las siete, demasiado temprano para música en directo. Había incluso una pista de baile, vacía, aunque las rozaduras del suelo prometían que no lo estaría mucho más tiempo. Alrededor de una docena de clientes se distribuían en taburetes de color granate, viendo un partido de fútbol sin volumen en un televisor de pantalla plana montado en la pared. En la mesa de billar no había nadie. Pedí dos cervezas mientras Billie hacía los preparativos.

Pasó la tiza por la punta del taco, recogió las bolas del compartimento inferior de la mesa y llenó el triángulo. Después se colocó en la otra punta de la mesa.

Me extrañó que perdiera el tiempo jugando conmigo al billar, pudiendo haber quedado con McKenzie. Yo no habría tomado una decisión así.

Billie coló dos bolas seguidas.

—No me habías dicho que fueras una profesional.

Más que una partida, parecía una exhibición. Billie se inclinaba para disparar de tal manera que el top negro se le abría y dejaba ver su sujetador de encaje, también negro.

Falló el siguiente disparo y me dio el taco.

—Yo solo he jugado a bola ocho —dije, preparando el camino para una demostración de habilidades muy mediocres.

En mi caso no había mucha piel al descubierto; con mi camiseta *vintage* y mis vaqueros ceñidos, era la viva imagen del recato. Me había recogido el pelo en una coleta para que me molestara menos, pero el flequillo, que me había cortado hacía poco por capricho, me caía igualmente por los ojos.

—No hay excusa que valga.

Metí dos bolas en las esquinas, y luego fallé al colar la blanca.

Después de meter las cuatro siguientes, Billie usó el puente para hacer un disparo francamente difícil. Tuvo que hacer rebotar tres veces la bola para encajarla. No malgastó un solo movimiento.

Terminé mi cerveza y observé cómo dejaba la mesa sin bolas.

—Yo invito a la siguiente ronda —dije, reconociendo mi derrota—. A menos que quieras que nos vayamos.

—Me he ganado otra cerveza. Voy a juntar las bolas de nuevo.

Sacó el triángulo y empezó a llenarlo. En ese momento, dos tipos que habían

estado bebiendo en la barra se acercaron a la mesa de billar. No sabía desde cuándo nos miraban.

Tenían toda la pinta de estar trabajando en una obra. Llevaban camisas de franela metidas en vaqueros holgados y botas gastadas y tenían un aspecto muy masculino, bastante alejado del *look* andrógino de los hombres de Williamsburg. Cuando vieron que Billie los miraba, levantaron sus cervezas y propusieron una apuesta. Billie les tomó la palabra. Cuando habría podido estar con McKenzie.

Me hizo una seña para que me acercara.

–Ven a conocer a nuestros nuevos amigos.

No me hizo mucha gracia que me involucrase, pero aun así los saludé con un «hola» que no me comprometía a nada. Le dije a Billie que había sido un día muy largo.

–¿Por qué eres tan aguafiestas? –exclamó.

Billie me recordó que teníamos derecho a celebrar el traslado de *Cloud* a su nuevo hogar.

No me lo tragué. *Cloud* no tenía nada que ver.

El más alto de los dos hombres le preguntó a Billie dónde había aprendido a jugar al billar así.

–Me enseñó mi abuela. Fue así como conoció a mi abuelo, haciendo ver que no sabía jugar cuando en realidad era toda una experta.

El alto levantó su botella a modo de brindis.

–¿Quieres el primer tiro? –preguntó Billie.

–¿Crees que necesito ventaja?

El alto miró a su colega. Supe lo que decían sus ojos: ¿le iba bien emparejarse conmigo, ya que él había elegido a Billie?

–¿Te parece bien si me encargo yo? –me preguntó Billie.

No supe si se refería a la partida o al hombre. Debió de ver que yo analizaba la pregunta, porque se giró para juntar las bolas.

Empezó la partida. Billie metió la primera bola, y desde entonces no falló ni un tiro.

La partida, si así podía llamarse, fue tan rápida que me ahorré el trago de dar conversación al bajo. El alto se tomó bien su derrota.

Justo antes de la victoria de Billie había empezado a actuar un grupo que tocaba versiones. El alto dejó su cerveza y tomó a Billie de la mano. La canción que bailaron fue *How Do You Like Me Now?*, de Toby Keith. No era

especialmente fácil de bailar, pero tenía marcha. Yo me excusé con su amigo, alegando un tirón muscular inesperado. Él puso cara de alivio. Nos sentamos en un banco y vimos cómo bailaban su colega y Billie en la pista.

Había dos parejas que estaban intentando hacer una especie de baile en línea. Como en la pista no había nadie más, no tuvimos la menor dificultad a la hora de seguir con la mirada a Billie y al alto. Es bien sabido que los hombres que saben bailar entran en la pista de baile con unos andares diferentes a los de aquellos que no saben. La actitud del hombre alto mientras acompañaba a Billie a la pista transmitía dominio. Era digno de verse: Billie dejándose llevar por un hombre. Su seguridad le permitía mostrarse sumisa. No le costaba nada.

Para mi sorpresa, Billie no estuvo a la altura del alto. Él la conducía por la pista haciendo un *two-step*, pero ella ejecutaba mal los pasos y se reía. Para la siguiente parte del baile se arrimó más a él y marcó el ritmo, lento y sugerente, incluso cuando el grupo acabó de tocar la canción y empezó con *White Liar*, de Miranda Lambert. Muy oportuno. La canté para mis adentros: «La verdad va saliendo poco a poco».

Dejé que el amigo del hombre alto me invitara a otra cerveza.

Al final de la canción, Billie y su pareja de baile vinieron a sentarse a nuestra mesa. El alto le había pasado un brazo por la espalda, y lo dejó ahí hasta que Billie se lo quitó de encima. Entonces él volvió a ponérselo en el hombro.

—¿De qué vas? —le espetó Billie.

Advertí que él creía que era una broma. Se habían estado frotando el uno contra el otro en la pista de baile.

—Yo me voy —dijo el bajo. Luego se despidió de mí con un gesto de cabeza y miró expectante a su amigo. Noté que incluso él se daba cuenta de que había algo raro.

El alto era harina de otro costal. Billie le gustaba.

—Venga, otra partida, y si gano bailas.

—Tenemos que irnos. ¿Morgan?

Recogí mi bolso y me levanté. Billie ya iba hacia la puerta. Me pidió que condujera yo y me lanzó las llaves.

Mientras yo ponía el motor en marcha, el alto dio unos golpes en mi ventanilla.

—Arreando para dentro —le dijo a Billie.

–Mi novio me está esperando –dijo ella en voz alta.

–Ah, tu novio te está esperando. –El hombre tenía la cara roja–. ¿Qué pasa, que vienes de la ciudad a follar con los de aquí? ¿Es tu manera de divertirte?

–¿Te acuerdas de la chica de la barra? ¿La rubia que está bebiendo sola? Pues pregúntale qué canción le hace llorar, aunque le dé vergüenza admitirlo.

Billie lo dijo mirándome a mí. Me pareció que era una mirada de burla, pero luego comprendí que era de impaciencia. Se moría de ganas de confesarlo todo.

–Si vienes y me dices la respuesta, vuelvo dentro contigo –le dijo al alto, que se alejó rápidamente–. Por el amor de Dios... Pero qué previsibles son los hombres.

Lo tenía todo muy pensado. Había elegido su momento. Se había quitado a los hombres de encima y me había hecho subir al coche en un aparcamiento vacío.

Puse la mano en el tirador, pero ella me frenó. Tenía una pistola en la mano.

–Conduce.

–¿Adónde?

–De momento, hacia el sur.

Se me ocurrió chocar adrede, pero me daba miedo que se disparase la pistola, de modo que obedecí. Casi pesaba más la sensación de haber sido una estúpida que el miedo en sí. Mis manos no se separaban del volante. Físicamente, guardaba una calma insólita.

–¿Hoy qué es, viernes? –preguntó Billie–. Mañana por la noche, los huéspedes del Omni King Edward de Toronto empezarán a quejarse en recepción por el sabor del agua.

Yo no tenía ni idea de lo que hablaba. Miré la pistola. No tenía puesto el seguro.

–Dentro del agua, como por ejemplo la de un depósito, los cadáveres se descomponen más o menos el doble de rápido que en un sitio seco. En el agua, un cadáver tarda unas cuarenta y ocho horas en desprender suficientes gases como para que se pueda detectar.

–¿Quién está en ese depósito?

Yo ya conocía la respuesta. Sabía que Samantha había pagado la habitación del Omni. Cambié de carril para poder chocar con la barrera por el lado del pasajero, pero ¿podría controlar el coche en el momento del impacto a la velocidad a la que íbamos?

–Dímelo tú.

Desesperada, busqué una estrategia. ¿Qué era mejor, hacerme la tonta o enseñar mis cartas?

–¿Cómo quieres que lo sepa?

–Por un proceso de eliminación.

–Puedo adivinar quién, pero no por qué.

–Eso es algo que solo te interesa a ti. Lo que me interesa a mí es por qué crees que no eres tú la que está metida en ese depósito de aguas.

Mantuve la velocidad en cien por hora. La pregunta de Billie no era retórica.

–Lo mismo me he estado preguntando yo.

–La causalidad está sobrevalorada –dijo Billie, como en un cambio radical de postura–. Vaya, que a veces se tiene mala pata.

Nos acercábamos a una bifurcación: hacia Nueva York al sur o hacia New Jersey al oeste.

–¿Por qué carril?

–Métete en la ciudad.

Eso hice. También hice otra cosa: me apoyé en el claxon. Billie no dispararía a aquella velocidad. Y sin embargo lo hizo. No a mí, pero disparó: apuntó al techo y apretó el gatillo.

Grité.

–Si con esto nadie viene a ayudarte, seguro que con el claxon tampoco. Venga, hablemos. No he podido hablar con nadie desde que murió Bennett.

–¿Aquella mañana tenía que ser él la víctima?

–Para esa pregunta no hay respuestas correctas o incorrectas.

Pero yo sabía que sí las había. Sabía que aquella mañana se habían citado en mi cama.

Billie abrió la guantera y sacó un paquete de chicles.

–¿Quieres uno? Son sin azúcar.

Separé una mano del volante y la extendí. Billie usó su mano libre para quitar el envoltorio antes de poner un chicle en mi palma.

–Samantha no me dio problemas. Tú le dijiste que Bennett había muerto, y luego llegué yo y le dije: «Estoy vivo». Ya sabes a quién creyó. Solo tuve que hacer que fuera a Toronto.

–¿Se suicidó?

De modo que Billie había ido a Toronto, no al Caribe.

–No sabía nadar. Pregúntame por Susan.

–¿Sabía Bennett lo que planeabas?

–Susan empezó a cansarme, siempre tan seria: que si los indigentes esto, que si los indigentes aquello... Le pedí a Bennett que dejara de verla, y como no me hizo caso tomé medidas. Me pareció lo más correcto. Vamos, que ya ves que no fue culpa de Bennett. Aunque todo eso de la culpa es un muermo, ¿no te parece? ¿Adónde nos conduce?

El indicador de gasolina se estaba aproximando al cero. Cuando se lo hice saber a Billie, respondió que casi habíamos llegado.

–¿Te interesa Pat? –preguntó.

–La del bosque eras tú.

–¿Cómo se puede tener un estudio sin cuarto de baño? A mí no me gustaba. Ni ella ni lo que hacía. ¿A ti? –No esperó a oír mi respuesta–. En cambio a Bennett sí. Seguía su obra. Le parecía que sus autorretratos desnuda con los corazones de cerdo expresaban una valentía que no había visto en ella antes de dejarla. Quiso que yo comprara uno; decía que era una buena inversión. Pero aquella noche, cuando vi las obras en el estudio, me reafirmé en mi opinión. De valientes no tenían nada. Total, no era un corazón humano. Veo lo que hice... como una colaboración.

No me atrevía a apartar la vista de la carretera.

–¡Vamos, no pongas esa cara!

Billie me dijo que saliera de la Franklin D. Roosevelt Drive por la calle Ciento dieciséis. Tardamos poco en encontrar sitio donde aparcar delante del anexo del centro de acogida del que habíamos sacado a *Cloud* apenas unas horas antes. Primero salió Billie, que rodeó el coche y me sacó agarrándome del brazo. Sentí la pistola en las costillas.

Eran casi las once de la noche. Billie sabía que aún faltaba cerca de un cuarto de hora para que cerrasen la entrada del garaje con llave, una vez que el último empleado de la perrera se hubiera marchado. En efecto: dentro del garaje estaba José, vaciando una de las secadoras industriales.

–Buenas noches –dijo en español, sin preguntar qué hacíamos allí tan tarde.

Probablemente fuera mi última oportunidad de conseguir ayuda, pero José ya se había girado para seguir trabajando y yo no podría lanzarle una mirada suplicante. En contrapartida, evité poner en peligro a un inocente.

Pasamos a su lado y entramos en el ala donde guardaban las jaulas sobrantes para los perros pequeños. No había luz, aparte de la de algún

indicador de salida. Tampoco había nadie pasando la mopa por algún pasillo, o dándole un manguerazo al último cubil. Billie había elegido el momento perfecto para nuestra llegada. Empezamos a recorrer el largo pasillo, dejando atrás un módulo tras otro.

–Yo nunca te he hecho nada –le recordé, tratando de dominar el pánico.

Cuando nos acercábamos a la puerta de Servicios Médicos, me eché a temblar. Seguro que me hace la eutanasia, pensé. Qué mejor manera de burlarse de lo que tanto me importaba... Pero no nos detuvimos.

Yo sabía que, en cuanto abriéramos la puerta de algún módulo, aquel silencio sobrenatural se convertiría en una explosión de ladridos y gemidos. Billie se había colocado detrás de mí. No es que fuera exactamente de puntillas, pero se movía sin hacer ruido, muy atenta. Frente a su interpretación en la mesa de billar, aquellos movimientos eran auténticos. Me pareció que estaba en su elemento, y que no se planteaba la posibilidad de fallar. Se me ocurrió pensar que aquellos subidones eran la razón de su vida. El momento en que abriera la puerta del módulo sería como cuando un paracaidista se dispone a saltar ante la puerta de un avión. Un momento que podía alargarse hasta que saltabas, o te empujaban, pero que una vez en el aire ya no estaba en tus manos.

Billie abrió la puerta del módulo donde habían estado *Cloud* y *George* y me hizo señas con la pistola para que entrara.

Mi primera experiencia del momento fue puramente visual. La única bombilla de la sala se encendía y apagaba de forma intermitente, como un estroboscopio, y cada vez que iluminaba a Billie lo hacía en una postura diferente. También los perros, en sus cubiles, aparecían iluminados como animales salvajes en medio de una tormenta eléctrica. Pero todo eso fue antes de recibir el impacto del muro de sonido. Tal como había esperado, el ruido resultó ser una sensación visceral que hizo vibrar mi cuerpo. Oía las distintas voces y tonos: algunos eran siniestros, otros expresaban miedo; muchos otros lo daban.

Cuando Billie se hizo de nuevo visible, tenía un llavero en la mano.

–Abre estas dos jaulas.

Esperó a que yo abriera los cubiles. Cuando la luz volvió a parpadear intenté distinguir qué perros estaba soltando, y en un rápido destello vi dos perros grandes y blancos que se convirtieron en fantasmas en la oscuridad que siguió. Lo más alarmante era que no hacían ruido alguno. Reconocí los dogos

argentinos de los cubiles donde habían estado *Cloud* y *George*. La primera vez que los había visto ya me habían inquietado sus posturas, que parecían reflejo una de la otra, y ahora que los soltaba no me sentía más a gusto cerca de ellos.

Billie se arrodilló delante de los perros y empezó a cantarles una especie de nana, pero en alemán. Los perros la miraron muy atentos. Sin dejar de cantar, ella sacó dos correas de nudo deslizante y me dijo que las pasara por sus recios cuellos.

–*Heidi* y *Gunther* no hacen nada sin mi permiso.

–O sea, que son tuyos.

–Son tan míos como yo de ellos. *Sitz* –ordenó. Los perros se sentaron–. *Pass auf*.

Los dogos emitieron un gruñido gutural. Billie se metió la pistola en el bolso.

Los perros estaban adiestrados para el ataque. Yo había aprendido suficiente alemán en el colegio como para saber que la segunda orden significaba «en guardia». Esperé que no estuvieran pendientes de la orden *revier*, «caza». Ahora estaba segura: si exhumaran el cadáver de Bennett, las marcas de los mordiscos coincidirían con los dientes de los perros de Billie.

Repasé a toda prisa los métodos que había aprendido para desarmar a un agresor. Mi inferioridad numérica solo me dejaba dos opciones: tratar de humanizarme a ojos de Billie, o correr, a condición de que pudiera ponerme a salvo en cinco segundos. No había logrado lo primero. Antes de que pudiera intentar lo segundo, Billie me ordenó que abriera otro cubil, el tercero. Eché un vistazo al cartel que había encima, y en la luz parpadeante logré leer, escritas en rojo, las palabras CUIDADO - MUY PELIGROSO.

–Morgan, te presento a *Gotti* –dijo Billie, muy tranquila–. Tiene tres años, y lo han encerrado aquí por morder. *Gotti*, Morgan es una hembra de treinta años que está aquí por no haber visto lo que tenía delante de sus narices.

Gotti emitió un gruñido sordo. Estuve a punto de admirarlo por sintonizar tan bien con Billie, pero en ese momento aparecieron los dogos.

–*Sitz* –exclamó Billie, que no les había dado la orden verbal de que se aproximaran.

Uno de los perros se sentó en el acto. El otro se puso detrás de Billie, adoptando la misma postura. *Gotti* les ladró a los tres justo delante de la puerta de la jaula.

Billie me ordenó que entrara en el cubil. Con una última descarga de adrenalina y con nada que perder, me acerqué a la puerta de la jaula y, justo antes de cerrarla de un portazo, le arranqué a Billie el bolso que llevaba colgando del hombro, partiendo la cinta de cuero.

Ahora tenía la pistola. Y el llavero. Me encerré con llave.

Se hizo un silencio extraño. Los otros perros del módulo dejaron de ladrar, como si hubieran notado que ahora mandaba otra persona.

De pie a mi lado, el perro era más alto que yo en cuclillas. Apenas me quedaba espacio para incorporarme y apartarme unos palmos de la puerta.

–Perro bueno –dije una y otra vez, como un mantra.

Gotti era un pitbull grande, manchado, cuyas orejas, recortadas demasiado cerca de la cabeza, olían a levadura, señal de infección.

Deslicé una mano en el bolso de Billie y la cerré alrededor de la culata. El perro, sin embargo, no atacó. Saqué mi móvil y marqué el número de urgencias.

«¿De qué urgencia se trata?», preguntó una mujer.

–Necesito ayuda. Estoy en el anexo del centro de acogida de animales de la calle Ciento diecinueve, cerca del río.

De repente, la llamada se cortó. No podía asegurar que la mujer hubiera llegado a oír mi ubicación. Pero eso Billie no lo sabía.

–Estoy en el módulo 4 –dije al teléfono sin señal–. Una mujer con perros de ataque me ha retenido como rehén.

Dije esto último mirando a Billie, que al oírlo puso los ojos en blanco.

–Por Dios, Morgan, eres tú la que se ha encerrado.

–Dense prisa, por favor –dije al teléfono apagado.

–Me has decepcionado, *Gotti*. No has cumplido tu parte.

Billie actuaba como si yo no la estuviera apuntando con una pistola.

–La Policía llegará en cualquier momento –dije, marcándome un farol.

–Aquí abajo no hay cobertura. Ningún plan funciona aquí.

Billie se sentó con las piernas cruzadas delante de la jaula, igual que cuando visitaba a mis perros.

–No habíamos tenido la oportunidad de comparar nuestros apuntes sobre Bennett –dijo animadamente–. Tú te dedicas a estudiar a hombres que manipulan a mujeres, pero lo verdaderamente divertido es cuando una mujer manipula a un hombre para que este manipule a otras mujeres.

–¿Y qué sacabas tú de eso? –pregunté con auténtica curiosidad.

–¿Qué *no* sacaba? Bennett me divertía. Con todas vosotras. No te imaginas lo emocionante que puede llegar a ser una intimidad así. Es una lealtad de primer orden, un intercambio de lo más especial. No nos guardábamos nada. Tampoco nos juzgábamos. Bueno, hasta que empezó a ablandarse.

Los dogos estaban asustando al pitbull. Tenía la piel erizada, y aunque ninguno se hubiera movido, empezó a gruñir.

–Seguro que ya no te da tanto miedo dormir al lado de la pared. No culpes a Bennett de que te obligara a hacerlo; la idea fue mía. Al final ese fue su problema: la falta de ideas. Contigo malgastaba sus fuerzas. Cuando dejó de divertirse a tu costa y empezó a defenderte, todo dejó de tener gracia. Sí, adoptas perros, pero haces que los maten.

Había sido ella quien había hecho matar a mis perros adoptados, pero pensé que no era el momento indicado para recordárselo.

–El caso es que la virtud le atraía. Aunque él no sintiera compasión, empezó a buscarla. Y al pobre se le fue la mano. Él lo llamaba amor. Se os declaraba a todas.

Yo aún sujetaba la pistola, pero se me estaba cansando la mano. Billie se dio cuenta. Me apoyé en un lado de la jaula. *Gotti* permanecía de pie a escasos centímetros.

–Quieres saber lo que pasó aquella mañana. Muy bien. No estaba tan loco por ti como para no alegrarse de mi visita para probar vuestra cama. A los que no recibió tan bien fue a *Heidi* y *Gunther*, pero le dije que esa mañana tenía hora en el veterinario. Le aseguré que si metía a tus perros en el cuarto de baño no habría ningún problema. Pero sí lo hubo: a Bennett no se le levantaba. Era la primera vez que le ocurría algo así. Me culpó a mí. Que si hacía esto, que si hacía lo otro, que si mira que traer a los putos perros... Los putos perros. Yo los había dejado al otro lado de la puerta del dormitorio, con orden de permanecer quietos. Me levanté de la cama y me vestí. Bennett no me pidió perdón.

El perro que compartía su cubil conmigo olisqueó la pistola, pero no le interesó.

Billie había contestado a todas mis preguntas salvo a una: ¿tendría que matarla?

–¿Me incluirás en tu tesina? Soy mucho más interesante que Bennett.

No pude contestar. En ese momento, todos los perros del módulo se pusieron a ladrar como locos. Alcancé a oír la causa, o al menos eso me

pareció. Creí distinguir la voz de un hombre que llamaba desde algún lugar de la perrera. Agucé el oído y volví a oírlo. Billie también. Desde algo más cerca, la voz dijo algo que las dos pudimos entender:

–¡Policía! ¿Hay alguien?

Billie se puso un dedo en los labios y miró hacia el ventanuco de cristal reforzado de la puerta del módulo. Sus perros giraron la cabeza al unísono, sin perderla de vista.

Justo cuando la luz de una linterna entraba por el ventanuco, Billie se agachó.

–¡Estoy aquí! –chillé.

Billie me lanzó una mirada furibunda.

–Esto va por ti –replicó. A continuación, abrió la puerta del módulo y gritó una orden a sus perros–: *Revier!*

Los perros, como dos espectros sincronizados, salieron disparados al pasillo con toda su atención en su presa.

Billie fue tras ellos.

Parecía que todos los perros del recinto se hubieran puesto a ladrar. Yo estaba tan desorientada por el ruido que no podía distinguir a los de Billie, si es que algún ruido hacían durante el ataque. Lo que sí oí fueron los gritos del policía, seguidos por un alarido. ¿Por qué no había usado su pistola? Claro que tampoco yo había usado la mía.

–Buen chico –le dije a mi compañero de celda mientras abría con llave la puerta del cubil.

El policía yacía en el suelo, pero ya no gritaba. No pude ver si aún estaba vivo. En todo caso, los perros blancos que tenía encima, y que distinguí a la vaga luz del pasillo, estaban manchados de sangre.

Me acerqué sigilosamente a Billie por detrás con la intención de darle un culatazo con la pistola que era incapaz de disparar. Tendría que ser un golpe lo bastante fuerte como para dejarla sin sentido. Pero ¿qué harían sus perros si la golpeaba? Yo nunca había hecho daño a nadie, ni era lo suficientemente hábil como para acertar a un blanco en movimiento. La sola idea me provocó náuseas. De pronto vi, a mi izquierda, la puerta que daba al jardín cerrado de ejercicios. Mientras salía, sin que Billie pareciera verme, pensé algo que me resultó casi insoportable debido a la posibilidad de que no saliera bien: tal vez mi móvil tuviera allí cobertura.

En la oscuridad del jardín, tropezando con las pelotas y con una manguera

enrollada que había en el suelo, levanté el móvil y lo agité para intentar captar señal y oír el tono de llamada. En lugar de eso, lo que oí fue el estruendo de un disparo. Uno solo, y había sonado dentro de la perrera. ¿Contra quién había disparado el segundo policía? ¿Contra uno de los perros? Con eso no lograría disuadir al segundo. Esperé a oír el siguiente disparo.

Pero lo que sonó fue el tono de mi móvil.

«¿De qué urgencia se trata?»

–Están matando a un policía. Estamos en la calle Ciento diecinueve, en el centro de acogida de animales. Dense prisa, por favor.

Nada más decir eso, la puerta del jardín se abrió. Billie. Con uno de sus dogos a su lado. Se me heló la sangre.

Paseó a su alrededor una mirada teatral.

–Vaya, ¿será posible que este sea el único jardín de ejercicios que hay en este antro?

–Tus perros han matado a un policía.

–Ese policía ha matado a uno de mis perros.

Entonces vi que detrás de ella algo se movía. También el perro lo vio. Cuando la puerta se abrió, apareció el segundo policía con la pistola en la mano. El dogo se lanzó sobre él antes de que hubiera salido del todo. El agente empezó a apretar el gatillo, pero el perro se lanzó sobre el brazo que sujetaba la pistola y eso hizo que la bala alcanzase a Billie. Ella cayó al suelo, pero seguía consciente. Soltó una maldición y se agarró la pierna. El dogo había arremetido contra el policía con tal fuerza que la pistola había caído y rebotado por el suelo, hasta detenerse más cerca de Billie que de mí.

De una patada, alejé de Billie la pistola del policía y centré mi atención en el dogo y en el agente, que se retorció de espaldas en el suelo, intentando quitarse al animal de encima. Apunté, pero me aterraba fallar y no alcanzar al perro, sino al policía.

–¡Ordena a tu perro que pare! –le grité a Billie.

–Perra. Es la hembra. *Heidi*.

Giré la pistola hacia Billie.

–Ordena a tu perra que pare –dije con calma.

–Claro, como que me vas a disparar.

Ganas no me faltaban, pero Billie tenía razón.

Apunté a la perra y disparé. Acerté.

Un estruendo de sirenas logró imponerse al caos de ladridos, señal de

respuesta con todos los efectivos: había un policía muerto. Sin dejar de apuntar a Billie, esperé a que nos encontrasen.

–No puedes decir que no ha sido instructivo –dijo ella.

–¡Aquí! ¡En el jardín! –grité, sin saber si me oían.

–Pobre Morgan. Siempre buscando a un hombre que la salve.

Se abrió la puerta del jardín. Uno tras otro, varios policías aparecieron con las pistolas en alto.

–¡Suelte el arma! –bramó uno de ellos. Tardé unos segundos en darme cuenta de que me lo decía a mí–. ¡Deje la pistola en el suelo!

Obedecí.

Uno de los policías la apartó de una patada.

–Al suelo.

Me separó las piernas con otra patada, me cacheó y me retorció los brazos en la espalda para esposarme.

–Me ha disparado –dijo Billie–. La pierna. No puedo caminar.

–¡Que vengan los de urgencias! –le gritó un policía a otro.

–¿El otro agente está bien? –preguntó Billie.

–No es de mí de quien se tienen que ocupar –le dije al que me sujetaba, que en lugar de contestar me levantó de un estirón.

–¿Tiene alguna otra herida? –le preguntó a Billie uno de sus compañeros.

–Esa mujer ha aparecido de repente. Yo solo soy una voluntaria.

Llegaron unos médicos de urgencias que empezaron a atender al policía que había sido atacado. Unos segundos después se presentaron otros dos que se apresuraron a arrodillarse para atender a Billie.

–¿Tiene algún otro impacto, aparte del de la pierna? –preguntó uno.

–No lo sé. No la siento.

Por fin recuperé la voz.

–Los perros blancos son de esa mujer. Son perros de ataque. Les ha ordenado que atacaran a los policías.

–Creo que no tengo ningún otro disparo –dijo Billie.

Otro policía salió al jardín para hablar con el que me estaba sujetando.

–Hemos perdido a Scott. Esos putos perros le han abierto la garganta. –El agente me aferró por el cuello–. ¡Mierda, a ti tendría que arrancártela!

–Aquí no –dijo el que me sujetaba.

Subieron a Billie a una camilla después de haberle puesto una vía, pero antes esperaron a que evacuasen al agente inconsciente.

Pese a la frenética actividad que me rodeaba, yo lo vivía todo como a cámara lenta. Levanté la vista hacia los decadentes edificios que flanqueaban el jardín. Había luces encendidas y ventanas abiertas, y en todos los pisos gente que miraba y hacía fotos con sus móviles.

Me rodeó una docena de policías –a mí, la culpable– que me hicieron entrar en el edificio a empujones. Al pasar junto al cadáver de su compañero muerto, se pararon y me obligaron a mirar. Vomité. Billie tenía razón: iba por mí.

En el exterior reinaba un panorama casi militar, con helicópteros que iluminaban la perrera con sus focos. Mientras me introducían a empujones en un coche patrulla, uno de los agentes me leyó mis derechos.

Una comitiva de coches patrulla me acompañó a una comisaría, la del distrito 25. Me llevaron directamente a una sala de interrogatorios, donde me esposaron a la mesa.

Yo tenía la certeza del buen ciudadano de que al final todo se aclararía y me dejarían libre, pero también el miedo de que no fuera así. Un miedo que ponía mi alma a prueba.

Si el segundo agente moría, no habría testigos. Si sobrevivía, tampoco podría decir quién era culpable. Sería la palabra de Billie contra la mía. Y era ella quien tenía una bala metida en el cuerpo.

Pensaban que yo era una asesina de polis. Quizá lo fuera, por defecto. Había tenido la oportunidad de matar a Billie y a sus perros, pero no la había aprovechado. Empezó a picarme todo el cuerpo. Noté que me salían ronchas en la espalda y en el pecho que no me dejaban respirar. Sabía que la ansiedad podía provocar todo tipo de síntomas somáticos. Quería, y al mismo tiempo temía, que alguien entrara en la sala. Me retorció en la silla intentando rascarme la espalda. Y tenía muchas ganas de orinar.

Dejé de mirar mi reloj al cabo de una hora. Sin saber quién podía estar observándome a través del espejo de visión unilateral, hice el esfuerzo de bajarme bastante los vaqueros con la mano libre para aliviarme allí mismo, en el suelo de la sala de interrogatorios. Si tan resueltos estaban a esperar un espectáculo, lo iban a tener.

Aparté lo más posible el cuerpo del cristal y me puse en cuclillas, pero después de esperar tanto tiempo fui incapaz de descargar enseguida la vejiga. Recé por que no entrara alguien justo en aquel momento. Aunque quizá algunos de los policías se estuvieran riendo de lo lindo.

El charco cubrió una gran superficie debajo de la mesa a la que me habían esposado y llegó más allá de la silla que había estado ocupando. Descubrí que bajarse los pantalones con una mano resultaba más fácil que devolverlos a su sitio. No había manera de subir la cremallera. No se me pasó por alto que ensuciar el espacio propio era lo que les quedaba por hacer a los perros enjaulados.

Dos agentes de paisano entraron en la sala. Uno de ellos llevaba una carpeta, el otro se tapó la nariz.

—Pero ¿qué coño has hecho? —exclamó.

—¿Cuándo podré hacer mi llamada? —repliqué.

El agente, asqueado, aporreó la puerta.

—¡Que nos traigan toallitas de papel!

Alguien trajo un rollo. El hombre me lo lanzó y me ordenó que limpiara el suelo.

—Estoy esposada.

–Eso no te ha impedido bajarte los pantalones.

No hice ningún ademán de limpiar el suelo.

–Quiero hacer mi llamada.

–¿Conoces a un tal Jimmy Gordon? –preguntó el de la carpeta.

Repetí lo que quería.

El hombre lo intentó de nuevo, y en esta ocasión me enseñó una foto de la escena del crimen: mi dormitorio.

–La llamada.

–Acabas de cargarte a un poli. Yo de ti empezaría a colaborar –dijo el agente que había pedido toallitas de papel.

–No sin mi abogado.

Intuí que pretendían usar la trasnochada técnica Reid de interrogatorio, que me habían enseñado en primero de psicología. Un policía busca señales de nerviosismo durante el interrogatorio: cruzar los brazos, desviar la mirada, mover la pierna, tocarse el pelo... Luego intentan quitar importancia a las consecuencias morales: «Eh, que las peleas con el novio son lo más normal del mundo...». Lo irónico era que el caso al que el policía John Reid debía su fama había resultado ser una falsa confesión.

Uno de los agentes hizo señales hacia el espejo, pidiendo un teléfono. Poco después abrió la puerta y le dieron uno fijo. Lo enchufó a una toma de la pared y me lo colocó delante.

–Solo llamadas locales.

Llamé a Steven.

–Morgan. Estaba despierto, esperándote –dijo. Su alivio era palpable.

–Puede que nos estén escuchando.

–¿Está Billie contigo?

–Estoy en la comisaría de East Harlem. Billie está en el hospital.

–Dime que estás bien.

–Estoy esposada a una mesa en una sala de interrogatorios.

–¿Qué? No entiendo nada.

–Yo ahora sí lo entiendo, más que en los últimos seis meses. Aún no me han acusado de nada, pero creo que me retienen por matar a un policía.

–No digas una palabra hasta que yo llegue.

Antes de colgar, le pedí que informara también a McKenzie.

Los agentes desconectaron el teléfono y se lo llevaron. Me dejaron sola en la sala de interrogatorios. No se llevaron el rollo de papel. Como sabía que mi

hermano iría a buscarme, arranqué una buena tira y empecé a limpiar el suelo por si lo llevaban a aquella habitación.

Ya había un montón de papeles mojados debajo de la mesa cuando volvieron a entrar los agentes y anunciaron que me llevaban al Registro Central.

–Pero si mi hermano está de camino –dije.

–Dile que avise a un abogado.

–Él es el abogado.

–Pues tendrá que ir a verte al centro –fue la única respuesta del agente.

Los dos hombres que me habían interrogado me acompañaron en el coche patrulla. Durante el trayecto recordé un día en que un profesor llevó a clase una valoración del Registro Central en Yelp. Solo le concedía una estrella. A mí me encantaban esas cosas: un comentario como ese en un portal de reseñas de ocio... Cuando lo leyó en voz alta, toda la clase se partió de risa: «Empezaré diciendo... ¡Uala nene, komo mola! Salí de ese antro hablando como en el Bronx. Soy universitario. Y eso qué coño importa. Dirijo una compañía farmacéutica. Trato con centenares de profesionales del ámbito de la salud licenciados y doctorados en movidas que no sé ni pronunciar. Que si “me suda la polla”, que si “flipa que te cagas”... Joder, no se oía otra cosa».

Sí, era tan gráfico que me lo había aprendido de memoria. Quizá acabara escribiendo mi propia versión.

Cruzamos Chinatown hasta los dos edificios grises y sin ventanas de White Street: el juzgado y el centro de detención, unidos por una pasarela ciega de tres plantas de altura. En la fachada del centro de detención hay un mural de Richard Haas, *La inmigración en Lower East Side*. Lo irónico es que, puesto ahí, parece mandar a los inmigrantes directos a la cárcel.

Pasé por todos los trámites que cualquiera que haya visto alguna serie policíaca ya conoce, aunque no era lo mismo verlo en la tele, sentada cómodamente en el sofá comiendo chocolate, que ser cacheada y desnudada en el Registro Central. Me llevaron a una celda. Para mi alivio, era la única ocupante, de momento. Podía oír cerca los diálogos procaces de otras presas, pero no las veía. Luego un coro de voces que llamaban sin éxito a los vigilantes. Hacía un frío que pelaba. Me sonaba haber oído que en el centro de detención la temperatura rondaba los cinco grados.

Debía ser capaz de demostrar que Billie había llevado a los dogos argentinos a la perrera. Debía ser capaz de demostrar que ella había estado en

mi casa la mañana en que murió Bennett. Salía en los correos electrónicos de Libertine, que también podían probar que había asesinado a Susan Rorke y a Samantha. Pero ¿aceptarían esos correos como prueba?

Me habían quitado el reloj, pero calculé que faltaban pocas horas para el amanecer; como mínimo serían las tres. El banco metálico donde estaba sentada era tan resbaladizo que me hacía deslizarme casi hasta caer. Dormir estaba descartado. Era la «noche oscura del alma» del poeta. La primera idea que me abatió fue que yo era responsable de la muerte de un hombre y de las graves heridas de otro. El juego de las culpas no conducía a ningún sitio, como había dicho Billie, pero ahí estaba. Leí algunos de los grafitis que había en las paredes de la celda. «Jamás recojas la pistola de un muerto.» «Perdona, pero en esto no hay mucha elección.» «Haz lo que creas que más te conviene.» En una de las celdas grandes, dos mujeres peleaban por decidir cuál de las dos usaría antes el teléfono.

Mis pensamientos dejaron atrás los asuntos lógicos y prácticos y dieron paso a imágenes y sensaciones a las que prefería no volver a hacer frente nunca más. Llegué al extremo de sentir el momento en que regresaba a la realidad, y me encontré tumbada en el suelo de la celda en la misma postura fetal que adopté en mi bañera después de encontrar el cadáver de Bennett. Sabía lo que me estaba pasando: una versión del estrés postraumático. Acababa de ver, por segunda vez, a un hombre muerto tras el ataque de unos perros. Traté de respirar hondo, a fin de no hiperventilar y para que el pulso se me ralentizara. Meforcé a visualizar pacíficas escenas marítimas: playas de arena blanca, mi cuerpo flotando en aguas de color celeste a la misma temperatura que mi piel... Pero incluso ese refugio mental me falló: percibía el agua caliente como sangre.

Me levanté y empecé a caminar por la celda mientras recordaba una historia que me había contado Steven a su regreso de Afganistán. Durante una visita a una cárcel, le había llamado la atención una celda de aislamiento que había al fondo de un pasillo frío y húmedo. Se acercó a la mirilla y vio a una chica de apenas trece años hecha un ovillo en el suelo, mirando la puerta sin expresión en los ojos. En la celda solo había un catre. Nada de lavabo, ni váter. Le pidió a su intérprete que le preguntara al alcaide de la cárcel por qué estaba encerrada. El alcaide le explicó que la había traído su propio padre por haberse fugado con su novio. La familia la había descubierto, pero ella había vuelto a escaparse. Steven preguntó por qué no tenía agua, y por qué estaba tan

aislada. ¿No era una crueldad? El alcaide contestó que sí, que le parecía excesivo, pero que no disponían de mujeres celadoras que pudieran ocuparse de ella. Steven comprendió que la muchacha se estaba volviendo loca. Informó a la embajada estadounidense y consiguieron negociar su puesta en libertad.

Ahora no se oía nada. Las mujeres ya no discutían a causa del teléfono. No había celadoras. Estaba en las Tumbas, como llamaban a la cárcel de Manhattan, enterrada viva.

Aquella noche terminaría por desmoronarme o demostraría de qué pasta estaba hecha. Tal vez a otra persona lo extremo de la situación la incitaría a buscar qué era lo que se le había pasado por alto y había desembocado en la muerte de un policía y las graves heridas de otro, repasando todas las ocasiones en las que se podría haber detenido a Billie y evitado la carnicería, pero nada de ello podía cambiar lo sucedido.

Me senté en el suelo, apoyada en la pared, y me vinieron a la memoria los primeros versos de un poema de Emily Dickinson: «Después de un gran dolor, la sensación de orden –/Los Nervios toman sus asientos, ceremoniosos como Tumbas –»*. Claro, las Tumbas... Por eso recordaba esos versos justo en aquel lugar.

Fue lo último que pensé. Caí dormida, hasta que me despertó un ruido de llaves y luego la voz de una celadora.

–Cuando diga tu nombre, sal sin decir nada. Vas al juzgado. Ni una palabra, ni un solo gesto a nadie en la sala. Quédate sentada, mirando hacia delante, hasta que te llamen.

Pronunciaron una docena de nombres, pero no el mío.

Unos diez minutos después, dos policías vinieron a buscarme. Me esposaron las muñecas a un cinturón con el que rodearon mi cintura. Luego me llevaron al juzgado de lo penal, a menos de cien metros, para el tradicional «paseo del delincuente» por los escalones de granito.

Cuando el coche patrulla frenó, todo un enjambre de reporteros me esperaban con sus cámaras y micrófonos. Me metieron en el juzgado, dejando atrás a los periodistas, y subimos en ascensor hasta la tercera planta. En un cubículo anexo a una celda de detención me esperaba Steven. Los agentes me dejaron a solas con mi hermano.

–Joder, esto es increíble.

Steven me dio un abrazo y un beso en la frente. En cuanto me tocó empecé a

llorar.

–¿Qué pasará ahora? –conseguí decir.

–Te acusarán de homicidio. De haber matado a un policía.

–Pero si los perros eran de Billie... Yo era el objetivo, no ese policía.

–Escucha, solo tenemos unos minutos. Pediré que te pongan en libertad bajo fianza, pero no podemos contar con que nos la concedan.

–¿Y el segundo agente? ¿Se salvará?

–Está en la UCI, en el Columbia Presbyterian. Esperan que sobreviva.

–No quiero parecer egoísta, pero ¿podrá hablar pronto? Es posible que viera lo que sucedió en realidad.

–Lo sabrás en cuanto lo sepa yo.

–¿Es allí donde también está Billie?

–Le han dado el alta esta misma mañana. Era una herida superficial. Su abuela se la ha llevado a casa.

–¿Qué? Pero si sus perros mataron a ese policía...

–Ella aseguró que tú los sacaste de las jaulas. ¿Qué sabes de esos perros?

–Billie les daba órdenes en alemán. Estaban adiestrados para atacar.

–Joder...

Le dije a mi hermano que sabía cómo trataban a los sospechosos de haber matado a un policía. Había leído *Desde la galería de la muerte*, de Mumia Abu-Jamal, y había visto el vídeo, tristemente famoso, de cuando llevaban a juicio a Esteban Carpio después de dejarlo irreconocible tras una paliza, obligado a llevar una máscara en plan Hannibal Lecter. Le dije a Steven que si me condenaban me pasaría veintitrés horas al día en aislamiento total.

Un funcionario abrió la celda con llave y le indicó a Steven que fuera terminando. Mi hermano me dijo que me vería en la sala dentro de unos minutos.

Estaba justo al lado. El funcionario me hizo pasar y sentarme en la mesa de la defensa. Luego se abrió una puerta a mi derecha, y un grupo de mujeres con monos de color naranja y esposas fue escoltado hasta la tribuna del jurado. Y luego hablaban de «jurado de iguales».

Steven accedió a la sala por la entrada pública y se sentó conmigo en la mesa.

El juez leyó los cargos en voz alta. Steven me indicó el momento en que tenía que declararme inocente. Duró menos de media hora. Fianza denegada.

La única manera de saber la hora era cuando traían las comidas, aunque me veía incapaz de probar bocado. El olor a orina y heces era constante. No quería acostarme en el banco y procuraba tocar lo menos posible las superficies. Había vomitado la noche anterior y tenía mal aliento. Mi ropa apestaba. Se me habían pasado los picores, pero seguía teniendo las ronchas. La ansiedad había mutado en miedo, miedo por lo que pudiera pasar los siguientes diez minutos, por lo que pudiera depararme el resto de mi vida.

Poco después de la comida –un bocadillo de mortadela y un brik pequeño de leche que no toqué– vino a buscarme un celador que me puso de nuevo las esposas y me llevó a la vuelta de la esquina, a un pequeño despacho. Allí me esperaba McKenzie.

–Puede quitarle las esposas –dijo él, levantándose.

–¿Está seguro? –preguntó el celador.

McKenzie asintió y esperó a que me quitara las esposas. Una vez a solas, me dio un largo abrazo. Con tantos motivos de inquietud como tenía, lo que me preocupó en ese momento fueron mi aspecto y mi olor.

–Tú sabes que fue Billie quien lo hizo, ¿verdad? –dije.

–He ido a la perrera para consultar el registro de ingresos. En él se lee que los dogos los dejó «Morgan Prager».

McKenzie observó mi reacción.

–Claro. Cómo no.

–Steven me ha dicho que estaban adiestrados para el ataque. He preguntado en todas las escuelas de adiestramiento del área metropolitana, y en los últimos dos o tres años nadie ha trabajado con dogos argentinos. Eso significa que los hizo adiestrar en otro sitio, o que lo hizo ella misma. ¿Tienes alguna idea de dónde los tenía?

–No. Nunca he estado en su casa.

–Yo tampoco.

El alivio que me provocaron sus últimas palabras debió de resultar evidente, porque las repitió.

–Además, la dirección que me facilitó cuando trabajaba para mí era falsa.

–Su abuela tiene una granja de caballos en Connecticut.

–El abogado de la familia me ha advertido que necesitare una orden judicial para registrar la finca.

–No sé dónde estaban esos perros, pero hace al menos seis meses que los tiene.

Le pregunté cómo estaba presentando el caso la prensa.

–Mañana hablarán de cualquier otra cosa.

–Espero que de los asesinatos de Susan Rorke, Pat Loewi y Samantha Couper.

–Steven me lo ha contado todo.

–No sería la primera asesina que queda impune –dije.

–La gente comete fallos. Incluso alguien como Billie.

–O no.

–Ahora mismo Steven está organizando tu defensa con una abogada penalista. Carol Anders. Es de las buenas; hizo prácticas con mi mujer. Vendrá a lo largo de la mañana. Bueno, y ahora que hemos zanjado eso, puedo contarte que esta mañana, a primera hora, he visto a Billie en el hospital, antes de que le dieran el alta. Su abuela estaba con ella en la habitación. Fui allí para intentar que colaborase y dijera la verdad, aunque no tenía ningún motivo para pensar que lo haría. Le pregunté dónde había tenido a los perros. Su abuela me pidió que no la molestase. Billie le propuso que bajara a la cafetería y se tomase un café mientras nosotros hablábamos. Estaba furiosa, pero de esa manera suya tan callada y glacial. Como no podía arriesgarse a llamar la atención del personal médico, hablaba en voz baja, pero su mirada estaba llena de rabia. Se dio cuenta de que yo te creo a ti, no a ella. Vio que no podía controlarme.

–Has conocido a Libertine –dije.

A continuación se lo conté todo. McKenzie me escuchó sin interrumpirme.

–Desde el principio supe que algo no cuadraba –dijo cuando terminé de hablar.

–Pero seguiste viéndola.

–Ya sé que es un tópico, pero era como una droga. No me di cuenta hasta que fue a trabajar a mi despacho y observé cómo trataba a la gente cuando no necesitaba nada de ella. –Levantó la mano para pedir cinco minutos más al vigilante, que empezaba a impacientarse fuera de la habitación–. En ningún momento ha preguntado por el estado de salud del segundo policía. Creo que

tiene la impresión de que se ha salido con la suya. Y también creo que está disfrutando.

–Por eso es tan peligrosa. Acabo de encontrar el único aspecto positivo de estar aquí encerrada: Billie no puede hacerme nada.

–He encargado a un investigador que siga buscando pistas sobre los dogos. Por otra parte, tenemos la esperanza de que el policía herido pueda declarar pronto.

Le pedí a McKenzie que se pusiera en contacto con el inspector Homes de Boston y le contara lo del correo electrónico que yo había leído, aquel en el que Billie, como Libertine, confesaba haber matado a Susan Rorke. Luego le hice la pregunta que me había planteado antes:

–¿Se admite un correo electrónico como prueba?

–Sí, siempre y cuando se pueda comprobar quién lo envió.

McKenzie me pidió disculpas por dejarme allí. Añadió que podía ayudarme mejor desde fuera.

Eso era indiscutible. Poco podía hacer yo.

Bueno, poco podía hacer salvo provocar el único acto capaz de absolverme.

Cuando McKenzie se marchó, me dijeron que tendría que esperar en mi celda hasta que hubiera bastantes «cuerpos» (así nos llamaban) que llevar al piso de arriba. Una vez allí, nos esposaron a cada uno por la espalda a otro prisionero y nos hicieron bajar por la escalera hasta la calle. Un autobús esperaba con el motor en marcha para llevarnos a Rikers Island. Resultaba incómodo estar sentada esposada a otra persona. Por si fuera poco, los amortiguadores del autobús no servían prácticamente de nada; el trayecto, a lo largo de algunas de las peores carreteras de la ciudad, fue penoso. Yo había entrado en Rikers muchas veces como alumna de posgrado, para cumplir las horas necesarias de prácticas clínicas. Tuve el impulso absurdo de hacer valer mi autoridad, sofocado de inmediato por la mujer a quien estaba esposada, que no paraba de toser. Shalonda, la transexual de quien me había encariñado, me contó en una sesión que en Rikers la incidencia de la tuberculosis era tres veces mayor que en la ciudad, y que en la mayoría de los casos no respondía a los fármacos.

Separaron a las mujeres de los hombres y nos llevaron al Centro Rose M.

Singer, la cárcel de mujeres. Allí me separaron de mi compañera, me llevaron a un módulo pequeño con solo ocho puertas y me metieron en una celda. No supe adónde se llevaban al resto.

Mi celda tenía una plataforma con un colchón, un lavabo metálico, un váter a la vista y una especie de escritorio fijado en la pared. Me senté en la cama, completamente alerta. Tantas sesiones con los presos entre esas paredes... ¿Estaría aún el que no paraba de contar chistes, el exhibicionista del Metropolitan Museum? Recordé las últimas palabras de Shalonda: «Es bonita, la sensación de sorprenderte a ti misma. Ya verás».

Me eché en la cama con las manos detrás de la cabeza; no había almohada. Nada en las sucias paredes de bloques de hormigón, encaladas mucho tiempo atrás, captaba mi atención. Ni un solo grafiti. Hice el esfuerzo de visualizar un dormitorio que fuera todo lo contrario al lugar en el que me encontraba. ¿Cuál se me vino a la cabeza? El de Billie, en la finca de su abuela. Recordé que más que un dormitorio era un ala entera, todo un museo. La moqueta blanca, los selectos cuadros de Motherwell y De Kooning... Y en la habitación contigua, el electrizante lienzo negro con una forma roja parecida a una hache llena de sangre. Obra, este último, de Loewi. El abuelo de Pat.

En ese momento, mi respiración cambió.

Me vi a mí misma de nuevo en el estudio de Pat. Ella me enseñaba sus autorretratos mientras su perra, la rottweiler, se lanzaba furiosa contra la ventana. Habían encontrado el cadáver de Pat, pero no a la perra.

¿Cómo se me podía haber escapado? Billie había llevado una rottweiler a For Pitties' Sake. Durante nuestra visita al centro de acogida, le había preguntado a Alfredo cómo se encontraba el animal. Recordé sus palabras: «La verdad es que me preocupaba».

Mi corazón latía con rapidez. Le pregunté a un vigilante si podía llamar por teléfono.

Mckenzie tardó poco en averiguar que la rottweiler tenía un microchip. La información que escaneó el veterinario reveló que la dueña del perro era Pat Loewi. Alfredo explicó que Billie le había dicho que el dueño había muerto, y que por eso él no había escaneado el microchip como se solía hacer con los perros perdidos o abandonados. Afirmó que estaba dispuesto a declarar que

Billie había llevado a la rottweiler al centro. Añadió que le horrorizaba pensar que un perro al que había estado cuidando fuera una de las pruebas de una investigación de asesinato.

McKenzie puso al corriente al primo de Amabile, Bienvenido, el policía del condado de Suffolk, porque el caso de Pat pertenecía a su jurisdicción.

Steven ya había ido a buscar mi ordenador y lo había dejado en manos de la Policía, cuyo experto en informática forense había rastreado la dirección IP de Libertine hasta llegar a Billie.

Cuando empezó a sospechar de Billie, la Policía se incautó de su coche. Lo analizaron y, aunque lo había lavado a fondo, encontraron pelos que coincidían con los de los perros.

Detuvieron a Billie en casa de su abuela. Me gusta pensar que la metieron en la celda que yo dejé vacía. Carol Anders, la abogada penalista contratada por Steven y McKenzie para mi defensa, consiguió que retiraran todos los cargos contra mí después de que hubieran capturado a Billie. La acusaron de haber asesinado a un policía y de haber intentado hacer lo mismo con otro agente, así como del homicidio de Pat Loewi. Un par de días después, la Policía de Boston encontró el martillo con el que había sido asesinada Susan Rorke. Billie lo había escondido en la casa de su abuela, en el armario donde guardaba los juguetes. El pintalabios modelo Tiramisù que encontraron en la guantera de Billie lo había usado Samantha Couper, según quedó demostrado por los test de ADN. La Policía de Nueva York envió esta prueba a la de Toronto, lo que sirvió para incorporar el homicidio de Samantha Couper a la lista de cargos.

Solo faltaba Bennett. O Jimmy Gordon. El fiscal del distrito me explicó que para acusar a Billie de aquel homicidio sería necesario exhumar el cadáver de Jimmy. Pensé en cómo sentaría eso a su madre. Nueva York había abolido la pena de muerte en 2007. Billie no saldría de la cárcel, ni siquiera si no la condenaban por el asesinato de Jimmy.

Sabía que había gente que intentaba –que creía posible– pasar página. ¡Cómo odiaba yo aquella idea tan falaz, la de que se pudieran atar los cabos sueltos del misterio y el dolor! ¿Quería eso decir que los fantasmas ya no te hostigarían día y noche? ¿Que podías seguir con lo que había sido tu vida? Me parecía que era una expresión cruel, un grial imposible de encontrar. Aunque algunas personas lo encontraban. O se convencían de ello.

Allá cada cual.

Después de haber sido profundamente engañada, no por una persona, sino por dos, y no solo engañada, sino expuesta a un asesinato múltiple, me vi en la tesitura de analizar tanto mi capacitación para el trabajo que había elegido como la definición de las personas a las que había estudiado. En el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* no aparecen los términos «sociópata» ni «psicópata». Lo más parecido a «sociópata» es «trastorno antisocial de la personalidad». Entre los criterios de diagnóstico figura el déficit de autoestima, autonomía, empatía e intimidad, así como el uso de la manipulación y el engaño y la presencia de hostilidad, insensibilidad, irresponsabilidad, impulsividad e indiferencia ante las propias limitaciones: asunción de riesgos.

El test más extendido en el estudio de la psicopatía es el PCL-R (*Psychopathy Checklist-Revised*), también conocido como «Lista Hare». Según ha señalado el psicólogo canadiense Robert Hare, los sociólogos acostumbran a centrarse más en el entorno y en aspectos socialmente modificables, mientras que los psicólogos y los psiquiatras incluyen en sus diagnósticos factores genéticos, cognitivos y emocionales.

En el último capítulo de mi tesina terminé por usar a Billie como caso concreto. Acabé con una pregunta: «¿Habría que perdonar a estas personas?».

A quien no podía perdonar era a mí misma.

«¿Perdonarte por qué?», me preguntaban mi hermano y McKenzie. «¿Por ser una persona bien pensada? ¿Por ser confiada por naturaleza?» Pero yo necesitaba un enfoque distinto del perdón. Hay quien cree que la capacidad de perdonar se presenta por sí sola en un momento dado, mientras que otros piensan que puede ser una elección y manifestarse como otra forma de empatía, un regalo que uno se hace a sí mismo.

El dinero de la abuela de Billie sirvió para contratar a un equipo de abogados que ahora mismo batalla para que no acabe en la cárcel, sino recluida en un hospital psiquiátrico privado, a pesar de que se considera que los sociópatas no se benefician en absoluto de la intervención psiquiátrica. De momento está en el Kirby Forensic Psychiatric Center, un hospital de máxima seguridad perteneciente al Departamento de Salud Mental del estado de Nueva York. Allí la evalúan un psiquiatra del estado, a cargo de la acusación, y, a cargo de la defensa, varios testigos periciales eminentes. Es el edificio grande y siniestro que vi con ella desde el otro lado del río Harlem, aquel día en que sacamos a *Cloud* de la perrera y paseamos por la orilla, dejando que disfrutase del sabor y el olor de la libertad.

Cuando conoces a alguien durante una crisis, me había dicho Cilla, la historia es inmediata. Te ahorras revelaciones, vergüenzas y otras fruslerías y, saltándote lo cotidiano, vas directa al meollo.

McKenzie me había visto en la cárcel. Me había visto crédula, asustada y celosa. Me había visto ciega frente a lo que tenía delante. Pero me había visto.

Y quería seguir viéndome. Todos tenemos alguna fantasía que choca con la realidad. Yo jamás me habría imaginado un primer beso justo después de que me soltaran de Rikers, con el pelo sucio, sin duchar, sintiéndome menos deseable que nunca, pero fue entonces cuando McKenzie se acercó a mí, tomó mi cara entre sus manos (ese gesto a la vez tierno y posesivo) y me besó. Pensé en la vieja canción de Betty Everett: «Si quieres saber si te quiere de verdad, en su beso lo verás». La realidad era mejor que la fantasía. Mejor porque el deseo se fundía con la naturalidad, no con el nerviosismo que acompaña a la obsesión. Mejor; porque McKenzie había demostrado ser un buen hombre, lleno de recursos (caí en el doble sentido judicial en cuanto se me ocurrió la palabra), y yo lo sabía.

McKenzie presentó una instancia para que soltaran a *Cloud* una semana después de mi puesta en libertad.

Se había brindado a llevarme en coche al centro de acogida, pero yo prefería ir sola. Saliendo hacia el norte por la Franklin D. Roosevelt Drive, pasé al lado del Kirby Forensic Psychiatric Center. Detrás de una de esas ventanas con barrotes estaba Billie.

Era un día despejado, con algunas nubes que según la previsión meteorológica se multiplicarían por la tarde, con posibilidad de lluvia. Había poco tráfico. Me conformé con ir a la velocidad máxima indicada, aunque fuera a recuperar a mi perra. No puse la radio, ni música. Me regodeé en la claridad que había hallado tras descubrirme con vida. Me enorgullecía saber que había luchado por ella. Parece obvio (que una persona luche por su vida), pero entonces para mí no lo era. Tampoco es que quiera quitarle importancia a la suerte, porque la tuve. Era una lección de humildad reconocer hasta qué punto la suerte había sido importante.

Aún tardaría unos cuarenta minutos en llegar a la salida del bar donde Billie se había revelado como Libertine. Su transformación aún me perturbaba. Después de un par de cervezas, había manifestado cinco de los siete rasgos distintivos de los psicópatas.

Paré en una gasolinera para llenar el depósito del coche de Steven. Antes siempre tenía la sensación de que yo no estaba en el mundo para echarme yo misma la gasolina, pero ahora lo disfrutaba. Tenía que ver con algo tan sencillo como saber hacerlo, y con la gratificación inmediata de tener el depósito lleno. Pagué en efectivo, y me cobraron menos.

Me acercaba al desvío a Greenwich, donde vivía la abuela de Billie. Había vuelto a verla durante mi declaración frente al gran jurado. Estaba sola en un banco, a la entrada de la sala. Dicen que las mujeres jóvenes se visten para gustar, y las mayores; para no disgustar. La abuela de Billie estaba impecable, con un traje de chaqueta atemporal de Chanel y el imprescindible collar de perlas de varias vueltas. Dominaba a la perfección el arte de atravesar a la gente con la mirada, habilidad de la que hizo una demostración cuando intenté que me mirase. Cuando me llamaron por mi nombre y entré en la sala, vi que Billie, sentada en una mesa con su equipo de abogados, parecía vestida por su abuela. Nunca la había visto así, con traje de chaqueta, medias y zapatos de tacón bajo. Llevaba la melena recogida en alto, en una cola de caballo. Iba sin maquillar, y ofrecía un aspecto benévolo. A diferencia de su abuela, me miró, aunque lo hizo con una expresión indescifrable, como se mira a un docente que estuviera explicando la técnica de un pintor clásico en un museo. Interesada,

pero poco; no dio muestras de más. Estar en un juicio por homicidio parecía un pasatiempo para ella.

Faltaba poco para mediodía cuando tomé el camino de acceso de For Pitties' Sake. Alfredo estaba en el circuito de agilidad, paseando a dos perros. Uno de ellos era un pitbull de morro azul; el otro, mi *Cloud*. Vi que los dos caminaban al mismo paso. Cuando me vio, Alfredo saludó con la mano y condujo a los perros en mi dirección. Dejó al pitbull en manos de un ayudante que acababa de salir de la casa. Luego soltó la correa de *Cloud*. La llamé por su nombre. La perra, que estaba a unos cien metros, levantó la cabeza. Volví a llamarla. Esta vez bajó la cabeza y se acercó corriendo. Cuando estaba a unos diez metros de mí redujo el paso, para no derribarme, y cuando estuvo justo delante se tiró de espaldas y empezó a patear en el aire. Yo me tumbé en la hierba, a su lado, y dejé que rodara hasta tocarme. Nos abrazamos, y *Cloud* apoyó su frente en la mía. Siempre habíamos hecho eso: juntábamos las frentes y cerrábamos los ojos. Bueno, los cerraba yo, porque al abrirlos siempre me encontraba la mirada de *Cloud*.

—Te vas a casa, pequeña —le dijo Alfredo—. Esa Billie engañó a todo el mundo, pero no a los perros. Como aquella rottweiler que trajo: me pareció que estaba tan asustada de Billie como de todos los demás. —Se sentó en la hierba, junto a nosotras—. Cuando llegó, debería haberme dado cuenta de que esa perra había visto algo que la había asustado. Estaba sana, pero llena de miedo.

—Así es. Había presenciado el asesinato de su dueña.

—Billie me dijo que el dueño de *Audie* era un hombre mayor que había muerto. Que la perra había estado un par de días con el cadáver en la casa, antes de que los encontrarán.

—¿Cómo está ahora?

Recordé que el día de la visita al estudio de Pat su conducta me había parecido extraña, pero teniendo en cuenta que fuera, en el bosque, estaba Billie, el comportamiento de *Audie* había sido apropiado. Sentí curiosidad por saber cómo la había dominado Billie. ¿Habría abierto Pat la puerta al oír que llamaba, pensando que era yo de nuevo? ¿Llevaría Billie carne con algún somnífero?

—Pues mira, es un encanto —dijo Alfredo—. Siempre protege a los perros más pequeños. Los dejo a todos a su cuidado. ¿Cómo es esa palabra que se suele

decir...? ¿Revivir? Sabes, ¿no? Cuando un perro supera una mala situación y ya no le hace falta tener miedo.

Revive.

Agradecimientos

Las autoras desean dar las gracias a las siguientes personas, por haber prestado varios tipos de ayuda con este libro: Rebecca Ascher-Walsh, Scott Ciment, Yolanda Crous, Martha Gallahue, Chiu-yin Hempel, Susanne Kirk, Jeff Latzer, Pearson Marx, Arnold Mesches, Barbara Oakley y sus libros *Cold-Blooded Kindness* y (como coeditora) *Pathological Altruism*, nuestras magníficas agentes, Liz Darhansoff y Gail Hochman, y, en Scribner, Dan Cuddy, Daniel Loedel, Paul O'Halloran y, muy en especial, nuestra impecable editora, Nan Graham, cuyo entusiasmo, precisión y buen criterio han llevado esta colaboración a buen puerto.

* Traducción de Rubén Martín. *Poemas a la muerte*, de Emily Dickinson (Bartleby, 2010).

Título original: *The Hand that Feeds You*

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

© A. J. Rich, 2017

© de la traducción, Jofre Homedes Beutnagel

© de la cubierta, Elsa Suárez sobre imagen de Arcangel

© Maeva Ediciones, 2017

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 9788416690497

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.